

MÉTODO PARA LA INTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA ARGENTINA

**NAHUEL MORENO
(CON LA COLABORACIÓN DE HUGO KASEVICH)**

**Secretariado Centroamericano —SECA—
Centro Internacional del Trotskismo Ortodoxo —CITO—
<http://www.geocities.com/obreros.geo/>
mail: obreros@geocities.com**

*Edición electrónica Mayo 2002
(Tomado de Ediciones Antídoto, Buenos Aires, 1989)*

INDICE

Indice

Introducción

Capítulo I Independencia y crisis

Desarrollo de las fuerzas productivas

Relaciones de producción

Capítulo II El rosismo

Relaciones comerciales y diplomáticas con el extranjero

Desarrollo de las fuerzas productivas

Relaciones de producción: unitarios y federales

Los unitarios

Rivadavia: agente de las inversiones inglesas

Enfiteusis

La independencia uruguaya

Los federales

El rosismo contra los productores criollos de Buenos Aires

Rosas creador de la gran oligarquía terrateniente

Ley de Aduanas de 1835

Crisis del rosismo

Las montoneras y el pueblo

El revisionismo

Capítulo III Acumulación primitiva capitalista

Situación de conjunto de la economía y la política mundiales en esta etapa.

Capítulo IV Argentina: país dependiente del capitalismo británico

Capítulo V: La “década infame”

Capítulo VI El peronismo

INTRODUCCIÓN

Desde hace cuatrocientos o quinientos años no hay ningún país del mundo —menos aun los países europeos y americanos— cuya historia pueda interpretarse de otra manera que no sea refiriéndola minuto a minuto, segundo a segundo, a la historia del conjunto de la humanidad. Hasta el siglo XV aproximadamente, cuando surgió el mercado mundial, las relaciones entre los pueblos eran accidentales y esporádicas. La sociedad incaica, por ejemplo, vivía separada del proceso histórico mundial y recién con la colonización española se vio sumergida en él. Pero a partir de entonces, no se puede hablar más de la civilización incaica, peruana o cuzqueña si no es ligándola a ese proceso. Este es el profundo cambio que experimentan los países y la historia universal en su conjunto desde hace más cuatro siglos. Analizar la historia de un país determinado como parte de ese todo que es la economía y la política mundial es, entonces, la primera herramienta conceptual que utilizaremos para desentrañar los fenómenos que atañen a la Argentina.

El segundo elemento a considerar en cualquier estudio histórico serio, que generalmente ha sido tomado sólo anecdóticamente, es el desarrollo de las fuerzas productivas. Ninguna escuela argentina de historia toma este desarrollo como patrón de medida esencial para establecer las etapas históricas. ¿Qué es concretamente el desarrollo de las fuerzas productivas? Trataremos de definirlo diciendo que entre el hombre y la naturaleza se formaliza un vínculo para el desarrollo material, e incluso —aunque este en discusión— cultural. Para ello se necesita cierta organización de la sociedad una técnica y, fundamentalmente herramientas. Estas son las fuerzas productivas. Por eso, al juzgar una etapa determinada debemos responder esta simple pregunta: ¿logró o no la sociedad de ese país, en ese lapso, sacar mayores frutos de la naturaleza? Aquí reside lo primordial, y no en las interminables discusiones entre distintos historiadores (discusiones entre ranas y sapos, según decía Einstein al referirse a las que sostenían los físicos colegas suyos) sobre si tal o cual hecho fue progresivo o no. Un caso típico de discusiones inútiles es el que se centra en la figura de Juan Manuel de Rosas. Lo decisivo no es saber si el vencido en Caseros mató más que su vencedor, Urquiza. O si éste recibió dinero brasileño. Esos elementos son importantes, pero nunca más que el hecho fundamental del desarrollo de las fuerzas productivas acaecido en el periodo rosista o en el que le siguió.

El tercer elemento a considerar es el que se refiere a las relaciones de producción o relaciones entre las clases. Es indispensable, entonces, que precisemos primero la existencia de las clases, qué relaciones se establecen entre ellas, el grado de explotación de unas por otras, quién o quiénes detentan el poder político, cómo están subdivididas. Este tercer elemento a analizar se halla íntimamente ligado al anterior, es decir al desarrollo de las fuerzas productivas, si bien debemos tener en cuenta que dicha ligazón no es de ningún modo mecánica y que pueden existir entre ambos contradicciones más o menos violentas.

Ahora si, con la combinación de estos tres elementos, estamos en condiciones de definir las etapas históricas de cualquier país. La consecuencia con este procedimiento científico, precisamente, es que nos ha permitido la elaboración de tesis que después, sólo después, han sido confirmadas por historiadores profesionales. Basta con citar la teoría de la colonización española de América; fuimos los primeros en caracterizarla como capitalista. Sergio Bagú, entre otros, confirmó luego con erudición y brillantez nuestra tesis. Lo mismo podría decirse de nuestra

caracterización de que Rivadavia fue agente del imperialismo financiero inglés, durante una corta etapa de la evolución de éste; José María Rosa, mucho después que nosotros, tomó esa caracterización sin molestarse en citarnos ni en autocriticarse por no haberse dado cuenta del fenómeno durante casi tres décadas, a pesar de ser un especialista en el tema.

No obstante, tenemos la obligación de alertar a los jóvenes estudiosos: la sola utilización de los tres elementos enumerados no es suficiente “para hacer historia”. Ese es el error de muchos historiadores que se reclaman marxistas. Con el uso de los mismos podemos *encuadrar y definir etapas*. Para “hacer historia” realmente, habría que tomar en consideración una variedad de factores subjetivos: los personajes, los proyectos de los partidos políticos (incluso de los individuos), el papel de la gran personalidad, la importancia de las creencias, la vigencia de las ideas, los detalles de las luchas, el análisis de los programas, del arte, de la ciencia, etcétera. Entonces sí, del conglomerado de factores que actúan unos sobre otros resultaría el acaecer histórico. Por eso es que no definimos esta obra como un trabajo de historia argentina, ya que nuestro objetivo central es precisar las grandes etapas de nuestra historia. Si cumplimos con nuestra meta habremos avanzado más que muchos historiadores, incluso que aquellos que se reivindicaban marxistas.

Los tramos a recorrer serán los siguientes:

- 1) De la independencia y crisis total. Comienza con el surgimiento del Virreinato del Río de la Plata y culmina con la crisis del año 1820.
- 2) De la organización del país alrededor de la provincia de Buenos Aires, basada en la aparición y desenvolvimiento de tres nuevas ramas de las fuerzas productivas: el saladero, la lana y el perfeccionamiento de la curtiembre. Es una etapa de gran desarrollo de la producción, pero circunscrito a una provincia, la de Buenos Aires. El país se organiza al servicio de la misma.
- 3) De la organización nacional, etapa mejor definida como de *acumulación primitiva capitalista*. Es la que va de 1850 a 1880. En ella surgen todas las clases que caracterizan a un país capitalista y comienza un desarrollo de las fuerzas productivas provocado por la aparición de la agricultura. Todo el país se integra en una estructura capitalista.
- 4) De 1880 a 1930. Continúa este proceso de *acumulación primitiva capitalista*, pero deformado, porque el país pasa a ser dependiente del capitalismo británico. La independencia lograda en 1810 comienza a perderse en 1880 y el país cambia su situación de independiente a dependiente y, ya en el 90, pasa a ser categóricamente dependiente. Es una etapa muy amplia que se podría subdividir en dos: la de los gobiernos de la oligarquía y la de los de la clase media, los radicales, pero que tiene la característica general señalada anteriormente, es decir, la *dependencia*.
- 5) La que se inicia en el año 1930 y dura hasta 1943. Se da un paso todavía más atrás: en 1880 se había retrocedido de independiente a dependiente; desde 1930 —como consecuencia de la penetración del imperialismo británico— se pasa a ser semicolonias. Esta época, que un sector nacionalista católico denominó felizmente “*década infame*”, ha sido caracterizada como de dominio del imperialismo inglés, pero sin precisar categóricamente el hecho básico: la Argentina deja su situación de dependiente para pasar a ser, lisa y llanamente, una semicolonias inglesa.
- 6) De la etapa peronista. A partir de 1943 el país adquiere una independencia relativa, retaceada,

frente al imperialismo.

7) La que se abre desde 1955 y en la que nos transformamos en una semicolonía política y económica del imperialismo yanqui.

Aclarando que en este trabajo analizaremos las primeras seis etapas, puntualicemos que si esta clasificación global es correcta disponemos de los elementos esenciales para comprender la historia argentina. Si así no fuera, en tanto que investigadores serios debemos tratar de dar con las definiciones correctas de los distintos tramos por los que ha transitado nuestro suceso histórico. Es lo fundamental, insistimos, más allá de los vericuetos de los fenómenos políticos.

CAPÍTULO I INDEPENDENCIA Y CRISIS

Fieles a nuestro método, nos ocuparemos primero de la ubicación de la Argentina en la política y en la economía mundiales en la etapa precursora de la independencia. Mucho se ha hablado de la influencia británica en el proceso de la emancipación argentina; sin embargo, el Virreinato del Río de la Plata era una parte importante, pero parte al fin, de un todo, el imperio español.

No es casual que la mayoría de los historiadores argentinos no estudien en profundidad las contradicciones entre las partes componentes de ese todo y su metrópoli. Sin definir con precisión la dinámica y las contradicciones del imperio español en su conjunto es imposible comprender la independencia argentina y, en general, la latinoamericana.

El español, igual que el, austrohúngaro o el ruso, eran imperios atrasados que sufrían la influencia del desarrollo capitalista en el occidente europeo. Justamente por su atraso y por limitar con esos países capitalistas, a diferencia de China o la India, sus gobiernos absolutistas hacían esfuerzos denodados por provocar un desarrollo de sus países industrializándolos. Trataban de perpetuar el feudalismo pero, al mismo tiempo, lograr por todos los medios un desarrollo capitalista impulsado desde arriba, burocráticamente, controlado por sus gobiernos. Así ocurría en la Rusia zarista y, en forma más aguda, en el imperio español. Por cierto que esto nada tiene que ver con la famosa “leyenda negra” que tejieron sobre España algunos intelectuales al servicio de ingleses para justificar luego la penetración en las colonias americanas. En este sentido, debemos recordar la denuncia del especialista en arte moderno francés Jean Cassou, que desenmascara a dichos intelectuales. En realidad, España realizó grandes esfuerzos durante todo el siglo XVIII para lograr el tan ansiado desarrollo capitalista. Su política tendía a transformar el imperio en una metrópoli del mismo signo que París o Londres. Era consciente de lo que afirmaba un sociólogo y economista de la época: “Europa trata a España como las Indias de América”. Es decir, España se negaba a ser tratada como colonia. Los emperadores españoles se esforzaron por remediar la situación, sobre todo Carlos II y Carlos III, que protegieron decisivamente la industria de la Península. Además de prohibir el tráfico ilegal de metálico, que perjudicaba a los comerciantes españoles en sus negocios con el Lejano Oriente, se impidió la importación de artículos textiles y de otros productos.

La creación del Virreinato del Río de la Plata se inserta dentro de ese objetivo. No es serio afirmar que la independencia argentina y la latinoamericana se produjeron como consecuencia de la decadencia económica del imperio español. Es justamente lo opuesto: la independencia argentina y la latinoamericana fueron consecuencia de las tendencias centrifugas que produjo el importante desarrollo capitalista que se dio durante fines del siglo XVIII en el imperio español. Existen numerosos datos que lo demuestran. Por ejemplo, resulta inconcebible que los historiadores argentinos no digan que la industria textil de Barcelona, a fines del siglo XVIII, pocos años antes de nuestra independencia, tenía tantos obreros como la industria textil argentina a comienzos de la década de 1940, más de cien mil trabajadores. No menos sorprendente es que al hablar de la situación económica europea no se señale que España, junto con Inglaterra, fue de los primeros países que utilizaron máquinas a principios del siglo XIX. La diferencia fundamental entre el desarrollo español y el de las grandes potencias capitalistas reside en el hecho de que mientras en España las fuerzas productivas crecían en proporción aritmética, en Inglaterra,

Francia, Holanda y los Países Bajos lo hacían en proporción geométrica. En ese sentido, España se encontraba en desventaja con relación a sus competidores, pues en valores absolutos y relativos iba quedando rezagada.

Las tendencias separatistas más recalcitrantes del imperio español eran las que se daban en las zonas de mayor desarrollo capitalista. Esas tendencias, por lo demás generalizadas a lo largo de la geografía imperial, se acentuaban en las regiones vasca y catalana. Lo contradictorio y complejo del proceso económico español explica las tendencias centrifugas. En efecto, en España el desarrollo capitalista tuvo lugar sobre una base feudal de características inusuales en el siglo XVIII, de cada veinte españoles, uno era noble. En 1789 la nobleza peninsular estaba representada por ciento diecinueve Grandes de España, quinientos treinta y cinco títulos de Castilla, medio millón de otros nobles entre duques, condes y marqueses. Cada uno de estos parásitos pesaba, obviamente, sobre otros diecinueve españoles. Sumemos a eso los curas y tendremos la estratificación de esa sociedad. Fue en los marcos de la misma que se intentó iniciar un desarrollo armonioso que, al mismo tiempo, no alterara las estructuras sociales dominantes. Con los gobiernos de los Carlos se logró proteger la industria y las producciones regionales, y fueron los sectores protegidos y desarrollados, precisamente, los que trataron de independizarse para sacarse de encima el inmenso aparato gubernamental burocrático y feudal que por un lado favorecía las tendencias capitalistas en germen y por el otro perpetuaba los privilegios de los señores de la tierra y el atraso. El contrabando comenzó a florecer como resultante inicial de esta contradicción. Uno de los primeros actos de Carlos III después de subir al trono fue disponer una investigación de la vida económica de su imperio. La tesis principal del informe que se le presentó en 1761 fue que “de todos los delincuentes dedicados al tráfico de contrabando [...] los peores son los ingleses”¹. Las zonas desarrolladas pretendían ligarse directamente al mercado mundial y evitar la barrera de trabas que frenaban el desarrollo capitalista, apropiándose de gran parte de la renta con impuestos diversos.

¿Por qué Cataluña y la Vascongada no lograron su independencia, a pesar de las fuertes tendencias separatistas, y en cambio la consiguió Latinoamérica? La explicación hay que buscarla en la posición geográfica, que es la que explica también la supervivencia, un siglo más, de los imperios austrohúngaro y zarista. No olvidemos que los medios de comunicación del imperio español eran marítimos. Para cubrir la distancia que separaba la metrópolis de las colonias necesitaba de un medio de comunicación que exige un gran desarrollo técnico: la marina, ya sea mercante o de guerra. Es decir, las tendencias centrifugas de un imperio marítimo como el español se hacían más fuertes debido a que para mantener centralizado dicho imperio era necesaria una gran rama de la industria capitalista, la naviera, en la que España estaba atrasada. Era por su propio atraso relativo que el imperio hispánico no podía competir con los grandes imperios occidentales. Así se produjo un gran vacío, que fue utilizado por las regiones coloniales de España, y dentro de ellas, por las zonas que más se habían adentrado en el proceso capitalista en los cincuenta años previos a la independencia: Venezuela, Colombia y el Río de la Plata. En 1780, al producirse la rebelión de Tupac Amaru, se notaron crudamente las oposiciones a la Corona que había engendrado el desarrollo de vastas regiones. Era lógico, entonces, que “buen

¹ Archivo General de India, Indiferente General, 146-1-10, citado en A. Christelow, “Contraband Trade Between Jamaica and the Spanish Main, and the Free Port Act of 1766”. H.A.H.R. xxii, 1942, pág. 313. Tomado de HS. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Bs. As., Solar Hachette, pág. 19.

número de respetables y bien establecidos criollos del Alto Perú mostraran una marcada repugnancia para ayudar a la Corona contra los rebeldes y buena disposición para explotar el descontento de las clases inferiores de la sociedad con el fin de crear obstáculos al Gobierno”.²

Es por eso que también hubo incidentes en Mendoza —se aplaudieron las victorias de los indios y se quemaron retratos de Carlos III— y en Nueva Granada (Colombia), donde los comuneros se rebelaron contra las autoridades y al amenazar a Bogotá con la violencia obligaron a modificar el sistema de rentas.

En síntesis: Un imperio atrasado, semifeudal que impulsa el desarrollo capitalista, provoca tendencias centrífugas, no centrípetas, que no tienden a consolidar el poder sino a debilitarlo, a destruirlo. Las colonias de América se liberan porque el medio de comunicación marítimo debilita aun más ese poder y posibilita que las regiones más dinámicas, de mayor desarrollo capitalista (Venezuela, Colombia y el Río de la Plata) inicien el proceso de separación de la Madre Patria.

Desarrollo de las fuerzas productivas

Habiendo precisado ya cual era el contexto mundial en que se produjo la independencia de las colonias, pasaremos a ocuparnos del desarrollo de las fuerzas productivas. El Virreinato del Río de la Plata, una creación política sabia que no tuvo nada de arbitraria, estableció un organismo jurídico-político de sólida base económica. Una unidad bien equilibrada, por cierto. En especial durante el último cuarto del siglo XVIII y los primeros años del XIX, la comunidad que tenía como centro a Buenos Aires experimentó un crecimiento que no se puede comparar con ningún otro ocurrido en los dominios españoles. Aumentaron considerablemente la población, el comercio y la producción, lo que redundó en una mejora del nivel de vida. Se comenzaron a pavimentar e iluminar las calles y las escuelas se llenaron de alumnos. Muchos jóvenes viajaban a Córdoba o Chuquisaca para graduarse en distintas especialidades. En 1801 apareció el primer periódico y el auge cultural incluyó la lectura de clásicos franceses y exitosas representaciones teatrales. El virreinato, creado en 1776, y la Argentina después, iban a ser un embudo en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas y a la estructura económica, por cuyo pequeño agujero, el puerto de Buenos Aires, se vertería al mundo la enorme producción de oro y plata del Alto Perú. Las exportaciones de plata que se realizaban a través de Buenos Aires alcanzaban un promedio anual de un millón seiscientos mil pesos, entre 1748 y 1753, y las mismas superaban por lo menos en siete veces a las de cuero.³ Al respecto, digamos que hubo una tendencia en muchos historiadores a negar el papel rector de la minería del Alto Perú en la estructura general del Río de la Plata, tendencia felizmente superada. La realidad es que todo el virreinato se integró a partir del mineral de oro y plata, que extraído de la región que actualmente pertenece a Bolivia era embarcado en el puerto de Buenos Aires. Los españoles tenían muy buenas razones para fincar su interés básico en la explotación minera, ya que de todas las Mercancías, el oro y la plata en barras, debido a su valor en función de su peso, soportaban airoosamente los altos costos de transporte desde los centros de producción hasta los alejados mercados de Europa.

La salida del metálico por Buenos Aires originó una de las más enconadas rivalidades entre los

² H.S. Ferns, *Ob. cit.*, pág. 23.

³ Emilio Coni, *Historia de las vaquerías del Río de la Plata*, Madrid, 1930, pág. 42.

virreinos de Lima y Buenos Aires. Técnicamente resultaba mucho más económico el transporte por Buenos Aires. Por ejemplo, los tejidos de contrabando por Lima hacia el Alto Perú valían diez o veinte veces más que los que entraban por Buenos Aires, por cuanto el camino por el Río de la Plata es casi llano hasta Potosí, en contraste con el camino desde Lima. No olvidemos que aún hoy llegar al Cuzco es obra de titanes, porque se debe cruzar al ras de cuatro mil metros. Los mineros del Alto Perú y los comerciantes de Buenos Aires se coligaron durante muchos años para sacar el metal por nuestro puerto por las razones antedichas y por la posibilidad de contrabandear, en detrimento de los comerciantes limeños. Esta sorda pugna se patentizó en la época en que Lima era puerto único para el comercio con España. Por entonces, existía un camino hacia el istmo de Panamá y la salida se hacía por Portobello. Sólo dos o tres puertos podían comerciar con la metrópoli. Pero luego, por Real Cédula de 1765, se puso fin a la política de puerto único y se autorizó a comerciar a cinco puertos. En 1768 se amplió el permiso a Campeche y Yucatán y en 1776 a Santa Marta. En realidad, cabría decir que la política de apertura había tenido un tímido comienzo en el reinado de Felipe V en 1720, pero quedó paralizada. Se concretó y consolidó el libre comercio a partir de 1776 y se realizaron grandes esfuerzos por mantener la producción existente, puesto que la minería del Alto Perú comenzaba a entrar en decadencia a raíz de sus métodos anticuados, que en definitiva están los mismos que España había introducido ciento cincuenta años antes. El problema era de difícil solución: los socavones se inundaban y los procedimientos químicos entraban en desuso. Aun así, el ritmo de producción se conservaba. Los metales seguían saliendo por Buenos Aires y a su influjo se estructuraban todas las zonas del virreinato. Se creaba una especie de espina dorsal desde el Alto Perú hasta Buenos Aires y de Buenos Aires hasta el Alto Perú. Desde el litoral y Tucumán se exportaban burros y caballos al Altiplano, en especial los primeros. Había un gran comercio de ganado en pie desde el litoral que cubría en sentido inverso el mismo recorrido que los productos mineros, invernan seis meses en Córdoba y luego pasaban a Tucumán. En Lerma (Salta) se vendían anualmente al norte seis mil burros y de cuatro a seis mil caballos. En Tucumán se confeccionaban tejidos para el Alto Perú. Había obrajes en todo el virreinato. En el sur se fabricaban excelentes carretas. La yerba mate se exportaba desde el Paraguay a todas las regiones; Santa Fe era el puerto de cabotaje que monopolizaba el producto. Corrientes era la zona de producción de pequeños buques. Los aguardientes ordinarios se elaboraban en Cuyo. En Córdoba se cultivaba el trigo. Por último, digamos que la región más rica y poblada del país era Tucumán, por ser la más próxima al Alto Perú. Mientras todo el Litoral contaba con ciento treinta mil habitantes, en Tucumán vivían alrededor de ciento cuarenta mil.

Esta estructura de conjunto es la que explica la creación del Virreinato del Río de la Plata.⁴ Se trataba de zonas productivas dependientes de una producción destinada al mercado mundial: los metales preciosos. Se ha exagerado la importancia que por entonces tenía la producción de cueros. Ciertamente es que la exportación de los mismos iba adquiriendo mayor importancia, pero todavía no jugaba un papel fundamental. Era más bien una variante capitalista de la caza. Se mataban animales en gran cantidad y se les sacaba el cuero, que era exportado en pésimas condiciones, secado al sol y sin salar, perdiéndose un gran porcentaje al ser atacado por la polilla.

⁴ “De manera que los efectos del libre comercio y del establecimiento del Virreinato fueron dobles: fortalecían y ampliaban la base de los intereses comerciales de Buenos Aires, por un lado, y por otro creaban en la comunidad en general un equilibrio de intereses que, desde el punto de vista legal, faltaba antes de 1766 y que pronto habría de perder, después de separarse de España y durante las conmociones internas del período revolucionario.” (Ferris, *Ob. cit.*, pág. 74.)

Con posterioridad a 1750 se realizaron intentos serios por poner fin al sistema basado en la caza y comercialización y establecer una industria en que la caza fuese reemplazada por la cría. “Entre 1771 y 1775 el Cabildo de Buenos Aires, que expresaba los puntos de vista de los comerciantes y estancieros, se quejó al Gobernador por la matanza de novillos, terneros y vaquillonas y, como consecuencia de ello, se fijó un sistema de licencias para cría de ganado que, si los estancieros hubieran podido hacer cumplir, habría representado un primer paso hacia la producción racionalizada e industrial”⁵. En el gobierno de Vértiz se hicieron intentos de salar la carne, pero fracasaron porque, entre otras cosas, la sal de Salinas Grandes era muy mala y aún no se la traía de Río Negro. Recién en el período 1810–1815 se superaron los inconvenientes. La industria mejoró en calidad y cantidad y los casi tres millones cien mil cueros vendidos a Gran Bretaña en el lapso citado son una prueba elocuente.

La independencia argentina tuvo lugar con esta estructura económica y con el desarrollo de las fuerzas productivas que hemos descrito a grandes rasgos. Cuando ocurrió nos encontramos con una fuerza productiva en total decadencia, la minería del Alto Perú (la mina de plata de Potosí se inundó y dejó de funcionar), y una nueva producción en ascenso: la ganadería del Litoral. Esta contradicción iba a ser la causa de la crisis que asoló el país después de la independencia y explica la división entre los distintos sectores de clase. Comenzó un periodo de diez años de inestabilidad que, en última instancia, fueron reflejo de la crisis de una fuerza productiva superada por el surgimiento y perfeccionamiento de otra constituida por los saladeros, la lana y los cueros salados.. El primer establecimiento saladeril se instaló en Ensenada en 1810. Ya hacia 1815 los saladeros se habían transformado en gran industria nacional con la fundación de “Las Higueritas”, la gran empresa de Rosas, Terrero y Anchorena, en Monte Chingolo. A riesgo de ser insistentes, recordemos este hecho decisivo: la decadencia de la producción metalífera significó el ocaso del interior y la ruptura de la relación entre todas esas regiones, porque la nueva producción surgió en el Litoral y, sobre todo, en la provincia de Buenos Aires.

Buenos Aires, de puerto único, se transformó también, incluida su región de influencia, en el aparato productivo más importante del país. Esto originó problemas en el Congreso de Tucumán de 1816, cuando un grupo de diputados del norte planteó la necesidad de una nación fuerte, centralizada, con capital en Cuzco. Eran los representantes del sector burgués minero, que aspiraba a recuperar su producción y organizar el país a su servicio. De haber triunfado dicha variante y haberse construido la nación en función de sus intereses, toda la estructura del proceso histórico argentino hubiera variado, porque nos encontraríamos con una burguesía minera parecida a la del norte de Chile. No obstante, los acontecimientos no se desarrollaron en beneficio de los sectores mineros y su decadencia y la de sus representantes políticos, que aspiraban a que la capital estuviera en el Alto Perú y a mantener la unidad de todo el virreinato sólidamente estructurada, favoreció por lo tanto directamente a la nueva burguesía ganadera del Litoral en ascenso.

Relaciones de producción

¿Qué relaciones existían entre las clases? El análisis del tercer elemento fundamental del proceso histórico se toma difícil por las características de la época. En principio, no existían clases nacio-

⁵ J. A. Pillado, *Orígenes del ganado argentino*, Bs. As., 1909, pág. 11.

nales sino regionales. Había zonas económicas pero no un mercado nacional ni una burguesía nacional; cada región defendía sus intereses como conjunto, y dentro de las mismas podemos apreciar la coexistencia de distintas clases. Veamos a los sectores explotadores, privilegiados. Los mismos constituyen una constante en nuestra historia y en la de Latinoamérica, pues están claramente delimitados por sus intereses antagónicos: los productores ligados a la producción nacional, y los importadores, denominados “compradores” por los escritores marxistas. En Asia y Africa, por ejemplo, es el sector burgués más poderoso, pues casi no existe el productor nacional. Pero en Latinoamérica, justamente por su desarrollo capitalista más avanzado que en los continentes citados, por estar íntimamente ligada al mercado mundial desde la colonización, surgió una fuerte clase capitalista productora a la que podemos llamar *terrateniente, estanciera, minera*, etcétera, pero totalmente diferente a la compradora en cuanto a la composición individual del grupo y a sus intereses sectoriales. Es imposible comprender la historia argentina o latinoamericana en general si no se advierte que hay una división tajante, una tremenda lucha, entre los importadores o compradores y los productores, lucha que tiene lugar, fundamentalmente, en torno a los impuestos de aduana. En efecto, ¿qué se ha de gravar para solventar los gastos del estado, las importaciones o las exportaciones? La elucidación de esta cuestión, también sistemáticamente olvidada por muchos historiadores argentinos, arrojará luz sobre la política económica y social seguida desde el poder por prominentes figuras. Mitre, por ejemplo, gravaba las exportaciones y daba libertad absoluta a los importadores; Sarmiento y todos los gobiernos que le siguieron liberaron las exportaciones y gravaron las importaciones. Rosas liberó importaciones y exportaciones, mal que le pese al revisionista José María Rosa, según veremos en el capítulo correspondiente. Sin embargo, la pugna entre productores y comerciantes, la mera división de la burguesía, eje fundamental de la historia argentina en el siglo pasado, no explica por sí sola los problemas muy complejos que anidaban dentro de cada uno de los sectores.

Los productores estaban claramente divididos entre los que producían para el mercado interno o regional, es decir, sombrereros, lecheros o quinteros de Buenos Aires, chacareros de Córdoba, viñateros de Mendoza, ganaderos del Litoral (que vendían su ganado al Alto Perú), que vamos a ver representados en el parlamento del periodo rosista (el grupo encabezado por Baldomero García entre los años 1832–1835) y los productores para la exportación. Estos últimos mantenían, en general, buenas relaciones con el país que les compraba; defendían el derecho de que los productos que salían de nuestro territorio no se gravaran, pero más allá de eso no eran proteccionistas, en oposición a la burguesía que producía para el mercado regional, que lo era, y rabiosamente. En especial en países como la Argentina, de gran atraso manufacturero, ese proteccionismo era llevado hasta límites increíbles, porque se pretendía practicarlo incluso provincia por provincia, como en el caso de Corrientes.

Resumamos, entonces, los elementos necesarios para comprender a los grandes sectores explotadores: primero, los importadores, *librecambistas furiosos* o, al menos, *librecambistas con respecto a la importación*. Segundo, los productores, subdivididos entre los que producen para el mercado regional o interno, *proteccionistas a ultranza*, y los exportadores, que practicaban una política oportunista, ya que no eran *consecuentemente proteccionistas* ni librecambistas. De estos sectores, al no haber un mercado nacional ni clases nacionales, el que surgió como más unido a escala nacional fue la burguesía comercial el gran importador de Buenos Aires, que tenía sus agentes en Córdoba, Santa Fe y Corrientes, y el gran almacenero, que vendía sus productos en cada población y era el adalid en miniatura de la libre importación a través del planteo de lo barato de sus mercancías. Era la clase minoritaria pero, insistimos, más cohesionada, más

sólidamente integrada en todo el país, a diferencia de la burguesía productora, más mezquina, ligada a su región, de miras más estrechas. Esta última actuaba en frente único y no como partido político, siendo ese frente sumamente débil, ya que se fracturaba en cualquier momento en función de los intereses regionales que lo componían. Recuérdese que no se trataba de una burguesía nacional productora, sino de muchas burguesías y pequeñas burguesías regionales productoras, que a su vez estaban divididas por el problema de exportación o producción para el mercado interno.

La independencia va a originar el surgimiento de dos grandes partidos políticos, los unitarios y los federales, en función de los sectores de clase apuntados más arriba.⁶ Del lado de los trabajadores existía un pequeño campesinado, como los quinteros y lecheros de los pueblos y ciudades, que constituían un sector bastante próspero que trabajaba para el mercado regional. En algunas provincias del interior había esclavos y peones en condición de semiesclavitud (Jujuy) y artesanos, este último un sector muy importante. Junto con ellos podemos citar a los desclasados o semivagos que rodeaban las ciudades debido al poco desarrollo industrial, con el agregado de que en el Litoral, en la inmensa pampa, se daba un tipo de vago que después fue incorporado al folklore y reivindicado como gaucho, palabra que deriva del portugués *Garrucho*, “vago”. El gaucho vivía en los intersticios de la sociedad colonial y persistió cuando el país ya se había independizado.

Distintos sectores, pues, confluirán en Mayo. Productores para el mercado interno o el internacional, burgueses comerciales e intelectuales revolucionarios se aliarán para obtener la independencia. Distintas fueron las motivaciones que los llevaron a plegarse al proceso, como distintas fueron las actitudes que adoptaron en relación a la conducción política y económica de la Revolución. Quien resumió las aspiraciones de todos ellos, convirtiéndose en verdadero árbitro entre los mismos, fue Mariano Moreno, ilustrado abogado jacobino. Muchas de las posiciones contradictorias que le apuntaban algunos autores fueron producto, precisamente, de la necesidad de reflejar los intereses casi siempre contrapuestos de importadores y exportadores productores.⁷ Así, en 1809 su *Representación de los Hacendados* influyó en la sanción de la ordenanza

⁶ “La caballería gaucha dirigida por sus caudillos vino a ser la base de regímenes provinciales que expresaban y protegían intereses locales: intereses de hacendados, viñadores, artesanos y comerciantes. Por muchas razones, estos regímenes provinciales eran hostiles a la empresa comercial y mercadería extranjera, y por tal entendían por lo común a las empresas y mercaderías de los porteños de Buenos Aires. (Ferns, *Ob. cit.*, pág. 86.)

⁷ “Mientras secretamente pensábase en favorecer el comercio inglés, de manera pública se condenaban los efectos que este comercio produciría en América. Cuando la conducta del capitán británico Elliot provocó una efervescencia entre los porteños, no dejó de reconocer Moreno desde las páginas de *La Gaceta* que “el extranjero no viene a nuestro país a Trabajar por nuestro bien, sino a sacar cuantas ventajas pueda proporcionarse”, advirtiendo que “miremos sus consejos con la mayor reserva, y no incurramos en el error de aquellos pueblos inocentes que se dejaron envolver en cadenas en medio del embelesamiento que les habían producido los chiches y abalorios.” (Citado por José María Rosa, *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, Bs. As., Haz, 1954, págs. 49–50.)

El caso Elliot, citado por Rosa, se produjo en septiembre de 1810. Era el capitán del barco inglés “Mutine”, que se hallaba en el Río de la Plata. Al recibir el pedido de las autoridades españolas de Montevideo para que bloqueara Buenos Aires pues allí había fuerzas rebeladas contra el aliado de Gran Bretaña, España, primero se negó pero luego ordenó a los barcos de su bandera que no entraran en Buenos Aires. Meses antes, el “Mutine” había saludado con una salva de cañonazos el advenimiento del primer gobierno patrio y el derrocamiento de la autoridad española, mas al aliarse España e Inglaterra contra Napoleón, fortalecerse la autoridad española en Montevideo y frenarse el avance de la Revolución, debió cambiar de actitud.

aprobada por el virrey Cisneros con la que se daba un paso decisivo hacia el libre comercio, aspiración de los exportadores de cuero y sebo a Inglaterra y de los comerciantes importadores⁸. Fue el mismo Moreno del artículo 4° del *Plan de Operaciones que el gobierno provincial de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia* (conocido como Plan de Operaciones), que planteaba: “Nuestra conducta con Inglaterra debe ser benéfica, debemos proteger su comercio, aminorarles los derechos, tolerarlos y preferirlos, aunque suframos algunas extorsiones”. El artículo 30 del mencionado plan mostraba, en cambio, a un Moreno proteccionista, defensor de la producción nacional: “Eleva cargos contra el Virrey Cisneros y las autoridades españolas por haber atentado contra el bienestar general al conceder franquicias de comercio libre con los ingleses, el que ha ocasionado quebrantos y perjuicios”. Es, decir, el propio autor de la *Representación de los Hacendados* adecuó sus tesis a las necesidades de la Revolución. La síntesis morenista, enarbolada años después por sus partidarios (Paso, su hermano Manuel Moreno, etcétera) coincidiría con los históricos de las fuerzas productoras del país, encarnados intereses en la década del 30 por los federales en el poder, aunque quien lideró el proceso fue el ala derecha reaccionaria de los saladeristas rosistas. En todos los trabajos de Moreno, algunos de los cuales contaban con la aprobación de Belgrano, Castelli y otros, se reflejaron los esfuerzos de los intelectuales revolucionarios para que el país se sumara a la marcha de los tiempos.

Otro sector de peso en los días de Mayo fue el que representaba a los que se habían consolidado económicamente durante la vigencia de la antigua estructura del virreinato, los ganaderos del Litoral que vendían ganado en pie en el Alto Perú. Su portavoz más destacado fue Cornelio Saavedra, cuyos roces con Moreno eran consecuencia de la contradicción entre los viejos sectores productores para el mercado virreinal y los nuevos sectores ligados al comercio exterior. En efecto, muchas de las medidas propugnadas por Moreno debían chocar con los intereses de los productores virreinales puestos a competir con la manufactura importada. Por otro lado, los ganaderos del Litoral que vendían en el Alto Perú querían defender y fortalecer la estructura virreinal.

También merece destacarse en los años precursores un sector que se benefició con la guerra de la independencia. Es la burguesía que proveía a los ejércitos, clase que también actuó en Francia proveyendo de armas a los ejércitos de la Revolución de 1789 primero, y a los de Napoleón después. Su influencia en la historia nacional aún no ha sido debidamente analizada por el marxismo. Es sabido que el general San Martín, estratega moderno y organizador admirable, artífice junto con Bolívar de la idea de unidad americana para oponerse a la prepotencia de las potencias extranjeras, denunció aparentemente a este grupo al atacar desde Mendoza a la camarilla de Alvear.

En septiembre de 1811, caída la Junta Grande, se adueñó del Poder el sector de la burguesía comercial acaudillado por Bernardino Rivadavia, secretario del Triunvirato. Derogó todas las

⁸ “Los que creen que la abundancia de efectos extranjeros es un mal para el país ignoran seguramente los primeros principios de la economía de los estados”, dice Moreno en *Representación de los Hacendados*. Lo curioso es que un autor rosista, José María Rosa, no repare en la similitud de estos conceptos con los que años después sostendría el representante de Rosas, Roxas y Patrón, en su polémica con el correntino Ferré, y ataque el supuesto extranjerismo del líder jacobino. Moreno defendía a los ganaderos como parte importante de los productores nacionales; Rosa ahora y Roxas y Patrón en 1835 los intereses sectoriales de los estancieros de la provincia de Buenos Aires.

restricciones que pesaban sobre las importaciones de manufactura inglesa Y se inició el nuevo periodo que culminará a fines de la década del 20 con el ascenso al gobierno del ala derecha del federalismo. En esta etapa se promovió la separación de la Banda Oriental (Uruguay) del territorio nacional y se acentuaron, tal como lo veremos en el capítulo siguiente, los reclamos de los productores y comerciantes nacionales estrangulados por la importación.⁹

Uno de los temas que más polémica ha originado dentro de la izquierda argentina, y en general entre los investigadores, es la determinación de si la conquista y colonización de América fue una empresa capitalista o feudal. Sin tomar en cuenta las consideraciones de carácter jurídico (que tomadas aisladamente son ajenas al marxismo) según las cuales resulta irrefutable que la Corona consideraba estas tierras como sus feudos y vasallos a sus habitantes, ni las relaciones de producción establecidas por los españoles, que hasta pueden ser catalogadas de semi esclavista, sino, el *objetivo* del sistema económico implantado que, sin duda, era el de percibir ganancias a través de la producción en gran escala para el mercado mundial, no podemos ‘menos que señalar que la empresa fue capitalista. Marx define el feudalismo en sus rasgos básicos: posesión de una pequeña parcela por parte del siervo; pago de tributo al señor; producción e intercambio escasos. El objetivo del feudalismo no fue, evidentemente, la *ganancia*. Por eso definimos como capitalista la conquista y colonización del sur de América, pues aunque no haya originado una sociedad capitalista como Inglaterra, la meta, al igual que en el sur de los Estados Unidos, fue extraer ganancias. Podemos citar el caso de Sudáfrica, con sus minas de oro y diamantes, como un ejemplo similar actual. Los dueños de las minas establecen con las tribus relaciones esclavistas o semi esclavistas, pero las minas de oro son los lugares donde se asienta la paridad dólar-oro en el mundo capitalista. Las minas de Katanga (Congo) son las que mayor beneficio económico brindaron en los últimos diez o quince años, constituyéndose en la empresa capitalista más redituable del mundo. Es secundario si allí las relaciones de producción son capitalistas o tribales, si explotan a obreros, esclavos o vasallos. Lo mismo ocurría en América, donde —como acertadamente dijo Bagú— se daba “una concepción de casta sobre una realidad de clases”. Los españoles, portugueses, ingleses o alemanes, por ejemplo, no fueron al sur de los Estados Unidos a hacer un feudo. Los que se dirigieron al norte de América, en cambio, fueron campesinos que pretendían reproducir una sociedad feudal. Por eso, la colonización del norte de Estados Unidos fue feudalista sin feudalismo, porque los campesinos que allí se radicaron se encontraron sin una clase terrateniente feudal que los quisiera explotar, aunque en algunos casos, como Nueva York, hubiera campesinos con status feudal, y la del sur fue capitalista sin capitalismo, pues la mano de obra estaba formada por esclavos africanos. Por la misma razón, algunos de los grandes

⁹ Vencida la Junta Grande, que era una *representación nacional*, por la conjuración bonaerense del 7 de noviembre de 1811, fueron entregados todos los poderes al Triunvirato porteño. Cúpoles á éste y a la Asamblea del Año Trece el triste honor de abrir franca y totalmente las puertas a la invasión económica extranjera: nueve días después de su creación, el Triunvirato — subsistiendo todavía la Junta— permitió la entrada, libre de derechos, del carbón de piedra europeo, no obstante la industria santafecina de carbón de leña (octubre 2 de 1811, *Registro Oficial*, No 249). En la misma política, el 24 de diciembre se rebajaron en una tercera parte los derechos de aduana que pagaban los géneros extranjeros (*Registro Oficial*, No 276), y el 26 de febrero de 1812 se declaraba libre la introducción de azogues, Maderas y otros productos (*Registro Oficial*, No 294). Finalmente, el 11 de septiembre derogábanse totalmente los derechos de “círculo” que, según la Ordenanza de Cisneros, pagarían los comerciantes extranjeros, así como la contribución obligatoria a comerciantes nacionales (*Registro Oficial*, nos. 361 y 362)” (José María Rosa, *Ob. cit.*, pág. 52.)

Es interesante señalar que de los integrantes del Primer Triunvirato, Paso, Chiclana y Sarratea, el primero y el último pasarían a integrar luego el Partido Federal.

pensadores y políticos de la burguesía mundial que fijaron las bases de las libertades democráticas y burguesas, como los Derechos del Hombre y del Ciudadano, fueron grandes esclavistas del sur de los Estados Unidos.

¿Cómo siendo esclavistas se plantearon la igualdad del hombre ante la ley y una ideología liberal, como Washington por ejemplo? Es un misterio indescifrable para la concepción mecanicista de la historia. Para la concepción dialéctica, en cambio, es sencillo: porque se trataba de una clase capitalista que al encontrarse en el mercado con fuerza de trabajo barata (los esclavos) y al ser sus objetivos las grandes ganancias, hicieron lo mismo que las poderosas sociedades de Londres y Nueva York que hoy en día explotan las minas de Sudáfrica. No podemos decir que dejaron de ser capitalistas porque carecían de obreros, ya que su objetivo, insistimos, era obtener beneficio, que extraían de sus esclavos. Era un capitalismo sin capitalismo, porque fue la negación de una estructura típicamente capitalista y originó una clase que hizo producir desafortadamente a la naturaleza. Recientemente, alemanes y norteamericanos descubrieron que los españoles explotaban a fondo sus minas: en el ochenta por ciento de los yacimientos que esos imperialismos trabajan en la actualidad hay socavones ya tapados hechos por sus antecesores hispánicos. Dinamismo típico del capitalismo, no del feudalismo. No creemos que resulte sorprendente, a esta altura del análisis, la afirmación de que los españoles no hacían un feudo con los indígenas, sino que estaban obsesionados por la producción para el mercado mundial y la ganancia. Veamos el siguiente cuadro:

*Cantidad de plata que entró en Sevilla procedente de América (en ducados)*¹⁰

Período	Para la Corona española	Particulares	Total
1586–1590	9.651.855	18.947.302	28.599.157
1596–1600	13.169.182	28.145.019	41.314.201

Por otra parte, las investigaciones de prestigiosos historiadores como Pirenne han demostrado que en la Europa de la Edad Media se dieron numerosas formas burguesas sobre bases feudales. La falta de mano de obra en abundancia por la traba de los gremios, entre otras cosas, impedía la existencia del ejército industrial de reserva característico del capitalismo moderno. Se puede afirmar, siguiendo asimismo estudios efectuados en la Universidad de Cambridge, que excepto en los siglos IX al XII no existió en Europa ninguna forma feudal pura. Aquí, en Sudamérica, se da una forma muy peculiar, combinada: formas de explotación semi esclavistas más que feudales, porque no hay población suficiente que origine, al igual que en la Europa del Medioevo, un ejército industrial de reserva y posibilite relaciones de producción capitalista.

¹⁰ Earl J. Hamilton, *American Treasr, and the Price Revolution in Spain*, Cambridge, Massachussets, 1934; citado Por J. H. Elliot en *La Europa dividida, 1559–1598*, Bs., As., Siglo XXI, 1973, pág. 57.

CAPÍTULO II EL ROSISMO

La etapa que se abre en el país a partir de 1820 es, tal vez, la más polémica de la historia argentina. Obviamente, el periodo previo al gobierno de Rosas y el de su gobierno propiamente dicho son los que han provocado las más arduas discusiones entre los especialistas de todas las tendencias. Por otra parte, la corriente histórica que se autodefine como “revisionista” se ha detenido especialmente en este periodo, lo que nos obliga a ser más precisos y polémicos en nuestras afirmaciones.

Relaciones comerciales y diplomáticas con el extranjero

Durante esta etapa se produjeron cambios decisivos en el comercio exterior argentino y en las relaciones del país con el extranjero. Por supuesto, desapareció toda influencia española. El vacío dejado por el monopolio español fue ocupado por Inglaterra, que no llegó, sin embargo, a conquistar una situación tan privilegiada como España. Se produjo ya el triángulo que iba a ser casi una constante del comercio exterior argentino: el país que domina o predomina en las exportaciones no las controla en la misma forma. Hubo un cambio, también espectacular, en cuanto a lo que se exportaba: desaparecieron los metales preciosos y su lugar fue ocupado por la carne salada, los cueros y la lana. Exceptuando los cueros, exportación conocida ya bajo el virreinato, las otras dos exportaciones eran nuevas.

Es necesario precisar, o directamente abandonar, una definición propia de la mayor parte de los historiadores marxistas o nacionalistas, el acostumbrado lugar común de asegurar que Inglaterra y Francia ya eran, en esa época, modernas potencias imperialistas¹¹. El imperialismo moderno no se da a principios del siglo XIX sino a fines del mismo (en sus, dos últimas décadas), con una excepción que enseguida analizaremos. Si aceptamos el término imperialismo debemos aceptar que hubo, entonces, tres tipos claramente diferenciados del mismo durante el siglo diecinueve. Hasta el año 1850 predominó el capital comercial; hasta el 1880 el industrial, y recién entonces comenzó el verdadero imperialismo de los grandes monopolios, el capital financiero y las exportaciones de capitales a los países atrasados.

Podemos advertir dos etapas en lo que hace a la relación anglo–argentina en este tramo de la historia argentina. La primera, de 1815 a 1825, exhibe un fenómeno raro que luego se interrumpe abruptamente: aparece capital financiero a través de numerosas inversiones. La originalidad del hecho (no olvidemos que el imperialismo y las exportaciones de capital recién se dieron en forma masiva a partir de 1880) influyó para que pasara inadvertido a numerosos historiadores. (hacia 1815 se produjo una extraordinaria disposición de capitales en la City londinense, que por la especial situación político–militar del Viejo Continente (guerra con Napoleón) no encontraban allí posibilidades de inversión. En consecuencia, esta situación se prolongó hasta 1825

¹¹ “Tras el imperialismo mercantil llega el financiero en forma de exportación de capitales o control de los capitales nativos. Lenin habla de él como etapa iniciada a fines del siglo XIX porque entonces se desenvolvería ininterrumpidamente y en gran escala. Pero desde el segundo decenio del siglo pasado hay en Hispanoamérica una penetración de capitales ingleses en forma de monopolios bancarios, empréstitos, empresas colonizadoras mineras, etcétera [...]” (José María Rosa, *Rivadavia y el imperialismo financiero*, Bs. As., Peña–Lillo, 1969, pág. 185.)

aproximadamente. Latinoamérica fue centro de importantes inversiones de capital, proceso éste estudiado, entre otros, por el economista Tougan Baranowsky. Mientras la prensa inglesa exaltaba las riquezas de América para estimular las inversiones, una verdadera fiebre se apoderó de “príncipes, aristócratas, políticos, funcionarios, abogados, médicos, poetas, eclesiásticos, filósofos, jóvenes, mujeres casadas y viudas, que se precipitaron a colocar su dinero en empresas de las que nada conocían, a no ser el nombre”.¹² El flujo de capitales hacia el Nuevo Continente se frustró, no obstante, por dos factores paralelos: la quiebra de las fantásticas empresas iniciadas en varias regiones americanas y la apertura del mercado europeo a las inversiones y mercancías inglesas tras la definitiva derrota de Napoleón Bonaparte y el comienzo del desarrollo del capitalismo en Europa.¹³ Esta, junto con Estados Unidos, se iba a transformar en el principal centro de atracción para el comercio y las finanzas inglesas.

La segunda etapa, de 1825 a 1850, presenta el desarrollo de un imperialismo capitalista de carácter comercial, no industrial. Es decir, el principal afán de los grandes capitalistas ingleses no era todavía invertir o vender grandes volúmenes —la revolución industrial era muy débil y recién adquirió impulso en la década de 1850— sino controlar el comercio de cada país.

La Argentina, ligada estrechamente al mercado mundial, se abastecía de la mayor parte de los productos industriales, principalmente textiles, en Inglaterra. El amigo de Rosas, Sir Woodbine Parish, escribía en 1838: “Tómense todas las piezas de su ropa; examínese todo lo que le rodea; y exceptuando lo que sea cuero, ¿qué cosa habrá que no sea inglesa? Si su mujer tiene una pollera hay diez probabilidades contra una de que será manufacturada en Manchester. La caldera de ella en que cocina su comida, la taza de loza ordinaria en la que come, su cuchillo, sus espuelas, el freno, el poncho que lo cubre, todos son efectos llevados de Inglaterra”¹⁴.

Para completar el cuadro de nuestras importaciones, cabría añadir que “Alemania predominaba en el ramo de ferretería; que la harina y las maderas eran casi exclusivamente suministradas por los norteamericanos; que Brasil nos abastecía de azúcar, yerba mate, ron, arroz, café y algunos artículos textiles, de los cuales buena proporción eran exportaciones procedentes de la India”¹⁵.

El desarrollo capitalista francés hizo que, poco a poco, éste comenzara a penetrar en el Río de la Plata y que se produjera una seria competencia entre ambos colosos, que tenía como eje dos puertos: Montevideo, centro del comercio francés, y Buenos Aires, del británico. No es de sorprender, entonces, que un agudo observador inglés haya afirmado que “todo mejoramiento que se haga en nuestras maquinarias de la patria y que se traduzca en reducciones del precio de estas manufacturas contribuye (y tal vez no sepamos hasta qué punto) a crear el bienestar entre las clases más pobres de estos remotos países y tiende a perpetuar nuestro dominio sobre sus

¹² Tougan Baranowsky. *Las crisis industriales en Inglaterra*. Citado por José María Rosa en *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, Pág. 98. Creemos haber sido los primeros en citar a Tougan Baranowsky para demostrar nuestras tesis en las distintas facultades en las que hemos dictado conferencias en los últimos diez años.

¹³ “El globo hinchado estalló a fines de 1825: justamente cuando Rivadavia, lleno de impulso británico, se preparaba a asumir la presidencia de la República. En octubre de ese año, cinco bancos de Londres liquidaron, Y entre diciembre y enero del 26, setenta se declararon en cesación de pagos.” (José María Rosa, *Ob. cit.*, pág. 101)

¹⁴ Sir Woodbine Parish, *Buenos Ayres and the Provinces of the Río de La Plata*, Londres, 1839, pág. 367.

¹⁵ Ferns, *Ob. cit.*, pág. 92.

mercados”¹⁶.

Las exportaciones aumentan en forma considerable durante la década de 1820, para disminuir su ritmo de crecimiento posteriormente, hasta estabilizarse en las cifras de la década anterior.

*Exportaciones de Buenos Aires, excluidos metales y dinero*¹⁷

Productos	1822	1829	1830
Cueros (vacunos, yeguarizos, chinchilla, lanares y otros)	2.849	3.728	3.616
Tasajo	351	330	446
Astas y cerdas	161	200	237
Lana	33	30	329
Varios	147	189	331
Totales	3.541	4.477	4.959

Entre 1836 y 1850 decayó el tasajo; la lana aumentó de 1.812 toneladas en 1837 a 7.681 en 1850.

El tasajo se exportaba a Brasil y Cuba para el consumo de los esclavos; no se dependía para su transporte de los mercantes extranjeros, ya que el país tenía sus propios buques. Es que “para no depender del transporte británico, así como para acarrear la sal necesaria desde el puerto de Patagones, los saladeristas poseían o fletaban pequeñas goletas o sumacas (la más importante era la ‘Concepción’ de Roxas y Patrón) que traían la sal del sur y llevaban tasajo a Montevideo y Brasil”¹⁸. Otras exportaciones, como los cueros y lanas, iban a Europa, principalmente a Inglaterra, y eran controladas por comerciantes ingleses.

Este predominio inglés en el comercio exterior argentino bajo Rosas se reflejó en el terreno diplomático; hasta echar una ojeada a los documentos oficiales del propio *Foreign Office*. El 25 de agosto de 1838, en plena época de Rosas, el ministerio inglés se permitía comentar que “al romper con el almirante francés Le Blanc, Rosas se había arrojado, en brazos de su amigo Mandeville (representante inglés) quedando la ocupación de las Malvinas, ocurrida en 1832, completamente relegada al olvido. El gobierno se apartó de la política llevada hasta entonces, para recalcar, tanto en privado como en público, que las operaciones francesas constituían en realidad un ataque a la posición privilegiada británica y que el éxito de las mismas significaría la caída del partido favorable a Inglaterra.”¹⁹ Corrían los días en que Rosas bloqueaba el puerto de Montevideo y provocaba la desesperación de las potencias europeas ante la perturbación que dicho bloqueo (que apuntaba contra Rivera, amigo y protegido de los franceses) causaba al tráfico comercial con el Río de la Plata. También por entonces, a pesar de las desavenencias momentáneas con los ingleses, que instaban a Rosas a terminar el conflicto con Rivera, el mismo Mandeville, informando al *Foreign Office*, decía que Rosas había reiterado su aprobación al convenio comercial anglo-argentino de 1825 y que consideraba a Inglaterra nación privilegiada (

¹⁶ Woodbine Parish, *Buenos Ayres and the Provinces of the Río de La Plata*, pág. 362.

¹⁷ Fuente: Latzina, citado por Horacio Giberti en *Historia económica de la ganadería argentina*, Bs. As., Raigal, 1954.

¹⁸ José María Rosa, *Ob. cit.*, pág. 61

¹⁹ John F. Cady, *Foreign Intervention in the Río de la Plata*, Filadelfia, 1929, pág. 84.

“la considero el baluarte de nuestra independencia”²⁰. Cuatro años más tarde, Mandeville le proponía a Rosas la mediación conjunta de Inglaterra y Francia para terminar la guerra contra Rivera. La discusión no parecía llegar a buen puerto. “Le hablé, entonces —informó Mandeville— en mi carácter oficial de ministro británico y *en mi condición privada de amigo*”²¹. Podríamos continuar con el análisis de distintos documentos de la *Foreign Office* para arribar a la conclusión de que la influencia británica en nuestra política exterior e interior fue decisiva durante el gobierno de Rosas. Años después de las entrevistas entre Rosas y Mandeville, al decaer la estrella del Restaurador, la actitud de los ingleses hacia su persona no fue precisamente hostil.²² Es que en Inglaterra se “comprendía” perfectamente la actitud del elenco rosista, igual que antes se había comprendido a Rivadavia. Como los ingleses tenían un pacto a escala mundial con el capitalismo francés, por el cual se repartían el mundo bajo cuerda, y a veces públicamente, a través de presentaciones oficiales, se defendió a Rosas enfrentando a Francia. El bloqueo de los ríos y del puerto de Montevideo, la furiosa réplica francesa al gobierno de Buenos Aires —una especie de contrabloqueo— y la actitud contemporizadora de los ingleses, patentizan el dominio británico sobre la política argentina. Buenos Aires era el puerto del comerciό inglés en lo que respecta a las importaciones, mientras que Montevideo lo era del francés; eso era lo primordial para el gobierno de Su Majestad, defensor sistemático de Rosas. Además, la ratificación del pacto firmado por Rivadavia y, fundamentalmente, la entrega de hecho de Las Malvinas le habían granjeado fuertes simpatías al hombre de Palermo.

José María Rosa, al no comprender las etapas del desarrollo económico inglés, es incapaz de captar las relaciones del Reino Unido con Rivadavia y Rosas. Los dos son sus agentes incondicionales, pero de dos épocas distintas: Rivadavia de la corta etapa financiera, Rosas de la larga etapa de dominio comercial británico del puerto de Buenos Aires. Debido a ello cae en el ridículo de creer que un agente de primera de los británicos, como el ex cónsul inglés Sir Woodbine Parish, que ocupó la función de asesorar al gobierno inglés sobre los asuntos argentinos desde 1833 hasta su muerte en 1882, fue homenajeado por Rosas para “tener propicio al influyente asesor del Foreign” y para que, como “hombre agradecido”, fuera “un constante defensor dentro del Foreign de la Confederación Argentina y de su jefe”²³. Esta es la curiosa explicación de las atenciones de Rosas para con el agente inglés. Entre otras la autorización para usar el escudo argentino como “blasón de familia”. Hay que ser muy ingenuo para creer que Rosas transformó en su servidor, gracias a “gauchadas” y honores, a un renombrado agente inglés, que sirvió más de sesenta años al *Foreign*. La verdadera explicación es mucho más simple: Rosas era el gran defensor del capital comercial británico en Buenos Aires, lo que se reflejaba en sus amistades personales y diplomáticas. Mandeville y Parish fueron sus grandes amigos, porque él lo era de Gran Bretaña.

²⁰ *Idem.* pág. 84 (Foreign Office, 6/64, de Mandeville a Palmerston. 25/8/1838).

²¹ Carta de Mandeville a Aberdeen del 7/7/1842. (Citado por Ferns, *Ob. cit.*, Pág. 262. (La bastardilla es nuestra. N. M.)

²² “No es sensato juzgar con ligereza los motivos de un hombre que ha descubierto la manera de gobernar a uno de los pueblos más turbulentos e inquietos del mundo y que lo ha hecho con tal éxito que, aunque existan muchos motivos de queja y no poco descontento, cualquier hombre del país consideraría la muerte o aun la caída de Rosas como la calamidad más negra. Tal hecho sería ciertamente la señal de desorden y de luchas intestinas que reducirían el país a la miseria.” (Foreign Office, Southern a Palmerston, 10/1/1851.)

²³ José María Rosa, *Rivadavia y el imperialismo financiero*, págs. 31–32.

Desarrollo de las fuerzas productivas

Ya hemos mencionado que la rama de producción más importante del Virreinato del Río de la Plata fueron las minas del Alto Perú, que, al entrar en decadencia, iban siendo suplantadas por los cueros. A partir de la independencia se produjo una verdadera revolución en el desarrollo de las fuerzas productivas del litoral, como consecuencia de cuatro innovaciones: el saladero, la salazón y envenenamiento con arsénico de los cueros, el desarrollo del ovino y el balde volcador. Contradictoriamente, en el interior del país se produjo una decadencia y crisis económica crónica, debido a la importación de las mercaderías extranjeras.

De las cuatro innovaciones mencionadas, la más importante es el saladero. Eran establecimientos manufactureros que empleaban varias decenas de trabajadores.²⁴

Poco después de instalada la Primera Junta se fundó el primer saladero, por obra de los ciudadanos ingleses Staples y McNeile. Según este último, “algunos días después del establecimiento de aquel Gobierno, mi socio, D. Roberto Staples, consultó con varios miembros de él, y particularmente con D. Juan Larrea, sobre la planificación de la fábrica de que se habla, y todos le aseguraron que nada podría cuadrar mejor con sus deseos de atraer a este país las artes útiles, que una manufactura semejante, y para formarla podría contar con la más decidida protección del gobierno.”²⁵ El establecimiento tuvo un gran desarrollo y “en 1812 ocupaba casi sesenta hombres, entre ellos ocho toneleros, dos carpinteros y cuatro peones traídos especialmente de Europa”.²⁶

El gran desarrollo del saladero se produjo después de 1815, cuando Rosas fundó en sociedad con Terrero “Las Higuieritas”, aparentemente en Monte Chingolo, Lanús. “Las pingües ganancias del establecimiento, atribuibles en buena parte a la eficaz labor del socio Luis Dorrego, hermano del coronel, provocan la instalación de muchos otros en sus vecindades: Pedro Trapani abrió el suyo sobre la Ensenada de Barragán; a orillas del Riachuelo se instalaron Miguel Irigoyen, Mariano Durán, José Caizena, Jorge Zemborain y Pedro Capdevila; llegaron por lo menos a catorce, todos más o menos estrechamente vinculados de grado o por fuerza a la firma Rosas, Terrero y Cía.”²⁷

La organización del trabajo no por simple dejó de ser revolucionaria para la época. “Los animales pasaban de un corral grande a uno chico en forma circular —el brete— donde no caben más de

²⁴ José María Rosa, que parece encontrar rasgos humanitarios insospechados en el feudalismo, da esta versión sobre los establecimientos rosistas: “En sus estancias el *gringo* era bien recibido, pero a condición de trabajar a lo *criollo*; con lealtad hacia el patrón y los compañeros y sin hacerles asco a las jornadas duras. Trabajo que ha sido llamado despectivamente ‘feudal’, y que realmente se encuentra más cerca de la economía medieval —con su patrón y sus Peones formando una verdadera unidad, fundada en la ayuda y el respeto mutuo— que de la ‘capitalista’, donde patrones y obreros son entidades distintas y opuestas, vinculadas apenas por las necesidades imprescindibles de, trabajo y salario. ¡Notables establecimientos aquellos contruidos sobre el modelo de ‘Los Cerrillos’ y ajustados a las ‘Instrucciones para la administración de estancias’, cuyos peones coreaban el rosario rezado por su patrón o se iban tras de él en una patriada a restaurar las leyes! Allí no se preguntaba a nadie, de dónde venía, pero podía quedarse si mostraba condiciones de trabajo y lealtad. No había lugar para vagos ni enredadores: ¡Ni cuzcos ladradores ni doctores!, decían las mencionadas ‘Instrucciones’.” (J. M. Rosa, *Ob. cit.*, pág. 107.)

²⁵ Alfredo J. Montoya, *El primer saladero en la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires y La Pampa. XIX, págs. 11 y 12, citado en Horacio C. Giberti, *Historia económica...*

²⁶ Horacio C. Giberti, *Ob. cit.*, pág. 77.

²⁷ *Idem*, pág. 78.

diez vacunos; un peón parado en la plataforma que circunda la pared exterior del corral enlaza el animal elegido y lo alza por medio de una roldana; una vez sujeto, el desnucador lo mata de una cuchillada. Cae la res sobre una vagoneta que sale del brete por compuerta especial, y finaliza la matanza, de gran celeridad, pues tardan pocas horas para sacrificar mil o dos mil vacunos”.

“Viene luego el proceso industrial. Un vagón lleva al animal muerto a la playa, lugar techado y de piso firme, donde se hace el degüello y cuereada. La carne se troza en tiras largas de unos cuatro centímetros de espesor, que previa oreada de hora y media van a depósitos de salmuera, por breve tiempo. Después que escurrió el exceso de líquido, se apilan las tiras sobre bases de astas en camadas que llegan a cuatro metros; entre camadas van capas de sal. Cuarenta o cincuenta días más tarde está listo el tasajo, pero en el lapso deben deshacerse y volver a armar las pilas, luego de asoleadas, unas diez veces. Para exportarlo, el tasajo se cargaba a granel en las bodegas de los barcos, sin ninguna clase de envase”.²⁸

La salazón de las carnes va acompañada por la industrialización de las grasas, “que se hacía por medio de tinas con agua hirviendo donde iban a parar huesos, sebo y todas las partes del animal no utilizadas para tasajo”.²⁹

Junto con la industrialización de las carnes surge la de los cueros. Hasta poco antes del saladero los cueros se secaban al sol, siendo fácil pasto de las polillas. Con la salazón y el envenenamiento del cuero con arsénico, que se empezó a hacer aproximadamente en el año 1816, se logró un producto de mejor calidad.

La valoración del ganado que trajo aparejada el saladero fue un aliciente para mejorar las estancias, superando el más grave problema que éstas afrontaban: la falta de agua. Buenos Aires tenía que organizarse alrededor de una aguada natural, donde bajara el ganado a beber. Gracias al invento del balde voleador se pudo lograr la formación de aguadas artificiales. “Lanuza, un español, lanza en 1823 el balde sin fondo que permite a una sola persona, sin bajar del caballo, extraer agua y volcarla en un tanque.”³⁰

Las aguadas artificiales permitieron la ocupación de todos los campos en un radio de doscientos cincuenta kilómetros alrededor de Buenos Aires y el surgimiento de una nueva rama ganadera, la lanar. Esta nueva rama, a su vez, provocó una nueva organización de la estancia.

En el Virreinato del Río de la Plata había ovinos de pésima calidad, ya que España impedía la importación de merinos de la Madre Patria y no dejaba que se exportaran lanas. Después de la independencia, la baja calidad imposibilitaba, por su parte, la exportación a los mercados europeos o norteamericanos. A partir de la Revolución de Mayo se comenzó la importación de ganado fino para mejorar la producción de lana exportable. En 1813 entró un primer plantel de ovejas merinas. Con esos animales se fundó la primera cabaña. En 1821 el establecimiento ya tenía novecientas cabezas. Un incendio prácticamente lo liquidó y, al fin, su último dueño lo cerró en 1829. Después de otros intentos, en 1824 se fundó en San Vicente la cabaña “Tres amigos”, conocida entre el vecindario como “Los Galpones”. “Surgieron corrales, bretes, cercos de fosos y,

²⁸ *Idem*, pág. 84.

²⁹ *Idem*, pág. 84.

³⁰ *Idem*, pág. 82.

algo inaudito para una época en que sólo mujeres vivían bajo techo, galpones para albergar las majadas finas.”³¹

A partir de entonces la cría de ovejas tiene un desarrollo espectacular, como lo demuestra el hecho de que en 1836 se importaran 4.200 ovejas de raza para mestizaje. “Para la época del bloque anglofrancés, el periódico *El Nacional* indicaba que 4.000 irlandeses, 19 ingleses y 23 escoceses poseían majadas. Mac Cann, viajero inglés que recorriera nuestro país en esa época, habla de una firma británica que poseía en Entre Ríos, más de 36.000 hectáreas y cargaba directamente su lana a Europa..”³² “Aceptando una producción media de 1,5 Kg. por animal, las exportaciones de 1832 requerirían 250.000 ovejas, las correspondientes a 1837 representarían 1.200.000 cabezas y las registradas en 1850 demandarían más de 5.000.000.”³³

Como una consecuencia colateral de este desarrollo, en la provincia surgen los bancos y el papel moneda por un lado, y una flota, mercante por el otro.

Relaciones de producción: unitarios y federales

En el capítulo anterior hemos insistido en que hay una constante en nuestra historia latinoamericana y argentina: la disputa entre los importadores–comerciantes y los productores (principalmente exportadores). En esta etapa la lucha entre esos dos sectores adquiere una extrema virulencia y se manifiesta políticamente en la creación de dos grandes partidos, unitarios y federales, expresión política de esos dos grandes grupos burgueses.

Las diferencias políticas son insalvables porque sus intereses se contraponen. Para los federales de la provincia de Buenos Aires el principal interés es pacificar el campo, asediado por los indios, y conquistarles sus tierras para desarrollar su producción ganadera. Los federales del Litoral tenían una política parecida, aunque chocaban con los de Buenos Aires por el monopolio del puerto que éstos ejercían. Los del interior defendían con uñas y dientes su producción artesanal de la invasión de las mercaderías extranjeras.

La burguesía comercial tenía un solo objetivo: unificar férreamente el país, liquidar las aduanas interiores para facilitar el comercio, eliminando toda rémora o impedimento a la libre circulación de las mercaderías.

Esquemáticamente, éstos son los dos grandes agrupamientos que estudiaremos con mayor detalle en los puntos que siguen de este capítulo.

Los unitarios

La burguesía comercial sufrió serios desgarramientos y desplazamientos durante la Guerra de la Independencia. La oligarquía comercial criolla que apoyó la independencia, cuyos máximos representantes en Buenos Aires fueron el suegro de San Martín y el tío de Alvear, fue desplazada indirectamente por los agentes del Reino Unido o directamente por los comerciantes ingleses.

³¹ *Idem*, pág. 99.

³² *Idem*, pág. 101.

³³ *Idem*, pág. 103.

Esta es la verdadera explicación de dos fenómenos políticos aparentemente paradójicos: el acuerdo o simpatía de muchos hombres de Mayo con Rosas y la política del general Paz, representante de la oligarquía comercial del interior, que era independiente de los unitarios de Buenos Aires.

Los comerciantes nativos harían oír sus protestas contra el predominio inglés de diferentes formas, y un sector desplazado iba a terminar pactando con Rosas, aunque, desde el gobierno, Rosas después protegió a los ingleses. La amplia mayoría, entonces, se iba a ofrecer como intermediario al imperialismo comercial francés asentado en Montevideo. Esta disputa de la oligarquía comercial porteña con los ingleses se reflejó en la prensa de la época. El periódico *El Censor*, por ejemplo, afirmaba el 5 de septiembre de 1815 con respecto al predominio de los ingleses en esta plaza: “Se ha observado en estos días el descontento de los comerciantes de esta capital respecto al comercio extranjero, que traspasando los límites que se le permitieron en su admisión a estos puertos, se apodera progresivamente de todas las utilidades que brinda este territorio, siendo un obstáculo perjudicial al saludable movimiento que pudiera circular en beneficio del país”. El clamor de los comerciantes argentinos llegaba a la presentación de petitorios a las autoridades, los cuales, sin embargo, rara vez eran atendidos.

Rivadavia: agente de las inversiones inglesas

Es indispensable que no nos olvidemos ni por un instante de que Gran Bretaña atraviesa por dos etapas económicas, la financiera y la comercial. La existencia de esas dos etapas explica que tanto Rivadavia, un unitario, como Rosas, el jefe del federalismo de la provincia de Buenos Aires, hayan sido sirvientes, prácticamente incondicionales, de los ingleses. También así se explica el motivo por el cual sectores de la vieja oligarquía comercial, que ya no eran protegidos más que en el otorgamiento de puestos, pactaran con Rosas, ya que durante la década de 1820 sus principales enemigos fueron Rivadavia y el Partido Unitario, que los condenaban a desaparecer por la penetración inglesa.

Dentro de la burguesía comercial, el carácter financiero que va adquiriendo el imperialismo británico se manifiesta en el hecho de que surgen los frigerios y los alsogaray de aquella época. Por haber capital financiero hay “comisionistas”, que representan a los inversionistas de la City. El gran político inversor, el verdadero Frigerio de esos años, es Rivadavia. La meta de Rivadavia era “hacer nacer en Buenos Aires un estado liberal, democrático, secular y civilizado en su estructura exterior como los Estados Unidos. y en cuanto a la concentración de la autoridad y a la actividad financiera y mercantil, tan fuerte y positivo como Gran Bretaña”. El medio con el que Rivadavia contaba para llegar a ese fin era una política financiera que, lo mismo que la de Hamilton, tendiera a reunir y concentrar. en apoyo del estado los intereses *de los acreedores, tanto internos como extranjeros*.³⁴ La fiebre inversionista de Rivadavia llegó a un punto tan exagerado que preocupó al propio imperio británico y a los sectores comerciales no financieros del mismo. La correspondencia diplomática nos brinda verdaderas perlas, como la carta de Canning a su representante en el Río de la Plata del 26 de septiembre de 1825, en la que alerta sobre ese grupo encabezado por Rivadavia al servicio de ciertos intereses financieros del imperio: “Más de una vez he observado en Mr. Rivadavia una inclinación a reclamar como derecho lo que

³⁴ Ferns, *Ob. cit.*, pág. 111

sólo puede propiamente solicitarse como favor. Creo que Mr. Rivadavia abandonó Londres antes de que se me entregara el informe de Lord Strangford. Pero, en ningún caso se lo hubiera mostrado a Mr. Rivadavia en este país, sabiendo que estaba a punto de salir para Buenos Aires. Mientras permaneció aquí, Mr. Rivadavia *estuvo en constante relación con establecimientos comerciales de este país, establecimientos muy respetables pero que, sin embargo, están integrados por personas profundamente interesadas en la fluctuación de los asuntos comerciales*. Deseo que no pierda oportunidad de convencer a Mr. García de lo inconveniente que resulta que el gobierno de Buenos Aires ponga la gestión de sus asuntos en manos de cualquier persona en semejante situación. Confío en que el Ministro que elija Mr. García para residir en esta Corte recibirá instrucciones para evitar tales relaciones. Es absolutamente necesario para el prestigio del Gobierno evitar toda comunicación que pueda influir, o que pueda suponer que influya, en las transacciones comerciales de la Metrópoli, y no ocultará usted a Mr. García que me sería muy difícil mantener cualquier relación confidencial sobre asuntos políticos con un Ministro extranjero cuyas circunstancias fueran *tales como para motivar sospechas aparentemente fundadas de que estuviese interesado en el bienestar de cualquier establecimiento comercial particular*”³⁵. A tanto había llegado la cosa ... indudablemente, esto va en contra de la famosa leyenda sobre la probidad y honestidad de Rivadavia; también descubre el manto piadoso que algunos historiadores tendieron sobre su gestión, alegando que “había muerto en la indigencia”. Las últimas investigaciones privadas han probado que Rivadavia cobraba importantes comisiones por las inversiones extranjeras, las que depositaba en la gran casa comercial Lezica. Si quedó en determinado momento en mala situación económica fue Porque Lezica quebró después de 1830, a raíz de que el imperialismo británico abandonó el curso financiero iniciado con el boom londinense. Este cambio de Inglaterra —no hacer más inversiones— llevó a la bancarrota financiera a los dirigentes y al desastre de la política de los unitarios, que se habían pasado con armas y bagaje a la penetración financiera inglesa.³⁶ Entre los beneficios más jugosos que percibió Rivadavia por su gestión como intermediario entre el gobierno argentino y los inversores ingleses, podemos citar su cargo de Presidente del Consejo de Administración (President of the Board of Management) de la River Plate Mining Association, empresa dedicada a explotar las riquezas de las minas de Famatina, con un sueldo de mil doscientas libras. La Mining adquirió la concesión del monopolio minero del Río de la Plata, sonado escándalo, pagando treinta y cinco mil libras a Hullet Brothers agentes financieros de Rivadavia en Londres³⁷.

Este grupo que controlaban los unitarios, sólidamente estructurado en el país, giraba en torno a la fundación del Banco de la Provincia, y Posteriormente del Banco Nacional, ambos creados por esta oligarquía financiera. La primera institución se estableció por iniciativa directa de la

³⁵ C. K. Webster, *Gran Bretaña y la independencia de América Latina, 1812–1830*, (Bs. As., Kraft, 1914), carta de George Canning a Woodbine Parish, Fomign Office, 617, septiembre 26 de 1825, págs. 181 y 182

³⁶ [...] Rivadavia siempre fue de sólida fortuna, por herencia, por matrimonio y por su trabajo personal; poseía, en 1832, tres casas en el centro de la ciudad, una casa quinta de dos manzanas en el barrio de La Concepción, tierras en la Banda Oriental, acciones en la *Sociedad Rural Argentina*, el *Banco Nacional* y otras empresas (fuera de la *Mining*), y títulos públicos en paquetes considerables. No murió pobre, pese a que la quiebra de la casa Lezica le llevaría mucho dinero (entre ellas las tres mil libras y sus intereses al 14%): el inventario de su testamentaría, abierta en 1851 en Buenos Aires, lo presenta dueño de sus cuatro casas, con dinero y acciones depositados en Río de Janeiro, París, Montevideo y Cádiz. Poco antes de morir se había jactado de “*no deber un maravedí a nadie*” en carta transcrita por Picirilli. La nómina de sus muebles en Cádiz (carruajes de lujo, menajería de plata cubiertos de ébano y oro, lencería de Holanda) [...]” (José María Rosa, *Rivadavia y el imperialismo financiero*, págs. 179–180.)

³⁷ José María Rosa. *Defensa y pérdida*, Págs. 88–89

comunidad económica británica de Buenos Aires y estaba controlada y dirigida por la misma. Basta con ver la lista de los directores: Cartwright, Brittain, Bayley, Thwaites, Robertson, etcétera, quienes tenían en su poder la mitad de la deuda pública de la provincia.³⁸ El Banco de la Provincia fue el que tuvo en sus manos la emisión de billetes y la regulación del crédito y la economía bonaerenses. En distintos congresos se hizo la denuncia, e incluso al crearse el citado banco uno de los comerciantes argentinos propuesto para el directorio no aceptó el cargo porque consideraba que la institución era vista por el pueblo de Buenos Aires como “agente de los capitales británicos”. En ese mismo año 1822, algunos de los teóricos del sector (Manuel Antonio de Castro, por ejemplo) señalaban que eran conscientes de que se los acusaba de ser representantes de la oligarquía del dinero, y que, en realidad, era cierto y estaba orgulloso de que así fuera “porque siempre debería existir una aristocracia, una oligarquía, y que la repudiable era la oligarquía de la sangre, pero no la del dinero, que era progresiva”. Era el pensamiento de los unitarios que detentaban el poder y de su jefe Rivadavia durante la década de dominio del capital financiero inglés.

Enfiteusis

Historiadores liberales, y hasta “socialistas” como Alfredo Palacios, han tratado de demostrar el “progresismo” de Rivadavia poniendo como ejemplo la famosa Ley de Enfiteusis. Según esos autores, Rivadavia habría buscado cercenar la influencia de los terratenientes y lograr una colonización agraria masiva, impidiendo el reparto de las tierras entre los primeros y afirmando la propiedad del estado. Las exhaustivas investigaciones que sobre el tema han hecho historiadores como el ingeniero Emilio Coni, entre otros, han puesto las cosas en su verdadero lugar: Rivadavia no luchó contra los terratenientes ni impulsó la colonización agraria, Actuó como lo que era, es decir, agente de los capitales financieros que querían colonizar el país y que nos habían efectuado préstamos leoninos. Para garantizar las deudas, precisamente, hipotecó las tierras públicas —la casi totalidad de las tierras de la provincia de Buenos Aires en aquella época— a esos prestamistas extranjeros.³⁹ La única forma de mantener la garantía de esa hipoteca era promulgar una ley por la cual las tierras públicas siguieran siendo propiedad del estado y no se repartieran.⁴⁰ La Ley de Enfiteusis, dictada por el Congreso Nacional el 18 de mayo de 1826, simple e ingeniosa medida adoptada como garantía para los prestamistas, no fue acompañada de ninguna

³⁸ Hay distintas estimaciones sobre el número de súbditos ingleses que vivían en Buenos Aires. Según Parish, “de los 4.022 súbditos británicos registrados en 1831, 1.422 eran mujeres y niños. Los comerciantes y amanuenses alcanzaban sólo a 466, de las 2.650 personas que tenían ingresos. Pero la fortuna e influencia de aquellos estaba fuera de toda proporción respecto a su número. Ciento noventa y tres eran tenderos”. (Ferns, *Ob. cit.*, pág. 88) Mulhall, en cambio, estimaba la población inglesa en Buenos Aires en 1823 en tres mil quinientas personas. (*The English in South America*, Bs. As., 1878.)

³⁹ Jacinto Oddone, en su conocida obra *La burguesía terrateniente argentina*, dice que Rivadavia trataba de “evitar que pasara al dominio privado un valor de gran necesidad para los intereses nacionales”. (*Ob. cit.* Bs. As., 1936, pág. 65.)

⁴⁰ Por el artículo 20 de la ley dictada el 30 de octubre de 1821 se establecía que los *certificados de fondos públicos*, emitidos para canjear por valor de más de un millón y medio de pesos, gozarían de la garantía de una hipoteca “sobre toda la propiedad mueble e inmueble de la provincia”. La mitad de los certificados de *fondos públicos* estaban en manos de comerciantes ingleses. El resto lo poseían funcionarios del gobierno y comerciantes “amigos” de la administración. El propio Rivadavia tenía una suma importante invertida en los mismos. El 1 de julio de 1822 se pusieron las tierras en enfiteusis y el 27 de septiembre de 1824 se fijó el *mínimo* a entregarse, que era de media legua de frente por legua y media de fondo. En mayo de 1825 se reglamentó el régimen de enfiteusis, instituyendo en diez años el periodo de arrendamiento de las tierras.

otra contra los terratenientes y en favor de posibles colonos o campesinos. Por la misma se establecía en veinte años la extensión de las concesiones, tasándose las mismas cada diez. Se otorgaban facilidades para el pago del canon y no se decía nada acerca del máximo a darse ni de la obligación del enfiteuta de poblar la tierra. Por el contrario, la ley permitía la entrega de tierras en usufructo en cantidades prácticamente ilimitadas. En la sesión de la legislatura del 11 de mayo de 1826, el diputado Paso reprochó al ministro Agüero que no se fijaran límites para la cantidad de tierras a entregar. El funcionario aceptó que “hubiera ciudadanos que tuvieran en enfiteusis extensiones inmensas y todas yermas en perjuicio de la población” pero, a su juicio “ el canon movable corregiría el abuso”.⁴¹ Lo cierto es que la ley fue la base de la posterior propiedad territorial, ya que se entregaron en usufructo, a las que luego serían las grandes familias de terratenientes, extensiones inmensas. Al respecto, Emilio Coni, en su notable trabajo sobre el tema, *La verdad sobre la enfiteusis de Rivadavia*, afirma que la ley dio lugar a un gran agio, lo cual se prueba, entre otras cosas, por las 18.400 leguas repartidas entre sólo ochenta y siete enfiteutas amigos del gobierno. Además, la “River Plate Agricultural Association”, creada para traer inmigrantes europeos a quienes se les otorgaría tierras en enfiteusis, produjo una interesante repartija de acciones entre los amigos de Rivadavia (Beurnont, Lezica, Castro) quienes las revendieron obteniendo pingües beneficios. Muchos inmigrantes no ocupaban sus tierras, las que, entonces, quedaban en manos de la “Agricultural” para ser revendidas. Sendiosa, Frías, Miller, Díaz Vélez, Facundo Quiroga, Costa, Tomás de Anchorena, etcétera, fueron algunos de los beneficiarios de la ley. La propia “Sociedad Rural Argentina” se creó para explotar la enfiteusis. José María Rosa (*Rivadavia y el imperialismo financiero*, pág. 113) aclara que no se trata de la actual entidad, aunque “el último presidente de la anterior será también el primero de la actual”. Evidentemente, algo tuvo que ver la enfiteusis con la formación de la actual oligarquía terrateniente.

El gobierno de Dorrego tuvo una política más realista en la aplicación de la ley, estableciendo la cantidad de doce leguas como máximo por concesión (1 legua = 5.572,7 metros). Trató, así, de frenar la irresponsable distribución de la administración rivadaviana.

La independencia uruguaya

Una de las más grandes infamias políticas perpetradas por la burguesía comercial porteña fue la independencia uruguaya. Los autores nacionalistas lo han puntualizado, pero ligándolo a la influencia británica y brasilera. Planteado así, se diluyen un tanto las responsabilidades históricas. Es la oligarquía comercial argentina la principal culpable, así como la burguesía ganadera uruguaya, por el contrario, es la que impulsa la unidad en una sola república federal. Recordemos que en 1821 Brasil se transformó en un estado independiente (Grito de Ipiranga) y la Banda Oriental quedó en el imperio como Provincia Cisplatina. Buenos Aires se opuso, aunque tíbicamente, a la política expansionista de Pedro I. En realidad, los ingleses, verdaderos instigadores de la política brasileña, aspiraban a que el Uruguay se convirtiera en un “estado-tapón” independiente de los países en pugna. Se iniciaron las hostilidades y tras el bloqueo del puerto de Buenos Aires por el almirante brasileño Lobo la guerra se profundizó. Dentro del territorio uruguayo, mientras tanto, un grupo de patriotas al mando de Lavalleja consiguió repetidos triunfos contra los invasores y declaró en Florida, el 25 de agosto de 1825, que “el voto

⁴¹ Sesión del 11 de mayo de 1826 (citado por J. M. Rosa en *Rivadavia y el...*, Pág. 116).

general decidido y constante de la provincia Oriental es por la unidad con las demás provincias argentinas a que siempre perteneció por los vínculos más sagrados que el mundo conoce”.⁴²

En los días de Mayo había sido la burguesía ganadera uruguaya, con su líder Artigas a la cabeza, quien realizó denodados esfuerzos por impedir la ruptura a que la incitaban los prohombres de Buenos Aires. En carta al gobernador de Corrientes, José de Silva, el caudillo oriental expresará su amargura: “Buenos Aires hasta aquí ha engañado al mundo entero con sus falsas y dobladas intenciones. Estas han formado siempre la mayor parte de nuestras diferencias internas y no ha dejado de excitar nuestros temores la publicidad con que mantiene enarbolado el pabellón español”.⁴³ Es el lúcido portavoz de una burguesía ganadera mucho más dinámica e importante que la argentina, que al disponer de un magnífico puerto natural, Montevideo, le posibilita mejores condiciones para poseer saladeros bastante antes que Buenos Aires. La burguesía comercial uruguaya, en cambio, está ligada a Francia y, busca romper el bloqueo del Río de la Plata a que da lugar la guerra brasileño–argentina, separar la Mesopotamia, darles toda clase de facilidades a los competidores mundiales de Su Majestad británica.

¿Por que la burguesía porteña facilitó y hasta promovió la separación de la Banda Oriental del territorio de las Provincias Unidas? Por la diferencia abismal entre los puertos de ambas orillas: Montevideo es mucho mejor para operar que Buenos Aires, y entonces la unidad de la provincia oriental con el resto del país va a originar el copamiento del comercio por parte de los uruguayos. De ahí la maniobra: “conceder” la independencia. Después, las diplomacias inglesa y portuguesa se encargarían de impedir que todo río u océano sea controlado por la misma nación, facilitando de este modo la política de las burguesías mercantiles de ambas márgenes del Río de la Plata. Jorge Canning lo expresa claramente en carta a su enviado Ponsonby: “Habría que tomar todas las precauciones, mediante cláusulas precisas, para asegurar al Brasil el goce ininterrumpido a la navegación del Río de la Plata. Su Majestad, en el caso de solicitársela, no se negará a prestar su garantía para la observancia de tal estipulación.”⁴⁴

Sin embargo, debernos reiterarlo, las potencias extranjeras no hicieron más que abonar el trabajo efectuado por la nefasta oligarquía porteña, creando y sosteniendo una “colega” uruguaya que les sirvió al mantener a todo trance la independencia uruguaya, esa aberración nacional, cultural, histórica, política y económica, que el pueblo y los trabajadores de ambas orillas del Plata están pagando tan cara: la división en dos estados independientes de una sola nacionalidad, la rioplatense.

Los federales

El partido opositor a la burguesía comercial era, en realidad, un gran frente que reflejaba los intereses de los productores del país. En el mismo, integrado por burgueses y pequeños burgueses, podemos distinguir varias alas. Apresurémonos a decir que ninguna Persona con criterio científico, y para emplear un término popularizado por una corriente de izquierda, *progresista*, que se pronuncie por el desarrollo del país, puede dejar de apoyar categóricamente el federalismo corno corriente histórica. Sin embargo, dentro de ese frente único había sectores

⁴² Saldías, *Historia de la Confederación Argentina*, T. 1. Bs. As., 1892. pág. 208.

⁴³ José Félix Gómez, *El General Artigas y los hombres de Corrientes*, Corrientes, 1929, págs. 75 y 76.

⁴⁴ Foreign Office, 6/12, Canning a Ponsonby, 18 de marzo de 1862, citado Por Ferris en *Gran Bretaña...*, pág. 181.

auténticamente progresivos y otros que sólo buscaban un beneficio sectorial. En este sentido, es importante no confundir *federalismo con rosismo*, es decir, con el federalismo oficial de la provincia de Buenos Aires. Como ya lo hemos expresado, este sector tenía como ejes fundamentales de su política la defensa de su propia industria y la conquista de nuevas tierras para ampliar su zona de producción, manteniendo el monopolio del puerto de Buenos Aires y, como consecuencia, se despreocupó del conjunto de la producción nacional. De ahí las características librecambistas de la fracción encabezada por Rosas y Anchorena, que explican, asimismo, las excelentes relaciones que mantuvieron con Inglaterra y también el hecho de que se hayan constituido en el ala más reaccionaria dentro del federalismo argentino.

Todas las provincias del interior abogaban por la protección de lo que producía el país. Dirigía esa lucha el gobernador de Corrientes, Pedro Ferré, que comprendió el problema de la unidad argentina frente a la mercancía extranjera. A principios de 1830, Ferré pedía a Rosas que se revisara la política arancelaria de Buenos Aires, y el representante del gobernador, Roxas y Patrón, contestaba que la tesis de los impuestos prohibitivos o proteccionistas era irracional y hasta peligrosa, si la industria demostraba su capacidad de prosperar sin protección; los impuestos altos eran totalmente injustos, tanto para el productor como para el consumidor, y por otra parte, el país carecía de industrias o no podía competir con buen éxito con la producción extranjera. La protección era injusta porque se restringía el consumo. La misma alentaría la guerra entre las provincias, ya que cada una de ellas trataría de defender la industria vernácula contra la competencia externa. Argumentos similares a los del ministro de hacienda de la época rivadaviana y amigo de la corte londinense, Manuel José García, que en 1825, año del tratado comercial con Inglaterra, le expresaba al mismo Ferré que no era posible proteger las industrias criollas del interior pues “no estábamos en circunstancias de tornar medidas contra el comercio extranjero, particularmente el inglés, porque hallándonos empeñados en grandes deudas con aquella nación nos exponíamos a un rompimiento que causaría grandes males.”⁴⁵ El notable parecido entre los planteos rivadavianos y rosistas en cuanto al librecambio ha pasado curiosamente inadvertido para los historiadores revisionistas y liberales.

Ferré se opondría a las citadas tesis de la siguiente manera: 1) que las provincias “cuyas producciones hace tiempo dejaron de ser lucrativas” forman la mayoría del país, pero que si así no fuera siempre sería justo “imponerle privaciones parciales y no muy graves a la mayoría para no dejar perecer a una minoría considerable”; 2) que tal vez “un corto número de hombres de fortuna padecerán, porque se privarán de tomar en su mesa vinos y licores exquisitos”, que tampoco “se podrán nuestros paisanos ponchos ingleses, no llevarán bolas y lazos hechos en Inglaterra, no vestiremos ropas hechas en extranjería y demás renglones que podemos proporcionar, pero en cambio comenzará a ser menos desgraciada la condición de pueblos enteros de argentinos y no nos perseguirá la idea de la espantosa miseria y sus consecuencias a que hoy son condenados”; 3) que nada hacía suponer que se promoviera entre las provincias una guerra industrial, por las distintas especializaciones de cada una de ellas.⁴⁶

La batalla entre Rosas y las provincias del interior, con Ferré a la cabeza, en contra del librecambio, continúa sistemáticamente. El caudillo correntino señala en sus *Memorias* que ya ha

⁴⁵ Ferré, *Memorias*, pág. 172.

⁴⁶ *Idem*, pág. 369.

notado el plan de Rosas de utilizar las tarifas de aduana como instrumento de fiscalización de los precios, y que, según él, no consentiría jamás (se refiere a la política rosista) en la prosperidad de los pueblos protegiendo su industria por medio de una nueva política económica y siendo éste uno de los principales encargos que tenía de su gobierno, de acuerdo con los demás, se resistiría a las pretensiones de Rosas mientras no se diera a los pueblos el justo reclamo sobre el particular. En esta batalla Ferré logró el acuerdo con otras provincias, pero el hecho fue descubierto por Facundo Quiroga, agente directo del librecambio y fuerte inversionista en la ciudad de Buenos Aires, incondicional del Restaurador. El dirigente riojano interfirió los contactos entre los caudillos que planeaban terminar con Rosas y desbarató de ese modo el intento de las provincias de liquidar el monopolio porteño.

La tirantez dentro del frente federal originó a partir de 1832 una gran polémica a escala nacional sobre el librecambio. Unitarios y federales de Buenos Aires coincidían. El escriba de los últimos, Pedro de Angelis, inició en *La Gaceta Mercantil* una campaña a favor de dicha política, que por lo demás existía ariosamente desde 1809.⁴⁷ La única preocupación de los rosistas no estaba relacionada precisamente con la defensa de la producción del interior, se trataba de que la sal entrase al país pagando pocos derechos. Es decir, se gravaban, pero muy poco, las importaciones, y no se gravaban las exportaciones. Tal la política aduanera seguida por entonces por los saladeristas. El proteccionismo no estaba, todavía, en sus planes.

El rosismo contra los productores criollos de Buenos Aires

Sin embargo, dentro mismo de Buenos Aires comenzó a fisurarse el frente federal. Un ala pequeño burguesa, que reflejaba los intereses de artesanos, quinteros y chacareros, planteó y defendió en la legislatura la protección de la producción nacional a través de las tarifas de aduana. Desde el año 1830 este sector polemizó en los diarios mediante una serie de artículos firmados por “El Patriota” (se desconoce al autor) en donde se enarbolaban las tesis de Ferré. Durante los años 1832 al 1835 esta corriente estuvo representada en el parlamento bonaerense por el diputado Baldomero García. Hacia 1835, al discutirse los nuevos aranceles de aduana, la pugna interna del Partido Federal llegó a su punto culminante. Varios diputados insistían en que se tomaran medidas para proteger la agricultura y la industria. Al mismo tiempo, la cuestión de las tarifas aduaneras se unía, más o menos estrechamente, con un fuerte sentimiento antiextranjero. El movimiento proteccionista perseguía no sólo la expulsión de las fábricas extranjeras sino también la reducción del capital y la mano de obra de la misma procedencia. Son de señalar las propuestas de que toda empresa establecida en Buenos Aires estuviera obligada a emplear a por lo menos dos argentinos, aunque sólo utilizara a una persona, y que las profesiones como las de carnicero, repartidor de pan, aguatero y otras estuvieran reservadas a los nativos. Se ampliaban las reivindicaciones que los comerciantes nativos venían planteando, infructuosamente, desde 1815.

Respondió a esta ola incontenible que alegaba en defensa incondicional de la incipiente industria nacional, y de Buenos Aires en particular, el grupo Rosas, con el diputado Anchorena como expositor, sosteniendo la corrección de la política comercial seguida por la ciudad-puerto. Según Anchorena, “esa política conciliaba los intereses económicos de las provincias con los fiscales”.

⁴⁷ “Obligar con estímulos artificiales a que una nación produzca los géneros que puede comprar más barato del extranjero, es desconocer el poder y la utilidad de la división del trabajo.” (P. de Angelis, en “*Memoria sobre la Hacienda Pública*,” pág. 191.)

Es decir, el librecambio, siempre el librecambio, se tratase de unitarios o federales rosistas. “La tarifa aduanera de 1828 y los principios que contenía seguían siendo buenos y había que conservarlos”, aunque se admitía la posibilidad de introducir “modificaciones ventajosas”. La meta del sector del cual Anchorena era vocero se basaba en el desarrollo del comercio exterior, no solamente porque suministraba la mayor parte de las entradas comerciales, sino también porque la prosperidad del país dependía, principalmente, del libre acceso a los mercados extranjeros. La provincia no podía prosperar sin exportar, pero asimismo —decía— era necesario importar para aprovechar convenientemente sus reservas de capital y mano de obra. Por eso, concluía el razonamiento, las prohibiciones y aun el proteccionismo serían desventajosos para la misma, aunque fuera lógico pensar que la política de restricción favorecería a ciertas y determinadas industrias. Tales eran, en líneas generales, las posiciones en debate.

Rosas creador de la gran oligarquía terrateniente

Los historiadores revisionistas no solo ocultan la política librecambista de Rosas, sino también que él mismo fue continuador y ejecutor, en un sentido, de la política agraria de Rivadavia. Lo que éste dio en posesión, aquél lo dio en propiedad privada. Lo Pintoresco es que los rosistas discrepan en este terreno con Rosas. José María Rosa y sus discípulos atacan la enfiteusis de Rivadavia, sin recordar que no era ésa la opinión de Rosas. El Restaurador sostenía que la “ley de enfiteusis prestó un gran servicio al poblar los campos, incorporarlos a la agricultura o al pastoreo y organizar la vida rural, pero la propiedad privada era necesaria después para elevar progresivamente la población a un mayor adelanto”.⁴⁸

La enfiteusis, entre 1822 y 1830, entregó a quinientos treinta y ocho propietarios 8.656.000 hectáreas.⁴⁹ Rosas, insistimos, entregó en propiedad estas tierras (en 1836 hizo un gran remate de las tierras públicas). Dicha política llevó a que en 1840, según Avellaneda, doscientos noventa y tres personas poseyeran 8.600.000 hectáreas en la misma provincia, lo que significa una colosal transformación de la propiedad de la tierra. Esta concentración de la propiedad territorial tenía otro objetivo para el trust saladerista: garantizarse la propiedad de las tierras que rodeaban Buenos Aires. Este sector era no sólo saladerista sino también invernador, ya que por monopolizar las tierras de la periferia de la gran ciudad, donde estaban los consumidores de carne y los saladeros, compraban el ganado enflaquecido por el arreo de varios días desde las estancias de origen, para engordarlo en sus campos próximos al mercado de consumo. Esto les permitía imponer el precio de la carne y explotar a los estancieros que no tenían tierras próximas a la capital, lo que iba a provocar una violenta resistencia de los estancieros del sur de la provincia de Buenos Aires. Todo induce a creer, por otra parte, que los ovejeros próximos a Buenos Aires apoyaban también al grupo de Rosas o, al menos, no puede decirse que chocaron con él.

La política en favor de los grandes dueños de tierras y en detrimento de todos los demás sectores burgueses, exceptuando a sus amigos, los comerciantes ingleses, tuvo otras manifestaciones, algunas de las cuales señalaremos al pasar, aunque no nos extendamos sobre el tema.

La política de impuestos de Rosas ha sido caracterizada, sin quererlo así, por su panegirista De Angelis: “El dueño de una estancia de treinta mil cabezas de ganado, que en el estado actual de

⁴⁸ Giberti, *Ob. cit.*, pág. 115.

⁴⁹ *Idem*, pág. 115.

nuestras fortunas figura entre los más ricos hacendados del país, podrá cancelar su cuenta corriente con el erario entregando el valor de cuatro novillos [...] La contribución anual de un propietario de primer orden iguala, pues, a la de un boticario, un fondero, o al empresario de un circo de gallos, sin más diferencia que el primero pague a la Oficina de Contribuciones Directas, mientras los demás lo hacen en la de patentes.”⁵⁰

Como consecuencia del control del comercio de carnes por los saladeristas, comenzó la gran batalla por el dominio del mercado de la ciudad entre abastecedores y saladeristas. Estos, al monopolizar la tenencia de carnes, controlaban el propio abasto de Buenos Aires. Los abastecedores, por su parte, expresaban que el encarecimiento del vital artículo se debía a las continuas compras de los saladeros. El 31 de mayo de 1817, Pueyrredón, director de las provincias Unidas, cerró los saladeros, alegando que una mayor exportación estabilizaría el precio de la carne. En realidad, la medida no se llegó a cumplir plenamente, pues los saladeristas siguieron trabajando en forma extraoficial. En 1820 Sarratea abolió la medida y en adelante nadie discutiría ya el monopolio de hacendados invernadores y saladeristas sobre el abasto de Buenos Aires.

Ley de Aduanas de 1835

Los escritores revisionistas, especialmente José María Rosas, citan permanentemente la Ley de Aduanas sancionada por Rosas en 1835 para avalar una supuesta posición “nacionalista” del gobernador de Buenos Aires. En efecto, la política librecambista del ala derecha del federalismo fue modificada a fines de 1835 y los estancieros adhirieron al planteo del ala proteccionista pequeño burguesa de Buenos Aires y a la línea de todas las provincias que era, según vimos en las presentaciones de Ferré, de proteccionismo a ultranza. En diciembre de ese año se sancionó una ley que instituyó, por primera vez en el país, una política económica de conjunto en defensa de la producción nacional. En su mensaje a la legislatura del día 31 dijo Juan Manuel de Rosas: “Largo tiempo hacia que la agricultura y la naciente industria fabril del país se resentían por la falta de protección, y que la clase media de nuestra población, que por la cortedad de sus capitales no puede entrar en empleos de ganadería, carecía del gran estímulo al trabajo que producen las fundadas esperanzas de adquirir con él medios de descanso en la ancianidad y de fomento a sus hijos, [...]”⁵¹ ¿A qué se debió el cambio de actitud de los saladeristas? Simplemente a la necesidad de fortificar su frente único debilitado por la polémica dentro de Buenos Aires y en el resto del país. Un panegirista del rosismo lo reconoce sinceramente: “[...] Y Rosas comprendió que la restauración de la vieja riqueza industrial del Virreinato, al tiempo de significar la reconquista de la perdida independencia económica, *quitaría los recelos provinciales hacia Buenos Aires*”⁵². También los británicos comprenderían los motivos del Restaurador y no se inquietarían mayormente.⁵³ La cruda realidad era que el frente de lucha contra los unitarios se debilitaba día a día. Para seguir controlándolo Rosas se vio obligado a retroceder y hacer la gran

⁵⁰ *Idem*, pág. 129.

⁵¹ Citado por José María Rosa en *Defensa...* págs. 119–120.

⁵² *Idem*, pág. 118.

⁵³ “Cuando en 1835 Rosas se lanzó a una política proteccionista con el objeto de conciliar los pequeños intereses comerciales de las provincias del interior, el Gobierno británico no objetó nada. El cónsul británico Griffiths hasta vio algo bueno en ello, como medio de estimular las actividades industriales y agrícolas locales. “(Foreign Office” Griffiths a Palmerston, 28/12/35.)

concesión.⁵⁴ Pero el triunfo de las ideas de Ferré fue efímero: en 1838 Rosas rebajó las tarifas protectoras y en 1841 las liquidó definitivamente. En efecto, el 31 de diciembre de 1841, de acuerdo al “Registro Oficial No 2”, 422, No 27.869, el gobierno de los saladeristas terminó con la famosa Ley de Aduanas y retornó a su viejo amor, el libre comercio, lo que provocó protestas y reclamos de parte de las industrias que existían en Buenos Aires. Este “detalle” de la breve aplicación de la ley proteccionista es olvidado por quienes creen posible escribir la historia falseando datos y hechos. A esos escritores “nacionalistas” les hubiera bastado citar, por ejemplo, que en 1842 Pedro Lezica, solicitó protección para su fábrica de estearina y velas y el gobierno de Rosas —teóricamente en plena “vigencia” de la Ley de Aduanas, según los exegetas rosistas— respondió que el empresario “prosperaría si el uso de esa manufactura convenía a los consumidores y les gustaba”. Si así no sucedía —según la respuesta— esa industria no era necesaria al país y el capital invertido en la misma debería ser destinado a otra clase de negocios. Ante otro pedido de protección realizado el año siguiente, Rosas alega “que la experiencia demostró que la protección, más bien que estimular, entorpece el progreso de la Nación”. Había pasado el “veranito” de la Ley de Aduanas. Por eso, bajo Rosas las provincias se hundieron y los distintos sectores de la producción nacional, a excepción de las ramas que hemos señalado, entraron en decadencia total.

Crisis del rosismo

La etapa rosista culminó, cristalizó, el desarrollo capitalista de una provincia, y en ese sentido fue progresiva, pues constituyó la derrota de los intereses de la burguesía comercial, y esencialmente de la financiera. No obstante, al ser monopolizado este desarrollo por un sector oligárquico, el trust de los saladeristas, el proceso se tornó contradictorio y con el transcurso de los años francamente negativo, porque impidió que otras provincias se elevaran al plano de la producción capitalista consumándose así la organización política y económica del conjunto de la nación; provocó un exagerado desarrollo desigual: una provincia capitalista, las otras precapitalistas.

El control del puerto único fue la herramienta fundamental de la política de los saladeristas. Ya habíamos señalado que la Argentina era un embudo y que se tendía a que toda la producción saliera por el puerto de Buenos Aires. El control, la famosa “cadena del Paraná”, era aprovechado por Rosas para hacer competencia desleal a los saladeros de Entre Ríos, fijando aranceles a la exportación de carnes por el puerto de Buenos Aires, mientras él exportaba, sin pagar ningún gravamen, por el puerto de Quilmes, que era de su propiedad. De ahí también la obstinada resistencia rosista a la libre navegación de los ríos que, como consecuencia colateral, llevó en 1845 al enfrentamiento con ingleses y franceses en la Vuelta de Obligado.⁵⁵ La correcta y

⁵⁴ “Rosas comprendió que no era posible limitar a los estancieros la protección oficial, y en su mensaje de 1835 hizo público que la nueva Ley de Aduana tenía por objetivo amparar la agricultura y la industria fabril, porque la clase media del país, por falta de capitales, no podía dedicarse a la ganadería, en tanto que la baratura de los productos extranjeros, cerraba otros caminos. Coincidían con esta política los aplausos de las provincias del interior cuyos gobiernos *volvieron a confiar al de Buenos Aires la dirección de la guerra y las relaciones exteriores de la Confederación.*” (Juan Alvarez, *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, Bs. As., 1914, pág. 132.) (La bastardilla es nuestra. NM)

⁵⁵ “El enfrentamiento de Obligado entre las fuerzas argentinas de Mansilla y la flota anglo-francesa al mando del almirante Hottam tuvo su origen en las disputas entre Rosas y Rivera, presidente uruguayo, aliado de los franceses. En efecto, la guerra entre ambos y el bloqueo del puerto de Montevideo Por parte del almirante Brown exasperaron a las potencias europeas, perturbadas en sus operaciones comerciales. La actitud de Rosas al atacar, a Rivera se

valerosa defensa de la soberanía nacional en esa oportunidad estaba emparentada, asimismo, con los intereses de clase del rosismo. “En 1850, el gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, un rico y dictatorial estanciero como el propio Rosas, comenzó a preguntarse si significaba realmente igualdad el derecho que tenía el gobernador de Buenos Aires de inhibir y fiscalizar las relaciones de los comerciantes extranjeros con los puertos de Entre Ríos y el derecho de Buenos Aires a insistir en que todas las mercaderías pasaran a través de su aduana.”⁵⁶ Ocurría que a pesar del monopolio había una provincia que también se elevaba a la producción capitalista al disponer de saladeros y se planteaba la necesidad de transformar todo el país en capitalista. Rosas cayó como producto, de una contradicción de hierro y su vencedor militar fue, precisamente, el representante del incipiente y agobiado capitalismo del interior. “Por lo tanto —como acertadamente apunta un autor inglés— el colapso de Rosas no puede explicarse sencillamente por las ambiciones de ciertos individuos, la duplicidad de los cortesanos de Palermo y los fracasos de la policía y de la organización administrativa. Al estudiar el comportamiento y las manifestaciones de muchos argentinos y extranjeros a fines de la década de 1850, no puede sino evitar la impresión de que durante estos años se estaba produciendo en la sociedad argentina un cambio de estados de ánimo, y de objetivos, y que ese cambio influía en la política de la nación tan profundamente como el cambio producido durante los días heroicos de las invasiones británicas y de la revolución contra España. Podrían elegirse varias palabras para caracterizar tal cambio. Acaso, lo mejor sea decir que la Argentina se estaba aburguesando. Sarmiento habría dicho que se estaba civilizando.”⁵⁷

Sintetizando: la caída de Rosas fue parte de un proceso histórico progresivo, porque se habían agotado con su gobierno las posibilidades de desarrollo capitalista del conjunto del país. Fue consecuencia de una grave contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. La Argentina ya no toleraba seguir siendo controlada por su sector oligárquico más fuerte, el de la provincia de Buenos Aires.

Las montoneras y el pueblo

La no mención del pueblo y los trabajadores en el análisis precedente no es casual: los mismos no son aún sujetos del proceso histórico, es decir, no se elevan a la formulación de una política y una actividad propias y adhieren a distintos sectores burgueses y productores nacionales. En este

explica por el interés que tenían los saladeristas porteños en mantener el control de una zona muy vecina al litoral argentino, potencial competidor de Buenos Aires y, por otra parte, impedir que Montevideo, centro de comercio francés, se afirmase como rival comercial de Buenos Aires. Por eso, Rosas defendía al “blanco” Oribe contra el “colorado” Rivera. A su vez, Francia e Inglaterra, hacían denodados esfuerzos por conseguir la libre navegación de los ríos para los barcos de sus banderas y, así, explotar las contradicciones entre las provincias del litoral y Buenos Aires. Rosas se opuso correctamente a esta última inaceptable pretensión. Su negativa, empero, encerraba también la defensa de su política hacia el resto del país, pues la libre navegación, entre otras cosas, terminaría con la hegemonía del puerto único. El 20 de noviembre de 1845, tras largas e infructuosas tratativas, como las sostenidas por Ouseley y Deffaudis y Howden–Walevsky. Francia e Inglaterra apelaron a la prepotencia. Sus barcos cortaron las cadenas, que a modo de barreras habían colocado las tropas argentinas al mando de Mansilla, y atravesaron el río Paraná vedado a la circulación libre de barcos de bandera extranjera. Una victoria a lo Pirro que la soberbia imperialista reconocería en las convenciones posteriores celebradas con Francia en 1850 y con Inglaterra (Tratado Souther–Arana), por cuyo artículo 4 se establecía que “el gobierno de Su Majestad Británica reconoce ser la navegación del río Paraná una navegación interior de la Confederación Argentina, y sujeta solamente a sus leyes y reglamentos: lo mismo que la del río Uruguay y en común con el Estado Oriental”

⁵⁶ Fems, *Ob. cit.*, págs. 285–286.

⁵⁷ *Idem*, pág. 287.

sentido, todos los trabajadores apoyan —en líneas generales— el federalismo. En realidad, no podía ser de otra manera, pues los pequeños productores estaban ligados a la producción nacional y, por ende, al movimiento político que los representaba, aunque estaba dirigido por la gran burguesía.

Unitarios y federales eran controlados y regidos por grandes fortunas. En el caso de los primeros, Rivadavia, Lezica y su grupo fueron representantes calificados del capital comercial y financiero; entre los segundos, Rosas, Urquiza, Candiotti (el “príncipe” santafecino) eran exponentes de los dueños de las tierras, estancias y ganado. A riesgo de que parezca grosera la interpretación del fenómeno, no por eso es menos cierta. La montonera jugó, entonces, un papel de apoyo. El pueblo, como la pequeña burguesía de Buenos Aires, se oponía a la política arancelaria de Rosas, mas siempre cedía por incapacidad de llegar a la expresión de una política jacobina. Fue una corriente plebeya casual que no llegó, en esta etapa, a estructurarse en un movimiento. El pueblo (montoneras, trabajadores, peones, etcétera) siguió siendo objeto de un proceso histórico y de un ala, la federal, tan siniestra, a veces, que hasta llegó a reimplantar la esclavitud en 1833.⁵⁸ Este es otro “detalle” olvidado por los historiadores rosistas. Con todo, el pueblo apoyo el federalismo por su carácter progresivo. Recién en la próxima etapa, de 1880 a 1890, las masas formularán su propia política, en especial la pequeña burguesía, y allí la veremos actuar decisivamente, con programa y partido propios.

El revisionismo

En agosto de 1938 se fundó en Buenos Aires el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. A Partir de aquí, la corriente histórica llamada *revisionismo* se esforzará orgánicamente por documentar la supuesta defensa incondicional de la soberanía nacional que habría hecho el hombre que, luego de la batalla de Caseros, se refugió en casa de su amigo, el embajador británico en nuestro país, y que murió rodeado del afecto de sus supuestos enemigos sajones en Southampton, Inglaterra. Falseando, ocultando e ignorando la gran cantidad de datos acumulados, varios historiadores, José María Rosa el más prominente, se han esforzado en desprestigiar a Sarmiento, por ejemplo, alegando en favor de sus argumentos cosas tales como que el sanjuanino habría instado a los chilenos a que se apoderaran de la Patagonia. Aunque hacen de la anécdota la base de sus razonamientos, ocultan, no obstante, algunas muy sugestivas,

⁵⁸ En 1824 se establecía el siguiente régimen de servidumbre limitada (a pesar de que trece años antes la Asamblea había decidido la libertad de vientres: “1) las personas que lleguen a la provincia de países extranjeros, con esclavos en calidad de sirvientes, deberán hacer tomar razón de ellos al presentarse en la oficina de policía; 2) no podrán venderlos ni enajenarlos, por cualquier título que sea, a ninguna persona en el país, ni aun con la condición de sacarlos fuera de él; 3) en el caso de infracción de los artículos anteriores se considerará al esclavo libre, conforme al tenor del decreto de la Soberana Asamblea de 1813 [...] 6) toda persona comprendida en los artículos anteriores deberá, al tiempo de salir del país, presentar en las oficinas de policía al esclavo que hubiese introducido o dar noticias de su paradero”. En época de Rosas, más precisamente el 23 de noviembre de 1833, se reformaba el artículo 3 de la ordenanza anterior, que quedaba así: “Los esclavos que de cualquier modo se introduzcan contraviniendo a lo que se determina por el presente decreto, se declaran en comiso y se darán en patronato al denunciante en los términos que haya dispuesto por punto general.” Por otro artículo se dejaba abierta la puerta al tráfico: “si el excesivo número de esclavos bosales que introduzca un particular, indujera la sospecha de que pueden ser importados con infracción a la ley, el jefe de policía ordenará se levante un breve sumario del hecho y dará cuenta al gobierno para resolver, haciendo entre tanto responsable al propietario de la existencia de los negros y prohibiendo su enajenación.” Como se aprecia, la legislación rosista, prácticamente, hacía “la vista gorda” ante el problema (Citado por Leonardo Paso en *Los caudillos y la organización nacional*. Bs. As., Futuro, 1965.)

como podría ser la entrega definitiva de las Malvinas consumada por el “incorruptible” Rosas.⁵⁹ En realidad, entrar en el tipo de polémica que promueven los revisionistas sería renegar del método de análisis científico y no conduciría a conclusiones serias. Nosotros, por ejemplo, no criticamos a Rosas por tal o cual actitud ante ingleses o franceses, ya que creemos que en distintas situaciones cumplió un papel progresivo defendiéndonos de los imperialistas, sino que lo criticamos por su política de conjunto y lo hacemos en forma contradictoria, dialéctica.

El fenómeno del revisionismo apareció en la década infame. Obedece a profundos procesos sociales que ocurrían en el país. La colonización del mismo por el imperialismo británico desde 1930 provocó dos tipos de reacciones. En primer término, la de sectores de la pequeña burguesía, que hizo que importantes núcleos de intelectuales se dedicaran a estudiar el imperialismo británico *de esos días*, y comenzaran a denunciarlo y a aconsejar cómo derrotarlo, aunque en forma utópica, pues no tomaban en cuenta el papel primordial que debía jugar el proletariado en esta empresa. Nos referimos a FORJA, que realizó valiosos estudios sobre los ferrocarriles, la compañía de gas, la CADE, el Tratado Roca–Runciman, etcétera.

Pero, paralela a esa corriente pequeño burguesa que denuncia el imperialismo “de carne y hueso”, el de ahí y entonces, apareció también un ala oligárquica, los hijos de la gran oligarquía, desplazados en parte de sus privilegios por el Tratado Roca–Runciman al serles reducida su cuota de exportación, que entonces apeló a un nacionalismo trasnochado y reaccionario, refugiándose en las tinieblas de la historia, en su etapa más dictatorial, para oponerse, por una vía intelectual, a la penetración del imperialismo y al movimiento de masas. Incapaces, por su carácter de clase, de denunciar, el imperialismo en la propia década infame, en los negociados y en la colonización que se llevaba a cabo, “revisan” la historia argentina a la par que adhieren a los nacionalismos reaccionarios europeos encarnados por Franco, Hitler y Mussolini, adversarios de la “odiada” Inglaterra. En efecto, la mayoría de los intelectuales revisionistas apoyaron al fascismo y al nazismo.⁶⁰

⁵⁹ “Gradualmente la disputa fue transformándose en un elemento aceptado de las relaciones anglo–argentinas, así como los defectos de un marido o de una esposa sobre los cuales un cónyuge se queja sin que el otro repare en ellos. Una referencia a las Islas Malvinas llegó a ser parte del mensaje anual del gobernador, lo mismo que la imploración de la guía de Dios. El general Rosas asignaba tan poca importancia a una como a otra cosa. En 1841 las dos partes reafirmaron su causa en un elaborado intercambio de notas. Después de esto, Rosas propuso un arreglo sencillo: si los británicos se olvidaban del empréstito de 1824, él se olvidaría de las Islas Malvinas.” (H. E. Peters, *Foreign Debt of the Argentine Republic*, Baltimore, 1934, Pág. 20.)

⁶⁰ Un personaje que simbolizaría a la perfección a los rosistas pro nazis fue el Dr. Manuel Fresco. Miembro de la Alianza Libertadora Nacionalista, propietario del diario Cabildo, de tendencia pro alemana, gobernador conservador de la provincia de Buenos Aires elegido por fraude, médico de los ferrocarriles británicos y del senador gángster Alberto Barceló, envió a Adolfo Hitler un facón con las efigies de Rosas y el propio Führer grabadas en el mango, acompañado de una misiva elogiosa por la “obra” del asesino alemán. El jefe del Tercer Reich ni siquiera se dignó contestar a su lejano admirador. En cuanto a la concepción aristocratizante de la política que tenían los revisionistas, sigamos a José María Rosa: “Eran los jefes. Sentían e interpretaban la comunidad, y puede decirse que la comunidad gobernaba a través de ellos. Eran ‘aristócratas’, como los he llamado, con protesta de quienes no han leído a Aristóteles y no saben dar a la palabra su acepción correcta: porque tan *aristócrata* es un auténtico representante del pueblo; sólo se da la aristocracia en función del pueblo gobernado [...]. Aunque como última posibilidad de entendernos no les diré a los intelectuales del “izquierdismo”, de folletos que los caudillos eran aristócratas, sino que eran “el sindicato de los gauchos”, como con propiedad lo ha dicho Jauretche y espero que me entenderán. Siempre que no se me pierdan reflexionando que los señores feudales debieran ser también el sindicato protector e

La estructura del revisionismo histórico argentino tiene esa profunda raíz de clase: representa a un sector en decadencia de las clases dominantes.

intérprete de los siervos de la gleba, pues encastillados en su *progresismo* de palabra rechazarán con suficiencia mi apreciación reaccionaria.” (*Rivadavia y el imperialismo financiero*, págs. 195–196.) Con esta visión de la política no es de extrañar que el actual embajador del “gobierno del pueblo” ante el “caudillo” Paraguayo Stroessner, y sus amigos, hayan defendido durante la guerra a Hitler y Mussolini. Hoy los vemos difundir sus doctrinas en las escuelas y universidades, ante el estupor de los estudiosos serios y progresistas.

CAPÍTULO III ACUMULACIÓN PRIMITIVA CAPITALISTA

Con la caída de Rosas, el país entró en la etapa más rica e importante de su desarrollo económico: la que va de 1850 a 1880, que hemos denominado de acumulación primitiva capitalista. El marxismo ha definido como *acumulación primitiva capitalista* el lapso utilizado, en un momento histórico determinado, para acumular los capitales, la maquinaria, la mano de obra y los métodos de trabajo necesarios para comenzar la revolución técnica y productiva que supone el capitalismo. A partir de 1850, precisamente, desde el punto de vista de la producción y de sus relaciones específicas, la Argentina se transforma en un país capitalista. Obviamente, al expresamos así no pretendemos insinuar que en ese proceso que se iniciaba la Argentina pasaría por las mismas etapas seguidas en su desarrollo por países tales como Inglaterra, entre otros. Los pasos dados por ésta y otras potencias capitalistas no fueron reproducidos en el resto del mundo. Por el contrario, al afirmar que se iniciaba la acumulación primitiva queremos significar que dicho proceso transcurriría de acuerdo con el carácter específico de un país, sumamente atrasado, con muy pocos habitantes (aproximadamente ochocientos mil para los por entonces dos millones de kilómetros cuadrados, lo que da una densidad de menos de 0,4 habitantes por kilómetro cuadrado) y con un desenvolvimiento muy primitivo de las fuerzas productivas.⁶¹

Situación de conjunto de la economía y la política mundiales en esta etapa.

En 1850 comenzó realmente la gran revolución industrial en todos los países que llegarían a ser potencias capitalistas del mundo (Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Alemania). Como consecuencia de la misma se produjo una fabulosa ampliación del comercio internacional. En precios corrientes del mercado mundial en millones de libras esterlinas, en 1851 el intercambio comercial internacional no llegaba ni siquiera a los mil millones. En 1913, sesenta y tres años después, se había elevado hasta casi once mil millones.

Este fenómeno general de incremento del comercio, acompañado de un desarrollo paralelo de las fuerzas productivas en todo el mundo, se reflejó también, en ambos aspectos, en nuestro país. La Argentina comenzó a transformarse, comercialmente hablando, en una de las naciones más importantes. En el periodo 1880–1890 figuraba entre las diez naciones más destacadas en ese rubro. En efecto, nuestras exportaciones pasaron de once millones de pesos oro en 1851 a ciento veinte millones del mismo signo en 1889. Del total, el 75% correspondía a productos de la ganadería. A su vez, las potencias capitalistas que se relacionaron primordialmente con la Argentina fueron Inglaterra y Francia; la última se convirtió en el gran comprador del producto más importante de la comercialización nacional: la lana.⁶² La exportación de ésta siguió la

⁶¹ “No Sólo significaba que la Argentina se relacionaba con los grandes centros inversores que existían en la Europa occidental y que estaban nutriéndose con las industrias en expansión de esta parte del mundo, sino que además significaba que la comunidad argentina había llegado a organizarse de tal manera que se estaba realizando la distribución sistemática y reiterada de los ingresos de la comunidad entre capital y trabajo, y que había llegado a una de las condiciones sociales primarias de un rápido desarrollo económico”. (Ferns, *Ob. cit.*, pág. 296.)

⁶² “La lana, los cueros de oveja y el sebo representaban poco más de un tercio de las exportaciones. En aquella época la Argentina era importadora de cereales. Entre 1850 y 1870 la producción de lana argentina aumentó de 21 millones a 137 millones de libras de peso y la productividad mejoró de un promedio de 3 libras de peso por oveja a

siguiente evolución:

Período	Cantidad (en libras)
1849–1850	16.936.605
1859–1860	38.294.014
1869–1870	144.877.792
1879–3880	215.027.386
1889–1890	261.084.348
1899–1900	522.828.674

En 1875 figuró con el 54,8% de las exportaciones y en 1880 con el 67,8%. La lana se destinaba, por orden de importancia en el volumen, a Dunquerque, Amberes, Hamburgo, Bremen, Génova, Reino Unido, Estados Unidos, Burdeos, El Havre, Marsella, Barcelona y Róterdam. Dunquerque absorbía casi la mitad.⁶³ La carne y los cueros pasaron a segundo plano. El cuadro que sigue ejemplifica el espectacular cambio operado en los rubros de exportación:⁶⁴

	Año: 1851		Año: 1889	
	(\$ oro)	%	(\$ oro)	%
Productos Vacunos	9.487.000	89,5	23.372.281	19,1
Productos Ovinos	1.113.000	10,5	75.485.495	61,6
Otros	–	–	23.728.151	19,1
Total	10.600.000		122.585.027	

Francia pasó a ser el gran país comprador de la Argentina, desplazando a Inglaterra de su sitio tradicional. Esta, a su vez, pasó a ser nuestra principal vendedora.

Un factor determinante a lo largo del periodo fue la crisis de las regiones agrarias del occidente europeo, las cuales comenzaron a transitar los senderos de la producción capitalista. El proceso arrancó en Inglaterra y siguió posteriormente en Francia, Alemania y luego Italia. Al concretarse, se produjo una crisis de la pequeña producción (y paralelamente, un gran aumento vegetativo), sobre todo en Italia y España y con menor intensidad en Alemania y Francia, porque el desarrollo capitalista no era lo suficientemente dinámico como para absorber esa gran cantidad de pequeños productores, quienes carecían de posibilidad de ubicación en el aparato productivo; quedaban, entonces, como *ejército industrial de reserva*, como lo denomina el marxismo, en los alrededores de las grandes ciudades. Parte de esta mano de obra sobrante de Alemania, Francia, Italia y España emigró finalmente a América y otros lugares.

3,3 libras.” (Gibson, *The History and Present State of the Sheep-Breeding Industry in the Argentine Republic*, Bs. As., 1893, pág. 50.)

⁶³ *The Argentine Year Book, 1902*, Buenos Aires, Editado por la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, págs. 137–138, y *The Review of the River Plate* del mismo año. “En 1890, la Argentina era el país que poseía el mayor número de cabezas ovinas en el mundo, superando a Australia, los Estados Unidos y Rusia europea.” (Gabriel Carrasco, *La República Argentina*. Bs. As., 1890, págs. 22 y 23. Citado por Rodolfo Puiggrós en *El yrigoyenismo*, Bs. As., 1965, págs. 85 y 86.)

⁶⁴ Luis V. Sommi, en *La Revolución del 90*, (Varios autores) Bs. As., 1973, pág. 28.

El último elemento fundamental a mencionar es el perfeccionamiento de los medios de comunicación, tanto nacionales como internacionales. Se observa un gran avance de la marina mercante y comenzó el de los buques a vapor; se establecieron líneas regulares, fijas, a partir de 1862, con días y horarios precisos para llegar a Buenos Aires, lo que constituyó un acontecimiento extraordinario para la época. Indudablemente, esto redundó en un mayor desenvolvimiento y regularidad del comercio internacional.

Desarrollo de las fuerzas productivas

El factor principal para el desarrollo de las fuerzas productivas es, sin lugar a dudas, el humano. La moderna Argentina capitalista es consecuencia directa de la inmigración. El nuestro, Uruguay, Nueva Zelandia, Australia, Estados Unidos y Canadá son los países que se han estructurado en base a la emigración europea, y en este sentido son típicos dentro del proceso capitalista universal. A los mismos podría sumarse, y en cierto sentido, el sur de Brasil.

Argentina, que después de Caseros contaba con una población de alrededor de un millón de habitantes, recibió una inmigración que superó el medio millón en menos de treinta años. Muchos de los llegados en ese lapso volvieron a sus tierras de origen. En cambio, en Estados Unidos se asentaron definitivamente, debido a la política agraria que analizaremos enseguida. Pero, de todos modos, sin esa inmigración no se hubieran dado las condiciones básicas para el desarrollo económico ni la formación de las clases que el mismo origina. Gracias a la inmigración nos encontramos con la fuerza de trabajo indispensable para llevar a cabo las empresas productivas que caracterizan esta etapa.⁶⁵

Asimismo, la década del 50 presenció el surgimiento de una nueva rama de producción de la economía argentina: la agricultura. En Mendoza, por ejemplo, había más de dos millones de plantas de morera, y consecuentemente se comenzó a industrializar la seda en pequeña escala; los viñedos llegaron a abarcar casi quinientas hectáreas y se intensificó la fabricación de vinos, lo que se hace extensivo a todo Cuyo. En Tucumán existían ya trece ingenios que abastecían el norte y hasta competían con el azúcar extranjero en el propio Buenos Aires. Es un inicio lento pero firme hacia su transformación en una de las ramas más importantes de la estructura productiva nacional. Lo digno de destacar es que la Argentina, en esos años, pasó de importar a exportar trigo. Hacia 1875 la exportación agrícola alcanzó el 0,3% del total y cinco años después el 1,4%. En 1876 Inglaterra importó más de siete toneladas de maíz argentino, El área sembrada era, por entonces, de quinientas ochenta mil hectáreas. El gerente inglés del Ferrocarril Sud informaba que los cereales y forrajes constituían el renglón que había crecido más rápidamente en las líneas de transporte.⁶⁶

Si la agricultura dio un salto cualitativo, no le fue en zaga la ganadería. Surgió una actividad de alta calidad que comprendía el mestizaje de animales, ovinos y bovinos, tomándose como ejemplo los métodos de las naciones rectoras. Ya no sólo se utilizaban las razas adecuadas, sino inclusive los tipos óptimos dentro de cada una, como ocurrió con el Shorthorn: después de

⁶⁵ “La posición social que tenían hombres especializados como empleados de telégrafos, maquinistas de locomotoras y dibujantes, sugiere que los salarios eran altos comparados con los europeos, y muy superiores a los que ganaban los peones y gauchos empleados en los tradicionales trabajos de campo.” (Ferns, *Ob. cit.*, pág. 330.)

⁶⁶ Herapath's xxxviii, 1875. pág. 500.

intensas búsquedas por parte de los estancieros argentinos se descubrió que el tipo de carne más favorable para el mestizaje en nuestro país era el de dos familias de Shorthorn, la Barthes y la Buth de Escocia, y por lo tanto se importó estos tipos, no ya el Shorthorn en general.

Por lo demás, el *stock* ganadero registró un gran aumento, según informan las estadísticas oficiales:⁶⁷

	Año 1852		Año 1888	
	Vacunos	Lanares	Vacunos	Lanares
Bs. As.	3.000.000	5.000.000	9.692.274	55.397.881
E. Ríos	1.000.000	800.000	4.120.068	4.901.123
Totales	4.000.000	5.800.000	13.812.342	60.298.004

En el lanar también tuvo lugar el proceso de cruce que se operó con el ganado vacuno. La estancia adquirió una organización típicamente capitalista, donde el proceso era integral, a la manera de verdaderas *fábricas de carne*.

Otro elemento fundamental fue el cercado de los campos, el avance de los alambrados, sin los cuales no hubiera podido surgir la explotación de la estancia y la chacra modernas. Ya antes de la Revolución de Mayo los agricultores habían chocado con los ganaderos, justamente porque sus ganados pisoteaban y destruían los cultivos. También los ganaderos tenían su problema: la falta de delimitación o cercado de las propiedades impedía la formación de un ganado fino, porque difícilmente se emprendería la tarea de cruce ante la posibilidad de robo en cualquier momento. Por eso, el alambrado rodeando las propiedades es el símbolo del progreso capitalista de la última mitad del siglo pasado en la Argentina.

En la enumeración de los factores que impulsan la etapa no puede faltar el ferrocarril, sin cuyo auge habría sido imposible el avance del proceso.⁶⁸ Hasta 1880 empezaron a extenderse distintas líneas férreas que llegaban a los diversos puertos. De diez kilómetros con que contaba la red ferroviaria en 1857, se alcanzó la cifra de seis mil setecientos treinta años después. Es falsa la afirmación de que los ferrocarriles fueron desde el comienzo de propiedad británica, y que desembocaban en el embudo de Buenos Aires. En esta etapa los ferrocarriles tendían a salir por el puerto más próximo a la región de la cual se extraían los productos.⁶⁹ El estado era responsable

⁶⁷ Luis V. Sommi, *Ob. cit.*, pág. 2.

⁶⁸ “Sé que el poder de los propietarios textiles trata de dotar a la India con ferrocarriles sin otra finalidad que la de extraer con gastos menores el algodón y otras materias primas para sus industrias. Pero una vez que se ha introducido la maquinaria en los transportes de un país que posee carbón e hierro, ya no se puede impedir que llegue a fabricarla. No se puede mantener una red de ferrocarriles en un país inmenso sin introducir todos aquellos procesos industriales necesarios para satisfacer las necesidades inmediatas y ordinarias del transporte ferroviario, de los cuales habrá de nacer b aplicación de la maquinaria a aquellas otras ramas de la industria que no están inmediatamente conectadas con los ferrocarriles. El sistema ferroviario, por tanto, llegará a ser en la India el verdadero precursor de la industria moderna [. . .]” (Carlos Marx, artículo publicado en el *New York Daily Tribune* el 25 de junio de 1853.)

⁶⁹ “Desde el punto de vista de los beneficios de una empresa económica, el ferrocarril a Tucumán era un acto rayano en la locura; pero como contribución a construir la Nación Argentina y darle el carácter de una comunidad pacífica y en desarrollo, era una empresa heroica, que tuvo para la vida argentina una significación análoga a la que tuvo para

del capital y los intereses de los empréstitos que se le hicieron —más del 55% del total de las inversiones— y el garante de un beneficio mínimo sobre los capitales invertidos en ferrocarriles, que en 1875 alcanzaban aproximadamente a 4.250.000 libras.⁷⁰ En 1853 una compañía argentina, cuyo presidente y secretario eran argentinos, y cuyo vicepresidente Daniel Gowland presidía la Comisión de Comerciantes Británicos, se propuso construir el primer ferrocarril de la Argentina, el Ferrocarril al Oeste. El gobierno suscribió un tercio del capital y renunció a los dividendos hasta que los inversores privados pudieran cobrar el 9%. El gobierno también se comprometió a suministrar las tierras y el derecho de paso y a exceptuar del pago de derechos aduaneros a todos los equipos necesarios.⁷¹

El último elemento fundamental es el que se refiere al tímido comienzo de un esbozo de desarrollo manufacturero o industrial y también minero. “En cuanto a la ciudad de Buenos Aires, que era el centro económico-social más avanzado del país, se registraban los siguientes cambios: mientras en 1853 existían 849 talleres artesanales que ocupaban 1.500 trabajadores en total, en 1887 su número había crecido a la cifra de 10.349 establecimientos que empleaban 42.321 obreros. Entre estos últimos se encontraban algunas pequeñas fábricas de galletitas, cerveza, aceite, cigarrillos, laboreo de cuero, madera y hierro. Las fábricas que ocupaban de 100 a 200 obreros se cuentan con los dedos de la mano. industria se caracterizaba por su estructura predominantemente artesanal. La dispersión de los trabajadores era tal que el promedio por establecimiento no alcanzaba a cuatro personas.”⁷²

Relaciones de producción

Sobre estas relaciones económicas de la Argentina con el mundo y sobre este desarrollo de las fuerzas productivas, surgen a partir del año 80, con toda claridad y con todas sus características específicas, las clases que definen a una nación capitalista moderna. En especial, aparecen cuatro sectores inexistentes hasta entonces: *terratenientes*, *chacareros*, *burgueses industriales* y *obreros*. Detengámonos en los dos que tienen más importancia económica en este periodo: los terratenientes y los agricultores chacareros.

En principio, recordemos que no se debe confundir *terrateniente* con *gran estanciero*, propietario de vastas extensiones de tierra. El marxismo ha estudiado exhaustivamente este fenómeno.⁷³ El terrateniente capitalista surge allí donde hay agricultura y donde la misma trabaja para el mercado, principalmente si se trata del mundial. El terrateniente pertenece a la clase que vive del arrendamiento o del alquiler de la tierra, no de la *explotación* de la misma, que es el caso del gran estanciero que dispone de tierras para poder tener ganado. El sector social que tomó forma en esos años de acumulación primitiva fue la imagen de nuestro país en el París finisecular. Lo

la vida canadiense el Canadian Pacific Railway.” (Ferns, *Ob. cit.*, pág. 333.)

⁷⁰ *Idem*, pág. 329.

⁷¹ *Idem*, pág. 315.

⁷² Luis V. Sommi, en *Ob. cit.*, pág. 36.

⁷³ En cuanto a la posesión de la tierra, Marx aclara: “El mero hecho de la propiedad jurídica sobre la tierra no procura renta alguna al terrateniente. Le da en cambio la potestad de sustraer su tierra a la explotación mientras las condiciones económicas no le permiten valorizarla de tal modo que le deje un remanente, bien porque se la dedique a la agricultura en sentido estricto, bien porque se la emplee para otros fines de producción, para la edificación, etcétera. El terrateniente no puede hacer que aumente ni disminuya la cantidad absoluta de este campo de inversión, pero sí está en sus manos hacer que aumente o disminuya la cantidad de tierras que se hallan en el mercado.” (*El capital*, III. México, FCE, 1959, pág. 702.)

describió magníficamente el gran escritor portugués Eça de Queiros. Es el oligarca argentino, el terrateniente que vivía dos meses en su patria y diez en Europa. Pertenecía a un grupo ultraconservador, privilegiado, que debía su opulencia nada más que al hecho de ser propietario de la tierra. Cobraba alquileres por la misma, que a medida que se iba valorizando por el desarrollo de la producción agrícola lo hacía cada vez más rico, a pesar de que no intervenía en la producción.

Distinto totalmente es el caso del estanciero, que sucumbe si no interviene en la competencia, si no mejora su ganado, si no cerca. El estanciero es, por mentalidad y actividad, un típico capitalista. La ley fundamental del terrateniente es, en cambio, que cuanto más se desarrolla la producción agrícola, insistimos, más se enriquece.⁷⁴

La contrapartida de la aparición del terrateniente capitalista es el surgimiento de una importante clase media argentina, que durante esta etapa fue muy pobre. Hablamos del chacarero, del pequeño productor agrícola. Al principio, el estado intentó convertir al pequeño productor en propietario de la tierra. Pero los grandes propietarios lograron, a partir de 1862, imponer que la colonización no se haga dando tierra gratis sino obligando al arrendamiento. Esto frustró en la Argentina el nacimiento de una colosal clase de chacareros independientes, tal como se dio en Estados Unidos. En ese país, en la misma fecha en que en la Argentina se cerraba a millares de campesinos la posibilidad de acceso a la propiedad, Lincoln promulgó el *Homestead Act*, ley que cristalizaba las aspiraciones de los agricultores, respondiendo así al pacto que había llevado a los republicanos al poder. Por esta ley el estado entregaba, a quien lo solicitara, dieciséis acres de tierra a precios ínfimos con la única condición de trabajarla personalmente durante una cantidad de años.⁷⁵ Aquí reside la profunda diferencia entre la colonización norteamericana y la argentina. La codicia de nuestros terratenientes provocó que casi el 60% de los inmigrantes que venían al país en busca de trabajo se volvieran, o que muchos de ellos se quedaran en Buenos Aires para seguir siendo lo que ya eran en Europa, ejército industrial de reserva, para hacerse, directamente, artesanos o comerciantes, acompañando el notable crecimiento del mercado interno que produjo el desarrollo agrícola. También impidió la formación de una colonización masiva, motor de un fantástico mercado interno como el norteamericano. Es esa clase terrateniente, por lo mismo, la razón de ser de la tremenda rémora que sufrirá todo nuestro desarrollo histórico y que padecemos hasta la fecha. El monopolio de la tierra por un reducido número de personas, causa de una colonización efectuada sobre bases leoninas, se incubó durante el gobierno de Rosas y se extendió al país entre 1876 y 1893, cuando fue enajenado el 35% del total de las tierras de los territorios nacionales y de algunas provincias, que sumaban 41.787.000 hectáreas. Estas tierras fueron en gran parte acaparadas por los favoritos del gobierno y por el capital extranjero, sin que hasta el día de hoy se haya hecho una investigación de los negociados a que dieron lugar las transferencias de esas tierras de propiedad pública a manos privadas. Sin embargo, a pesar del despilfarro de esta riqueza básica, la nación en 1888 aún disponía de la enorme extensión de 105.647.400

⁷⁴ “Además, el capital local se veía atraído de manera • intensa por las inversiones en tierras, pues las ganancias de capital en esta esfera de inversiones fueron enormes una vez que comenzó seriamente la expansión económica. En 1872, el *Buenos Aires Standard* estimaba que el valor de las tierras de las cercanías inmediatas a la capital argentina había aumentado cincuenta veces durante los años 1850–70.” (Ferns, *Ob. cit.*, pág. 330.)

⁷⁵ Eduardo Viola, *Theodore Roosevelt y la política del garrote*, Bs. As., 1971

hectáreas de tierras públicas.⁷⁶

En la estancia tenía cabida un proletario o peón de campo perfectamente asentado y delimitado en sus tareas. Paralelamente, comienza a advertirse, acompañando el proceso agrícola, un semiproletariado encargado de recoger la cosecha, es decir, un trabajo transitorio que a su finalización lo devolverá a los aldeaños de los pueblos. Ese semiproletariado irá a la zafra de Tucumán, a la recolección de papa en Bolívar, a la junta de la cosecha fina en San Nicolás o a las zonas trigueras del sur de Santa Fe. Será el “golondrina”.

Los ganaderos de Buenos Aires contra la colonización y la agricultura

Hubo dos etapas claramente diferentes en la colonización del país. La primera corresponde a la de las grandes empresas privadas. En 1853, un médico francés residente en Corrientes, Brougues, firmó un contrato con el gobierno de la provincia en base al cual se formó la sociedad “La Correntina”, por el que se comprometía a traer cuarenta mil trabajadores en seis años. La empresa fracasó. En Entre Ríos, Peyret, protegido de Urquiza, intentó sin éxito una empresa del mismo tipo. En el 57 vinieron las primeras familias de Italia y se fundó la ciudad de Colón, en Entre Ríos. Después se creó la colonia San José. El mismo procedimiento se siguió en Santa Fe.

En 1863, en representación de la Welsh Emigration Society, G.H. Walley, P.M. Williams, el High Sheriff de Carnarvon y R.Parry Esq., firmaron con el gobierno nacional un contrato en virtud del cual acometieron la empresa de establecer colonias en la Patagonia, a un promedio de trescientas a quinientas familias por año, durante diez años. El gobierno prometió tierras, subsidios, exención de impuestos y protección. La banca Thompson, Bonay and Company obtuvo una concesión análoga en la provincia de Santa Fe. La Compañía de Tierras Central Argentina, bajo la dirección de un agente de inmigración, William Perkins, un canadiense, estableció varias colonias a lo largo de la línea del ferrocarril de Santa Fe.⁷⁷ Y así en varias provincias.

En la década del 70 comenzó la nueva etapa en la inmigración, dirigida esta vez directamente por el gobierno nacional y los gobiernos provinciales por un lado, y por galeses y judíos, organizada desde el extranjero después del 80, por el otro. El barón judío Rothschild compró tierras y fomentó la radicación de israelitas de toda Europa. El gobierno nacional tuvo poca o nula intervención en estos casos. Pero lo real es que en 1872, con la creación de la Comisión Nacional de Inmigración, se produjo un cambio en la situación. No obstante, recién el 19 de octubre de 1876, con la sanción de la Ley 817 sobre Inmigración y Colonización, promovida por el gobierno de Avellaneda, y la fundación del Hotel de Inmigrantes, se canalizó relativamente el flujo inmigratorio. Desde ese momento, el extranjero que llegaba al país para radicarse recibía estadía temporaria gratis, comida y trabajo, y recién entonces abandonaba el Hotel en busca de su destino en la nueva tierra.⁷⁸

⁷⁶ Luis V. Sommi, en *Ob. cit.*, pág. 34.

⁷⁷ J.J. Gschwind, *Guillermo Perkins, su contribución al proceso económico argentino*, Rosario, 1936. Es interesante remarcar que las tierras de que disponía la compañía habían sido entregadas al Ferrocarril Central Argentino y alcanzaban la bonita cifra de tres millones de hectáreas. En el periodo 1881–1887 otorgó dividendos del 112,5% y las acciones emitidas subieron de una libra a cuatro libras y diez chelines.

⁷⁸ No obstante, el Hotel recibió algunas críticas. A pesar de reivindicar el papel que cumplió, recogemos una, que por su virulencia indica que quince años después de su creación había serios problemas en su manejo: “En Buenos

Entre 1878 y 1880 llegaron 118.497 inmigrantes, alentados por la promesa que encerraba la Ley Avellaneda. El primer censo nacional, realizado en 1869, indicaba 1.836.000 habitantes. En 1900 hubo ya 1.700.000 inmigrantes radicados en el país y se cultivaban seis millones de hectáreas, cuyos productos exportables redituaban setenta y siete millones de pesos oro. Según ese primer censo, existían cuarenta y siete poblados que pasaban de mil habitantes, mientras que en el censo de 1895 fueron registrados ciento trece núcleos urbanos que superaban esa cifra. En 1887 había en Santa Fe más de cien colonias con una población que se aproximaba a las ciento veinte mil almas. Buenos Aires era, hablando con propiedad, la única ciudad que existía en el país al caer Rosas. Años después, en 1869, la “Atenas del Plata” ya contaba con ciento ochenta y siete mil habitantes, elevándose en 1890 a más de quinientos mil, de los cuales trescientos mil eran extranjeros. Los suburbios de la Gran Aldea, como la llamara Lucio V. López, que antes estaban habitados por negros y mulatos, ahora lo estaban por gallegos, calabreses, sicilianos y napolitanos. Rosario, que entonces era un humilde rancherío con tres mil pobladores, en 1890 albergaba a unas ochenta mil personas, en su mayoría italianas. Bahía Blanca que apenas reunía un par de cientos de habitantes, en 1869 contaba con mil pobladores y en 1895 se elevaba a diez mil. La ciudad de La Plata, inexistente en 1852, en 1890 contaba con treinta y cinco mil habitantes, aproximadamente.⁷⁹

En lo que hace al interés puesto por las oligarquías provincianas en la inmigración y colonización, es importante recordar que las del Litoral fueron las que más protegieron las distintas empresas, a diferencia de la de la provincia de Buenos Aires, que no quería el desarrollo de la producción agrícola ni la colonización porque estaba interesada, fundamentalmente, en el proceso de mestizaje del ganado. Los sectores que se oponían a la ampliación del área sembrada saboteaban sistemáticamente a Sarmiento y Avellaneda, defensores de una gran colonización agraria. Sarmiento intentó sancionar una ley por la cual se debía colonizar la tierra ubicada a los costados de las vías férreas, transformarla en chacras, es decir, eliminar la estancia próxima al ferrocarril. Tras grandes discusiones, los voceros de los estancieros rechazaron el proyecto. “Resalta la diferencia entre el sistema poblador de Buenos Aires y otras provincias”, como acertadamente acota Mistello. “En la provincia de Buenos Aires no se adoptó el sistema de colonización, tal como en Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, ni se entregó la tierra fraccionada al inmigrante europeo. Los latifundios imperantes, el conservatismo de los terratenientes y la escasa acción oficial han detenido un tanto la evolución colonial de la provincia, la cual, por otra parte, se dedica con preferencia, con acentuada afición, a la explotación ganadera. La fundación de pueblos llamados *cabeza de partido* y *la ley de centros agrícolas* fueron otras tantas tentativas de colonización, pero como todos sabemos fracasaron al nacer. Sin embargo, aun en esta rica provincia, la agricultura extendíase, difundíase tanto como lo consentían la época y sus circunstancias.”⁸⁰ El alto valor de las tierras bonaerenses impedía la compra por parte de inmigrantes sin recursos. Según Lahitte, en 1888 una hectárea valía 19,86 pesos oro en Buenos Aires y 4,94 en Santa Fe.⁸¹

Ayres no he hallada ocupación y en el Hotel de Inmigrantes, una inmundicia sucia, los empleados nos trataron como si hubiésemos sido esclavos. Nos amenazaron de echamos a la calle si no aceptábamos su oferta de ir como jornaleros para el trabajo en plantaciones a Tucumán [...] (Fragmento de la carta enviada a la redacción del periódico socialista *El Obrero* por el inmigrante José Wanza y publicada en el N° 36, 26 de septiembre de 1891.)

⁷⁹ Luis V. Sommi, en *Ob. cit.*, pág. 23.

⁸⁰ Miatello. “La agricultura y la Ganadería en la República Argentina”, en Giberti, *Historia económica...*

⁸¹ Lahitte, E., en Giberti, *Historia económica...*

“Muchos hombres comprendían entonces la utilidad de la expansión agrícola, pero el abrumador predominio ganadero y la oposición cerril de ciertos propietarios hacían que pocos aprobasen medidas favorables a la agricultura. Puede decirse sin temor a errar que ella proseguía pese a la hostilidad o indiferencia de muchos estancieros y gobernantes. No faltaban, por cierto, honrosas excepciones: en sesión de Diputados del 30 de noviembre de 1860, al tratarse el destino que debía darse a ciertas tierras, Sarmiento combatía la inercia reinante: ‘Hace un siglo que nos parece cara la agricultura, y sin embargo, día a día, va aumentándose la cantidad de trigo que se siembra en Buenos Aires’.”⁸² Recorriendo los *Anales de la Sociedad Rural Argentina* de esa época, se notará que abundan en ellos las alusiones al atraso agrícola del país. Pero muchas de las personas que firman tales artículos objetan, por una razón u otra, los intentos destinados a remediar esa situación. Eduardo Olivera —defensor de la agricultura— se opuso vivamente al proyecto de Sarmiento de crear colonias agrícolas en Bragado y Chacabuco: “conviene más —argumentaba— radicar la agricultura donde ha comenzado a desarrollarse, que implantarla donde haya ganados”. Para sostener sus juicios, insistía en suponer que la existencia de una liquidaría la otra. Una carta suya al ilustre sanjuanino dice: “Pero hoy, destruir la industria pastoril donde está arraigada, industria que como usted sabe administra toda la economía del país, para obligarla a emigrar a otros campos, adonde no pueda estar segura, porque allí puede otra vez ser desalojada violentamente bajo el mismo pretexto, es minar por su base todas las garantías de que la propiedad territorial debe estar rodeada, haciéndole tal vez destruir capitales que ya no volverán a crearse nuevamente”.⁸³

Cuando no se recurre a tales argumentos se expresa un pesado escepticismo respecto a la bondad de la agricultura: “Renunciar a los beneficios tan conocidos de la ganadería —exclama el senador Barros en la legislatura bonaerense— para dedicar las fuerzas y recursos a la agricultura, ¿puede convenir a la provincia?”⁸⁴ La Sociedad Rural Argentina, por su parte, cuyo lema era “Cultivar el suelo es servir a la patria”, objeta la ley de centros agrícolas porque “únicamente el productor y engordador de ganado de esa clase —se refiere a ganado de mérito y carne superior— puede pagar el arrendamiento de la tierra de valor medio de la que se trata de expropiar para darla al labrador”.⁸⁵ *The Standard*, periódico de la colectividad inglesa, era categórico: “No puede haber error más peligroso que suponer que los principales intereses de este país sean agrícolas”.⁸⁶ Más contemporizadores fueron los miembros de una comisión designada por la Sociedad Rural Argentina para estudiar los excesivos fletes ferroviarios: “Las tarifas bajas permitirían a la agricultura ubicarse lejos de la capital, dejando los campos vecinos a ésta en poder de la ganadería”.⁸⁷

El censo provincial de 1881 indica que en Buenos Aires, de cada mil kilómetros cuadrados, se dedican al pastoreo ochocientos dieciocho, y sólo dieciocho a la agricultura. Y sigue la fundamentación: “El pastoreo domina todo y la labranza es muy reducida relativamente. Esto persistirá en tanto no aumente la densidad de la población, y no se haga la división de las propiedades (*Censo*, página 53).” El atraso agrícola era tan evidente, que en 1892 Carlos Norton, un estanciero, escribía en los *Anales de la Sociedad Rural Argentina*: “Para que nuestro país

⁸² *Idem*, pág. 206.

⁸³ *Anales de la Sociedad Rural Argentina*, págs. 417–418.

⁸⁴ *Idem*, pág. 360.

⁸⁵ *Idem*, pág. 373.

⁸⁶ *Idem*, pág. 707.

⁸⁷ *Idem*, pág. 489.

pueda igualarse a los europeos, es necesario que creamos en la grandeza y beneficios de la industria agrícola, deber que se impone con mayor fuerza a los capitalistas argentinos dueños de grandes zonas de tierra inculta todavía por negligencia y por la poca importancia que le dan a una industria de tanto porvenir como lo es la de que se trata”.⁸⁸

Todo el sector de los grandes ganaderos de la provincia de Buenos Aires estaba, en suma, en contra del desarrollo de la agricultura. Eran partidarios de la misma los terratenientes del Litoral y del interior en general, los que fueron permanentemente derrotados por el grupo burgués más fuerte que, a la postre, fue el principal responsable de que no se consumara la colonización agraria masiva del país y, por supuesto, de su propia provincia.

Exportadores contra importadores

Mientras se libraba esta batalla entre los productores burgueses rurales, continuó a lo largo de la etapa la lucha cumbre que caracteriza la existencia misma de la burguesía argentina: exportadores contra importadores por los derechos de aduana. La burguesía comercial centrada en el puerto de Buenos Aires, a través de Mitre, trató de imponer el librecambio más absoluto y de gravar las exportaciones y no las importaciones.⁸⁹ La lucha continuó sin variantes en cuanto a su intensidad hasta fines de siglo. A partir de la presidencia de Sarmiento (1868–1874) comenzó a imponerse la gran burguesía rural, lo que permitió gravar las importaciones y eliminar todos los aforos y derechos de aduana que tenían que satisfacer los exportadores. No obstante, es indispensable no perder el análisis de conjunto del periodo de acumulación primitiva. Las batallas entre las burguesías rurales del Litoral —partidarias de la expansión de la agricultura— y la de la provincia de Buenos Aires, ardiente defensora de los privilegios de la ganadería, por un lado, y la que libraban importadores y exportadores, por el otro, se dieron en un marco general de unidad del 60 en adelante. Unidad que se caracterizó por el acuerdo general de todos los sectores burgueses para impulsar el desarrollo capitalista global de la Argentina en una etapa de gran enriquecimiento. No se trata de una pelea entre sectores burgueses por una plusvalía en disminución, ya que en este caso hubiera sido desesperada, a muerte, sino, por el contrario, de la disputa por una plusvalía en constante aumento, lo que se observa perfectamente en las exportaciones: la Argentina de 1861 exportaba diez pesos per cápita y la del 80 veintitrés.

El problema del puerto y Buenos Aires

Dentro del consenso citado de salvaguardar el proceso de acumulación, seguía habiendo, no obstante, un problema urticante: ¿quién controlaría el puerto de Buenos Aires y las rentas de aduana? Alrededor de este tema no resuelto, que amenazaba la unidad burguesa, se formaron dos bandos claramente identificables. Toda la burguesía argentina, incluida la comercial de Buenos Aires, aceptó y presionó para que el gran puerto pasara a servir al desarrollo de conjunto, con una sola excepción: los grandes intereses rurales bonaerenses. Tras numerosas alternativas (Pavón, Cepeda, levantamiento de Tejedor), se logró que Buenos Aires pase a integrar definitivamente la

⁸⁸ *Idem*, pág. 38.

⁸⁹ “Puede decirse que en el ámbito de la política comercial Mitre completó el proceso que comenzó durante la revolución de medio siglo atrás y por el cual se creó en la Argentina un libre intercambio de bienes y servicios [. ..] Dentro del régimen legal el libre comercio quedó establecido por la Constitución de 1853, pero el sistema sólo se convirtió en una realidad práctica durante el régimen de Mitre.” (Ferns, *Ob. cit.*, pág. 328.)

estructura política y económica del país unificado, a través de un frente único de toda la burguesía nacional, a excepción de los grandes ganaderos de Buenos Aires, en función del progreso capitalista.

No obstante, desde la caída de Rosas (1852) hasta el logro del objetivo anhelado (1880) ocurrieron hechos históricos de singular importancia que patentizaron la renuencia de los intereses porteños en unirse al proceso de la Argentina moderna, hechos que justifican, por otra parte, nuestro análisis sobre la trascendencia decisiva que tuvo el puerto en largos periodos de la historia nacional, especialmente el protagonizado por Juan Manuel de Rosas. Al respecto, digamos que a la caída del hombre de Palermo muchos unitarios volvieron al país y algunos, como Valentín Alsina, formaron parte del gobierno de la provincia de Buenos Aires. Al principio, Urquiza creyó que los unitarios colaborarían con él, pero pronto notó, como dice Ferns, “que aquellos hombres de la ciudad, defensores liberales de la civilización y del dominio urbano, eran tan enemigos, sino peores, de su tipo de federalismo como del de Rosas. Los grandes propietarios de la provincia de Buenos Aires, tanto naturales del lugar como extranjeros, estaban disgustados por la disposición que mostraba Urquiza a reconciliarse con el partido liberal y urbano.”⁹⁰ Vale decir, ni unitarios ni federales rosistas, enemistados entre sí, aceptaban la unidad nacional y coincidían —sí, señor José María Rosa, coincidían— en que había que mantener el puerto a toda costa.

Papel del capital extranjero

En realidad, el capital extranjero comenzó a predominar decisivamente del 80 en adelante. Por supuesto, lo precedente no implica de ninguna manera que antes de esa fecha no haya cumplido ningún papel, en especial si recordamos el lustro 65–70. En este corto periodo, a diferencia de lo que se ha afirmado reiteradamente, su actividad no estribó en la construcción de ferrocarriles. La burguesía argentina comercial, terrateniente y estancieril, como ya hemos dicho, gracias al crecimiento del comercio lanar por un lado, y al inicio del desarrollo de la producción agrícola por otro, dispuso de los capitales suficientes como para que la red ferroviaria, en sus años pioneros, se hiciera con capitales argentinos. El papel del capital extranjero en esos años fue el de prestamista. El déficit crónico de la balanza comercial se cubrió con un sistema que se utilizó también en Inglaterra y que consistió, a partir del 60, en la importación de capitales en forma de préstamos a los gobiernos. Los empréstitos del estado argentino absorbían más del 50% de todas las inversiones británicas del mercado londinense durante el lapso 1862–1875.⁹¹ A su vez, de los veintitrés millones de libras que Inglaterra había puesto en la Argentina promediando la década del 70, trece millones, casi el 57%, constituían préstamos hechos al gobierno nacional. Esta tendencia culminó con el surgimiento de la nueva etapa capitalista, el imperialismo financiero, bastante imperceptible por entonces. Debido a esos préstamos, la acumulación primitiva adquirió características dinámicas que permitieron dar forma de 1850 a 1880 a un país en el que estaban todas las clases capitalistas, con un gran desarrollo de las fuerzas productivas, que ingresó al mercado mundial como una de las potencias rectoras, con una dinámica colosal.⁹² La rémora, no

⁹⁰ Ferns, *Ob. cit.*, pág. 297.

⁹¹ *Idem*, pág. 340.

⁹² “En verdad, en la Argentina el capital privado y sujeto a riesgo comenzó a predominar en las inversiones cuando ya no había más riesgos. Mientras hubo verdaderas incertidumbres, los inversores esperaban que el estado argentino los sostuviera.” (*Idem*, pág. 347.)

obstante, seguía en pie. Para hacer una gran nación había que acabar con la burguesía terrateniente.⁹³

Las grandes personalidades

Sarmiento, Mitre, Urquiza y Alberdi fueron, sin lugar a dudas, los cuatro grandes de la acumulación primitiva capitalista u “organización nacional”, como la define la historiografía liberal oficial. A pesar de las profundas diferencias que los separaban, existió entre ellos una unidad de fondo: acuerdo para transformar la Argentina en una gran nación capitalista. Sólo comprendiendo esa unidad se pueden explicar sus discrepancias y el resultado de las luchas que emprendieron. A esta altura del análisis queda claro que Urquiza reflejaba los intereses de la gran burguesía productora nacional y Mitre los de la burguesía comercial porteña. Ninguno de los dos, al igual que Alberdi y Sarmiento, fueron simples pragmáticos. Los dos últimos eran ideólogos.⁹⁴ Urquiza, sin serlo, entendía que el acuerdo con la burguesía que hacía negocios en Buenos Aires era indispensable para asegurar la acumulación, y abandonó el campo de batalla en Pavón, cuando Mitre estaba vencido, aceptando fatal pero lúcidamente que fueran los burgueses porteños los que se encargaran de la unificación del país. Sarmiento, a su vez, fue propuesto como presidente por los ex rosistas como medio de arrebatarles el poder a los grandes comerciantes que gobernaban con Mitre, según lo demuestran las tarifas aduaneras.⁹⁵

Quienes mejor reflejaron las profundas necesidades históricas fueron Sarmiento y Alberdi. No obstante, fueron ideólogos de una burguesía en ascenso tan ávida como mezquina que, para emplear la frase que utilizaba Lenin al referirse a los burgueses rusos, “era incapaz de ver más allá de sus narices”. Sus consejos y opiniones, por tanto, fueron atendidos y aplicados en mínima parte. Los terratenientes, comerciantes y estancieros se limitaron a escucharlos, festejarlos y alabarlos, pero a no hacerles caso cuando sus planteos rozaban sus intereses inmediatos, aunque a la larga esas propuestas hayan sido las que mejor convenían a sus requerimientos de clase. No

⁹³ “El que se proponía dedicarse a los negocios o al cultivo de los cereales podía dentro de lo normal contar con que debería arrendar tierra. El que llegaba al campo argentino debía poseer pues el capital suficiente no sólo para montar una pequeña estancia sino para adquirir la tierra, a menos que estuviera dispuesto a compartir los beneficios de la empresa mediante el pago del arrendamiento...” (Ferns, *Ob. cit.*, pág. 367). Este autor agrega que de cualquier forma los propietarios de tierras podían “derivar para sí el capital de los recién llegados”.

⁹⁴ La brillantez de las tesis de Juan Bautista Alberdi en cuanto a la perspectiva capitalista de la Argentina se resume en estas afirmaciones: ‘La América que da frutos sin trabajo y sin cultivo, será poblada por ociosos y por esclavos, explotada por otros ociosos usurpadores [. . .] Dichosos los pueblos que tienen por morada un suelo pobre; ellos serán como la Prusia, como la Holanda, como la vieja Inglaterra en Europa y la nueva Inglaterra en América. Todo está compensado bajo el sol: el suelo pobre produce al hombre rico.’ (Alberdi, *Obras*, VII, 198, citado por Milcíades Peña en “Claves para entender la colonización española en la Argentina”, Revista *Fichas*, junio-julio de 1966, pág. 50.) Recordemos que Carlos Marx, citando a un economista inglés, afirmaba en *El capital*: “[...] Ni puedo imaginarme tampoco que haya peor maldición para un pueblo que vivir sobre una zona de tierra en la que la producción de medios de subsistencia y de alimentos se realice en gran parte de un modo espontáneo y el clima exija o admita pocos cuidados en lo tocante a clima y techo. Claro está que también puede darse el extremo contrario. Un suelo que no dé fruto por mucho que se lo trabaje es tan malo como el que da sin trabajar productos abundantes.” (*Ob. cit.*, t. I, pág. 23.)

⁹⁵ En 1880, tras la fallida intentona de Tejedor, se federalizó la ciudad de Buenos Aires y se puso punto final a las luchas originadas por las fuerzas porteñistas, tanto de los representantes de la burguesía comercial como de los ganaderos, para mantener escindida a la provincia más rica del país. Triunfó, definitivamente, la posición de unidad para impulsar la acumulación primitiva.

sorprende, entonces, que en 1883 Sarmiento no se hiciera ilusiones en cuanto al futuro capitalista de la Argentina. “¿Estamos mejor? Más bien parece que volvemos atrás”, afirmaba.

La personalidad del dirigente sanjuanino refleja a la perfección una época fascinante de la Argentina. Avasallante, contradictorio, pretendía convertir la realidad y adecuarla al paso capitalista de los tiempos; en consecuencia, podemos calificarlo como *gran hombre* en el sentido marxista de la expresión. Así es; Marx definía como gran hombre de ciencia —y se podría extender el concepto a la política— al que es consecuente con sus principios. Cuando los mismos chocan con los intereses de clase que él mismo representa o refleja, el gran hombre defiende sus principios y no sus intereses de clase. Por eso, Marx consideraba a David Ricardo un gran hombre de ciencia, porque cada vez que se enfrentaba la concepción de conjunto del economista inglés con la propiedad privada a la que defendía, se pronunciaba sin vacilaciones contra ésta. De Sarmiento podemos decir lo mismo. Fue un coloso que estaba a fondo por la acumulación primitiva y, sin embargo, no tenía empacho en anatematizar a los ganaderos con su famoso “la bosta gobierna a la Argentina”. También fue el portavoz de otra acumulación indispensable para el desarrollo capitalista: la cultural. Sin alfabetización no podía haber capitalismo moderno y Sarmiento lo sabía a la perfección. Por eso, el planteo desesperado de Alberdi de “gobernar es poblar” y el de Sarmiento en favor de la educación resumen el programa de la acumulación primitiva. Aunque después, en la función de gobierno, no se haya fundado casi ninguna escuela o no se hiciera una colonización masiva, el mérito subsiste. No se hizo porque no hubo clases con peso que lo apoyaran. Nuestras referencias a la personalidad de Sarmiento o la de Alberdi tienen que ver con su programa, pues hemos visto que la propia burguesía que llevó al sanjuanino al gobierno no le votó en el parlamento las leyes agrarias que hubiesen cambiado el curso histórico creándole, además, fama de foco. Bastaría reparar en el afán sarmientino por desarrollar la minería y mestizar el ganado, entre otras muchas cosas, cuando la propia burguesía ganadera interesada no se preocupaba por el problema, para demostrar acabadamente su intento de “capitalizar” al país.

Si faltara algo para redondear tamaña figura, deberíamos decir que Sarmiento fue el primero en darse cuenta del papel nefasto que puede llegar a jugar el capital financiero. En 1878, el Partido Autonomista Nacional, a la sazón bajo la transitoria jefatura de Sarmiento, se dio un programa en forma de documento afirmativo del autodesarrollo nacional: “El país necesita promover sus industrias que lo emanciparán del dominio económico del extranjero, arrancándolo, además, de la postración en que ha caído”.⁹⁶ Seis años antes, otro ideólogo revolucionario de la burguesía, Vicente Fidel López, decía en *Revista del Río de la Plata*: “Somos dependencia del comercio extranjero y de las comisiones que lo agitan: nuestra producción, es decir, nuestra materia prima, que es lo único que la constituye, depende necesariamente de la demanda de los mercados extranjeros. Ellos nos fijan la línea a que puede llegar. Ellos nos tienen bajo su tutela despótica.”⁹⁷ Sarmiento, como luego López, fueron teóricos de una corriente que a poco andar se convertiría en la Unión Cívica Radical. Desde su periódico, *El Nacional*, en el que colaboraban Leandro Alem y Aristóbulo del Valle, Sarmiento llevó adelante una violenta campaña contra la oligarquía financiera: “Todos los ciudadanos honrados hagan causa común para combatir este sistema de gobierno, de engaño y fuerza que amenaza perpetuarse pasándose el mando de mano

⁹⁶ Citado por Rodolfo Puiggrós en *El yrigoyenismo*, Bs. As., Jorge Alvarez, 1965, pág. 16.

⁹⁷ *Idem*, pág. 31.

en mano sus actuales poseedores”,⁹⁸ Como se ve, el programa radical. Sus discípulos, Alem y Del Valle, a través de la estructura política con la que no contó Sarmiento —drama de los hombres que se adelantan a su tiempo— y que ellos fundaron, resistieron la influencia del capital extranjero con vehemencia hasta llegar a los días violentos del 90.

¿Críticas? Muchas, pero secundarias. Escribir *Facundo* sin conocer a fondo la pampa ni el país, polemizar falseando los hechos, usar la diatriba para destruir al adversario. Nada de eso ensombrece su figura.

La guerra del Paraguay

El progreso histórico es contradictorio. Como tal, creemos que la expansión del comercio mundial, hecho indudablemente progresivo, supuso injusticias, excesos y hasta atropellos monstruosos. Compartimos la opinión de que la invasión al Paraguay a que dio lugar la guerra de la Triple Alianza es parte del proceso de penetración de la mercancía extranjera en países que constituían regímenes cerrados, casi de tipo asiático.

El pretexto para iniciar la guerra fue la supuesta invasión por parte de las tropas de Solano López de algunas provincias argentinas para dirigirse al Brasil y el apoyo que el régimen paraguayo daba a los exiliados argentinos. El conflicto duró cinco años, mató el 75% de la población masculina paraguaya y destruyó buena parte de su aparato productivo.

Una corriente nacionalista de izquierda sostiene la interesante tesis de que el imperialismo inglés sería el patrocinante de una guerra de conquista: “[. . .] La guerra parecía un hecho irracional, pero es que el mundo vivía la transformación de la exportación de mercaderías en exportación de capitales, y América del Sur era la víctima propicia de esa transformación, profundamente ‘racional’ para los intereses británicos [. . .] Algodón, libre navegación, empréstitos, límites, ganancias comerciales, destrucción industrial, poder político, ambición y temor, significaron la guerra de la doble alianza entre el Capital Financiero y las oligarquías locales. Drama de personajes americanos, con un protagonista y autor oculto: Inglaterra, puesta en evidencia, a través de los pocos rastros dejados en su letal paso.”⁹⁹

Como se ve, para esta concepción habría un cúmulo de hechos interrelacionados que originaron la guerra, desde los financieros hasta los psicológicos, pasando por los económicos y políticos, pero con una causal determinante: la acción del imperialismo. El Paraguay, a la manera de muchas provincias argentinas, habría recibido una agresión a su forma de vida, precapitalista para nosotros, capitalista de avanzada para los nacionalistas más lúcidos. Coherentemente, entonces, los sostenedores de esta teoría citan a Felipe Várela, defensor de la “unión americana” o “sistema americano”, representante clásico de las últimas montoneras del país precapitalista exterminadas con métodos criminales por Mitre: “La guerra con el Paraguay —escribe Várela— era un acontecimiento ya calculado, premeditado por el General Mitre [. . .] Las provincias argentinas, empero, no han participado jamás de estos sentimientos, por el contrario, esos pueblos han contemplado gimiendo la desertión del Presidente, impuesto por las bayonetas, sobre la sangre argentina, de

⁹⁸ Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, *Felipe Várela contra el Imperio Británico*, Bs. As., Sudestada, 1966, pág. 56.

⁹⁹ *Idem*, pág. 56.

los principales de la Unión Americana, en los que han mirado siempre la salvaguardia de sus derechos y de su libertad arrebatada en nombre de la justicia y de la ley.”¹⁰⁰ También a Rosas, cuando el Restaurador le advierte a Carlos Antonio López, segundo de una trilogía que encabezó el Dr. Francia, tío de Carlos, y que completaría Francisco Solano López, comandante de los ejércitos paraguayos en la guerra y “hombre fuerte” del país, hijo de Carlos, “que Dios lo conserve sin admitir extranjeros, que son malas langostas”. No obstante, los partidarios de la corriente nacionalista que nos ocupa que plantean, fundamentalmente, que ¡a intervención contra el país de los López habría sido una empresa montada por el imperialismo inglés para arrasar con una nación *capitalista independiente*, coinciden en que los móviles fueron los de la *expansión del capitalismo comercial*. Por ejemplo, cuando citan a Melchor Rom, en su periódico *Eco del Comercio* del 23 de abril de 1865, respecto al tabaco paraguayo: “Esta industria que hoy tiene monopolizada el Gobierno despótico de Asunción, en manos de todo el mundo, tiene que aumentar rápidamente y su abundancia disminuirá su precio”. (Tomado de Juan Horacio Cuccorese, *Historia de la conversión del papel moneda en Buenos Aires*, pág. 120, y citado por Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Duhalde, en *Felipe Varela contra el Imperio Británico*, pág. 57.) Los mismos autores afirman: “Para el mitrismo, la conquista del Paraguay era una empresa comercial. Por ejemplo, Santiago Arcos le escribía a Mitre: ‘[...] Lo que me parece bien es formar una asociación voluntaria numerosísima de estancieros, saladeristas, propietarios, etc., para la conquista del mercado europeo [. . .]’ y agregaba: ‘Remítame usted así un millón de pesos anuales, que al fin y a la postre son unas 2.500 onzas, y con tan cortos medios conquistamos los mercados europeos en cuatro años, lo que será mejor aun que la conquista del Paraguay’ (Archivo Mitre, *Ob. cit.*, t. III, págs. 187 y ss.). Para Arcos ‘conquistar’ el mercado europeo era aun más lucrativo que apoderarse del Paraguay. Mitre trataría de sintetizar ambos proyectos ‘económicos’, con el resultado conocido.” (Peña y Duhalde, *Ob. cit.*, pág. 57.)

En suma, frente a la agresión imperialista se habría levantado el pueblo paraguayo con su estadista al frente. “El pueblo armado, defendiendo su libertad económica, su tarifa proteccionista, su cierre de los ríos, su producción agraria, su industria, su ferrocarril, su telégrafo.”¹⁰¹ Más allá de la interesante polémica que puede originar tema tan controvertido, apresurémonos, una vez más, a coincidir en la repulsa que merecen los métodos sanguinarios con que el capitalismo históricamente se abrió paso.

Las últimas montoneras

Los restos de las montoneras del interior —de las que Felipe Várela es un exponente— resistían el proceso de organización capitalista del país. Su resistencia es comparable sólo con la virulencia con que se las combatió. En este caso, como en el de la guerra del Paraguay, hay que distinguir dos fenómenos: uno es el estudio frío, por así decirlo, del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción; otro, la forma en que se las impuso. Reiteradamente hemos afirmado que el proceso que tuvo lugar entre 1850 y 1880 fue enormemente progresivo. No obstante, los marxistas no utilizamos un criterio economicista para afirmar que “porque es progresivo todo se justifica”. La propia esclavitud, inclusive, que en determinada circunstancia histórica fue progresiva, no es aprobada por el marxismo a libro cerrado. Durante la acumulación

¹⁰⁰ *Idem*, pág. 56.

¹⁰¹ *Idem*, pág. 56.

primitiva, el librecambio y la incorporación del ferrocarril, entre otras cosas, fueron liquidando los últimos reductos de producciones y artesanías regionales. Esto provocó un justo levantamiento de los afectados, que se refleja perfectamente en las últimas montoneras. Desde el punto de vista histórico constituían una rémora que impedía el avance del capitalismo y, por lo tanto, su eliminación fue progresiva. También, en relación a la etapa anterior, “algunos teóricos populistas ‘condenan’ *a posteriori* la colonización española (o inglesa) partiendo de la lamentable tontería de que la misma fue inhumana. Pero no se puede condenar la colonización —ni tampoco la esclavitud que prevaleció en la antigüedad— por la sencilla razón de que resultaba *económicamente necesaria*. Era en su momento el único camino abierto a la humanidad para que una parte de ella pudiera ascender explotando al resto a un creciente dominio sobre la cultura; preparando así, objetivamente y pese a sus deseos, las bases para la emancipación de toda la humanidad.”¹⁰²

Obviamente, también como marxistas, estamos totalmente en contra del método empleado por la gran burguesía argentina. La misma, en lugar de exterminarlas físicamente, debió haber aplicado una política de síntesis e incorporarlas al proceso. Si eso no ocurrió fue, precisamente, porque la que detentaba el poder era esa burguesía terrateniente, culpable de que miles de provincianos e inmigrantes no hayan podido convertirse en chacareros. Por eso el aplastamiento feroz. Porque el avance del capitalismo llevaba una rémora en su propio seno.

¹⁰² Milcíades Peña, “Claves para entender la colonización española en la Argentina”, Revista *Fichas*, año 2, n° 10, junio–julio de 1966, pág. 39.

CAPÍTULO IV ARGENTINA: PAÍS DEPENDIENTE DEL CAPITALISMO BRITÁNICO

La Argentina de la década del 80 se ubica entre los primeros países del mundo en lo que hace a su comercio exterior. No obstante, el desarrollo ya mostraba signos alarmantemente contradictorios: nos íbamos adentrando en el proceso que nos llevaría a ser una sociedad capitalista dominada por el imperialismo. Toda esta etapa estuvo signada por la creciente influencia de los capitales extranjeros que, gradualmente, irían distorsionando lo que había comenzado a la caída de Rosas.

Lenin caracterizó el imperialismo como la etapa superior del capitalismo, teniendo en cuenta dos fenómenos fundamentales: los monopolios y el surgimiento, con carácter dominante, del capital financiero, lo que se reflejó en los países atrasados como importación de capitales. En la actualidad, los mejores teóricos marxistas discrepan un tanto con Lenin y casi todos los pensadores marxistas de principios de siglo en que lo predominante del imperialismo sea el capital financiero. O, al menos, muchos de ellos creen que la citada definición fue producto de una generalización un tanto apresurada.

De cualquier manera, sea correcto o no que lo predominante en la actual etapa imperialista es el capital financiero, ello no altera el hecho fundamental de que indudablemente sí lo fue en el periodo 1880–1930.

El desarrollo del capital financiero es un proceso, repetimos, que se inició en la década del 80 del siglo pasado y consiste en la fusión del capital bancario con el industrial. Hasta esa fecha existía el capital bancario que prestaba dinero y lograba ganancias en base a los intereses. La nueva modalidad implicaba que los bancos, a través de sus capitales, controlaban y monopolizaban distintas ramas de producción o distintas industrias de la misma rama de producción.

En la misma forma en que hemos procedido para caracterizar el imperialismo, conviene ponerse de acuerdo en lo que hace a una cuestión terminológica que, como toda cuestión de ese tipo, tiene que ver con los problemas científicos que estamos tratando; nos referimos a la denominación de los países dominados por el imperialismo. Hace décadas que los marxistas están discutiendo la definición adecuada para los países atrasados; cuál es, por ejemplo, la que corresponde a nuestro país.

Al respecto, hemos propuesto tres categorías: *dependientes*, *semicoloniales* y *coloniales*. Dependiente es el país que *políticamente* es independiente, es decir, elige a sus gobernantes, pero desde el punto de vista de los préstamos, el control del comercio o de la producción exterior depende *económicamente* de una o varias potencias capitalistas.¹⁰³ Semicolonial es el que ha firmado pactos de tipo *político* o *económico* que cercenan su soberanía, sin quitársela totalmente. Y colonial es el que ni siquiera elige su gobierno, ya que el mismo es impuesto o controlado por un país imperialista.

Estas definiciones resultan un tanto esquemáticas, pero son indispensables para clasificar los

¹⁰³ “Desde luego que la Argentina nunca perteneció al Imperio Británico pero la Argentina es o era parte del Imperio extraoficial de Gran Bretaña.” (Ferns, *Past and Present*, noviembre de 1953, nota 4.)

fenómenos a estudiar, en este caso la Argentina, a la que consideramos, en esta etapa, *dependiente* del imperialismo británico, y en la próxima, como veremos, simplemente una *semicolonia*. La década del 80, con su año clave 1889, produjo un cambio cualitativo en nuestras relaciones con Inglaterra. Precisamente ése fue “un *annus mirabilis*, durante el cual la Argentina absorbió entre el 40 y el 50% de todas las inversiones británicas hechas fuera del Reino Unido”.¹⁰⁴

Sin embargo, como toda definición, la nuestra es superada por la realidad, siempre mucho más rica que las definiciones. Existen casos contradictorios, como Canadá, que es una *semicolonia política*, pero *económicamente* es una de las potencias metropolitanas imperialistas más fuertes (no falta quien afirma que sería la segunda después de Estados Unidos, a pesar de que su presencia pasa algo inadvertida). Lo mismo ocurre con Australia. Son grandes países exportadores de capitales. Otro caso: el imperio ruso. *Económicamente* era dependiente de Alemania y Francia, pero, a su vez, era imperialista con respecto a Ucrania, Polonia y todas las naciones que sojuzgaba. Podríamos mencionar en la actualidad a España y Portugal, llamados países submetropolitanos. Argentina y Brasil cumplen similar papel: son *semicolonias* de una potencia imperialista, Estados Unidos, pero a su turno son, o han sido, *metrópolis* de naciones a las que explotan, como Paraguay y Bolivia.

Como expresamos más arriba, la Argentina pasó a ser dependiente de Gran Bretaña en el periodo que nos ocupa. Amén del volumen ya citado de inversiones, debemos recordar las cifras del comercio exterior y la balanza de pagos. En tanto que en 1885 el país adquirió en el exterior productos por noventa y cinco millones de pesos, en 1889 el valor de los productos adquiridos subió a ciento sesenta y cinco millones de pesos oro; durante casi toda la década de 1880 la balanza comercial arrojó saldos negativos para el país, originados, fundamentalmente, en el intercambio con Gran Bretaña. A su vez, la incidencia de los servicios financieros llegó a absorber entre una cuarta y una tercera parte de lo que el país exportaba.¹⁰⁵ La mayor parte de las ventas iba a Gran Bretaña, sobre todo en el rubro carne y cereales. En lo que respecta a este último ítem, se debe ser cuidadoso con las estadísticas, porque en ese lapso la exportación de cereales se hizo bajo el renglón “a órdenes”: se enviaba el buque sin punto fijo de llegada, pero el 70 u 80% de esos embarques eran controlados por los británicos. Sumados los dos tipos de exportaciones tenemos que el 50% de las mismas se enviaba a Gran Bretaña o era manejado por ella. A este control de la venta al exterior se sumaba el hecho de que la mayor parte de los préstamos y, como hemos visto, las inversiones eran de procedencia inglesa. Antes de la presidencia de Roca (1880–1886), esas inversiones en empresas por acciones se aproximaban a los veinticinco millones de libras. En 1885, *The Economist* estimó en 45.000.602 libras el valor declarado y en 45.997.000 libras el valor de las mismas en el mercado.¹⁰⁶ Algunos observadores calculaban su valor en mucho más: el secretario comercial de la legación británica en Buenos Aires estimaba las inversiones en una cifra que superaba los doscientos millones de libras.¹⁰⁷

En síntesis: por una parte, entre exportaciones directas y a órdenes, Inglaterra controlaba la mayor parte del comercio exterior argentino y, por otra, la misma tenía de tres a cuatro veces más inversiones que el país que le seguía. A eso hay que añadirle el hecho de que esas inversiones le

¹⁰⁴ Ferns, *Gran Bretaña y la Argentina...*, pág. 397.

¹⁰⁵ Jaime Fuchs, *Argentina, su desarrollo capitalista*, Bs. As., pág. 178.

¹⁰⁶ *The Economist*, 23 de enero de 1886, pág. 105.

¹⁰⁷ Herbeit, *Parliamentary Papers*, págs. 92–93.

permitían controlar los puntos neurálgicos de la economía argentina, en especial todo el sistema de comunicaciones: los ferrocarriles y el nudo ferroviario que desembocaba en Buenos Aires. Se justifica, entonces, la descripción de los observadores: “Todas las compañías industriales, comerciales, agrícolas y mineras que nos suministran las estadísticas argentinas llevan la marca extranjera *limited*. De manera que termina uno por tener la impresión de que está estudiando una pura colonia inglesa; en efecto, encontramos la palabra *limited* en toda clase de manufacturas; *limited* después de la declaración de capitales; todas las empresas son *limited*; el seguro es *limited*; la circulación y distribución de la riqueza argentina es *limited*.”¹⁰⁸

Del 80 en adelante, a través de sus inversiones, y más que de sus inversiones del chantaje a los distintos gobiernos, Inglaterra se apoderó de los ferrocarriles nacionales y logró condiciones leoninas para construir otros.¹⁰⁹ Es célebre el caso del Central Argentino, que recibió por donación del propio gobierno argentino a ambos lados de las vías de su recorrido tres millones de hectáreas que lo convirtieron en el terrateniente más grande del país. Es decir, se expropiaba a los estancieros y se entregaban las tierras a los ferrocarriles ingleses, que, de hecho, además de poseer las mejores tierras pasaron a controlar todo el sistema de comunicaciones.

También es famoso el manejo de las tarifas, toda producción que competía con la británica sufría brutales aumentos y desaparecía si no estaba situada cerca de Buenos Aires. La falta de caminos u otros medios de transporte agudizaban la dependencia de los ferrocarriles británicos.

Hasta entonces la Argentina había sido gran exportadora de lana. En realidad, la exportación había aumentado en el curso de cuatro décadas en un 1.745,8%. En 1889 las ventas alcanzaron a 56.709.774 pesos oro.¹¹⁰ A partir del 80 la decadencia de la lana a escala mundial significó la caída de Francia como gran compradora de productos nacionales. Inglaterra retomó su viejo sitio de privilegio, pero en otro rubro: las carnes. Pasó, de este modo, de gran vendedora a fundamental compradora. Por su parte, la carne ovina y bovina, junto con los cereales, desplazaron a la lana. Hacia 1889 los productos agrícolas aportaban casi el 15% de las exportaciones. Se vendían al extranjero trece millones de pesos oro en maíz y uno y medio de trigo y lino.¹¹¹

¹⁰⁸ Martínez y Lewandowsky, *The Argentine in the Twentieth Century*, Londres, 1911, pág. 359.

¹⁰⁹ “Mientras ocurrían estas cosas, comenzaron a surgir algunos indicios de la situación desesperada en que se hallaban las finanzas de la provincia de Buenos Aires. A principios de marzo, el mayor bien que tenía la provincia, el Ferrocarril Oeste, fue puesto en venta. Una firma que actuaba por Baring Brothers ofreció treinta y cinco millones de pesos oro (siete millones de libras) que fueron rechazados, pero un mes después el Banco de Londres y Río de la Plata, actuando en nombre de un grupo anónimo de capitalistas, se aseguró la propiedad del ferrocarril por 8.200.000 libras y ni siquiera esa suma pudo salvar a la provincia de Buenos Aires.” (Ferns, *Ob. cit.*, págs. 450–451.) Al respecto es interesante la reflexión del mismo autor en la página 410 de su libro: “El establecimiento de nuevas compañías como la de Buenos Aires–Pacífico y la del Central Córdoba, determinó que las compañías más antiguas no sólo extendieran sus líneas, sino que además pensarán en la posibilidad de monopolizar los accesos a Buenos Aires”. En cuanto a lo que significaba la posesión del acceso a Buenos Aires, es notable esta respuesta del presidente del Central Argentino a un accionista que protestaba por la guerra que se había entablado con otras compañías y que redundaba en costos y servicios: “La cuestión que usted debe considerar es qué suma vale la pena gastar para obtener la posesión del cuello de botella que conduce a la estación central de Buenos Aires”. (*South American Journal*. 11 de agosto de 1888.)

¹¹⁰ Luis V. Sommi, en *Ob. cit.*, pág. 28.

¹¹¹ Maíz, 12.977.720; trigo, 1.596.446; lino, 1.607.162; harina, 510.853; forrajes secos, 238.308; maní, 55.721; azúcar, 17.484; frutas secas, 11.299; otros productos, 447.890; total, 17.462.883.

Mientras tanto, a través de la compra de carnes el imperialismo británico se ligaba a los estancieros, la clase burguesa nacional más dinámica, y la que jugó, digamos, un papel industrial. Se selló un pacto que dura hasta la fecha. No es casual la referencia que hace Sir David Kelly, que fue embajador británico en la Argentina en la época de Farrell, sobre su visita, cuando retornó a su patria, a la casa del ex príncipe de Gales y a las preguntas y comentarios que éste formuló acerca de “su gran amigo” Martínez de Hoz. La anécdota refleja el hecho incontrastable de los poderosos vínculos que han unido, y unen, a grandes estancieros y ganaderos argentinos con el mercado inglés. Eran estos estancieros, precisamente, los que poseían el ganado más puro: Shorthorn, Heresford, Aberdeen Angus.

¿Por qué, si la Argentina soportaba esta situación de dependencia financiera y comercial y sus medios de transporte estaban en manos de los intereses británicos, el país no pasó a ser directamente una colonia o semicolonias de Inglaterra en esta etapa? La respuesta la da la propia situación del imperialismo inglés. En efecto, Gran Bretaña ha estado permanentemente en lucha con dos imperialismos, hasta 1914 con el alemán y luego de la Primera Guerra Mundial con el yanqui. En su informe del año 1888, el encargado de negocios británico apremiaba para que los industriales británicos hicieran un estudio más detallado y preciso del mercado argentino. Los alemanes y los franceses estaban dejando atrás a los británicos en la venta de artículos de mercería. Los belgas llegaron a dominar el mercado del acero para la construcción; se ofrecían, a precios de competencia, artículos de consumo belgas, alemanes, franceses y norteamericanos.¹¹² Esto permitió al conjunto de la burguesía argentina maniobrar, especular y sacar beneficios de la pugna interimperialista. Es famosa la forma en que se enriquecieron en este siglo los pequeños burgueses argentinos al aprovecharse de las disputas entre la General Electric y la Sofina por las usinas. Por eso, los ferrocarriles y los préstamos fundamentales los hacía el imperialismo británico, pero los servicios públicos y las inversiones industriales de mayor envergadura quedaron en manos alemanas y luego norteamericanas.

En 1887 los alemanes empezaron a mirar con codicia el mercado argentino. El Deutsche Ubrasse Bank abrió una oficina en Buenos Aires ese año y llegó a ser el primer banco alemán que tuvo éxito en la Argentina. La provincia de Buenos Aires tomó un nuevo empréstito y se discutió otro al gobierno nacional. En 1888 el ex presidente Roca hizo una breve visita a Berlín, donde lo recibieron con gran cordialidad. Cuando las relaciones ruso-alemanas comenzaron a enfriarse, la Argentina reemplazó a Rusia en el interés y afecto de los financistas alemanes.¹¹³ Los norteamericanos también invertían. La industria argentina, casi desde el vamos, tuvo estrechos vínculos con distintos imperialismos. Por lo tanto, la existencia de una burguesía industrial “modosita”, buena, conectada al mercado nacional por burgueses antiimperialistas que progresan, es cuento para niños, nada tiene que ver con la historia económica de nuestro país. Entre 1900 y 1930 el imperialismo extrajo, de una u otra forma, alrededor de doce mil millones de pesos del proceso de acumulación primitiva. Aldo Ferrer, destacado estudioso de historia económica, reconoce de hecho la falta de esa cantidad en el proceso acumulativo, aunque no atina a comprender el papel del imperialismo en el mismo.

¹¹² Ferns, *Ob. cit.*, págs. 428–429.

¹¹³ *Idem*, pág. 431.

Desarrollo de las fuerzas productivas

Si hasta 1880 la Argentina poseyó una gran rama de producción capitalista, la agrícola–ganadera, en la etapa que consideramos alcanzó el grado de gran potencia agrícola mundial con un desarrollo muy elevado de las fuerzas productivas. Si tomamos la producción per cápita y no por hectárea, pues en este caso sería de las más bajas del mundo debido a su carácter extensivo, la producción agrícola del país alcanzó los mayores niveles a escala internacional. En 1908 se exportaron 3.600.000 toneladas de trigo, 1.700.000 toneladas de maíz y 1.500.000 toneladas de lino. Cuatro grandes firmas —los “Cuatro Grandes”— monopolizaban por entonces las exportaciones de cereal: Bunge y Born, Dreyfus, Weil Brothers y Huni y Wormser. Poseían oficinas en Rosario y Buenos Aires y una red de acopiadores que los vinculaban con los chacareros. A fines del periodo, en la década del 30, los “Cuatro Grandes” eran Bunge y Born, Dreyfus, Anderson Clayton y Luis de Ridder. Junto a este vertiginoso crecimiento culminó, sobre todo con el ingreso de los frigoríficos, la transformación que se venía operando: nuestro país pasó a ser uno de los de mayor producción ganadera extensiva, es decir a campo, no a galpón. Las existencias en 1888 eran de veintitrés millones de vacunos, cinco de caballos y setenta y dos de lanares. Se logró un mestizaje tan completo, especialmente en la provincia de Buenos Aires, a través de la mezcla con los mejores ganados importados, que se consiguió satisfacer el gusto del comprador británico. Acompañando este proceso, aparecieron la estancia moderna y las cabañas y se produjo la especialización entre criadores, perfeccionadores de la raza, e invernadores, que sólo se dedicaban a hacer engordar el ganado.¹¹⁴

La expansión agrícola–ganadera coincidió con un gran despegue de la industria, sobre todo del sector ligado al mercado mundial, es decir, los frigoríficos. En 1882, Eugenio Terrason convirtió su saladero en un frigorífico, según el modelo de Australia. En el mismo año, George Drabble fundó The River Plate Fresh Meat Company Ltd., con un capital de cien mil libras, buena parte del cual fue suscrito por él mismo y los otros directores. Las dos compañías se concentraron en la carne de carnero congelada. Dos años más tarde, los hermanos Sansinena convirtieron sus saladeros en un frigorífico y se organizaron asimismo para abastecer los mercados locales y de ultramar. En 1886, la Sociedad Rural, sociedad de propietarios rurales de la provincia de Buenos Aires, fundó una compañía, la Congeladora Argentina, con una planta en San Nicolás. El mismo año una firma inglesa, James Nelson & Co., envió a uno de sus propietarios, Hugh Nelson, para que instalara una planta en Zarate.¹¹⁵ Algunos años después, en 1898, la River Plate Fresh Meat Co., la Compañía Sansinena y Las Palmas Produce Co. se organizaron en monopolio y eliminaron

¹¹⁴ ‘Toda la propiedad es de 90 millas cuadradas de tierra y no sólo constituye un lugar de placer durante el verano para el señor Cano, su familia y sus amigos (pues recibe mucho), sino que es además una fuente de enormes beneficios, como puede comprobarse en seguida, si se calcula el valor de la lana producida y el de las ventas de ganado vacuno. Las construcciones son casi demasiado numerosas para poder enumerarlas: es como una pequeña ciudad. Entre ellas pueden encontrarse amplios establos, galpones para máquinas, que contienen varias clases de maquinarias necesarias, desgranadoras de maíz, trilladoras, trituradoras, sierras mecánicas, todas movidas por “un motor inglés fabricado por los señores Richard Garret y Cía. Una inmensa construcción está dedicada a la esquila de ovejas y hasta el interior llegan rieles de ferrocarril, lo cual economiza el costo y el trabajo de cargar la lana en carros para transportarla hasta la estación. Hay también aquí una excelente prensa para enfardar lana, de la cual se enfardan por año 400.000 a 450.000 libras. En la estancia hay 100.000 ovejas, 40.000 vacas y alrededor de 12.000 caballos. La venta anual de ganado vacuno solamente es de alrededor de 10.000 cabezas.’ (South American Journal, 5 de febrero de 1877.)

¹¹⁵ Ferns, *Ob. cit.*, págs. 415, 416 y 417.

del mercado al San Luis, de Eugenio Terrason, que tenía sus plantas, en San Nicolás. El procedimiento era sencillo: se compraba la empresa rival y se la clausuraba. Fueron los primeros pasos de un desarrollo que abarcó dos etapas. Una hasta 1902, en que comenzaron a radicarse los grandes frigoríficos de Chicago, el Armour y el Swift. Hasta entonces se trabajaba con la carne de ovino, porque era más fácil de congelar y no requería una técnica muy desarrollada. A partir de 1902 se inició la segunda etapa. Al importar los frigoríficos yanquis técnicas mucho más avanzadas, surgió por un lado *el enfriado*, y por otro se desarrolló en gran escala el frigorífico para el vacuno, siendo desplazado el ovino. Uno de los motivos de este proceso fue la prohibición británica de importar ganado en pie.

Los gobiernos argentinos alentaron este proceso. En 1887 se abolieron los derechos de exportación de carne y el Congreso votó un subsidio de quinientos cincuenta mil pesos para las exportaciones de ganado en pie, carnes y tasajo y las exposiciones rurales y ferias. Al año siguiente, se acordó por ley una garantía del 5%, hasta la suma de ocho millones de pesos, a las compañías exportadoras de carne. Las cien mil toneladas de congelado exportadas en 1901 representaron el 46% de las importaciones inglesas. Las exportaciones argentinas de ovinos congelados subieron de 1.768.206 en 1896 a 2.634.105 en 1901 y las de vacunos congelados de 7.092 a 116.000; la exportación de ganado en pie descendió de 330.381 ovinos y 66.031 vacunos a cero, en igual periodo.¹¹⁶

El proceso de surgimiento de la industria frigorífica, de una “industria pesada para la exportación”, es un fenómeno muy parecido al que se dio con la industria del azúcar en Cuba: grandes fábricas y sistemas modernos. Llegó a su culminación a fines de la década del 20 con los frigoríficos Anglo-Ciabasa—dependientes del trust inglés Union Cold Storage—, que fueron una conjunción de los capitales ingleses de Smithfield y la compañía de navegación de Ultramar Blue Star Line, que poseía cinco barcos transportadores de carne y unas dos mil quinientas carnicerías en Gran Bretaña a nombre de Vestey Brothers. Fue el complejo industrial más importante del periodo, en lo que hace al desarrollo de las fuerzas productivas.

Para el mercado interno se instalaron grandes fábricas como Alpargatas, los ingenios del norte del país, el famoso trust de la cerveza de Bemberg. Es decir, un conjunto de industrias livianas trustificadas y muy poderosas, en su mayor parte ligadas al capital extranjero, para satisfacer el mercado de consumo. A la par, brotaron como hongos centenares de talleres y pequeñas fábricas que se fueron desarrollando en forma independiente o conectándose con los capitales extranjeros, como el caso típico de Siam y Westinghouse. En 1895 existían veintitrés mil establecimientos que giraban con un capital de cuatrocientos ochenta y cinco millones de pesos moneda nacional; disponían de una potencia motriz de sesenta mil HP y ocupaban doscientos diez mil obreros, de los cuales se estimaba que cuarenta mil eran dueños. Las industrias manufactureras representaban el 13% de los establecimientos; reunían el 34% del capital y ocupaban el 23% del personal. El resto, es decir el 87% de los establecimientos, comprendía las industrias extractivas, no fabriles, que representaban el 66% del capital y ocupaban el 77% de los trabajadores. Afirma el ingeniero Ricardo Ortiz que, sobre una masa de ciento setenta mil trabajadores, cien mil eran artesanos. Lo constante será que más del 50% de los capitales industriales pertenecían a extranjeros.

¹¹⁶ Rodolfo Puiggrós, *El yrigoyenismo*, pág. 92.

Para completar el cuadro digamos que hacia fines de siglo tuvo lugar un gran desarrollo de los ferrocarriles, que se estancó a posteriori de la Primera Guerra Mundial:

Año	Red ferroviaria (en kilómetros) ¹¹⁷
1857	10
1887	6.700
1900	16.600
1914	33.500
1930	38.634

También es interesante puntualizar que se advierte una gran expansión del mercado interno, y por ende, del comercio. Los grandes almacenes de ramos generales, que fueron característica de nuestro país hasta 1930, aparecieron en esta época.

Relaciones de producción

La Argentina finisecular ya contaba con las clases modernas. Durante los cincuenta años que analizamos existió una tremenda puja entre importadores y exportadores por los derechos de aduana. Los compradores querían que la moneda no se desvalorizara; a los exportadores, en cambio, no les interesaba la cuestión: pagaban salarios en moneda del país y vendían en libras esterlinas, dólares, marcos o francos. Es decir, la inflación era la política de los exportadores. Ante los aranceles tenían una actitud centrista, pero trataban de imponer un principio: las tarifas deben gravar las importaciones y no las exportaciones. En este sentido, eran proteccionistas sin quererlo, ya que no les preocupaba el desarrollo de la industria nacional sino un problema fiscal.

El capital financiero dentro del país

Sin embargo, lo esencial en el bando de los explotadores fue la aparición de un nuevo sector con caracteres propios: el capital financiero. En efecto en esta época iniciaron sus actividades tres grandes grupos financieros, Tornquist, Bemberg y Robert Long Co., en especial el primero. Este controlaba el azúcar y algunas fábricas metalúrgicas líderes como Tamet (más concretamente sesenta y cinco importantes empresas industriales). Su influencia principal, empero, la ejercía a través de su papel de intermediario de las grandes inversiones y préstamos, principalmente europeos. Bemberg, en tanto, controlaba dos de las empresas más redituables a escala mundial el trust de la cerveza y el ferrocarril Rosario–Puerto Belgrano. Robert Long & Co. estaba íntimamente ligada a importantes inversionistas ingleses (como por ejemplo la fábrica de Alpargatas).

A propósito de estas inversiones establecidas por el gran capital internacional industrial y financiero, permítasenos una digresión. Se suele afirmar que el imperialismo no invierte capital

¹¹⁷ Luis V. Sommi, *Ob. cit.*, págs. 35–36.

en la industria de los países atrasados porque eso agrava sus contradicciones. De allí se infiere que la industria aparecida en los países atrasados es nacional y su existencia adquiere un sentido antiimperialista. Con el mismo criterio, cuando terminó la Segunda Guerra Mundial un núcleo de grandes teóricos marxistas planteó que Estados Unidos no iba a permitir que Alemania se transformase en gran potencia capitalista. El razonamiento era simple: “Difícilmente Estados Unidos ayudará a levantar a Alemania si sabe que después ésta será una competidora formidable en el mercado mundial”. Lógica formal pura. Nosotros, aplicando la dialéctica, decíamos: “Habrá un gran desarrollo capitalista en Alemania y en tres o cuatro años volverá a ser una gran potencia capitalista, porque las leyes de la economía capitalista son *contradictorias* v Alemania constituye un magnífico campo para los inversionistas yanquis”. Es que el proceso histórico no conoce la coherencia formal, por el contrario, su ley es la contradicción. Por eso, siguiendo a Lenin, se puede afirmar que “las dificultades de este tipo no sólo son *posibles* en el capitalismo, sino que son *inevitables*”.

Los sectores financieros intermediarios que controlan las industrias esenciales son el elemento nuevo de la política nacional, que pasa inadvertido por lo menos para la mayoría, y que luego justificará el mote de “oligarquía” o “régimen”. que impuso Alem. En forma inconsciente, no obstante, Sarmiento y sus discípulos, al criticar la bolsa, ya están cuestionando el surgimiento del poderoso grupo financiero monopolista que protegía lo que controlaba, que tenía todas las características imperialistas dentro del propio país, que hacía de intermediario de los préstamos, y que no se limitaba a esta actividad parcial sino que establecía y fiscalizaba aspectos básicos de la economía argentina. Es, sin duda, el sector más fuerte de la burguesía, estrechamente entroncado con importadores y exportadores, no para defender ninguna rama de producción en especial sino para trabajar como lo hacen el capital financiero y los monopolios, ligándose al estado para lograr, por esa vía, una legislación favorable a sus intereses. Por ejemplo, Tornquist: primero instaló una refinería de azúcar en Rosario y se convirtió en librecambista para el azúcar no refinado, pero proteccionista ardiente del que producía. Posteriormente, estableció una fábrica en Tucumán y se hizo proteccionista a ultranza, logrando que el estado proteja en forma total la industria del azúcar. De una importación azucarera de cien mil toneladas en 1886 se pasó a una superproducción de diez mil toneladas en 1894.¹¹⁸

Cada uno de los grupos financieros mencionados respondía a una o varias potencias imperialistas. Tornquist estaba ligado, fundamentalmente, al capital alemán y de los Países Bajos; Bemberg al capital francés y Robert Long. Co. al inglés. Además de estos agentes de la penetración permanente del gran capital financiero extranjero, que actuaban como intermediario entre éste y el capital nacional, existen también en la Argentina sucursales de los grandes monopolios internacionales, como los ferrocarriles (la River Plate House de Londres, coordinadora de los intereses del Ferrocarril Central Argentino, la Western Railway y la Buenos Aires al Pacífico), las grandes casas cerealistas (Bunge y Born y Dreyfus), el trust algodonero (Anderson-Clayton), el trust del tanino (La Forestal); luego, sucursales de los grandes pulpos de los servicios públicos, como el de la electricidad (Sofina, General Electric), el de los automóviles (General Motors, Ford) y el de las grandes tiendas (Harrods y Gath y Chaves).

¹¹⁸ Rodolfo Puiggrós, *Libre empresa o nacionalización en la industria de la carne*, Bs. As., Argumentos, 1957, pág. 15.

Más del 50% de los capitales invertidos en la industria, y cualitativamente en las industrias más concentradas y fuertes, pertenecían a manos extranjeras. Si alguna fábrica comenzaba a expandirse, prestamente se ponía de acuerdo con el capital foráneo, como Alpargatas con los ingleses Fraser, que se transformó luego en la actual Fábrica Argentina de Alpargatas. Un solo renglón parece vedado a la penetración: la tierra y la industria ganadera, donde el capital nacional era una potencia. Esto provocó tremendos roces entre los estancieros de la provincia de Buenos Aires con los invernadores, agentes de los frigoríficos extranjeros, y el capital financiero.

La resistencia a la oligarquía financiera de la gran Burguesía nacional

Llegó un momento en que la gran burguesía nacional, en un tiempo aliada del capital financiero y el imperialismo británico, comprendió que, librada a su propia suerte, los grandes capitostes financieros (el régimen o la oligarquía, como se prefiera), junto con las grandes sucursales de los monopolios extranjeros, la desplazarían del aparato productivo y del mismo gobierno. Intentó, entonces, contrapesar esta colonización inexorable con la intervención electoral del pueblo. Previamente, tuvo que sobrevenir el estallido popular contra ese estado de cosas. En setiembre de 1889, durante la presidencia de Juárez Celman, se creó la Unión Cívica, confluencia política de distintos sectores de la burguesía y la pequeña burguesía angustiada por la dramática situación económica y política a la que la había llevado la oligarquía financiera dominante. Participaron en este movimiento contra el *unicato juarista* desde los grupos más radicalizados —que luego fundarían la Unión Cívica Radical— hasta los católicos practicantes.¹¹⁹ Fue justamente la Unión Cívica la que encabezó el levantamiento de julio de 1890, que dio por tierra con el *unicato*. Consumado el cambio de hombres en el elenco gobernante —el vicepresidente Carlos Pellegrini reemplazó a Juárez Celman en la presidencia— se produjeron dos fenómenos casi simultáneos: primero, el nuevo mandatario efectuó una profunda autocrítica y tomó medidas concretas para poner en vereda a los “especuladores y financistas”. En noviembre, el embajador británico en Buenos Aires informó a su gobierno que Pellegrini había acusado a los bancos extranjeros de “acumular oro en sus bóvedas y proveer a viciosas especulaciones”. También los acusó de “distribuir grandes dividendos en un momento de crisis”.¹²⁰ Segundo, se desmembró totalmente el frente único de descontentos (radicales, mitristas, autonomistas, católicos) en función de los intereses sectoriales de cada uno.

La gran burguesía deja votar

Los hechos de julio del 90 repercutieron en la relación entre las clases. Desde el poder, Carlos Pellegrini comenzó a rectificar posiciones sostenidas durante años. Representante de los sectores más poderosos de la burguesía argentina y gran aliado de la oligarquía financiera (amigo de Tornquist), tomó conciencia de la necesidad de practicar un cerrado proteccionismo como posibilidad de que la materia prima y la producción nacional tengan sus propios clientes dentro

¹¹⁹ “Todos los estamentos sociales e ideológicos se unieron para integrar la Unión Cívica. En el mitin de Jardín Florida, el 1° de setiembre de 1889, habló Pedro Goyena, líder católico. Y en el Frontón Buenos Aires, el 13 de abril de 1890, además del mismo Goyena y de don Miguel Navarro Viola, lo hizo Estrada, el cual pronunció el último de sus discursos: ‘Simpaticé desde su primer momento —exclamó con su arrebatadora oratoria— con la Unión Cívica, porque veía en ella un fulgor de esperanza para la República y un acto de virilidad de parte de la juventud’ [...]” (Emilio Fermín Mignone, “Los católicos y la Revolución del 90”, en *La revolución del 90*, pág. 89.)

¹²⁰ Foreign Office, 6/410, Pakenham a Salisbury, 25 de noviembre de 1890.)

del país y no fuera de él, para garantizar, por medio de un ciclo cerrado, la obtención de la plusvalía e impedir que la parte que le tocaba a la burguesía nacional estuviera pendiente de las maniobras del elefantiásico y complejo aparato del régimen. Enviado a Europa por Roca en 1885, para tratar, entre otros, con Baring Brothers, diecisiete años después acusó desde su banca en el senado al “conquistador del desierto de haber reformado algunas partidas de la tarifa de avalúos al solo efecto de arruinar ciertas fábricas, obligarlas a cerrar sus puertas y poner en la calle a tres o cuatro mil obreros, y todo para favorecer a algunos importadores de mercaderías extranjeras”.¹²¹ Pellegrini, que terminó defendiendo el proteccionismo a través de su periódico *El País*, formuló al mismo tiempo en el senado, poco antes de morir, su famosa autocrítica, en la que reconoce que fue un gran error de toda su vida política haber apañado el fraude sistemático y afirmando la necesidad de que todas las clases participen de la vida política, voten, abriendo así un curso democrático. Fue el arma defensiva de la gran burguesía contra la penetración imperialista. “El voto electoral no es sólo el más grande de nuestros derechos, sino el más sagrado de nuestros deberes. Es el voto lo único que levanta y dignifica al ciudadano y que hace grande y respetable al pueblo”, exclamaba. Y refiriéndose a la revolución radical del 4 de febrero de 1905 (presidencia de Quintana), dijo: “Es notorio que he hecho norma inflexible de toda mi carrera política condenar y combatir las revoluciones como medio de modificar o mejorar nuestros hábitos políticos, y que he condenado especialmente la del 4 de febrero último; pero si soy radical en este principio, él no impide reconocer que se coloca a los ciudadanos en una situación desesperada si por una parte se les priva de todos sus derechos y se les cierran todos los recursos legales, y por otra se les prohíbe el último y supremo recurso de la fuerza, y comprendo que situaciones como la existente en la provincia de Santa Fe, son capaces de hacer vacilar hasta convicciones tan profundamente arraigadas como la mía”.¹²² Pidiendo amnistía para los revolucionarios, afirmaba con amargura: “¿Y quién nos perdonará a nosotros? Sólo habrá paz en este país el día que todos los argentinos tengamos los mismos derechos, el día que no haya que apelar a las armas para reivindicar los derechos despojados”. En boca de un gran ideólogo y teórico de la burguesía argentina —fundador de la Sociedad Rural y la Unión Industrial— la apelación resulta reveladora. Como Pellegrini murió en forma sorpresiva en 1906, un íntimo amigo suyo, Roque Sáenz Peña, a quien el extinto confesó en sus últimos momentos “quisiera borrar veinticinco años de mi vida”, asumió la presidencia de la Nación en 1910 para cumplir con esa política: abrir el curso de la democracia parlamentaria burguesa. En 1912 Sáenz Peña llevó a cabo los planes de su maestro y amigo al sancionar la ley de sufragio universal, bajo cuya vigencia los radicales llegaron al poder por primera vez. Previamente, había llamado a colaborar con su gobierno a los hombres de Hipólito Irigoyen, el que inmortalizará su lacónica respuesta: “Abra las urnas al pueblo”, aunque hubo aparentemente un acuerdo previo entre los dos políticos. Se completaba así un ciclo político iniciado a poco del derrocamiento de Juárez Celman.¹²³

¹²¹ Rodolfo Puiggrós. *El yrigoyenismo*, pág. 32.

¹²² Rodolfo Puiggrós, *Idem*, pág. 33.

¹²³ “Pellegrini designó ministro de Hacienda a un hombre de las filas de la Unión Cívica, Vicente López. En los años siguientes los hombres que restablecieron las relaciones con los financistas europeos procedían de la Unión Cívica Radical: J.J. Romero y Victorino de la Plaza. Por otro lado, los hombres que pusieron límites políticos al acuerdo provenían de la clase de proletarios rurales. Cuando en 1892 se suscitó el temor de que pudiera exigirse de la Argentina algo más que un compromiso financiero, el hombre que ocupó durante breve tiempo el cargo de ministro de Relaciones Exteriores fue Tornas de Anchorena, el más grande señor rural de su clase. Anchorena no hablaba ninguna lengua europea sino el español. Nunca había viajado fuera de la República Argentina. Sus

Con la vigencia de la Ley Sáenz Peña, los radicales hicieron su ingreso en el parlamento y los municipios y triunfaron en los comicios a gobernador de la provincia de Santa Fe. Los socialistas, en tanto, obtuvieron en las elecciones del 7 de abril de 1912 en la Capital Federal dos diputados, Palacios y Justo, con 35.000 y 23.000 votos respectivamente. En 1913, los socialistas obtuvieron 48.000 votos y los radicales 30.000, ingresando Repetto y Bravo a la Cámara de Diputados y Del Valle Iberlucea (42.000 votos) al senado; en 1914, volvieron los socialistas a aventajar a los radicales: 42.000 votos y seis diputados mientras que los radicales sólo conseguían tres representantes.

Invernadores y ganaderos

Dentro del sector de mayor peso de las clases explotadoras, la burguesía ganadera, comenzó desde principios de siglo a distinguirse netamente la presencia de dos subsectores que iban a jugar papeles muchas veces contrapuestos en los años por venir: los invernadores y los ganaderos comunes. El invernador no era ya el de la época de Rosas, debido a los ferrocarriles. Para ser más precisos: era distinta su ubicación geográfica. En los años del Restaurador estaba cerca de los saladeros, es decir, en las proximidades de Buenos Aires. Era el que compraba el ganado flaco en tiempos de sequía a las estancias en las que en una determinada época del año no había pastos, y lo llevaba a su establecimiento, que sí los tenía y muy buenos. Lo engordaba y lo vendía al frigorífico. De más está decir que los frigoríficos extranjeros favorecieron a fondo el desarrollo de esta rama de la ganadería y tendían a pactar directamente con ella, pues aspiraban a hacerle cumplir el rol de comerciantes suyos. Trataron de explotar a todos los ganaderos por intermedio del invernador. No está de más reiterar que hasta el 1900 eran relevantes las exportaciones de ganado en pie y que luego, con la introducción de los monopolios ingleses, aquéllas se detuvieron. Sin embargo, el fabuloso desarrollo del capitalismo de esos años limó las asperezas entre invernadores y ganaderos. “Hay para todos” y, entonces, no se llegaron a producir enfrentamientos rudos que podían acarrear rupturas. En líneas generales, los ganaderos actuaron en frente único, más allá de la influencia que los frigoríficos dieron a los invernadores.¹²⁴

La clase media

Asimismo, se estructuró definitivamente en el país la clase media urbana y rural. En realidad, podríamos hablar de la “vieja” y la moderna clase media. Por “vieja clase media” entendemos al los artesanos y pequeños comerciantes, por ser característicos del[precapitalismo. En la “nueva clase media” incluimos a los profesionales y empleados que surgen y se desarrollan con el capitalismo. Ambas surgieron paralelamente y con contradicciones. Por ejemplo el caso típico de la segunda, muy numerosa e importante, lo constituyen los empleados de comercio y de los ferrocarriles, que crearon grandes sindicatos y luchas huelguísticas de envergadura. En cuanto a los empleados de comercio, es indudable que integraban uno de los sectores de clase media más

antepasados eran parientes del general Rosas. Decía muy pocas cosas a los diplomáticos extranjeros y esas pocas equivalían siempre a un ‘no’.” (Ferns, *Ob. cit.*, pág. 454.)

¹²⁴ “El trust organizado por las empresas frigoríficas inglesas y norteamericanas, poco tiempo después de instaladas estas últimas, abarcaba desde las compras de ganado en la Argentina hasta las venias de carne al consumidor británico y se ensambló con el pequeño grupo de ganaderos del *chilled* para ejercer una influencia económica, financiera y política poderosa. Las empresas norteamericanas, sometidas en los Estados Unidos a la ley antitrust Sherman, contaron en la Argentina con la ayuda de los grandes ganaderos para monopolizar, de acuerdo con las inglesas, la industria y el comercio de la carne.” (Rodolfo Puiggrós, *El yrigoyenismo*, pág. 94.)

combativos, que dio la tónica a algunas luchas populares durante buena parte de esta etapa. Es innegable que las casas de ramos generales caracterizaron en gran medida la vida económica de comienzos de siglo en la Argentina. Junto a esta moderna clase media, apareció la “vieja”, la del pequeño productor, la del chacarero y pequeño ganadero (tamero u ovejero, pues el ovino es mucho más barato que el vacuno).

Desapareció del campo, en tanto, ese lumpen o semilumpen que era el gaucho, porque se operó una vertiginosa transformación, que produjo una estructura claramente capitalista: obreros, peones y capitalistas.¹²⁵ No obstante, compensando la liquidación del lumpen en el campo, éste apareció en la ciudad, a causa de la inmigración y su imposibilidad de asentarse en la tierra. Es el “compadrito” de los arrabales, ciudades y pueblos. Al no ser el desarrollo industrial lo suficientemente intensivo como para poder emplear esta mano de obra desocupada, la misma adquirió características especiales. Era un lumpenproletariado dinámico, sin estructura fija, *sin* tradición, siquiera, de desclasado y, por tanto, dio una fisonomía distinta a los grandes centros urbanos. Originó el tango y “prestigió” a nuestro país por tener, junto con Shangai, los lupanares más famosos de que podían vanagloriarse los rufianes de la época, en especial los de Rosario.¹²⁶

La clase obrera

Los últimos años del siglo pasado fueron los del nacimiento de la clase obrera argentina. A ésta le cabe el mérito de ser una de las primeras del mundo en cuanto al desarrollo de su conciencia y a haberse elevado a una política independiente. La clase obrera argentina era una de las pocas que tenía secciones de la Primera Internacional (1871). Este es su aspecto positivo. El negativo era que estaba formada por inmigrantes. Por decisión de la Segunda Internacional reunida en París en 1889, se decidió celebrar en todos los países del mundo una jornada de lucha los 1° de mayo de cada año, para plantear distintas reivindicaciones obreras y en homenaje a los trabajadores masacrados en Chicago tres años antes. En esa reunión de París, la Argentina estuvo representada nada menos que por Guillermo Liebknecht, padre de Carlos y amigo de Marx, quien había aceptado la solicitud que en tal sentido le hicieron los integrantes de un club de socialistas alemanes residentes en la Argentina, el *Vorwärts*. En la celebración del 1° de mayo de 1890, realizada en el Prado Español de Buenos Aires, los oradores se dirigieron a la concurrencia en

¹²⁵ “La premisa de que se parte, dentro del régimen capitalista de producción, es, por tanto, ésta: los verdaderos agricultores son obreros asalariados, empleados por un capitalista, el arrendatario, el cual no ve en la agricultura más que un campo especial de explotación de su capital, de inversión de su capital en una rama especial de producción. Este arrendatario capitalista paga al terrateniente, al propietario de la tierra explotada por él, en determinados plazos, por ejemplo, anualmente, una determinada suma de dinero contractualmente establecida (lo mismo que el prestamista del capital—dinero paga el interés estipulado) a cambio de la autorización que aquél le otorga de invertir su capital en este campo especial de producción.” (Carlos Marx, *El capital*, México, FCE, 1959, t. III, págs. 576–577.)

¹²⁶ “Los años treinta señalan, además, el auge de la *mafia* en nuestro país. En otra ciudad argentina, que también gozó de la triste fama de ser comparada con la Chicago de Al Capone, en Rosario, sentó sus reales Juan Galiffi (alias ‘Chicho Grande’), regenteando una serie de negocios ilícitos que iban del proxenetismo al juego prohibido. La *Zwi Migdal* —organización internacional israelita de tratantes de blancas— prosperó entonces con sus cadenas de burdeles, de pública instalación hasta que se sancionó la Ley de Profilaxis Social (n° 12.331, del 17 de diciembre de) 36). Junto a Galiffi, como lugarteniente, trabajará Héctor Behety, conocido también con los nombres de Alí Ben Amar de Sharpe y Francisco Marrone (alias ‘Chicho Chico’). Este proxeneta y jugador profesional, cuando se enemistó con Galiffi y formó su propia banda, gozó también de la protección de Alberto Barceló en Avellaneda.” (Enrique Díaz Araujo, *La conspiración del 43*, Bs. As., La Bastilla, 1971, pág. 176.)

cuatro idiomas: alemán, francés, italiano y castellano.¹²⁷ El 2 de setiembre de 1878, ante el asombro de la sociedad de aquellos días, se declaró la primera huelga en el país: los tipógrafos de Buenos Aires paraban ante la reducción de los salarios y el aumento de las exigencias laborales. Agreguemos que este gremio era el que primero se había organizado en mutual, allá por 1857. La reacción patronal no se hizo esperar. El diario *El Nacional* calificó la huelga de “recurso vicioso”, “inusitado e injustificado”; la atribuía a la influencia europea —aunque la mayoría de los tipógrafos eran criollos— y concluía afirmando: “El socialismo usa de las huelgas como instrumento de perturbación, pero el socialismo es una necesidad en América”.¹²⁸ Como se ve, algunos argumentos de la burguesía se mantienen imperturbables al paso del tiempo y las huelgas. A partir de 1885 surge un movimiento obrero cada vez más poderoso, ligado fundamentalmente al transporte, es decir a los puertos y ferrocarriles, y fue allí donde estallaron las primeras grandes huelgas, sobre todo en los talleres ferroviarios de Solá y Tolosa, para protestar por el desmesurado proceso inflacionario y exigir que se pagasen los salarios en patrón oro. La huelga ferroviaria de 1888 fue la más trascendente de un periodo que había comenzado con la de albañiles y yeseros en 1882; carpinteros, telefónicos y peones de La Plata en 1883; panaderos de Rosario y cocheros de Tandil en 1885, y que se intensificó al máximo entre los años 1888–1890, en que se registraron treinta y seis huelgas, algunas de las cuales, por ejemplo la de los albañiles, movilizaron a más de diez mil trabajadores. Es que en 1889 el oro comenzó a subir rápidamente. En 1887 había subido sólo un 35% y en 1888 un 48%, pero en 1889 el promedio fue del 94%, y aumentó en forma continua a medida que transcurría el año. En octubre de 1889 el embajador británico en Buenos Aires advertía al jefe del Foreign Office, Salisbury, de la “grave depreciación del papel moneda” y le informaba sobre la creciente ola de huelgas que —decía el diplomático extranjero— felizmente no escapaban a la fiscalización de la policía.¹²⁹

El proceso de organización de los trabajadores y la intensificación de la ola huelguística llegaron en la primera década de este siglo a un punto crítico para la burguesía. En junio de 1890 varias sociedades obreras convocaron a un Congreso Constituyente de la Federación de Trabajadores de la República Argentina o Federación de Trabajadores de la Región Argentina. Debido a la revolución del 26 de julio dicho congreso se concretó a comienzos de 1891.¹³⁰ En diciembre de 1890 apareció el periódico *El Obrero*, órgano de la Federación, cuyo director era el ingeniero G.

¹²⁷ “Los nombres de las entidades adheridas denotan el carácter cosmopolita de la celebración: Club Vorwaerts, Sociedad Internacional de Carpinteros, Tipógrafos Alemanes, Sociedad Cosmopolita de Oficios Sombrereros, Obremos Alemanes de la ciudad de Buenos Aires, Sociedad Figli del Vesubio, Sociedad Escandinavian Norden, Circolo Reppublicano F. Campanella, Sociedad de los Países Bajos, Unión Calabrese, Sociedad Italia Unita, Circolo Mandolinista Italiano, Círculo Republicano G. Mazzini. Confederación Obrera Sudamericana (sección Argentina – La Plata), Sociedad Italiana Unione e Benevolenza (Esquina), Unione e Fratellanza (Lobos), Societá di Mutuo Socorro y Socorso Italiano (Chivilcoy), Forza Unite (Pergamino), Sociedad Italiana (Capilla), Asamblea Internacional (Rosario), Círculo Socialista Internacional, Sociedad L’Ancora, Sociedad Italiana de Barracas, Sociedad Roma (Capilla), Centro Republicano Italiano, Alianza Republicana de Buenos Aires y Sociedad Cigarreros Unidos.” (Rodolfo Puiggrós, *El yrigoyenismo*, pág. 178.)

¹²⁸ Hugo del Campo, *Orígenes del movimiento obrero argentino*, Bs. AS. CEAL, 1973, pág. 300.

¹²⁹ Pakenham a Salisbury, Foreign Office, 6/404, 15 de octubre de 1889.

¹³⁰ La propuesta del congreso fue: “la unión de los obreros de esta región para defender sus intereses morales y materiales, y practicar la solidaridad con los hermanos de todas las regiones en lucha contra el capital y sus monopolizadores [...] la organización de todos los trabajadores en secciones de oficio y sociedades puramente obreras [...] la solidaridad en todos los casos en que se presente la lucha por los intereses obreros [...] la propaganda e instrucción por medio de la prensa, bibliotecas, conferencias, folletos”.

A. Lallemand. Los socialistas dirigían la flamante central aun cuando la mayoría de los gremios adheridos estaban en manos anarquistas. Las concepciones contrapuestas en cuanto a la actividad política de los obreros terminaron con este primer experimento organizativo. En 1892 se disolvió la Federación y la que se constituyó dos años más tarde duraría sólo hasta el 95. En ese año había en la Argentina ciento setenta y cinco mil obreros, de los cuales setenta y tres mil trabajaban en la capital. También en 1895 se produjeron diecinueve huelgas, en las que participaron veintidós mil huelguistas, y al año siguiente veintiséis, con veintiséis mil huelguistas. En 1896, los socialistas, partidarios de la actividad política de los trabajadores, intentaron una vez más reorganizar la Federación, intento que fracasó al año siguiente. Cuatro años más tarde, socialistas y anarquistas, defensores estos últimos del apoliticismo obrero, constituyeron la Federación Obrera Argentina (FOA).¹³¹ Sólo un año duró el acuerdo. En 1902 los socialistas se desafiliaron y crearon el Comité de Propaganda Gremial. Precisamente ese año hubo importantes huelgas, como la de los obreros de la Refinería Argentina de Azúcar de Rosario, estibadores de la misma ciudad y San Nicolás, Villa Constitución, San Pedro y Ramallo. En agosto de 1902 se realizó el Congreso de Obreros Agrícolas en Pergamino y se formuló un programa reivindicativo. La situación hizo perder la calma a la burguesía: el 23 de noviembre de 1902, a instancias del senador Miguel Cané, autor de la novela *Juvenilia*, se sancionó la Ley 4.144 de Residencia, que disponía la expulsión del país para todo extranjero “cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público”. Los anarquistas fueron las primeras víctimas de una de las herramientas históricas que utilizó la burguesía para reprimir a los obreros. En efecto, una huelga producida al día siguiente en el Mercado Central de Frutos, en plena vigencia del estado de sitio, motivó la expulsión, por parte del gobierno de Roca, de varios trabajadores de esa tendencia.

En marzo de 1903 se creó la Unión General de Trabajadores (UGT), socialista. Mientras tanto, la FOA acentuaba sus posturas extremistas: rechazaba la acción política de la clase y proponía la destrucción del estado burgués por la acción directa, a la par que pregonaba el carácter puramente económico de la organización. Las huelgas eran para los anarquistas *escuelas de rebeldía* y preparativos de la *huelga general*. Socialistas y anarquistas rechazaron el proyecto de Ley Nacional del Trabajo, presentado por el ministro del interior Joaquín V. González que, no obstante, consagraba demandas sentidas (jornada de ocho horas, reglamentación del trabajo nocturno, descanso dominical, indemnización por accidentes de trabajo, reglamentación del trabajo de las mujeres y prohibición del de los niños). En 1905 se cerró un capítulo en el proceso organizativo de los trabajadores. Mientras que socialistas y sindicalistas (tendencia interna de la UGT que seguía los pasos de George Sorel y Antonio Labriola) proponían a la FORA, sin éxito, un Pacto de Solidaridad, ésta adhería en su quinto congreso a los principios del comunismo anárquico (en 1904 la FOA se había convertido en FORA).

Las huelgas, entre tanto, tuvieron la siguiente evolución:

¹³¹ El acuerdo socialista-anarquista establecía: “Considerando que el congreso obrero gremial reunido en este momento se compone de sociedades (de resistencia, o por mejor decir de colectividades obreras organizadas para la lucha económica presente, y teniendo en cuenta que en el seno de estas colectividades caben todas las tendencias políticas y sociales, el Congreso declara que no tiene compromisos de ninguna clase con el Partido Socialista ni con el Anarquismo ni con partido político alguno, y que su organización desarrollo y esfera de acción es completamente independiente y autónoma, y que la organización de este Congreso es pura y exclusivamente de lucha de resistencia”. (Rodolfo Puiggrós, *El yrigoyenismo*, pág. 183.)

Cantidad de Huelgas

Año	Cantidad	Huelguistas
1907	231	169.019
1908	118	11.561
1909	138	4.762
1910	298	18.806

Motivos de las huelgas

Año	Salarios (X)	Jornadas (%)	Organización (%)	Cond. de trab. (%)	Varios (%)
1907	29	19	39	3,9	0,8
1908	26,3	17,8	44	1,7	0,2
1909	44,9	16	35,5		3,6
1910	58,7	9,1	25,2	–	7

(Tomado de las estadísticas oficiales del Departamento Nacional de Trabajo, 1909 y 1910.)

El gobierno radical

A partir de 1910 la maniobra política de la burguesía nacional apuntó, pues, a dos objetivos básicos: uno, el citado de abrir un curso democrático que sirviera para contrarrestar el dominio imperialista y financiero; otro, posibilitar la llegada al poder a un gobierno de los sectores de la clase media y la burguesía nacional, esencialmente ligado a los ganaderos. Un gobierno, en suma, que el propio imperialismo inglés no vio con malos ojos, pues sirvió de valla a la penetración de su competidor yanqui. Este gobierno fue el de los radicales, que contó con el apoyo de la clase media y el lumpenproletariado urbanos. En realidad, el radicalismo solucionó en parte el problema de esos sectores con un método típico de la burguesía ganadera: la empleocracia. Arrebató, por medio del presupuesto, una parte de la renta nacional a los comerciantes importadores, al capital financiero y a las compañías extranjeras, y creó puestos en la administración nacional para los desclasados y la clase media que, de esta forma, comenzaron a tener una participación permanente y metódica en la distribución de la renta nacional. Los socialistas, haciéndose eco de los conservadores, criticaron esa metodología reformista que, en última instancia, iba contra las clases dominantes. Dicha política tenía su talón de Aquiles, pues no solucionaba los males estructurales de la economía argentina. Lo que se logró fue una mejor distribución de la renta nacional, pero se creó un gigante con pies de barro, de gran fuerza social y política que, al no ser modificada la estructura de conjunto para ubicarlo dentro del aparato productivo, debilitó a la propia estructura en su totalidad.

El viejo socialismo atacó a los radicales acusándolos, como los griegos clásicos a los extranjeros, de bárbaros. Las prácticas políticas de Yrigoyen —decían— eran “incivilizadas” y típicas de la “política criolla”. La otra cara del ataque era la autoestimación: los socialistas de la Casa del Pueblo eran la “civilización”. La gran prensa oligárquica ayudaba a que esta falsa imagen de unos

y otros se hiciera carne en el público “bienpensante”.¹³²

Lo cierto es que el radicalismo importó los métodos y organización política más avanzados y democráticos del mundo capitalista. Se esforzó por trasladar a nuestras prácticas políticas la estructura organizativa de los dos grandes partidos burgueses yanquis. Las convenciones, elecciones y democracia interna practicadas por el radicalismo eran copia de los *parties* norteamericanos. Sería ocioso remarcar que el término *copia* no está usado con sentido peyorativo, sino, por el contrario, laudatorio. Esas formas organizativas se acriollaron, echaron raíces en la realidad nacional. He aquí el segundo mérito del radicalismo frente al socialismo reformista tradicional. Este, gran crítico de aquél, fue incapaz de darse una organización seria que arraigara en el movimiento obrero argentino. Sus problemas internos se dirimieron burocráticamente, expulsando y persiguiendo ideológicamente a los opositores a la dirección. La vida del viejo Partido Socialista es la historia de esas expulsiones sistemáticas precedidas de fraudes escandalosos en las elecciones internas. En ese sentido, el radicalismo fue mucho más para la clase media y la burguesía productora nacional que el socialismo de la Casa del Pueblo para la clase obrera. El primero importó métodos, insistimos, y formas útiles a su clase que desarrollaron la democracia interna en el ámbito partidario y en el país.¹³³ Los segundos copiaron los vicios más repugnantes de la burocracia reformista de Europa, sin imitar ninguna de sus virtudes. Fue precisamente ese “modernismo” lo que le permitió al radicalismo sobrevivir casi un siglo y seguir siendo la representación de la clase media argentina. Nació antes que el socialismo reformista y lo enterró.

Indudablemente, el aspecto formal del problema no agota en absoluto el tema; a lo sumo, lo plantea. La explicación de fondo hay que buscarla en la solidez y estabilidad de la clase media argentina. Son también las oscilaciones de la pequeña burguesía lo que explica las distintas direcciones y rupturas que tuvo que soportar el partido de Don Hipólito. Así, por ejemplo, de

¹³² Carlos Sánchez Viamonte, dirigente socialista y autor de *El último caudillo*, dice que el yrigoyenismo transpiraba “letra de tango” y que era un “producto del suburbio” de “mal gusto”. Profundiza su “caracterización” sobre uno de los fenómenos de masas más importantes de la historia nacional diciendo que entre el partido que él representaba y el de Yrigoyen había una diferencia de carácter *estético*. “La *causa* es, ante todo, *mal gusto*.” “La separación de las aguas se evidencia desde el pináculo del triunfo. Desde él fluye el mal gusto con geográfica elocuencia y naturalidad. La *causa* no lo cree así. Ella experimenta la fruición de su propio mal gusto y lo paladea con emocionado deleite.” (*Ob. cit.*, Córdoba, 1930, pág. 22). Conviene recordar que “causa” era el término que empleaba Yrigoyen para distinguir a su movimiento del “régimen” representado por las fuerzas oligárquicas fraudulentas. Asimismo, es importante remarcar que Sánchez Viamonte era la izquierda del justismo.

¹³³ Durante la primera presidencia de Hipólito Yrigoyen tuvieron lugar los episodios de la Semana Trágica y la represión a los obreros patagónicos. En ambos casos los movimientos fueron encabezados por los dirigentes de la FORA. Los radicales, antes de reprimir, buscaron un entendimiento con los huelguistas. En el caso de la Semana Trágica de enero de 1919, los diputados radicales se cuidaron mucho de distanciarse de la posición de los conservadores, que exigían drástica represión. Un representante yrigoyenista en el parlamento, Oyhanarte, dijo: “Sé, señor, que las clases trabajadoras, o corno se dice aquí, en mal castellano, las clases proletarias de mi país, sienten en su vientre fecundo germinaciones nuevas, ansias hasta ahora no concretadas[...]. Ninguno de sus derechos será hollado, ninguna de sus legítimas aspiraciones será defraudada y esto lo ha comprendido y lo ha ratificado, de suyo propio, la clase trabajadora, nombrando por arbitro al presidente de la República.” (*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, Tomo V, pág. 67.) La prensa radical, por su parte, tratará de distinguir entre los “anarquistas” y la “clase obrera”: “Se trata de una tentativa absurda provocada y dirigida por elementos anarquistas, ajenos a toda disciplina social y extraños también a las verdaderas organizaciones de trabajadores. Porque no se trata de un movimiento obrero. Mienten quienes lo afirman. Mienten quienes pretenden asumir audazmente la representación de los trabajadores de Buenos Aires.” (*La Época*, 10 de enero de 1919.)

Alem a Yrigoyen hubo un desplazamiento de la pequeña burguesía urbana de la Gran Aldea a la rural, de la que el hombre de Balvanera es un símbolo. Esa clase media rural, tanto agrícola como ganadera, tenía vasos comunicantes con la gran burguesía rural. Yrigoyen mimó a la juventud dorada de los grandes ganaderos; sus lugartenientes de la Revolución de 1905 eran lo más granado de ese sector. Recordemos: el 29 de febrero de 1904 se reconstituyó el Comité Nacional del partido, que había sido disuelto en 1897. La declaración que emitió fue, prácticamente, la ruptura definitiva con “el régimen”: “La política del acuerdo [seguida hasta allí] ha comprobado con su fracaso la razón de ser del radicalismo argentino [...] Al cabo de trece años de esta política positivista el país comprueba el arraigo del Régimen cuya coparticipación se proclamó como un medio lento pero seguro de extirparlo.” Se decidió la abstención electoral ante los comicios que llevarían al poder a Quintana, sucesor de Roca. El 4 de febrero de 1905 estalló un golpe dirigido por los radicales, sofocado ante la indiferencia popular. Lo importante para nuestro análisis es que existe profusión de datos que demuestran que los aliados de Yrigoyen en la fallida intentona eran los antiguos contingentes del Partido Federal y jóvenes oficiales del ejército de extracción pequeñoburguesa rural.

Con Alvear coparon el partido los grandes monopolios extranjeros afincados en el puerto. Los “antipersonalistas” (opuestos al caudillo Yrigoyen) eran abogados distinguidos cuya mejor clientela provenía, justamente, de esos monopolios. No es de extrañar, entonces, que los alvearistas se hayan opuesto a Yrigoyen primero y que hayan estado íntimamente ligados a la CADE después.¹³⁴ Nada mejor que la propia historia del radicalismo, de Yrigoyen y de sus diferentes direcciones, repetimos, para pintar el carácter inconsecuente de la clase a la que representan. Por eso Yrigoyen en su lecho de muerte manda “rodear a Marcelo”, su enemigo.¹³⁵ Demostró la impotencia de su clase para darse una política consecuentemente antiimperialista y democrática.

El proceso de oposición a Yrigoyen había comenzado mucho antes. La muerte de Roque Sáenz Peña y la asunción del mando por el vicepresidente Victorino de la Plaza empeoraron considerablemente la situación política del país. El nuevo mandatario formuló declaraciones inquietantes: tras referirse al auge de las “agrupaciones extremas”, añadía que “ni remotamente podía suponerse que para salvar formas de imparcialidad electoral pudiera serle indiferente la suerte del país o el desastre de las instituciones”. A pesar de lo cual, y conforme a la nueva táctica concurrencista, la convención nacional del radicalismo, reunida sobre el filo de las elecciones, decidió participar en ellas con la fórmula Hipólito Yrigoyen–Pelagio Luna. Un índice de la incrementada tuerza que venía cobrando el ala reaccionaria del partido lo constituye la votación

¹³⁴ “Yrigoyen ha jugado con el país. Socavó su propia estatua y deshizo al Partido Radical, lo que explica que los enemigos más encarnizados del jefe inepto sean los verdaderos radicales[. . .] Los personalistas (yrigoyenistas) son como la hiedra parasitaria: partido el árbol por un rayo, la planta se seca y muere[...] Los argentinos deben tener eterna gratitud a los hombres que en un momento dado se jugaron para ponerse al frente de la reacción y producir lo que era un anhelo general y casi unánime.” (Declaraciones de Marcelo T. de Alvear al enterarse en París de la caída de Hipólito Yrigoyen ante el golpe de Uriburu, citado en: J. Beresford Crawkes, *533 días de historia argentina*, Bs. As., 1932, pág. 307.)

¹³⁵ “Las relaciones entre Alvear e Yrigoyen constituyen un enigma psicológico. El acuerdo tácito, y a veces expreso —como en la época de la presidencia de Alvear (1922–1928)— en que se desarrollaron sus relaciones, serán motivo de estudio por los psicólogos especializados. Nosotros consideramos que en el fondo de todo problema psicológico hay un problema social. La relación, la vinculación entre Yrigoyen y Alvear tiene un sentido social.” (Lucía Tristán, *Yrigoyen y la intransigencia radical*, Bs. As., 1956, Pág. 71.)

del candidato a vicepresidente: el doctor Vicente Gallo, jefe de los “azules” (antiyrigoyenistas), obtuvo una importante minoría de cincuenta y nueve votos, contra ochenta y uno de su oponente. Yrigoyen renunció a su candidatura. Durante treinta y seis años había venido rechazando todos los ofrecimientos de cargos públicos, hasta el de gobernador de la provincia de Buenos Aires en dos oportunidades: una cuando la revolución del 93, otra frente a Pellegrini. Pero la presión fue tan unánime e intensa —lo amenazaron con disolver el partido— que al fin y a la postre aceptó. Doce días más tarde se efectuaron las trascendentales elecciones:¹³⁶

Partido	Votos	%	E lectores	%
Unión Cívica Radical	339.332	48,64	152	51,00
Conservador	153.406	21,90	104	34,90
Demócrata Progresista	123.637	17,72	20	6,71
Socialista	52.895	7,69	14	4,70.
Radical Disidente	28.267	4,05	8	2,69

En el interregno de las dos presidencias de Yrigoyen, gobernó Alvear (1922–1928). En ese lapso se gestó la logia San Martín, patrocinada por el ministro de guerra Agustín P. Justo, que será la precursora del levantamiento que el 6 de setiembre de 1930 derribó a Don Hipólito. En las elecciones del 1° de abril de 1928, en las que Yrigoyen ganó el derecho a su segunda presidencia, Alvear patrocinó al binomio Melo–Gallo, en oposición a la fórmula Yrigoyen–Beiró, la que venció por 800.000 votos contra 400.000.

La Fora

“Dijérase esto de la Rusia maximalista. Nada nos falta para identificarnos con ella. Este 9 de enero pertenece a la categoría de los días de luto para la civilización, digno de la Comuna de 1871, de la ‘semana roja’ de Barcelona, de la Rusia desquiciada, bárbara y caótica de la hora actual.” Con esta patética descripción el diario clerical *El Pueblo* se refería a los hechos que conmovían aquella semana de enero de 1919 a la ciudad de Buenos Aires, que luego pasarían a la historia con el nombre de *Semana Trágica*. Y aquellos “bárbaros” a que hace alusión la publicación reaccionaria no eran sino los obreros argentinos y extranjeros lanzados a la calle por la conducción revolucionaria de la FORA.

Es que conjuntamente con el proceso de las clases medias y, fundamentalmente, de los ganaderos medios, que es el radicalismo, se produjo otro colosal fenómeno social tanto o más importante que el radicalismo; el del movimiento obrero argentino y la FORA. Falta todavía el joven estudioso que haga el gran libro de la historia del movimiento obrero argentino y sobre todo de esta etapa, que no podrá llamarse de otra manera que “¡Viva la FORA!” La FORA que llegó a tener medio millón de afiliados, que consiguió que su periódico haya sido el que más se vendía en el país, que originó un notable desarrollo cultural demostrado con la presencia de artistas e intelectuales que adherían a sus planteos (Florencio Sánchez, González Pacheco, Pedro Pico, Enrique Santos Discépolo, Figueroa, etcétera), no se elevó, no obstante, a la comprensión del problema nacional ni del Partido Radical.¹³⁷ El Esquema era simple: todos son burgueses

¹³⁶ Rodolfo Puiggrós, *El yrigoyenismo*, pág. 41.

¹³⁷ Enrique Santos Discépolo era secretario general del Sindicato de Actores y dirigió una gran huelga en esa

(radicales y conservadores) y hay que combatirlos de la misma manera.

Por eso, la concepción anarquista de la FORA, aunque revolucionaria, era sectaria, pues negaba la política. Los revolucionarios foristas se vieron atrapados por un dilema de hierro: hacían política revolucionaria pero se negaban a tener una organización política revolucionaria porque eso era... hacer política. El movimiento sindical organizado, desarrollado por la FORA a los niveles que ilustra la crónica arriba citada, iba a pagar los platos rotos de la contradicción: fue convertido en la organización política encargada de realizar la revolución anarquista. La famosa FORA del Quinto Congreso fue la que llevó hasta el extremo esta contradicción al votar que era tarea de los sindicatos adheridos a la central obrera el propagar el anarquismo: “El Quinto Congreso Obrero Regional Argentino, consecuente con los principios filosóficos que han dado razón de ser a la organización de la Federación Obrera, declara: que aprueba y recomienda a todos sus adherentes la propaganda e ilustración más amplia en el sentido de inculcar a los obreros los principios económicos y filosóficos del comunismo anárquico” (agosto de 1905). Se desvirtuaba así hasta lo insostenible el papel de los sindicatos, ya que éstos tienen como objetivo supremo de agrupar a todos los trabajadores para defender su nivel de vida y trabajo. Obviamente, al sectarizarse alejaron a la mayor parte de los trabajadores que no simpatizaban con la ideología predominante en la dirección de la organización o la desconocían. Eso fue lo que ocurrió con la FORA del Quinto Congreso, a lo que ayudó el retroceso del movimiento obrero.¹³⁸

Los congresos sexto y séptimo de la FORA transcurrieron con una escasa concurrencia y con sólo unas treinta organizaciones representadas. La huelga convocada en enero de 1908 contra la Ley 4.144 tuvo poca resonancia y sólo la represión del gobierno de Figueroa Alcorta en 1909 impulsó la acción unitaria de la central, que en los hechos actuó junto a la UGT y su continuadora, la CORA.

La FORA del IX Congreso modificó la situación al cambiar la orientación de la central sindical hacia la constitución de sindicatos democráticos amplios: “La FORA es una institución eminentemente obrera, organizada por grupos afines de oficios, cuyos componentes pertenecen a las más variadas tendencias ideológicas y doctrinarias, que para mantenerse en sólida conexión necesitan la más amplia libertad de pensamiento, aunque en sus acciones es imprescindible que se encuadren dentro de la orientación revolucionaria de la lucha de clases, de la acción directa, y con absoluta prescindencia de los grupos y partidos que militan fuera de la organización de los trabajadores argentinos. Por lo tanto, la FORA no se pronuncia oficialmente partidaria ni aconseja la adopción de sistemas filosóficos ni ideologías determinadas, cuya propaganda, de acuerdo con la autonomía del individuo en el sindicato, de éste en las Federaciones locales y de éstas en la Regional, no está vedada ni puede ser coartada en nombre de ningún principio de restricción,

condición. Imposibilitado de conseguir trabajo por su militancia gremial, se dedicó a escribir tangos. El Dr. Figueroa era un famoso profesor de psicología en La Plata. También los más destacados físicos estaban ligados a la FORA.

¹³⁸ “Después de las grandes movilizaciones de 1909 y 1910, el movimiento obrero argentino entró en un período de pronunciado reflujo, provocado por la combinación de dos factores: la represión y la crisis económica. Armado con la nueva ley de Defensa Social —que venía a complementar a la Ley de Residencia— el estado oligárquico descargó sobre el movimiento obrero todo el peso de su poder. Expulsados del país muchos militantes, presos otros, amenazados todos con perspectivas similares, los cuadros sindicales quedaron diezmados. Prohibidas la propaganda anarquista y las asociaciones de esa tendencia, no sólo los grupos ideológicos sino también muchas organizaciones debieron pasar a la clandestinidad.” (Hugo del Campo, *De la FORA a la CGT*, Bs. As., 1973, pág. 74.)

sino, por el contrario, deberá permitirse la más amplia y tolerante discusión de temas científicos, filosóficos e ideológicos, en homenaje a los diferentes modos de pensar de los obreros federados, y a fin de mantener la unidad orgánica de los mismos y evitar de este modo las susceptibilidades y enconos que resultarían en perjuicio de la FORA si ésta aceptara o adoptara determinada ideología.”¹³⁹ Gracias a este cambio de orientación, no aceptado por los foristas del quinto congreso o “quintistas”, la FORA acaudilló el gran ascenso del movimiento obrero que se produjo después de asumir Yrigoyen la presidencia, en el 16. Sin embargo, esa FORA también arrastraba vicios que iban a provocar su liquidación luego de la caída del “Peludo” en 1930. La organización de los sindicatos por oficio y no. por industria chocó con el desarrollo industrial del país. El apoliticismo y la falta de una organización específica —un partido— permitió la burocratización de sectores del movimiento y la capitulación de otros a todo tipo de presiones; existieron, incluso, “anarquistas–yrigoyenistas”.

La central anarquista, que representaba al proletariado de las ciudades y el campo y al semiproletariado rural de principios de siglo, nunca entendió cabalmente la problemática nacional. Su sectarismo ante el radicalismo la llevó a despreciar los riesgos del golpe reaccionario del 30. No se trataba, evidentemente, de apoyar al radicalismo, sino de comprender que el principal enemigo era el golpe conservador inminente y ser, en consecuencia, la vanguardia contra el mismo. Al poner un signo igual entre los conservadores y los radicales, la FORA “se cavó su propia fosa”, ya que los fascistas uriburistas no tardarían en liquidar la organización y perseguir y encarcelar a sus miembros.

A propósito de la posición ante el radicalismo, a comienzos de siglo un pequeño sindicato de Pergamino acompañado de otros de Buenos Aires planteó en un congreso de la entidad la posibilidad de acuerdos con el radicalismo. Es decir, siempre existieron alas que se dieron cuenta, intuitivamente, de que se imponían acuerdos parciales para defender las libertades democráticas y derrotar el fraude, pero esas tendencias no tuvieron éxito y sus planteos nunca llegaron a ser una expresión consciente; es más, casi ni figuran en las actas. Al subir Yrigoyen al poder se acentuó el acercamiento de algunos sectores foristas, ya que la izquierda radical lo estimuló en la convicción de que el enemigo fundamental era el Partido Socialista. Muchos anarquistas, que pasaron de la oposición cerril a la supeditación al gobierno, sin detenerse en la postura justa de los acuerdos circunscritos a la defensa de las libertades democráticas, tuvieron acceso al despacho del presidente y recibieron el mote despectivo de “limpia–alfombras” por parte de socialistas y conservadores.

La Semana Trágica

En enero de 1919 la ciudad de Buenos Aires se sacudió ante un hecho que hizo creer a la burguesía que su fin se aproximaba. En la sesión del Congreso del día 9 el diputado conservador Agote decía dramáticamente: “Cualquier ciudadano que pase por la ciudad de Buenos Aires creará que se encuentra en uno de los países que han estado en guerra y donde las agitaciones populares han suprimido todo control y poder”. La FORA del Noveno Congreso dirigía lo que tenía todo el aspecto de ser una insurrección obrera, que comenzó el día 7 ante la masacre policial de los huelguistas de los talleres Vasena. El vocero anarquista quintista *La Protesta*, en su edición

¹³⁹ Rodolfo Puiggrós, *El yrigoyenismo*, págs., 203–204.

extraordinaria del 10 de enero, resume jubilosamente el comportamiento de las masas populares: “El pueblo está por la revolución. Lo ha demostrado ayer al hacer causa común con los huelguistas de los talleres Vasena. El trabajo se paralizó en la ciudad y los barrios suburbanos. Ni un proletario traicionó la causa de sus hermanos de dolor.”¹⁴⁰ Posteriormente, todas las grandes huelgas generales durante el resto de esta etapa fueron dirigidas por la FORA del Noveno Congreso, y no por los quintistas.¹⁴¹

Socialistas y comunistas

El Partido Socialista no llegó a ser siquiera el organismo reformista de los obreros argentinos. A lo sumo, se lo podría caracterizar como el partido popular y obrero de la oligarquía financiera e importadora de la Capital Federal. Rara vez salió de la misma, no llegando nunca a constituirse en partido nacional. Sus profundas vocaciones electoralistas comenzaron tempranamente.

Elecciones en Buenos Aires

Año	Votos
1896	134
1898	105
1900	135
1902	165
1904	1.257 (Palacios diputado)
1906	3.495

¹⁴⁰ Diego Abad de Santillán, *FORA Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Bs. As., 1933, pág. 259.

Poco después de aparecer el periódico la imprenta fue destruida por las bandas de la Liga Patriótica, clan patronal formado por hijos de las grandes fortunas que se dedicaron a atacar a obreros y extranjeros —en especial judíos— durante los acontecimientos. Conviene remarcar que mientras la FORA del Noveno Congreso resolvía levantar la huelga el día 11 —apoyada por los partidos socialista, Socialista Argentino (liderado por Palacios) y Socialista Internacional (luego Comunista), que habían tenido escasa participación en los hechos— la del Quinto Congreso siguió impulsando las acciones, que se extendieron al interior.

¹⁴¹ Número de huelgas y huelguistas durante los gobiernos radicales:

Año	Huelgas	Huelguistas
1916	80	24.321
1917	138	136.062
1918	196	133.042
1919	367	308.967
1920	206	134.015
1921	86	139.751
1922	116	4.737
1923	93	19.190
1924	77	277.071
1925	89	39.142
1926	67	15.880
1927	58	38.236
1928	135	28.109
1929	113	28.271
1930	125	29.331

(Adolfo Dorfman, *Historia de la industria argentina*, Bs. As., 1970, pág. 202.)

1908 (marzo)	5.100
1908 (octubre)	5.078
1910	7.010

Este fenómeno político inherente, en lo esencial, a la existencia de la ciudad–puerto y el librecambio es, en realidad, el ala izquierda de los librecambistas. Lisandro de la Torre lo expresó genialmente cuando Juan B. Justo abogaba por la disminución de los aranceles “Revolucionario por temperamento, socialista por convicción, en lugar de luchar por sus ideas se ha limitado a ser un revolucionario de la tarifa de avalúos, un verdadero Lenin de la aduana”. En efecto, el planteo fundamental del socialismo justista es el siguiente: el movimiento obrero vivirá bien cuando todo se importe del extranjero, porque la industria foránea es mucho más barata. Por eso, cosechará adhesiones inesperadas, como la de Federico Pinedo, que nunca dejó de vanagloriarse de ser discípulo de Justo. Años después de su paso por el “socialismo” —en todo conservador que se precie hubo alguna vez una juventud “izquierdista”— recordará que su maestro “defendía a los capitales extranjeros objetivamente, lejos de la pueril declamación contra el mismo que después hemos conocido como única receta salvadora en boca de ciertos emancipadores y ‘antiimperialistas’.”¹⁴² Repetto, otro discípulo de Justo, decía que el maestro prefería “la gestión privada de los negocios a su manejo por gobiernos corrompidos e ineptos”. Podría completarse un manual sobre las precisiones de quien afirmó antes de la primera carnicería interimperialista mundial que “no habría más guerras en este siglo”, pero consideramos oportuno remitir a los que deseen más definiciones teóricas del justismo al actual líder del Partido Socialista Democrático, Américo Ghioldi, fiel intérprete de ese pensamiento.

En ocasión de la Semana Trágica el partido “mostrará la hilacha”, al condenar “el desborde anarquista”: “En su fuero interno, todos los señores diputados saben que si algún factor hay en el país que encauce con inteligencia, con valor y con amor estos movimientos populares instintivos y a veces desbordantes, somos nosotros, los socialistas; somos el principal factor de orden y de progreso en el seno de los movimientos obreros”.¹⁴³ Sobre la “misión” del socialismo justista, nada mejor que leer a Repetto: “Lo que asusta, lo que intimida, es nuestra creciente fuerza política; no son los actos de convulsión o de desorden que, muy bien lo saben los señores diputados que acaban de formular cargos contra nosotros, no son los métodos normales de acción de nuestro partido. Nuestro partido marcha por las vías de la legalidad y del orden y se dirige a su fin con métodos modernos y científicos. Iluminarnos la conciencia del pueblo, tratamos de formar una noción, un concepto claro de sus necesidades y de los medios para satisfacerlas. Y es por eso que nuestra tuerza se extiende progresiva, lenta, pero seguramente. Es por eso que vamos conquistando paulatinamente los campos después de haber constituido ya la mayoría en la capital. Somos temibles porque somos una fuerza constructiva, y eso lo saben muy bien los señores diputados.”¹⁴⁴ El 14 de enero de 1919, cuando aún no se habían acallado los ecos de la Semana Trágica y los diarios burgueses aullaban su histeria contra los “extranjeros” y anarquistas de la FORA, el diputado Dickman no halló mejor forma de tranquilizarlos en lo que a la actitud del

¹⁴² Federico Pinedo, *En tiempos de la República*, BS.AS., 1946, pág. 17.

¹⁴³ Enrique Dickman, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, 1918–1919*, tomo V. pág. 77. Sesión del 8 de enero de 1919.

¹⁴⁴ Nicolás Repetto, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 1919*, tomo I, pág. 439. Sesión del 10 de junio de 1919.

Partido Socialista ante los hechos respecta, afirmando que “él era un fiel defensor de la Patria que, inmigrante, le había permitido llegar hasta médico”. En esos mismos días, el 31 de enero, el periódico anarquista *La Protesta* decía, en cambio: “No negamos, nunca hemos negado nuestra participación en los pasados acontecimientos”.

El Partido Socialista sufrió varias escisiones. En 1915 se fundó el Partido Socialista Argentino, iniciativa de Alfredo Palacios, que había sido sancionado ese año por batirse a duelo. Ideológica “y programáticamente, el nuevo nucleamiento no se diferenciaba del viejo tronco. Contaba con pocos militantes y ningún diputado durante la Semana Trágica publicó en *La Nación* del 12 de enero una declaración criticando al viejo partido por coincidir con las clases dominantes en su ataque a anarquistas y maximalistas (bolcheviques y foristas quintistas, en la aplicación que le daba al término la burguesía argentina). Repudiaba el concepto expresado equivocadamente por el PS, para el que los hechos que se lamentaban eran producidos por intromisión de “factores extraños”, pues ése era el “peligroso planteo que determinó la Ley de Residencia”. La declaración sigue diciendo que los diputados socialistas han contribuido a que las instituciones parlamentarias se transformen en algo “muerto y ridículo” ya que “mientras los obreros y la policía se tirotean en las calles, en la Cámara de Diputados los representantes del pueblo, inútilmente, se arrojan carpetas y papeles”.¹⁴⁵ La postura oportunista de los socialistas de Palacios se patentizó en el llamamiento del Consejo Nacional del Partido Socialista Argentino en donde “se aconseja a los obreros que depongan sus rencores y vuelvan al trabajo y a los poderes públicos que eviten los excesos y dicten leyes que mejoren la situación de los trabajadores”.¹⁴⁶ En marzo de 1919 se disolvió este intento que, evidentemente, no era alternativa frente al partido de Justo y Repetto.

En agosto de 1916 un grupo de disidentes con la conducción de Repello y Dickman, entre los que se encontraban Penelón (miembro también de la FORA del Noveno Congreso), Ferlin —ambos miembros del Comité Ejecutivo del partido— Recabarren, también fundador del Partido Comunista chileno. Codovilla y Rodolfo Ghioldi, comenzaron a plantear serias objeciones a la línea partidaria de apoyo a los aliados en la Primera Guerra Mundial. Las diferencias habían aparecido en el Comité de Propaganda Gremial y se extendían a un sector de la base y de las Juventudes Socialistas, que apoyaron lo resuelto en la reunión de Zimmerwald (Suiza), donde la izquierda socialdemócrata europea calificó al conflicto como interimperialista y exhortó a luchar por la revolución socialista como única salida obrera a la crisis mundial del capitalismo. Los desacuerdos se hicieron públicos con la publicación de *La Internacional* periódico de los disidentes que lograron la mayoría en el XIII Congreso del Partido Socialista e impusieron una declaración en franca oposición con la línea llevada hasta entonces: “[...] Es combatiendo la guerra como podemos sincerar luchas futuras en pro de la paz, que será una conquista del derecho socialista y no del derecho burgués”.¹⁴⁷ La camarilla de Repetto se ingenió para invalidar lo resuelto por el congreso. El 5 y 6 de enero de 1918 se reunió el Primer Congreso del Partido Socialista Internacional, consecuencia de la ruptura de los internacionalistas con los justistas. Se adoptó una resolución de apoyo a la Revolución Rusa.

Durante la Semana Trágica el PSI llamó a los obreros “a transformar la huelga en lucha activa en

¹⁴⁵ Tomado de Julio Godio, *La Semana Trágica*, Bs. As., 1973, pág. 95.

¹⁴⁶ *Idem.* pág. 96.

¹⁴⁷ *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, Bs. As. 1947, Pág. 20.

las calles”¹⁴⁸ y apoyó la decisión de la FORA del IX Congreso: “Frente a la huelga general, el Comité Central exige del Gobierno retirarlas fuerzas armadas del Ejército y de la policía de los lugares públicos, terminar con las represalias contra los obreros y apoyar la proposición de la FORA de terminar la huelga mediante la admisión de todos los obreros despedidos y la libertad de todos los presos sociales”.¹⁴⁹

En 1921 el PSI adoptó el nombre de Partido Comunista de la República Argentina, adherido a la Tercera Internacional con sede en Rusia Soviética.

En 1927 se separó del partido de Repetto el ala derecha y formó el Partido Socialista Independiente, cuyo dirigente principal fue Antonio Di Tomaso y donde militó Federico Pinedo. Este grupo conservador y reaccionario participó activamente en el golpe de estado que derribó a Hipólito Yrigoyen tres años después y formó parte del gobierno de Justo.

El Partido Socialista y el Comunista combatieron duramente a los gobiernos de Yrigoyen. Los primeros acusándolos de “formas bárbaras” de entender la política y los segundos —en especial a partir de la línea ultraizquierdista decretada por Stalin en 1928— de “fascistas”. Algunos dirigentes socialistas y el Partido Comunista reconocerían un cuarto de siglo después el error de no haber llegado a un acuerdo con los radicales por la defensa de las libertades democráticas.¹⁵⁰

La Reforma Universitaria

Si bajo el yrigoyenismo se produjo un gran ascenso del movimiento obrero, lo mismo puede decirse del estudiantado. En realidad, el primero proporcionó la base material sobre la que pudo asentarse y desenvolverse la famosa Reforma Universitaria de 1918. La misma cuestionó programas y sistemas de enseñanza caducos de las universidades argentinas. El gobierno de los radicales miró con simpatía el movimiento que transformó las estructuras de la enseñanza superior y que, incluso, tuvo repercusión en toda Latinoamérica. Con una plataforma de lucha contra el poder de la Iglesia y los resabios feudales existentes en la Universidad, se núcleo la clase media ilustrada que aportó a la vida estudiantil un conjunto de ideas progresistas que estaban tomando cuerpo en la sociedad argentina como resultado de los cambios que se producían a nivel nacional e internacional. No pasó mucho tiempo antes que los dirigentes reformistas incorporaran postulaciones sentidas por los trabajadores.

Sin embargo, la historia del movimiento ha sido magnificada o, directamente, falsificada, en lo

¹⁴⁸ *Idem*, pág. 40.

¹⁴⁹ *Idem*, pág. 40.

¹⁵⁰ “¿Quién puede negar que Hipólito Yrigoyen fue un hombre representativo, en el sentido emersoniano, de una época y de un pueblo? [. . .] Fue expresión simbólica de una democracia inorgánica, un tanto caótica y anárquica pero democracia al fin. Político intuitivo más que estudioso, percibía vagamente los problemas sociales y trataba de resolverlos en forma simplista y paternal. Creía en el pueblo, pero hecho a su imagen y semejanza; es decir, un pueblo simple y sin problemas difíciles y complejos, y que se deja gobernar fácil y paternalmente. La política argentina le debe el sentido popular de la misma, pero no su sentido científico y social.” (Enrique Dickman, *Recuerdos de un militante socialista*, Bs. As., 1949, pág. 279.) Recordemos que tiempo después de publicar sus memorias, Enrique Dickman fue expulsado del Partido Socialista y fundó el Partido Socialista de la Revolución Nacional, que sostuvo posturas afines con el peronismo en la última etapa de éste. Dickman era amigo personal de Juan Domingo Perón.

que hace a la relación entre la Reforma y el movimiento obrero. En los hechos de la Semana Trágica, por ejemplo, el papel de los reformistas fue el de represor de los obreros anarquistas que se habían apoderado de las calles de Buenos Aires. Muchos dirigentes de primera línea, además, participaron en la campaña desatada por la reacción contra Yrigoyen y celebraron la caída de los radicales. En 1930 Raúl Uranga, presidente de la FUA, calificó al presidente, en un acto público, de “caudillo senil y bárbaro”.

Fue recién a partir de la década del 30 que la Reforma esbozó un acercamiento real al movimiento obrero, como consecuencia de la influencia del Partido Comunista en su periodo clasista y de la izquierda socialista, para constituirse, posteriormente, en la vanguardia de la Unión Democrática de triste memoria, siguiendo también los vaivenes de un PC entonces embarcado en su extraña luna de miel con el imperialismo yanqui, el PS y el radicalismo.

El Grito de Alcorta

En agosto de 1910 los chacareros de Macachín (La Pampa) se declararon en huelga por la rebaja de los arrendamientos, que alcanzaban hasta el 45% de la producción en bruto sana, seca y limpia puesta en estación. También se oponían a los desalojos y los gravosos contratos. Se solidarizaron con ellos los maestros rurales y el pequeño comercio.¹⁵¹

En 1911 se perdió la mayor parte de la cosecha. La exportación de maíz descendió a 2.766.597 pesos oro de los 60.260.804 de 1910 y el intercambio con el exterior, hasta entonces favorable, arrojó un déficit de 62.702.734 pesos oro. Después de un largo periodo de relativo bienestar, era un duro contratiempo para el con junio de la economía agraria, que los chacareros sobrellevaron en tanto obedecía a una calamidad natural. Pero en 1912 la cosecha fue espléndida, el área sembrada aumentó en más de un millón de hectáreas y la balanza del comercio exterior dio un superávit de cerca de cien millones de pesos oro. Los terratenientes, las firmas cerealistas exportadoras y el gobierno hicieron su agosto, mientras los chacareros, con la baja provocada en los precios de los cereales, no tenían motivo de regocijo. El precio del maíz en chacra bajó al año siguiente de 11,35 \$ a 4,65 \$.¹⁵²

Sobre la base de la desorganización de los campesinos, los terratenientes habían llevado hasta entonces una brutal política de explotación. Los arrendamientos se habían elevado del 15% de la cosecha líquida en 1903 al 54% en 1912. Los escasos ingresos de los campesinos influían en la pauperización de una gran zona de las provincias de Santa Fe y Buenos Aires, entre otras. La efervescencia fue en aumento hasta el 25 de junio de 1912, cuando tuvo lugar la primera concentración pública, a la que asistieron campesinos de la zona de Alcorta (Santa Fe) y zonas vecinas. Las consignas fundamentales del movimiento se centraron en ¡Abajo los altos arrendamientos! y ¡Abajo los contratos esclavistas! Rápidamente se extendieron los ecos de la reunión. Los dirigentes de la huelga desatada, asesorados por algunos sacerdotes, anarquistas y

¹⁵¹ Rodolfo Puiggrós, *El yrigoyenismo*, pág. 113.

¹⁵² “Los terratenientes se embolsan así como cosa suya el resultado de un desarrollo social logrado sin que ellos pongan nada de su parte: *fruges consumere nati*. Y esto constituye, al mismo tiempo, uno de los grandes obstáculos con que tropieza una agricultura racional, ya que el arrendatario rehuye todas las mejoras e inversiones de las que no espera poder reembolsarse íntegramente durante la vigencia de su contrato [...]” (Carlos Marx, *Ob. cit.*, III, pág. 578.)

socialistas, impulsaron la creación de un organismo que, de ahí en más, nucleará al pequeño campesinado explotado por los terratenientes. Así, el 15 de agosto de 1912 nació la Federación Agraria Argentina en el congreso celebrado en Rosario.

La represión que instrumentó la oligarquía no frenó la combatividad de los campesinos, los que, al final, impusieron las bases para el levantamiento del conflicto: libre discusión de los arrendamientos entre propietarios y arrendatarios sobre la base de una rebaja de hasta un 30% en los arrendamientos; pago por el propietario de la trilla y la bolsa en la parte de la cosecha que le correspondiera: plazo de una semana al propietario para retirar su renta después de la trillada; contratos de tres años como mínimo; exención de impuestos por crías lecheras, chanchos y gallinas; libertad para vender las cosechas a quien se quiera y cuando se quiera, etcétera.

El Grito de Alcorta ya es parte de la historia de las grandes luchas del campesinado pobre argentino. Las actuales Ligas Agrarias del noroeste son las herederas de aquel grito que aún resuena en nuestros oídos. Al margen de que la clase que lo originó se aburguesó y abandonó la lucha, su mérito histórico es innegable. Como tenía que ocurrir, otros campesinos han tomado su lugar.¹⁵³

El primer espadón

De las propias entrañas de la democracia formal surge la especie de los *hombres providenciales*. Estos, a su vez, representarán la eterna santa alianza de los que un día, “porque no había más remedio”, decidieron dejar gobernar a quienes hacían concesiones a las mayorías populares. Ya en la primera presidencia de Hipólito Yrigoyen los señores del *contubernio oligárquico* comenzaron a conspirar o, para utilizar el lenguaje hipócrita de los enemigos históricos de la clase obrera y el pueblo, “velar las armas de la democracia argentina”. Los militares, con Agustín Justo a la cabeza, fundaron la primera logia golpista, la “general San Martín”. En el lapso 1922–1928, muchos civiles aristocráticos a la espera del zarpazo que devolvería el poder irrestricto a la oligarquía reaccionaria (Laferrere, Videla Doma, Carullas), también se agruparon en logias. Así, podemos citar la Liga Republicana de los hermanos Irazusta, la Legión de Mayo y, por último, la oficializada a la caída de Yrigoyen con el nombre de Legión Cívica Argentina.¹⁵⁴ A estos grupos se sumaron los partidos políticos conservadores, los dirigentes universitarios más destacados, los

¹⁵³ El 12 de junio de 1920 la Federación Agraria Argentina y la FORA firmaron un pacto por el cual se reconocían mutuamente como representantes de obreros y campesinos. Al año siguiente (27 de agosto) se realizó la marcha chacarera sobre Buenos Aires, al término de la cual hablaron dirigentes agrarios, socialistas y antipersonalistas. Debido a la presión por los altos arrendamientos y los bajos precios, el campesinado se había movilizó nuevamente y consiguió la sanción de la ley 11.170, consagrándose así sentidas reivindicaciones (prolongación hasta cuatro años de los arrendamientos efectuados por un término menor si así lo deseara el campesino; indemnización por mejoras; inembargabilidad de muebles y otros enseres; vivir en una casa de ladrillos con vidrios en las ventanas, frutales y un mínimo de tierra para huerta y ganado, entre otras). Yrigoyen resistió la aplicación de la nueva ley y la FAA se inclinó hacia Alvear, rompiendo su acuerdo con la FORA y sus lazos con los socialistas justistas. En el 30 apoyó a Uriburu. En las elecciones de 1931 formó un Partido Agrario de vigencia provincial y efímera existencia. En esas elecciones apoyó la fórmula de la Concordancia (Agustín Justo–Julio Roca) contra la Alianza Demócrata Progresista–Socialista (De la Torre–Repetto).

¹⁵⁴ Por decreto del 20 de mayo de 1931 se asignó a la Legión Cívica Argentina el carácter de “asociación de hombres patriotas que moral y materialmente están dispuestos a cooperar en la reconstrucción institucional del país”. Por el mismo decreto se establecía que sus adherentes concurrían los domingos y feriados a los cuarteles para recibir instrucción militar.

socialistas repetitivos, los comunistas y los anarquistas equivocados; todos, unificando su coro de repudio a un gobierno vacilante, que no había resuelto los problemas básicos de la Nación y que además se hallaba inmerso en la gran crisis mundial, contribuyeron decisivamente para que el 6 de setiembre de 1930 un oscuro militar, el general José Félix Uriburu, quebrara por vez primera la continuidad constitucional argentina.¹⁵⁵

El antiyrigoyenismo de los autores morales y materiales del golpe de estado escondía algo más que la supuesta necesidad de retornar a la “normalidad constitucional”. El yrigoyenismo había sido, precisamente, el gobierno más democrático y representativo de la historia argentina hasta entonces. Se trataba, por supuesto, de algo inconfesable: liquidar el movimiento obrero incipientemente organizado y toda expresión popular progresista. Pero el cuartelazo setembrino exhibió otra característica que luego se repitió en varias oportunidades: los teóricos de la acción fueron los militares liberales (entendido el término *liberal* en el sentido de respetar la vigencia de las instituciones republicanas y los partidos políticos, aunque la misma sea retaceada) y los ejecutores nacionalistas (de extrema derecha, obviamente).

Uriburu se entusiasmaba con la idea de implantar en la Argentina un régimen como el de Mussolini. Más maurrasiano que fascista, su concepción de la política no difería mucho de la que sustentan los revisionistas rosistas. El 26 de agosto de 1930, once días antes de la rebelión, el futuro presidente fue recibido por Lisandro de la Torre, de quien era amigo personal. Allí, el líder demócrata progresista fue invitado a participar en la conspiración. Ante la pregunta de De la Torre sobre los móviles del golpe, Uriburu respondió que se trataba de deponer a Yrigoyen, reformar la Constitución, reemplazar el Congreso por una entidad gremial y derogar la Ley Sáenz Peña. Tiempo después, De fe Torre comentó la entrevista: “Los que están en la creencia de que proyectaba la organización de un gobierno provisional civil como el que se instaló el 6 de setiembre están equivocados. Proyectaba la implantación de una ‘dictadura’ y asumiría el título de dictador. La revolución sería exclusivamente militar, dirigida exclusivamente por él, sin participación del general Justo ni de los partidos conservadores. Los civiles serían simples colaboradores de la dictadura militar.”¹⁵⁶

Pero el golpe uriburista tenía también olor a petróleo. Detrás de las ampulosas frases del nuevo hombre fuerte, redactadas por Leopoldo Lugones, o de los discursos de Matías Sánchez Sorondo, ministro del interior, se movía la Standard Oil de Rockefeller, gozosa frente a la posibilidad de desplazar a su rival inglesa, la Shell Mex. En efecto, la entusiasta acogida que el imperialismo yanqui brindó al nuevo elenco gubernamental se basaba en la esperanza de Wall Street de desalojar, al menos en parte, al tradicional amo imperial de la Argentina. La puja por el oro negro era intensa. No por nada una de las acusaciones vertidas contra el caudillo radical se refería al convenio petrolero celebrado con la empresa soviética Yuyantorg, dos de cuyos abogados eran los dirigentes radicales Pueyrredón y Guido. El equipo pro yanqui no se mantuvo mucho tiempo en el poder debido a la situación de retroceso mundial de Estados Unidos. Con Justo, pues, vino la era del Roca–Runciman.

¹⁵⁵ “El gobierno de Yrigoyen es el gobierno de la reacción capitalista, como lo demuestra su política represiva, reaccionaria, fascizante, contra el proletariado en lucha, contra el cual aplica cada vez más los métodos terroristas”. (*Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, Bs. As., Anteo, pág. 70.)

¹⁵⁶ *La Razón* de Buenos Aires, 26 de febrero de 1932: “Otra página de historia”. Citado por Rodolfo Puiggrós en *La democracia fraudulenta*, Bs. As., Corregidor, 1972, pág. 37.

Si Yrigoyen era para los conservadores “la chusma”, para los socialistas “mal gusto”, para los anarquistas “burgués” y para los stalinistas “fascista”, para los espadones providenciales había algo aun más grave: Yrigoyen era “bolchevique”. En consecuencia, a todos, desde la ultraderecha a la izquierda, les cabe la misma grave responsabilidad ante la historia: fueron los padrinos de la década infame.

CAPITULO V: LA “DÉCADA INFAME”

El periodo 1930–1943, justamente llamado *década infame*, fue, junto a lo que luego se denominó *revolución libertadora*, uno de los tramos más tristes de nuestra historia.

El 24 de octubre de 1929 una noticia paralizó al mundo: había quebrado la bolsa de Nueva York. Wall Street, templo del capitalismo financiero internacional, se derrumbaba. Treinta mil millones de dólares se esfumaban junto con la bancarrota de millares de empresas. A pesar de que las grandes bancas, Morgan y Rockefeller, trataron de insuflar optimismo a los inversionistas mediante la compra postrera de algunos valores, el pánico era tal que papeles como los de Westinghouse, por ejemplo, que antes del jueves 24 se cotizaban a doscientos ochenta y seis dólares, pasaron a ser negociados a cien el 29 de ese mes, acto final de un drama que parecía acabar con un sistema.

Todas las naciones imperialistas reaccionaron de la misma manera ante este fenómeno de repercusión universal. Se organizó en cada una de esas naciones un régimen económico autárquico que autoabasteciera las necesidades y pudiera ser, por un tiempo al menos, completamente independiente de los demás. Esos colosos (Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, Francia y Japón) comenzaron a producir lo que hasta entonces no producían. El que se recuperó más tarde de la crisis fue Estados Unidos, que recién diez años después volvió a los índices de producción anteriores a octubre de 1929. La industria francesa descendió al nivel de 1911, y la alemana al de 1896. En Inglaterra la fundición de hierro

regresó al nivel de 1861 y la construcción naval al de 1843. En los Estados Unidos se ahogaron en los ríos, en 1933, 6.400.000 cerdos y se destruyó más del 25% de los cultivos de algodón.¹⁵⁷

Inglaterra, en cambio, fue la primera en recuperarse. La razón del distinto ritmo de reactivación estriba en que Estados Unidos, no obstante ser el país capitalista más grande del mundo, tenía su mercado principal, desde la década del 70 del siglo pasado, en su propio país. Ese mercado interno, consecuencia de una colonización agraria basada en la propiedad de una parcela de tierra por parte de pequeños campesinos, fue lo que le permitió, precisamente, convertirse en gran potencia. El hecho también explica la política relativamente prescindente de Estados Unidos en la arena internacional, política que varió hacia Latinoamérica, al menos, en los primeros años del siglo XX, al aplicarse el *big stick* de Theodore Roosevelt, y hacia Europa a partir de la guerra mundial de 1914–1918, cuando comenzó a intervenir de lleno. Luego del alejamiento del presidente Wilson (1920), se volvió a la política aislacionista, cuya verdadera explicación reside en el fenómeno económico enunciado: la importancia decisiva del mercado interno.

Por eso, al producirse el *crash* del 29 el coloso del norte se vio en desventaja con respecto a sus competidores: carecía de colonias, o poseía muy pocas, a las que explotar y transferir parte de la crisis. No era el mayor imperio a *pesar* de ser la primera potencia capitalista. Caso opuesto a Gran Bretaña. El Reino Unido era la mayor nación imperialista —y lo sigue siendo hasta ahora, aunque enormemente debilitada— y conservaba para sí y la libra esterlina la porción más significativa del comercio mundial. Por entonces, Inglaterra tendió, en la famosa Conferencia de Ottawa de 1931, a solucionar la crisis estructurando un sistema autárquico, férreo, cerrado, de acuerdo con las

grandes burguesías de sus colonias y de todo el imperio. Se estableció un régimen preferencial de comercio dentro del imperio por el cual Inglaterra se comprometía a comprar a los países coloniales del mismo y éstos, garantizaban a su vez las compras a Inglaterra.

Alemania, en tanto, logró superar la crisis antes que los Estados Unidos. En 1935–1937 estaba nuevamente en plena ofensiva, también mediante la implantación de un sistema autárquico, con el intento

157 Rodolfo Puiggrós, *La democracia fraudulenta*, págs. 20–21.

de establecer barreras y el comienzo de un proceso de colonización expansionista. En el Pacífico Ja lucha se entabló entre Japón y Estados Unidos. El mundo fue escenario en los años siguientes, entonces, de una gran batalla económica y política entre esas tres grandes potencias por el reparto del mismo, solución imperialista de la crisis crónica del sistema abierta en 1914, de la cual el episodio de 1929 fue el capítulo más dramático.

Entre 1929 y 1932 el comercio internacional se contrajo en casi un 60%. La capacidad de compra de la Argentina se redujo de dos mil millones de dólares de promedio anual en 1925–1929 a mil doscientos millones en 1930–1934 y el país perdió en su comercio exterior novecientos millones de dólares por año. Las quiebras, concursos civiles y arreglos alcanzaron cifras pavorosas.

Año	Cifra de quiebras 158 (en pesos)
-----	-------------------------------------

1930	247.768 998,65
------	----------------

1931	358.285.457,88
------	----------------

1932	323.896.883,68
------	----------------

El pacto de Ottawa incidió en las relaciones de Inglaterra con la Argentina. Como consecuencia tuvo lugar uno de los hechos más importantes de la política nacional, que cambió nuestra estructura económica, social, política y aun cultural: la firma del célebre Pacto Roca–Runciman entre Argentina e Inglaterra, que no era nada más que el reflejo particular del Pacto de Ottawa en relación a un país que políticamente no pertenecía al imperio británico. Por el mismo entramos a formar parte, desde el punto de vista económico, de ese imperio, mientras que Inglaterra pasaba a ser nación privilegiada.¹⁵⁹ Se estipulaba una garantía de compra a la Argentina de una cantidad fija de carne en centenares de miles de toneladas. Por su parte, la Argentina se comprometía a garantizar

¹⁵⁸ Rodolfo Puiggrós, *El yrigoyenismo*, pág. 240..

¹⁵⁹ En los banquetes para celebrar la firma del pacto se dijeron cosas como éstas: “La Argentina es, por

interdependencia recíproca, desde el punto de vista económico, una parte integrante del Reino Unido” (Julio Roca). “La Argentina es una de las joyas más preciadas de la corona de Su Graciosa Majestad” (Guillermo Leguizamón, funcionario argentino a quien se le había otorgado el título nobiliario de *Sir* por servicios prestados a los ferrocarriles británicos). Un legislador inglés, Sir Heribert Samuel, en tanto, era menos protocolar: “Siendo la Argentina, de hecho, una colonia de Gran Bretaña, le convendría incorporarse al imperio”.

que más del 50% de la manufactura británica no pagara derechos de entrada al país, es decir, se aceptaba conspirar, indirectamente, contra la industria nacional. Paralelamente al tratado en sí, se firmaron un conjunto de pactos —el Roca-Runciman va acompañado de un protocolo y una serie de pactos concomitantes que giran alrededor de él— que constituyeron el *estatuto legal del coloniaje*, como acertadamente ha sido definido. Ese conjunto de acuerdos, públicos algunos, secretos otros, transformó al país directamente en una semicolonias inglesa. El país perdía su situación de dependiente.

¿Qué especificaban dichos pactos? En lo que hace a la importación de manufactura británica, el artículo 6° del Protocolo establecía: “mantener libres de derechos el carbón y todas las otras mercancías que actualmente se importan en la Argentina libres de derechos”. En lo que concierne a las empresas de servicios públicos: “El Gobierno argentino, valorando los beneficios de la colaboración del capital británico en las empresas de servicios públicos y otras, ya sean municipales, nacionales o privadas, que funcionan en la República Argentina, y consecuente en ello con su tradicional política de amistad, se propone dispensar a tales empresas, dentro de la órbita de su acción constitucional, un tratamiento benévolo que tienda a asegurar el mayor desarrollo económico del país y la debida y legítima protección de los intereses ligados a tales empresas”. Para eso se creaba la Corporación de Transportes de Buenos Aires, ente que se encargaría de hacer cumplir lo estatuido en el artículo mencionado.

También se especificaba en los protocolos la creación de las, famosas Juntas Regulatoras de la Producción (vino, carnes, granos, leche, algodón y yerba mate). Estos organismos favorecieron el proceso de concentración monopólica, a costa de la quiebra de empresas y la destrucción de riquezas.¹⁶⁰ Provincias como Mendo-

160 El proceso de las Juntas se experimentaba en otras colonias británicas: “Las juntas de producción de cacao, algodón, aceites y grasas que se han establecido, por ejemplo, en Ghana, Nigeria y Uganda, están destinadas a impedir permanentemente que obtengan el precio completo de sus productos los productores de esos países”. (Palme Dutt, *Crisis of Britain and the British Empire*, págs. 265–271.) A propósito de las Juntas Regulatoras, cabe la mención de que muchas de ellas se hallaban apuntaladas por el capital financiero inglés, que buscaba la eliminación de los pequeños y medianos_ productores y apoderarse totalmente del mercado. Tal el caso del consorcio

za, Tucumán, Catamarca y Río Negro vieron seriamente afectadas sus principales fuentes de recursos. Se derramaba vino en las acequias, se arrancaban y reducían plantaciones y cultivos para favorecer la concentración monopólica de los pulpos ligados al capital británico. En Mendoza, por ejemplo, sus mil quinientas quince bodegas pertenecían en 1935 a sesenta y nueve sociedades por acciones, ciento noventa y tres sociedades colectivas y doscientos cincuenta y tres particulares, pero sobre los cien millones de pesos de inversión total más de la tercera parte correspondía a doce grandes bodegas. Estas últimas se sostenían desde 1929 gracias a un millonario crédito que les acordaba un grupo bancario (bancos de la Nación, Anglo Sudamericano, Alemán Transatlántico, Español del Río de la Plata y Londres y América del Sur) para impedir su quiebra. La Junta Regulatora del Vino se hizo cargo del crédito y salvo las inversiones del capital financiero, sacrificando a un sector de los bodegueros; impulsaba así el proceso de concentración capitalista.¹⁶¹

Con respecto a las carnes se fijaban cuotas. Los frigoríficos nacionales recibían un pequeño porcentaje de las exportaciones y la mayor parte, más del 80%, pasaba a los frigoríficos extranjeros con carácter de obligatoriedad, según lo establecía el pacto respectivo. De ese 80%, el 66 iba a parar a manos de los tres frigoríficos más importantes: Swift, Armour y Anglo-Ciabasa.¹⁶² Toda posibilidad de un desarrollo ulterior de nuestra industria quedaba vedada por el artículo 3° del Protocolo: “En caso de que el Gobierno Argentino, o los ganaderos argentinos, bajo la acción de una ley especial, tuvieran la propiedad, control o administración de empresas que no persiguen primordialmente fines de beneficio privado,

Leng Roberts, que en Mendoza apuntaló a Giol, Arizu y el Globo. (Ver Puiggrós, *Ob. cit.*, págs. 120 y siguientes.) •

161 *Idem*, pág. 120.

¹⁶² Desde principios de siglo existía un trust de las compañías inglesas y norteamericanas que se repartía la mayor parte de la cuota exportable. En la primera Conferencia de Fletes (1912) el porcentaje había sido: 41,35% para las norteamericanas; 40,15 para las inglesas y 18,50 para las argentinas. En 1915, 58,5 para las norteamericanas, 29,64 para las inglesas y sólo 11,86 para las nacionales. Estas no llegaron a faenar el 6% del total durante la Primera Guerra Mundial y su producción bajó de unos seiscientos mil cuartos en 1905 a sesenta mil diez años después.

sino una mejor regulación del mercado, con el propósito de asegurar un razonable beneficio al ganadero, el Gobierno del Reino Unido está dispuesto a permitir a importadores autorizados a importar carne proveniente de tales empresas, *hasta el 15% de la cantidad total importada de la Argentina al Reino Unido (tal porcentaje debe incluir las importaciones actualmente permitidas del Frigorífico Gualaguaychú y el Frigorífico Municipal de Buenos Aires)*, sobreentendiéndose que dichos embarques serán colocados eficientemente en el mercado por las vías normales, teniendo en cuenta la necesidad de la coordinación del comercio con el Reino Unido, y toda autorización concedida por el Gobierno del Reino Unido bajo las disposiciones del presente párrafo será acordada en tal inteligencia”.

Por la Ley 12.157 del 28 de marzo de 1935 se creó el Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias. Se destinaban casi cuatrocientos millones de pesos “para adquirir las inversiones inmovilizadas o congeladas de los bancos y venderlas en forma gradual y progresiva a quienes aseguren su mayor rendimiento”, según rezan los considerandos. En realidad, se trataba de asignarle “una suma fabulosa de millones para que se hiciera cargo de los malos negocios de los bancos, existentes y futuros (cuando por el Ministerio de Hacienda, el gobierno desdobló la moneda de 44 centavos oro, llevándola a 20,59 centavos; el despojo produjo la suma de 702 millones de pesos, que fueron a dar al Instituto Movilizador para pagar las carteras sucias de los bancos). Así compraría a los bancos los pagarés incobrables, por su valor nominal, aun a sabiendas de la insolvencia de las firmas. Cada deudor podía ser tratado por separado con facilidades ilimitadas, de modo que el Instituto aplicó de hecho una moratoria, y como prácticamente comprendía a los deudores influyentes se constituyó en un poder extraordinario de corrupción política.”¹⁶³

También se sancionó la Ley 12.139 llamada de “unificación de impuestos internos”, por la cual se establecía un sistema impositivo que hacía que la Nación percibiera los gravámenes y repartiera una alícuota a cada provincia, atacando, de hecho, las autonomías financieras del interior. En este caso, las teorizaciones burguesas

163 Gabriel del Mazo, *El radicalismo. Notas sobre su historia y doctrina (1922–1952)*, Bs. As., 1955, 1ra parte, pág.

266.

sobre el *federalismo* dejaron paso a una realidad impuesta desde el extranjero. Muy pocos en el Congreso clamaron por la defensa de las autonomías provinciales consagradas en las leyes de *le Nación*.¹⁶⁴

Asimismo, junto a las criadas se sancionaron las leyes 11.693 —Convenio Roca 4%—, 12.311 de creación de la Corporación de Transportes de la Ciudad de Buenos Aires y 12.346 de creación de la Comisión Nacional de Coordinación de Transportes. Por la segunda se establecía la fusión en una entidad de carácter monopólico de los ómnibus de capital privado nacional con las compañías de tranvías y subterráneos de capital inglés; se evitaba así la competencia que las empresas argentinas hacían a las británicas. Por la primera se emitía un empréstito en Londres para que los fondos fueran utilizados por las empresas británicas para efectuar sus remesas; se solucionaba de esta manera el congelamiento de las transferencias al exterior motivado por la escasez de divisas.¹⁶⁵ Por la tercera se trataba de afianzar el monopolio de los ferrocarriles británicos, perturbado por la creciente presencia del ómnibus y el camión; para ello se buscaba neutralizar la construcción en gran escala de caminos que establecía la Ley de Vialidad 11.568.¹⁶⁶ Pero sin duda el mayor efecto inmediato de la Ley de Coordinación fue trabar la comunicación interprovincial, ya que los caminos sólo podían transportar hasta las puntas de rieles por carraones que conducían a las estaciones ferroviarias. Lo mismo suce-

164 “Las voces que por lo general suelen alzarse en defensa de un trasnochado federalismo apenas si musitaron débiles argumentos, y la ley fue aprobada.” (Alberto Ciria, *Partidos y poder en la Argentina moderna, 1930–1940*, Bs. As., pág. 42.)

165 “[...] entre el 25 de octubre de 1933 y el 16 de enero de 1934, en menos de tres meses, el país concretó su mayor endeudamiento nacional, por la cantidad de \$ 325.200.000, con sus intereses, para favorecer a las empresas de servicios públicos inglesas.” (Enrique Díaz Araujo, *La conspiración del 43*, Bs. As., pág. 127.)

166 “Si pudieran rehacer el perdido monopolio de los transportes el país les pertenecería más íntimamente de lo que una estancia pertenece a su propietario. Mr. J. M. Eady declaró en abril de 1935 que la situación de los ferrocarriles es de verdadera gravedad, pues han perdido el monopolio de los transportes [...]” (Raúl Scalabrini Ortiz, *Política Británica en el Río de la Plata*, pág. 155.)

dió con los ómnibus de transporte de pasajeros, y aun compañías como la C.I.T.A. de Mendoza (que pertenecía al F.C.B.A.P.), que estaban ligadas a los intereses ferroviarios, se abstenían de competir (Mendoza careció de servicio directo de ómnibus a Buenos Aires hasta época muy reciente.)¹⁶⁷

La cuestión financiera

Inmediatamente después de la caída de Juárez Celman y el desplazamiento de la oligarquía financiera, Carlos Pellegrini, su sucesor, encabezó una política que tendía a evitar la expoliación de la burguesía por parte del capital financiero nacional e internacional. Ya hemos analizado su famosa autocrítica y el llamado a figuras del radicalismo de la época. Esa fue la constante de la política seguida por los gobiernos de este siglo. La clase dominante argentina y sus mejores políticos —que fueron todos abogados del capital extranjero— tuvieron conciencia de que un cierto “capitalismo de estado”, vale decir, de empresas explotadas por el estado, era vital y necesario para negociar con el imperialismo.¹⁶⁸ En 1887 el gobierno de Juárez Celman vendió Obras Sanitarias de Buenos Aires a un trust inglés encabezado por Baring Brothers. Posteriormente, al llegar Pellegrini a la presidencia, logró anular el contrato y retornar las Obras

al dominio de la nación. Roca, que se hallaba en Europa, se opuso a la venta; le escribió a un amigo: “Ese proyecto de venta de las Obras de Salubridad ha sido también un proyecto desgraciado. Yo aconsejé en contra pero no me hicieron caso. La bulla y las resistencias que esta idea ha levantado *hasta entre muchos amigos*, en cuyo espíritu leo desde aquí, me prueban que yo tenía razón. Si a pesar de todo el proyecto, rechazado casi por unanimidad en la forma del contrato, se convierte en ley, será una ley contraria a los intereses públicos en el sentir de la mayoría de la opinión de esa Capital, tan esquilmada por las Compañías de Gas y otros

¹⁶⁷ Enrique Díaz Araujo. *Ob. cit.*, pág. 130.

¹⁶⁸ Alfredo Parera Denis, “Clases dominantes y metrópolis”, revista *Fichas*, diciembre de 1964, pág. 19.

servicios. A estar a las teorías de que los gobiernos no saben administrar, llegaríamos a la supresión de todo gobierno por inútil, y deberíamos poner bandera de remate a la Aduana, al Correo, al Telégrafo, a los Puertos, a las Oficinas de Rentas, al Ejército y a todo lo que constituye el ejercicio y deberes del poder.” ¹⁶⁹

En la Argentina, la banca comercial fue siempre predominantemente nacional, con una escasa participación en la misma del capital extranjero. Había conciencia de que era necesario un cierto control de la política bancaria y crediticia tanto para conservar el manejo de la misma como para evitar que el estado nacional pasase de su posición de semicolonias a ser simplemente una colonia. Tornquist, el amigo de Pellegrini y uno de los principales financistas argentinos, declaraba al respecto: “Soy adversario decidido de entregar el gran Banco Oficial de la Nación a manos extranjeras. Es precisamente por esta razón que quiero acciones nominales o partes de capital insertos en los libros del Banco a nombre de cada socio o accionista, y me parece bien que el Poder Ejecutivo esté autorizado a tomar provisoriamente las acciones del Banco hasta que llegue el momento de colocarlas entre aquellas que le convenga al país que sean propietarias del Banco.” ¹⁷⁰

Fue en el marco de esta tradición financiera que la Argentina abandonó, a raíz de la crisis mundial, el sistema monetario clásico de la Caja de Conversión, que emitía billetes por el oro entregado en sus arcas y regulaba la emisión en función de la disposición de metal amarillo. Una política de escasa flexibilidad que se interrumpió oficialmente el 17 de diciembre de 1929, apenas dos meses después del *crack* de la Bolsa de Nueva York, para impedir que el oro saliese del país (ese año se exportó oro por casi doscientos sesenta y un millones de pesos). En 1931 se comenzó a aplicar la política del redescuento. Es decir, se liquidó el sistema iniciado a fines del siglo anterior que consistía, básicamente, en la emisión de billetes con garantía oro. Sólo en el periodo de la Primera Guerra Mundial (1914–1918) se había interrumpido la vigencia del mismo.

Desde el momento en que ya no se emitía contra metálico sino contra documentos comerciales provenientes del giro de los negocios, desde el momento en que la circulación monetaria quedaba

¹⁶⁹ Agustín Rivera Astengo, *Juárez Celman*, pág. 457.

¹⁷⁰ Institución Tornquist, pág. 63.

desligada de los movimientos del oro, se introducía un elemento de elasticidad en todo el mecanismo. Los rodajes que se crearon durante la crisis transformaron, pues, el sistema implantado en 1899. ¹⁷¹ No solamente el mecanismo de redescuento comenzó a funcionar bajo los efectos del nuevo rumbo que imponía la crisis mundial, sino toda una serie de organismos que, de hecho, cumplían el papel de un banco central: Comisión de Redescuento, Junta de Emisión de Títulos del Empréstito Patriótico, Junta Autónoma de Amortización, Oficina de Control de

Cambios y Fondo de Divisas. Todos estos entes fueron los antecedentes inmediatos del Banco Central, creado en 1935. Algunos autores han planteado que la creación del Banco Central fue una maniobra directa del imperialismo inglés. En realidad, en momentos en que ejercía el ministerio de hacienda el doctor Alberto Hueyo se intentó aplicar el plan de Sir Otto Niemeyer que, efectivamente, pretendía crear un banco autónomo, con influencia de los sectores bancarios extranjeros más fuertes, sin ninguna representación de la burguesía argentina que pudiera manejar la emisión monetaria y el crédito sin intervención del estado. Según ese proyecto, que al fin fue rechazado, el gobierno no intervenía en la administración del banco. Por el aprobado (obra de Pinedo, sucesor de Hueyo, removido precisamente por ser sostén del proyecto Niemeyer) se instituía un organismo cuyo directorio, en su amplia mayoría, era nombrado por las grandes organizaciones de la burguesía argentina y había sólo tres representantes de los bancos extranjeros y doce de las grandes organizaciones de la burguesía argentina (la Sociedad Rural, Unión Industrial y otras). El poder de nombrar presidente y vice se lo reservaba el gobierno. Así se conciliaban el proyecto Niemeyer con las necesidades de las burguesías nativas.¹⁷²

¹⁷¹ Salvador Aisenstein, *El Banco Central de la República Argentina*, Bs. As., 1942, pág. 41.

¹⁷² Parera Denis suministra los siguientes datos sobre la creación del Banco Central: “En la época de su organización tenía como accionistas con voto: 10 bancos oficiales o mixtos; 28 bancos privados nacionales y 12 extranjeros (2 ingleses, 2 norteamericanos, 2 alemanes, 6 varios). Los bancos oficiales tenían 3.918 acciones; los bancos privados nacionales 426 y los extranjeros 1.821. En cuanto a los votos, todos los argentinos tenían 6 897 y todos los extranjeros 1.821. Los ingleses, sólo 843. En 1942, últimos datos antes de la

En lo que hace específicamente al control de cambios, implantado por el gobierno argentino poco antes de la firma del Pacto Roca–Runciman, Gran Bretaña se atribuía el derecho de interferir en la libre disposición de las libras esterlinas que nuestro país obtuviera por la venta de sus carnes. El inciso 1° del artículo 2° de la convención decía: “Siempre que en la Argentina funcione un sistema de control de cambios, las condiciones bajo las cuales se efectuará, en cualquier año, la disponibilidad de divisas extranjeras serán tales que para satisfacer la demanda para remesas corrientes de la Argentina al Reino Unido se destina la suma total de cambio en libras esterlinas provenientes de la venta de productos argentinos en el Reino Unido, después del servicio de la deuda pública externa argentina (nacional, provincial y municipal) [¡menos mal!] pagadera en países que no sean el Reino Unido”.

Este es el panorama de conjunto: el país pasó a transformarse en una semicolonía, inglesa y estaba obligado a dejar entrar las mercaderías inglesas, en su amplia mayoría —entre ellas el whisky— sin pagar derechos; a considerar a Inglaterra nación privilegiada que controlaba nuestro producto de exportación más importante, la carne; a aceptar que las empresas que hacían estas exportaciones pertenecieran a un trust íntimamente ligado al mercado de Smithfield; a comprar los ferrocarriles en las condiciones que los ingleses consideraran convenientes (el pacto fue el origen de las posteriores “nacionalizaciones”); a constituir la Corporación de Transportes de Buenos Aires; a comprar la Compañía de Gas, etcétera. Es lo que nos lleva a afirmar que el conjunto de pactos que englobaremos bajo la denominación Roca–Runciman y los concomitantes nos convirtió en una semicolonía inglesa. Pasamos a girar directamente y en forma obligada en la órbita inglesa y fue alejado de nuestras playas el imperialismo yanqui. El comercio con Estados Unidos disminuyó en un 60 ó 70%. Fue Inglaterra, y detrás de Inglaterra Europa, quien desplazó totalmente la influencia de los

nacionalización, los bancos nacionales tenían 7.258 acciones y los extranjeros 2.353; respecto a los votos, los bancos oficiales tenían 2.806, todos los nacionales 5.672 y los extranjeros 2.353.

Ademas, la dirección del Banco la ejercían un Presidente y un Vicepresidente que nombraba el gobierno, 1 por los bancos oficiales de provincias, 1 por el Banco de la Nación, 3 por los restantes bancos nacionales, 2 por los extranjeros y 4 por la Asamblea General. O sea, 5 entre el Gobierno y bancos oficiales, 3 por bancos nacionales privados, 2 por los extranjeros y 4 por la Asamblea, en la cual tenían mayoría los nacionales.” (*Ob. cit.*, pág. 21)

Estados Unidos. Las importaciones argentinas hasta el momento de la crisis se habían discriminado así:

País	Porcentaje de nuestras importaciones
------	--------------------------------------

Estados Unidos	25
----------------	----

Inglaterra	17,6
------------	------

Alemania	11,5
----------	------

Paralelamente a la reducción de las importaciones provenientes del norte y de las inversiones yanquis, cambió el panorama en cuanto al petróleo. Se retiró la Standard Oil y copó la escena la Shell Mex, como parte de este proceso global. En 1936 se sancionó una legislación que determinó la exclusión del mercado petrolero de las empresas argentinas Isaura, Itaca, Papini, etcétera y de la propia Standard Oil de Rockefeller. Esta vendió sus instalaciones a YPF en ciento cincuenta millones de pesos. La operación no se llegó a concretar porque la empresa traspasó sus acciones a la firma West India Oil Co., con sede en Londres. A propósito de los convenios del año 36, digamos que las empresas imperialistas se habían repartido las zonas de influencia: Brasil quedaba para los yanquis y Argentina para la Shell. YPF, por tanto, debía supeditar su acción a la última. Uno de los mentores de esa política petrolera fue nada menos que Miguel Ángel Cárcano, pariente y empleado de Otto Bemberg, Caballero de la Orden del Imperio, que veintidós años después colaboraría con Arturo Frondizi en la elaboración y puesta en práctica de la política entreguista del desarrollismo.

La suerte del gobierno de Uriburu, incluso, estaría echada en función de la retirada de los intereses yanquis, baluartes en la conjura que derribó del poder a Hipólito Yrigoyen.¹⁷³ Es de tener en cuenta que los norteamericanos reconocieron casi inmediatamente al régimen ultrarreaccionario de facto y que la prensa yanqui saludó entusiasmada la expulsión de los radicales del gobierno. Al respecto es ilustrativo un editorial de *The Sun*: “Los capitales nortea-

¹⁷³ “El *modus vivendi* anglo-argentino no toleraba la intromisión de los Estados Unidos. Uriburu incurrió en dos errores que lo llevaron a la claudicación total. Su acercamiento a los consorcios petroleros norteamericanos despertó

de inmediato no solamente la resistencia del auténtico nacionalismo argentino, sino también la oposición de Gran Bretaña que nunca admitió que nuestro país llegara al ‘autoabastecimiento’ de combustibles por vía de las concesiones a la Standard Oil.” (Rodolfo Puiggrós, *La democracia fraudulenta*, págs. 72–73.)

americanos que han plantado fuertes jalones en la Argentina están naturalmente interesados en el desarrollo de la actual situación. El presidente Yrigoyen no parecía dispuesto a llenar la embajada vacante en los Estados Unidos, mientras que el general Uriburu ha declarado que su gobierno la nombrará. Por eso los banqueros norteamericanos, británicos y argentinos convinieron en ofrecer fondos al gobierno provisional para cubrir sus necesidades inmediatas, atestiguando su confianza en la estabilidad del nuevo gobierno.”¹⁷⁴

Sin embargo, existía una realidad concreta mucho más fuerte que cualquier esquema previo: la participación estadounidense en la producción industrial mundial había disminuido enormemente como consecuencia de la crisis:

País	Año 1928	Año 1932
	% del total	% del total
Estados Unidos	44,8	34,4
Alemania	11,6	8,9
Gran Bretaña	9,3	11,3
URSS	4,7	13,1

Inglaterra, como ya vimos, era el país capitalista que se reponía más rápidamente. La URSS era un oasis en medio de la pavorosa crisis. En 1931, no obstante su recuperación, Gran Bretaña abandonó el patrón oro para salvar la libra.

Desarrollo de las fuerzas productivas

A partir del año 30 se inició una crisis —hasta la fecha no superada— en una de las ramas de producción fundamentales: la agricultura. La misma se constituirá en otra constante de nuestro proceso histórico durante treinta y cinco años. El régimen capitalista, el dominio de la oligarquía y la influencia perniciosa del imperialismo han impedido solucionar un problema a simple vista

tan sencillo, dada la geografía argentina, como es la crisis agrícola.¹⁷⁵ Se comenzó a producir cada vez menos grano, empezó a

¹⁷⁴ *Idem*, pág. 71.

¹⁷⁵ “Los terratenientes se embolsan así como cosa suya el resultado de un desarrollo social logrado sin que ellos pongan nada de su parte: *fruges*

haber cosechas invendibles y durante la guerra mundial se utilizaba maíz en lugar de carbón para las locomotoras. Tomando como base 100 para 1935, el volumen físico de la producción de cereales y lino fue durante el periodo:

1936 73

1937 88

1938 64

A su vez, las exportaciones bajaban de setecientos setenta y un millones de pesos oro en 1923 a quinientos cincuenta y seis millones en 1932. La Dirección de Economía Rural y Estadística estimaba el costo de producción del quintal de trigo en 7,20 y su venta en 5,04; del lino 10,65 y 9,14; del maíz 4,90 y 4,33, respectivamente. Las exportaciones de cereales y lino disminuyeron en un 28% en cantidad y en un 35,6% en valor, durante el primer semestre de 1933, en relación al primer semestre del año anterior.¹⁷⁶ El precio de los cereales exportados antes de la crisis ya se había reducido a menos de la mitad a fines del año fatídico de 1929:

Precios de cereales exp.

Cereal	antes de la crisis.	Fines de 1929
--------	---------------------	---------------

(precio quint.)

Trigo	12 pesos m/n	5,30
-------	--------------	------

Maíz	8,50	3,94
------	------	------

Cebada 9,10 3,91

Lino 15,70 9,23

Contrarrestando el proceso descrito se inicia un impetuoso y colosal desarrollo de la industria. Promediando la década infame, ésta comienza su despegue, da un gran salto, sobre todo la destinada a abastecer el mercado interno. Es falso lo que afirman algunos teóricos apresurados de que el desarrollo industrial ocurre en la etapa peronista. Fue en la década posterior al *crash* mundial que la industria argentina recibió un impulso intenso a raíz de la

consumere nati. Y esto constituye, al mismo tiempo, uno de los grandes obstáculos con que tropieza una agricultura racional, ya que el arrendatario rehuye todas las mejoras e inversiones de las que no espera poder reembolsarse íntegramente durante la vigencia de su contrato [...]” (Carlos Marx, *Ob. cit.*, III, pág. 578.)

176 Rodolfo Puiggrós, *La democracia fraudulenta*, pág. 111.

desvalori/ación de los productos argentinos en el mercado mundial, lo que hizo que nos quedemos sin divisas y acompañemos el proceso que se inició en todos los países atrasados del mundo, es decir, control de cambios e industrialización. A propósito de las reservas argentinas, recordemos que al cerrarse la Caja de Conversión por segunda y definitiva vez (la primera había sido también bajo la administración radical en 1914), los seiscientos cincuenta millones de pesos oro de 1928 se habían reducido a cuatrocientos millones, para llegar a doscientos cincuenta (ya cerrada la Caja) en 1932.

Los países atrasados, aun los que pasaron a ser semicolonias del imperio británico, como la Argentina, se vieron, entonces, obligados a defenderse de la agresión de los países capitalistas ricos que pretendían cargar las consecuencias de la crisis a los países pobres, haciendo que los productos manufacturados valgan dos o tres veces más que las materias primas de los mismos.¹⁷⁷ Los precios del café brasileño cayeron, entre 1929 y 1938, de 15 3/4 centavos la libra a 5 1/4 centavos. El nitrato chileno, que se cotizó en 1922 a 51,8 dólares la tonelada, cayó en 1933 a 18,8 dólares. El azúcar cubano vio disminuir sistemáticamente sus precios desde 1920, cuando se vendió a 22,5 centavos la libra, a 3,75 centavos en 1929 y a 0,57 centavos en 1932, lo que trajo como consecuencia que de una producción de poco más de cinco millones de toneladas cosechadas en 1929 se bajara en 1933 a 1,9 millones de toneladas. El cuadro global del comercio latinoamericano resulta muy elocuente:¹⁷⁸

177 “1929 señaló el límite de la expansión de la economía agropecuaria exportadora argentina. A partir de la Primera Guerra Mundial los precios de las exportaciones habían descendido año tras año en relación a los de las importaciones. Si suponemos para 1913 un equilibrio, es decir los números índices 100 para los primeros, los segundos y la relación entre ambos, resulta que la Argentina pagó a Gran Bretaña por las compras precios que aumentaron comparados con los precios que cobró por las ventas. En 1920 aquéllos ascendieron al 360 y éstos sólo al 286, bajando la relación de 100 en 1913 a 79. Después de un pequeño repunte que no alcanzó a 84 en las condiciones de comercio, sufrió una caída brusca en 1930 al 77 y en 1931 al 69.” (Rodolfo Puiggrós, *El yrigoyenismo*, pág. 239.)

¹⁷⁸ Alberto J. Pla, *El crack financiero de 1929*, Historia de América, Bs. As., 1972, pág. 302.

Año	Exportaciones (mill. de dólar.)	Importaciones (mill. de dólar.)
1925	4.625	3.928
1930	3.420	3.006
1935	1.745	1.232
1940	1.596	1.338
1945	3.153	2.235

Nuestro país no era una excepción, y es así como se puso en práctica el control de cambios que, aunque por razones fiscales, indirectamente iba a conducir a un cerrado proteccionismo industrial durante estos años. Se desarrollaban las principales ramas industriales. En 1935 se efectuó el primer censo industrial, cuyas cifras, comparadas con las de los años 1937–1941, dan una pauta del proceso:

Establecimientos	Obreros ocupados	Porcentaje de aumento

Año	Cantidad	índice	Cantidad	índice
1935	39.063	100	440.582	100

193 47.831 123 548.927 122
7

193 51,178 134 572.784 130 75,4
9

194 54.670 140 677.517 153
1

194 86.440 221 938.387 214
6

El hecho de que Inglaterra no fuera gran vendedora posibilitó el proteccionismo en muchos rubros. Para los productos del Roca–Runciman, posibilidades de protección. Por ejemplo, Argentina no desarrolló la minería de carbón porque Inglaterra era gran vendedora del producto. Las usinas del Gran Buenos Aires funcionaban con carbón inglés; se encontraban ya obsoletas y, por lo tanto, Inglaterra realizó una política triangular en combinación con SOFINA y CADE para impedir que se renovaran las maquinarias, con el fin de seguir vendiendo su carbón, que era el que daba las calorías exactas para el funcionamiento de las máquinas de esos pulpos de la electricidad. Algo similar ocurrió con el ingreso al país de materiales destinados a los ferrocarriles sin el pago de derechos. La rigidez inglesa en cuanto a la defensa de sus intereses se complementó con la genuflexión de los gobiernos argentinos. El propio Yrigoyen, en 1929, autorizó el ingreso libre de esos materiales. Es

Poco después comenzó el desenvolvimiento de la Marina Mercante —que había sido liquidada a partir de los años 1860–1880— a través de la compra de buques. No se produjo su desarrollo, pues

como una nueva rama de la industria sino por adquisición, principalmente cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, o por apropiación directa de los barcos del Eje. En realidad, la creación de la flota mercante entra también en la planificación de la estructura semicolonial. A Raúl Scalabrini Ortiz le cabe el mérito de haber hecho la investigación exhaustiva de las actitudes de la diplomacia inglesa conducentes a ese objetivo. Inglaterra sabía que existían posibilidades de guerra con Alemania, y una marina mercante de un país imperial no hubiera podido llegar a alcanzar puertos británicos. Sí la de uno neutral. De ahí la gran maniobra, que dio óptimos resultados y que, además, remachó las cadenas de la “amistad” anglo–argentina, según se desprende de la defensa que hizo Churchill de la Argentina en la Conferencia de Yalta (4 al 11 de febrero de 1945), cuando los gobernantes de Rusia y Norteamérica atacaron el régimen de Farrell.

Durante la década infame empezó también, la tercera oleada inmigratoria. La misma tuvo un signo distinto de las anteriores, pues no procedía del exterior sino del interior, e iba hacia las grandes ciudades. La causa fue la despoblación del campo como consecuencia inmediata de la crisis de la agricultura. La formaba el semiproletariado que iba a la junta de la cosecha o vivía en la periferia de los pueblos y ciudades del interior. Esa gran masa de población cambió su habitat por las grandes urbes, principalmente Buenos Aires, para emplearse en las industrias que comenzaban a crecer. La construcción fue la que primero, y en mayor proporción, absorbió a los provincianos. La Argentina se transformó así en uno de los países de mayor concentración urbana del mundo. Las cifras de la evolución poblacional urbana operada en medio siglo son elocuentes:

Año	Cantidad de habit. urbanos	% del total
1895	1.488.200 personas	37
1915	4.152.400	53
1945	9.932.100 “	62

Relaciones de producción

En esta etapa de la historia nacional los explotados desempeñaron un papel protagónico. Su accionar y su política adquirieron

una importancia decisiva. El control de cambios, en tanto, operó una transformación substancial en el bando de los explotadores. Su influencia fue tal que bien puede afirmarse que a partir de la década infame dejó de tener relevancia en el país un sector que caracterizó todo el proceso colonial latinoamericano y alrededor del cual giró buena parte de la historia económica, política y social argentina hasta entonces: la burguesía comercial importadora asentada en el puerto. La disputa de un siglo entre importadores y exportadores —como reconocen los teóricos y políticos de la propia burguesía— se define a favor de los grandes productores nacionales. Se puso fin al libre juego practicado a través de la aduana y se dio curso a una dinámica distinta. Esa burguesía importadora irá perdiendo peso y desapareciendo, al extremo de que hoy en día casi no existe, a pesar de haber sido un factor fundamental en la génesis de nuestro desarrollo capitalista y contar en sus filas con algunos de los grandes teóricos del progreso burgués argentino, como Mitre y Quintana. En oposición a esta desaparición surge en tomo del Tratado Roca–Runciman y sus concomitantes una oligarquía férreamente estructurada, cuyo sector más importante —así como

lo había sido Tornquist al comienzo de la penetración imperialista en el país— es otro de carácter financiero: el grupo Bemberg. El consorcio llegó a poseer las siguientes empresas:

Empresa	Capital
Brasserie Argentina “Quilines”, S.A. (sede en París)	60.000.000 (francos fr.)
Cervecería Argentina Quilmes, S.A. (sede en Bs. As.)	10.250.000 pesos
Compañía de Tranvías de Bs. As. y Quil- mes, S.A.	2.500.000 pesos
Cervecería Palermo, S.A.	10.000.000 pesos
Cervecería Buenos Aires, S.A.	3.500.000 pesos
Bilz, S.A.	2.400.000 pesos
Cervecería Schlau (Rosario)	5.000.000 pesos

Cervecería del Norte, S.A. 3.500.000 pesos
(Tucumán)

Cervecería Los Andes 3.500.000 pesos
(Mendoza)

Compañía Argentina de 10.000.000 pesos
Inmuebles, S.A.

Primera Maltería Argentina, 6.000.000 pesos
S.A.

Manufacturera Algodonera 6.200.000 pesos
Argentina, S.A.

Compañía Argentina de Obras
Sanitarias de

Quilmes y Extensiones, S.A. 2.787.000 pesos

Crédito Industrial y Comercial .A. 16.000.000
Argentino, S. pesos

Empresa Capital

Cervecería Córdoba, S.A. 5.000.000
pesos

Sociedad Auxiliar Fabril, 10.000.000
Agrícola y Comercial, S.A. pesos
(SAFAC)

Santa Rosa, Estancias, S.A. 8.000.000
pesos

Cervecería Bella Vista 2.000.000
pesos

El capital declarado de estas empresas ascendía a cerca de ciento cincuenta millones de pesos, pero los activos de las mismas sobrepasaban considerablemente al capital.¹⁷⁹ Bemberg era el intermediario principal de los préstamos que hacía la banca internacional, especialmente la europea, a la nación y las provincias (fundamentalmente a Buenos Aires). Precisamente, para unificar sus deudas en lugar de tener muchos banqueros acreedores, la Provincia de Buenos Aires le encargó al consorcio que sea su representante y negocie como intermediario, en lo que se dio en llamar la “reunificación de la deuda”.

Bemberg se transformó en el gran pivote, junto con su abogado y asesor, Federico Pinedo (autor del proyecto aprobado sobre creación del Banco Central en oposición al de Niemeyer), de esta nueva estructuración de la oligarquía argentina, que abarcaba desde la cerveza hasta los ferrocarriles, que estaban en decadencia y de los que el imperialismo inglés quería desprenderse. Así fue que, como concomitante del Roca–Runciman, se firmó un pacto por el cual todo superávit argentino en el comercio con Inglaterra se destinaba a la compra de los ferrocarriles. El primer “nacionalizador” fue nada menos que Agustín P. Justo, que adquirió el Central Córdoba en 1938. Este gobernante, uno de los más pro ingleses que recuerda la historia del país, no “nacionalizó” más porque no hubo mucho años de “vacas gordas”. Durante su presidencia hubo sólo dos: 1935 y 1937.

Durante años los ferrocarriles del estado no tuvieron entrada a Buenos Aires, pues siempre habían estado ahogados por las empresas británicas. Al respecto, resulta casi trágico el caso del Ferrocarril Provincial, cuya terminal no estaba siquiera en el centro de Avellaneda. Cobraba la mitad de la tarifa que el Oeste y daba ganancias, por lo que es obvio que de haber entrado a Buenos Aires liquidaba al británico. Sin embargo, la terminante oposición inglesa logró que alcanzara sólo los extramuros de la ciudad capi-

¹⁷⁹ José Luis Torres, *Algunas maneras de vender a la patria*, págs. 73–74.

tal. Es decir, nunca los ferrocarriles británicos permitieron que hubiera en Buenos Aires una sola estación de un ferrocarril estatal. Con Justo cambió esa política; se compró, insistimos, el Central Córdoba y comenzó la “nacionalización”. En el mensaje leído por el presidente a propósito de la adquisición advertía: “Iremos comprando ferrocarriles a medida que tengamos divisas”.¹⁸⁰ Se cumplía inflexiblemente el Roca–Runciman.

¿Por qué los ingleses querían deshacerse de los ferrocarriles? En la Argentina, como en todos los países coloniales o semicoloniales, las inversiones británica en transportes (ferrocarriles, tranvías) y en otros servicios públicos (gas, aguas corrientes, puertos) fueron sumamente lucrativas hasta la gran crisis de 1929. Desde entonces comenzaron a sufrir un proceso de acelerada desintegración, tornándose progresivamente deficitarias. Se trataba de empresas que el capital inglés usufructuó durante decenas de años sin atender a las necesidades de renovación y expansión. Empresas basadas en un utilaje desgastado, cuyo mantenimiento provocaba ingentes pérdidas, y por lo demás técnicamente obsoletas y sometidas a la competencia y el desplazamiento por parte de otras industrias: el transporte ferroviario y tranviario por el automotor, el gas por la electricidad.¹⁸¹ La ganancia de los ferrocarriles ingleses empezó a reducirse drásticamente a partir de la gran crisis según diversas fuentes:¹⁸²

¹⁸⁰ Mensaje al Congreso, *Diario de Sesiones*, Cámara de Senadores de la Nación, 28 de diciembre de 1938, pág. 1.916. Conviene recordar que la operación, producida el 28 de enero de 1938, traspasaba el activo físico del Ferrocarril Central Córdoba a Ferrocarriles del Estado por un precio de 9.500.000 libras, pero éste seguía hipotecado por obligaciones y *debentures* de los que era tenedora la empresa inglesa, por valor de 8.800.000 libras, con el control respectivo en el negocio, tal cual lo denuncia Raúl Scalabrini Ortiz en *Historia de los ferrocarriles argentinos*, Bs. As., 2ª ed. 1958, pág. 256.

¹⁸¹ Gustavo Polit, "Orígenes y resultados de la nacionalización de los ferrocarriles", *Revista Fichas*; AÑO 1, N° 4, diciembre de 1964, pág. 27.

¹⁸² Fred J. Rippy, "Argentine: Late Major Field of British Overseas Investments", *Inter-American Economic Affairs*, Winter, 1952; Cleona Lewis. "The United States and Foreign Investment Problems", *The Brookings Institution*, Washington, 1948, pág. 42.

Ganancia de los capitales ferroviarios británicos en la Argentina.

Porcentaje sobre el Año
capital

nominal invertido

4,8 1910

4,8 1913

3 1918

4,9 1923

5,3	1926
5,5	1927
5,5	1929
4,7	1930
1,74	1931/1946

Otro sector oligárquico, íntimamente ligado a Bemberg y a los capitales financieros de la etapa, era el que integraban los trusts cerealistas, del tanino y el algodón. Nos referimos a Bunge y Born y Dreyfus, que monopolizaban la compra y venta de los cereales del país. Veamos la lista de empresas que componían el grupo Bunge y Born:

Empresa	Capital	Ganancias	Reservas
Molinos Río de la Plata	25.000.000	14.000.000	7.000.000
	0		0
Financiera Industrial S.A.	26.000.000	7.000.000	4.500.000
	0		0
SADE, Argentina			
de Elevadores	1.000.000	30.000	700.000
La Mercantil Americana S.A.	13.500.000	800.000	1.000.000
	0		0

SAIMA, Industrial y

Mercantil	1.500.000	168.000	—
-----------	-----------	---------	---

La Invernada,
 Ganadera

y Pastoril	6.500.000	—	—
------------	-----------	---	---

Compañía Industrial

de Bolsas	—	—	—
-----------	---	---	---

Vivoratá,

Establecimientos Agrie.	3.000.000	461.300	—
----------------------------	-----------	---------	---

Química S.A.	10.000.00 0	800.000	15.000.0 00
--------------	----------------	---------	----------------

Induco (2.600 Ha. en

Santa Fe)	8.500.000	670.000	—
-----------	-----------	---------	---

ALBA (Fábrica de pinturas)	de 3.000.000	1.287.000	1.000.000
			0
Inmobiliaria Río la Plata	de 6.000.000	800.000	1.300.000
			0
La Fabril	2.000.000	80.000	30.000
CAICO, de Industria	12.000.000	• 300.000	700.000
	0		0
COMEGA, Ganadera	22.500.000	1.600.000	2.700.000
	0		0
COSUFI, Cía. de Finanzas	de 6.000.000	600.000	1.500.000
			0
Rioplatense Comercio	de 3.000.000	210.000	200.000
IRIS, Comercial y Financiera	y 10.500.000	800.000	30.000
	0		0
Explotación de Campos			,
y Montes del Río Bermejo	13.600.000	1.360.000	1.000.000
	0		0

Empresa	Capital	Ganancias	Reservas
Argentina Warrant y Deposito	de 2.000.000	80.000	200.000
Los Alfalfares, Cía. Rural	3.000.000	400.000.	
GRAFA. Tejidos	30.000 000	–	13,500.000

Además, poseía intereses en el Banco Hipotecario Argentino–Francés, La Forestal, Ducilo, Mercado de Abasto S.A., etc.¹⁸³ La Forestal era la gran empresa británica que controlaba completamente el rubro tanino.

Es importante puntualizar que desde la implantación del control de cambios, consecuencia de la crisis mundial, casi todas las empresas extranjeras tendían a reinvertir en nuestro país, porque ésa era la política global de la burguesía argentina: tender a que no salgan divisas.¹⁸⁴ La CADE, por ejemplo, nunca había invertido, aparentemente, pero se había ligado a algunas industrias reinvertiendo ganancias que, obviamente, negaba. El gran trust naviero Doderó, de capital británico, se encontraba en la misma situación, al igual que los frigoríficos que controlaban el comercio de carnes, etcétera. Todas esas empresas, sumadas a los complejos industriales de todo tipo (incluidas las combinaciones industrial–terraténientes como las bodegas y los ingenios y aquellas que luego se unieron al capital yanqui como SIAM) integraban una poderosa organización oligárquica cuyo sector fundamental era el de las grandes compañías de servicios públicos y eléctricos, en especial SOFINA, relacionada con el capital europeo. En realidad, SOFINA constituía un cártel de capitales belgas, suizos, italianos, españoles e ingleses, en plena competencia mundial con la General Electric yanqui. La Argentina había sido un campo de desenfrenada batalla para estos colosos imperialistas de los servicios públicos hasta fines de la década del 20, cuando llegaron a un acuerdo repartiéndose el mercado de la

¹⁸³ Paulino González Alberdi, *¿Por qué está en crisis la economía argentina?*. Bs. As., 1949, págs. 126–127.

¹⁸⁴ “Esa medida —restricción de las importaciones—, aplicada con flexibilidad y eficacia, permitirá adecuar las importaciones a la capacidad real de pago del país y al empleo prudente de las reservas monetarias. Es lógico esperar que, como está sucediendo, el poder adquisitivo que debido a ello no puede ya estimular desproporcionadamente a la importación, se desviara en gran parte hacia la industria.” (Banco Central de la República Argentina, *Memoria*, 1938.)

electricidad: Buenos Aires y Rosario, con sus alrededores, para SOFINA, y todo el interior para General Electric. El *agreement* se hizo público a través de la investigación Rodríguez Conde, que años después (1943–1945) secuestró el archivo de la CADE, y lo dio a conocer.

Los sectores mencionados estaban ligados entre sí; aceptaron, sin excepciones, el estatuto del vasallaje del país al imperialismo británico que nos convertía en semicolonias. Todos, también, se beneficiaban con la situación. Constituían, en realidad, una verdadera oligarquía, porque esos grupos más fuertes se protegían unos a otros de los demás sectores explotadores nacionales. No se trata, evidentemente, de una política al servicio de la burguesía industrial o algún sector específico de la misma, como el azucarero, por ejemplo, sino que tendía a la defensa de los intereses de los poderosos de la burguesía, y que se preocupaba de salvarlos cuando se encontraban en apuros, por medio de las Juntas Reguladoras o de los préstamos bancarios. La economía adquirió un notable grado de concentración en detrimento de los pequeños y medianos productores.¹⁸⁵ Los grandes estancieros y los invernadores se unieron estrechamente al imperialismo inglés, a los grandes frigoríficos y a los otros sectores monopólicos para capear el temporal e ir moldeando el país a su imagen y semejanza. Se equivocan, pues, los que creen que “este sometimiento compulsivo de la economía argentina al *diktat* de los banqueros y empre-

¹⁸⁵ “Los vitivinicultores del valle superior del Río Negro fueron agobiados por la ley con cinco veces más impuestos, y algunas bodegas de Mendoza, como la de Tirasso, cayeron bajo el hacha del Instituto Movilizador. Informaba el gobernador de Catamarca el 12 de junio de 1937: ‘Andalgalá ve reducida a una séptima parte su área cultivada de vid. Su producción vinícola, que alcanzaba a los cuatro y medio millones de litros y su inmediata colocación en los mercados, se ve ahora casi lindando con su extinción. Pomán es donde la crisis y la desocupación tienen su máxima evidencia. Sus pobladores, dedicados en su totalidad al cultivo del suelo, son asimismo el 80% vitivinicultores; atendían con sus productos el relativo bienestar de su economía local. Las últimas disposiciones nacionales referentes a la elaboración de vinos y alcoholes, tan contrarias a los intereses de los pequeños productores, han dado por tierra con la industria derivada de la vid, llevando al hambre a un 60% de la población. De más de 300 fábricas de vino y aguardientes de años atrás, no pasan de 20 las registradas oficialmente en la actualidad.’” (Francisco J. Trianes: *Desocupación, burocracia, prodigalidad*, págs. 15–16.)

sanos ingleses ni siquiera tuvo el atenuante de haber favorecido a la ganadería del litoral” y que “solamente se benefició el pequeño grupo de invernadores asociados a los frigoríficos anglo-norteamericanos [...]”¹⁸⁶ Los que así piensan, indudablemente, pertenecen a los descubridores y admiradores de una fantasmagórica burguesía industrial progresista, que habría luchado a brazo partido contra la oligarquía terrateniente.¹⁸⁷ Basta echar un vistazo a quienes integraban el directorio del Banco Central en 1940 para darse cuenta de la “hermandad” existente entre los círculos de la economía nacional y el imperialismo, con preferencia el inglés. En efecto, ese año, entre otros, figuraban como directores Martín Pereyra Iraola, Jorge Santamarina y Roberto W. Roberts. Tras los dos primeros había miles de hectáreas y cabezas de ganado, y

¹⁸⁶ Rodolfo Puiggrós, *La democracia fraudulenta*, pág. 121.

¹⁸⁷ “La historia política argentina registra luchas entre sectores de la burguesía por la conquista del poder, cuya raíz es la contradicción entre el nacionalismo económico y político y el sometimiento de la República a los intereses de una oligarquía con su destino agro-importador unido a la penetración imperialista. La economía agropecuaria de la pampa húmeda nació y se desarrolló en función del mercado interno. Aquella, exógena, exigía el librecambio y el libreempesismo a ultranza; ésta, endógena, reclamaba la protección estatal para defenderse de las importaciones y sustituirlas.” (Rodolfo Puiggrós, *La democracia fraudulenta*, pág. 87.) No obstante, la realidad no se presenta tan diáfana: “Sin embargo, en la realidad la situación nunca se presenta así. Por de pronto, la pseudo industrialización — gran aspiración de los industriales— no implica que las metrópolis pierdan el mercado argentino; más bien ocurre todo lo contrario, como lo evidencia el continuo crecimiento del volumen de las importaciones argentinas desde las metrópolis. De modo que se reduce prácticamente a cero el peligro hipotético de que no teniendo las metrópolis nada que vender dejen de comprar los productos exportados por los terratenientes. Por otro lado, también los industriales necesitan que los productos de los terratenientes encuentren salida en el mercado mundial, porque de lo contrario la industria no dispondrá de las divisas necesarias para comprar medios de producción y pagar el servicio de los capitales extranjeros en ella invertidos. En fin, los terratenientes saben que el crecimiento industrial les brinda un mercado seguro, que valoriza sus productos y, asegurándoles en cierta medida contra las fluctuaciones del

mercado mundial, les permite negociar en mejores condiciones la venta de sus productos al comprador metropolitano. Los industriales por su parte saben que el mercado interno argentino se asienta de modo decisivo en la venta de los productos de los terratenientes, y * hunde si fracasa la colocación de los mismos.” (Alfredo Parera Denis, *Ob cit.*, pág. 3.)

estaban los estancieros de la provincia de Buenos Aires. Tras Mr. Roberts estaba el consorcio Leng Roberts y tras éste el capital financiero inglés (Midland Bank, Lloyds Bank, Barclays Bank, Westminster Bank, National Bank, los cinco grandes bancos ingleses). Leng Roberts extendía su influencia a todos los sectores de la economía argentina, participando en empresas como Philco Argentina, La Buenos Aires de Seguros, Invad, Azucarera Argentina, Compañía Minera Aguilar, El Globo, Transradio Internacional, Pinturas Apeles, La Cantábrica, La Rosario de Seguros, Bodegas y Viñedos Arizu, Fábrica Argentina de Alpargatas. Además, Leng Roberts estaba vinculado a Bunge y Born y a la Forestal así como a Shell Mex, y conjuntamente con los grupos Tornquist y Braun Menéndez Behety participaba en CADE, Ferrum, Neoplástica, Cristalerías Rigolleau, en la Compañía Sudamericana de Fósforos, etcétera.¹⁸⁸

Es que los admiradores y panegiristas de la burguesía industrial o de sus sectores “progresistas” no tienen en cuenta el hecho decisivo de que la misma “no ha nacido desde abajo, siguiendo el largo y complejo desarrollo que va del artesanado a la gran industria, creciendo autónoma, como la burguesía inglesa, francesa o yanqui”. Ni tampoco que “la burguesía industrial argentina ha nacido estrechamente ligada a los terratenientes, como diferenciación en su seno. Ambos sectores, industrial y terrateniente, se entrelazan continuamente, borrando los imprecisos límites que los separan, mediante la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial, que convierte a los terratenientes en industriales y a los industriales en terratenientes.”¹⁸⁹

La oposición burguesa a la estructuración oligárquica de la década infame fue extraordinariamente tímida, y su expresión más nítida se perfiló por parte del sector de mayor tradición política y económica, el de los estancieros. El gran teórico de la oligarquía estancieril no ligada a los invernadores, el orgullo de la misma, fue Lisandro De la Torre, que reflejando los intereses globales de su clase se opuso al “estatuto del coloniaje”. De la Torre surgió en la política planteando que no debe votar quien no tenga fortuna, fue

¹⁸⁸ *Idem*, pág. 22.

¹⁸⁹ Gustavo Polit, “Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina”, revista *Estrategia*, setiembre de 1957.

el único político argentino de su tiempo que poseyó el demérito de haber sido miembro destacado del Círculo de Armas del Jockey Club. También fue el que unificó a la oligarquía terrateniente, exceptuando a los invernadores, contra Yrigoyen. Este representante de los ganaderos, especialmente de los de Santa Fe, esbozó una oposición burguesa al pacto; en realidad, una posición a la izquierda de los estancieros, que fue rápidamente derrotada y quedó, entonces, como una protesta importante pero sin mayor peso. De las famosas polémicas De la Torre–Pinedo resulta claro cuál era el límite “progresista” del “leñador de Pinás”, compañero de fórmula de Nicolás Repetto en las elecciones del 8 de noviembre de 1931, en las que, proscrito el radicalismo, se opuso a través de una alianza centro–derechista al candidato del continuismo militar, el a la postre triunfante Agustín P. Justo: “Debemos tratar con Inglaterra en términos cordiales, de igual a igual, como tratan las naciones soberanas; podemos y debemos ofrecerle a Inglaterra amplias ventajas, pero si no son apreciadas y si nos pretenden tratar como a una factoría, podemos y debemos tomar represalias [...]”. Y en cuanto a los frigoríficos, denunciados

por FORJA, decía De la Torre: “No contiene este plan ninguna declaración de guerra a muerte a los frigoríficos, que sería absurda y torpe, pues su desaparición total causaría perjuicios. Esas mismas compañías podrían solicitar contratos del Poder Ejecutivo, pero en vez de la libertad de que hoy disponen para apoderarse de todas las ganancias tendrían que realizar beneficios razonables.”¹⁹⁰ Estas posturas se encontraban a la derecha de las de Justo, que proponía la formación de un trust nacional de la carne, cuyo capital se integraría con el 53% de aporte estatal y el 47% con los bienes de los ganaderos y frigoríficos, y a la izquierda

¹⁹⁰ Lisandro De la Torre, *Las carnes argentinas y el monopolio extranjero*, págs. 121 y 467.

En lo que respecta a los candidatos de la alianza demócrata progresista–socialista, vencida por la fórmula Justo–Roca por 606.526 votos contra 487.955, pese a haber triunfado la última en la Capital por una diferencia de 40 mil votos, basta recordar la opinión de Repetto sobre la política inglesa: “El brillante ejemplo de educación política que los conservadores ingleses dan ahora al mundo acatando la legitimidad y colaborando en el parlamento con el gobierno laborista. Este hecho asombra en un país de política semibárbara como es el nuestro, donde se oye decir corrientemente que si triunfa tal o cual partido el gobierno no le entregará el poder.” (*La Vanguardia*, 6 de abril de 1931.)

de las de su compañero de partido, Luciano Molinas, que abogaba por el traspaso del monopolio de la industria frigorífica a una de las empresas privadas existentes. No obstante, en la década infame cualquier postura que se animara a cuestionar en parte el dominio de la gran oligarquía era casi mortal. Por eso, la campaña de De la Torre se interrumpió el 23 de julio de 1935, cuando fue asesinado en pleno recinto del Congreso el senador por Santa Fe, doctor Enzo Bordabehere (que había acudido en defensa de De la Torre, agredido por el ministro justista Duhau) por el matón Valdez Cora, hombre de Antonio Santamarina, presidente del Senado.

En 1937, Lisandro De la Torre renuncia a su banca, y un año más tarde se suicida, demostrando así que había llegado a comprender la impotencia del sector de clase que representaba.

Así como la oposición burguesa era muy débil, estimulada a veces por los propios conservadores gobernantes,¹⁹¹ surgió una oposición pequeñoburguesa también frágil, pero de gran vigor desde el punto de vista intelectual, que planteó con claridad la problemática nacional y denunció al imperialismo, aun cuando las

¹⁹¹ La Alianza era tolerada por el gobierno de tacto pues, adjudicándose el carácter de “conjunción de fuerzas de izquierda”, aprobaba y se solidarizaba con el golpe del 6 de setiembre que había derrocado a Yrigoyen. Por su parte, condenaba muy tibiamente la proscripción del radicalismo. De la Torre era amigo personal de Uriburu, quien le había ofrecido un cargo en su gobierno que aquél rechazó. Justo–Roca eran candidatos de la llamada *Concordancia*, coincidencia de los conservadores (Partido Demócrata Nacional) antipersonalistas (Unión Cívica Radical Antipersonalista) y socialistas independientes. En los comicios del 8 de abril del 31 el Partido Demócrata Nacional levantó a Roca como candidato a vicepresidente y los antipersonalistas a José Nicolás Matienzo. Ambos apoyaron a Justo para presidente. El Partido Socialista Independiente apoyó a Justo y al candidato de la Concordancia que obtuviera más votos. Los radicales Alvear–Güemes habían sido vetados por la dictadura. El 5 de setiembre de 1937 el binomio de la Concordancia, Ortiz–Castillo, obtuvo 1.097.430 votos y 248 electores contra 814.852 y 128 electores de la Unión Cívica Radical legalizada y colaboracionista, cuyo binomio fue. Alvear–Mosca. Los socialistas presentaron la fórmula Repetto–Orgaz. Mientras tanto, militantes yrigoyenistas se lanzaron a todo tipo de conspiración contra la dictadura, produciéndose los siguientes levantamientos: enero de 1932, el de los hermanos Kennedy; 21 de diciembre de 1932, el del teniente coronel Atilio Cattáneo; 1933, el del teniente coronel Roberto Bosch, en Paso de los Libres; 1931 y 1933, los del coronel Gregorio Pomar. Todos fracasaron.

soluciones propuestas no eran viables. Se trata de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la

Joven Argentina), el sector político más reivindicable de la década infame, pues dedicó sus esfuerzos a esclarecer los negociados del imperialismo y los que con el mismo hacían prisioneros nacionales. Así, inició los primeros estudios serios, profundos, y se lanzó a la denuncia pública. No hizo de sus investigaciones una cuestión de gabinete. Carne, ferrocarriles, gas, petróleo, etcétera, cayeron bajo la picota de estos intelectuales revolucionarios. Es la gran diferencia existente entre el antiimperialismo forjista y el de la oligarquía ganadera perjudicada por la reducción de la cuota de exportación. Esta busca en el pasado la solución a sus males del presente, y así apareció el *revisiónismo histórico*, escuela impregnada de un aristocratismo fascistizante. El punto débil de FORJA era su programa. El primero que expuso revela su carácter pequeñoburgués, pues planteaban la recuperación del radicalismo en manos de los alvearistas. Nunca llegó a formularse a fondo el problema de qué clases u organizaciones sociales o políticas pueden terminar con el dominio oligárquico. Por eso, FORJA no pasó de una agitación casi sin eco popular. No fue más allá de un valiente y talentoso núcleo de intelectuales a los que se debe reivindicar por su consecuente posición antiimperialista. Sólo quince años después, militando la mayoría de sus miembros en el peronismo, llegaría la autocrítica por lo hecho en la década del 30: “El radicalismo, el organismo que Yrigoyen había creado en cuarenta años de paciente elaboración, ya no era una vía de expresión de los anhelos del pueblo: era un instrumento más de la oligarquía, es decir, un eco de la voluntad extranjera de sojuzgamiento y expoliación”.¹⁹²

En el otro polo apareció el movimiento obrero. El desarrollo de la industria originó el surgimiento de un nuevo tipo de obrero, el de los sindicatos por industria. Se organizó un gran sindicato de la madera y otro de la construcción, y tras éstos y sus grandes triunfos, sobre todo la huelga del año 1935 que duró varios meses, se creó una poderosa central sindical que iba a agrupar, esencial-

¹⁹² Raúl Scalabrini Ortiz, “Identidad de la línea histórica de Yrigoyen y Perón”, conferencia pronunciada en Mercedes, provincia de Buenos Aires, el 3 de julio de 1948 en memoria de Hipólito Yrigoyen y reproducida en la revista *Hechos e ideas*, setiembre de 1948. Tomado de Rodolfo Puiggrós, *La Democracia* pág. 52.

mente, a los gremios industriales: la CGT, organismo que núcleo, entre otros, a fuertes sindicatos de la carne, metalúrgicos y de la construcción.

Demos un paso atrás para historiar brevemente lo sucedido en

el interregno entre la liquidación de la FORA y el nacimiento de la CGT del 35. Disuelta la FORA por la dictadura de Uriburu en 1930, la CGT se creó como consecuencia de la fusión entre la USA, de tendencia sindicalista, y la COA, formada por socialistas moderados. La entidad sostuvo una política de apoyo crítico a la dictadura y no se hizo eco de la represión desatada contra anarquistas y comunistas. Así, afirmaba ante la gestión de Uriburu que “estaba convencida de la obra de renovación administrativa del gobierno provisional” y que estaba dispuesta a apoyar a Uriburu “en su acción de justicia institucional y social”. Sosten/a también que estaba persuadida de que el gobierno mantenía la vigencia de la ley marcial “para asegurar la tranquilidad pública”. El 8 de noviembre de 1933, ante el gobierno del general Justo, decía en un documento que “el desarrollo del movimiento obrero es normal. Para fijar su posición frente a los actuales acontecimientos la CGT empieza por comprobar que, salvo poquísimas y no reiteradas excepciones, los actos de los sindicatos que la integran no han sido molestados.” En distintos pasajes de la declaración se agregaba que “se realizaban regularmente las asambleas, sin que pesen medidas sobre ellas” y que “no se conocen casos de militantes ni de miembros de los cuerpos centrales de la CGT que hayan sido detenidos ni perseguidos en virtud de la acción sindical”. Por lo tanto, resulta claro que la resistencia obrera a la patronal de comienzos de la

década infame estaba en manos de minorías revolucionarias que actuaban dentro de los sindicatos controlados por los burócratas colaboracionistas. Militantes comunistas y anarquistas y el Comité de Unidad Sindical Clasista, fundado en 1929, dirigieron, entre otros, los siguientes conflictos: 15 de marzo de 1932, huelga de tranviarios; 18 de abril del mismo año, paro de agricultores al margen de la dirección entreguista de la Federación Agraria Argentina, que apoyaba al régimen; 23 de mayo de 1932, huelga de los obreros de los frigoríficos y telefónicos de Avellaneda; 3 de abril de 1933, huelga de obreros del calzado; 6 de junio de 1934, huelga de madereros.

En realidad, la historia del movimiento obrero argentino puede sintetizarse en dos siglas FORA y CGT. No obstante, no se puede

dejar de reconocer que el movimiento obrero se vio fecundado por corrientes estudiantiles como Insurrexit, por la juventud y la izquierda del Partido Socialista —muy fuerte en esa época—, con sus grandes dirigentes a la cabeza: Benito Marianetti (luego pasaría al Partido Comunista), Fiorini, Unamuno, Broquen, etcétera.¹⁹³ Se planteaban la problemática nacional y la posición frente al imperialismo, mas sin la claridad conceptual de FORJA. La amalgama de estas corrientes revolucionarias llevó a un proceso nuevo, constituido por la aparición de un movimiento obrero que se elevó a la comprensión de los problemas concretos de la liberación nacional, que superó los aspectos económicos de la actividad de la clase trabajadora y que llegó a la formulación general de las grandes necesidades del país y de la propia clase que aspiraba a tomar el poder. Potencialmente, la movilización del proletariado conducía a la posibilidad de una situación prerrevolucionaria, ya que, por ejemplo, derrotó a la dictadura justista y a la patronal tras una larga huelga —la citada de la construcción del año ‘35— y la general

193 Después del fracaso de su política en China (supeditar el Partido Comunista al Kuomintang), dramáticamente reflejado en la matanza de Cantón (1928), la Internacional Comunista en manos del stalinismo viró hacia un política ultraizquierdista. En la Argentina tal posición significó, entre otras cosas, que el Partido Comunista dirigido por los Ghioldi y los Codovilla atacara violentamente, inclusive, a la izquierda del Partido Socialista, que se aproximaba a correctas posturas antiimperialistas y revolucionarias: “¿Cuál es la función de la ‘izquierda’ en la socialdemocracia? Prestigiar a la socialdemocracia, ‘restaurar’ su virginidad perdida, hacerla simpática a los ojos de los obreros socialdemócratas que empiezan a indignarse contra la política de traición, retener dentro de sus cuadros a tos obreros prestos a pasarse a las filas comunistas. El método de que se vale esa ‘izquierda’ consiste en emplear (al estilo trotskista) grandes frases con invocaciones a Marx y Lenin, para recrear la fe perdida de los obreros en la socialdemocracia. Eso es en Europa y es también aquí. Se ha visto y repetidamente con los Fiorini, los Coca, los Unamuno y compañía. Y se ve con toda la claridad deseada en el caso Marianetti.” (*Soviet*, setiembre de 1933, Año I, N° 3, pág. 29.) Como acota Rodolfo Puiggrós, el Partido Comunista “aplicaba el método pedagógico de los procesos de Moscú, pero sin fusilamientos”. (*Oh cit.*, pág. 278.) Mientras en el movimiento obrero se levantaban consignas clasistas, en el plano político se llegaba a cumbres de sectarismo. Esas eran las dos caras de una etapa que pasó en Europa por la oposición a hacer frente único para detener el ascenso al poder de Adolfo Hitler y que culminó en 1935 al votarse la nueva línea de los Frentes Populares en el VII Congreso de la Internacional, cuando va el chacal nazi estaba en el poder.

I

del 5 y 6 de enero de 1936. Esta última fue consecuencia de un paro de los obreros de la construcción al que se adhirieron diversas organizaciones que convocaron a un mitin de solidaridad: de allí salió la declaración de huelga general que cristalizó al plegarse los transportes y encolumnarse cientos de obreros por las calles, que fueron reprimidos por la policía. Como consecuencia de los enfrentamientos —los obreros se defendieron bravamente— cayeron varios trabajadores y policías en distintos barrios, reviviéndose los sucesos de la Semana Trágica de diecisiete años atrás. Después de muchos días de huelga, los obreros de la construcción retornaron

al trabajo, tras la obtención de las siguientes mejoras: por cada jornada de ocho horas, oficiales \$ 6,40. medio oficiales \$ 5,20 y peones \$4,50. También se especificaba un aumento de \$ 0,40 por día, a pagarse a partir de nueve meses más tarde, y garantía sobre el cumplimiento del acuerdo sobre la estabilidad de los huelguistas.

La Internacional Comunista en acción

Hasta ahora hemos tomado como principal factor internacional con influencia en nuestro proceso histórico los desplazamientos del capital financiero o del intercambio comercial y las relaciones interimperialistas. A partir de esta etapa debemos ocuparnos también de un nuevo elemento de tipo ideológico y político: el accionar de la Internacional Comunista.

En 1935 se efectuó en Moscú el VII Congreso de la Tercera Internacional. En él se votó la línea de los *frentes populares*, que se basaba en la caracterización de que Estados Unidos, Francia e Inglaterra eran naciones *progresistas*, en oposición a Alemania e Italia fascistas, y se tomó a la Argentina, entre otros países, como conejillo de Indias para su aplicación. El experimento del stalinismo internacional tuvo lugar en momentos en que el Partido Comunista, a raíz de la gran huelga de la construcción, comenzaba a controlar el movimiento obrero industrial, y en que con consignas generales antiimperialistas y anticapitalistas, aunque esquemáticas y mal planteadas, estaba logrando la unificación con la vanguardia obrera y estudiantil de la izquierda socialista. La extraordinaria victoria de la construcción había revertido el proceso de derechización de la dirección de la CGT, ya que la misma fue removida de

su cargo por una decena de sindicatos importantes (Unión Ferroviaria, Fraternidad, Empleados de Comercio, municipales, etcétera), participando de la acción, verdadero *coup d'état*, militantes socialistas y comunistas. Desde ese momento, hasta entrar en vigor la política de conciliación de la Internacional Comunista, la nueva CGT sostuvo una posición clasista, como lo demuestran las huelgas y los propios estatutos de creación de la nueva entidad, que consideraban “que el actual régimen capitalista, fundado en la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, es para la clase trabajadora una permanente causa de explotación, injusticia y miseria” o “que los antagonismos existentes en la sociedad capitalista obligan al proletariado a organizarse para defenderse y preparar su emancipación, creando un nuevo régimen social basado en la propiedad colectiva de los medios de producción y cambio”. Es decir, se volvía a la tradición obrera y revolucionaria.

Luego del congreso de Moscú se impartieron instrucciones en el sentido de unirse a los sectores pro yanquis, pro ingleses y pro franceses del país (opuestos al Eje), sin tener en cuenta que el imperialismo que nos explotaba era esencialmente el inglés, así como en los años siguientes el colonizador sería el yanqui. Fácil es imaginar que la conducción del movimiento obrero debía plantear posiciones cada vez • más débiles para tratar de demostrar a las patronales extranjeras su “buena voluntad”. Las huelgas reivindicativas de un par de años antes dejaron paso a situaciones verdaderamente monstruosas, como la ocurrida en la huelga metalúrgica del año 1942. En esa ocasión, la dirección sindical comunista, cuyo miembro más prominente era Muzio Girardi, decidió levantar un paro que llevaba varias semanas de duración y aceptar, ante el repudio de la base, la mediación de monseñor D’Andrea y del ministro de interior de Castillo, Amadeo Culacciati, lo que significó una dura derrota para los trabajadores. Un año después, se produjo un hecho inusitado en el gremio de la carne. José Peter, dirigente respetado por su actuación en la

etapa clasista del Partido Comunista (1930–1936), fue encarcelado por un conflicto en que se reclamaba por el pago de la garantía horaria. El conflicto coincidió con la instalación de Juan Domingo Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión. Inmediatamente, el flamante secretario autorizó una asamblea en la cancha del Club Sportivo Dock Sud e hizo traer a Peter desde Neuquén, donde había sido recluido. Ante

el estupor de los trabajadores allí reunidos, Peter planteó la necesidad de levantar el movimiento de fuerza porque “perjudicaba el abastecimiento de las tropas que luchaban en Europa contra el fascismo”. Pocos años después, Jerónimo Arnedo Alvarez, prominente dirigente stalinista, dijo acerca de esa política: “Los errores oportunistas tuvieron su origen, principalmente, en el debilitamiento de la lucha por las reivindicaciones económicas de los obreros y trabajadores en general, por temor a perder aliados en el campo de la burguesía progresista”.¹⁹⁴

El Partido Comunista y su dirección sindical lanzaron la línea de la *unidad democrática*, que significaba la participación en el inminente conflicto europeo a favor de los imperialismos “democráticos”, en lugar de sostener el carácter interimperialista de esa guerra y apoyar críticamente la neutralidad argentina. Lo decisivo era la posición de la URSS, lo que se pudo comprobar durante los meses de la luna de miel ruso–germana que siguieron a la firma del pacto de no agresión Molotov–Ribbentrop (23 de julio de 1939), cuando el Partido Comunista asumió una progresiva posición de neutralismo ante la carnicería imperialista. La CGT afirmaba el 16 de mayo de 1940: “Repudiamos la actual guerra por su carácter imperialista, condenando la invasión de los países neutrales, y nos solidarizamos con los trabajadores y los pueblos de los mismos”. Pero, invadida la URSS por los nazis, los comunistas se convirtieron en los más ardientes partidarios de una unión democrática pro yanqui. Este fenómeno, aparentemente incomprensible, se explica por el hecho de que el imperialismo inglés no era guerrerista sino neutralista, en lo que hace a la posición que pretendía que tomara el gobierno argentino, lo que a su vez tiene explicación en la necesidad del imperio de asegurarse su fuente tradicional de abastecimiento de carnes.¹⁹⁵ El imperialismo de Wall Street, en cambio, era decidido partidario de que los gobiernos latinoamerica-

¹⁹⁴ “Proyecto de tesis para el XI Congreso del Partido Comunista Argentino”, en *XI Congreso*, n° 2, 5 de julio de 1946, pág. 6.

La rectificación llegó demasiado tarde: Perón ya estaba en el gobierno y contaba con el apoyo de las masas obreras.

¹⁹⁵ “Un aliado poderoso tuvo entonces, entre bambalinas, el régimen argentino. Fue el Reino Unido. Lo que el gobierno de Castillo hacía con enviarle carne y cereales a crédito y en grandes cantidades le era, por el momento, suficiente. La ruptura con el Eje, en cambio, no sólo interrumpiría o

nos entrarán en guerra con el Eje y de organizar el sistema interamericano en función de un cuerpo expedicionario que fuera a morir en defensa de sus inversiones en los campos de batalla de tres continentes.

Como el gobierno de Castillo primero, y los de Ramírez, Farrell y Perón después, eran remisos a abandonar la neutralidad, la prensa yanqui inició una campaña de desprestigio de los gobernantes argentinos. En vísperas de las elecciones de febrero de 1946, que llevaron al peronismo al gobierno, y aunque la Argentina ya había roto con el Eje, los norteamericanos publicaron un famoso Libro Azul, donde se suministraban datos sobre la supuesta actividad nazi de Perón, que consistiría, básicamente, en subvertir el orden en los países aliadófilos vecinos a la Argentina. En el mismo se decía que “la fuerza directriz para impulsar la formalización y ejercicio de ese plan estaba a cargo de la camarilla pro Eje existente en el ejército argentino. Esa camarilla estaba

dominada —según el documento— por el coronel Juan Domingo Perón. Otros líderes serían colaboradores nazis, tales como los generales Sanguinetti y Giovannoni, coroneles Brickmann, González, Saavedra, Mittelbach, De la Vega, Argüero y Fragueiro, teniente coronel Lagos y mayor Llosa”.¹⁹⁶ Tras la aparición del libro, el corresponsal en Buenos Aires del *New York Tribune* escribía: “Los cargos contra Perón infligirán un serio golpe a sus proyectos presidenciales. Se cree que el documento hace imposible la retención de la presidencia por parte de Perón, ya llegue a ella por la fuerza o por las elecciones [...]”¹⁹⁷ ¿Intervención militar en la Argentina? También la soli-

disminuiría esos embarques, sino que colocaría de lleno al país dentro de la órbita panamericana y apresuraría lo que ya se había iniciado penosamente: la liquidación de las inversiones británicas y su transferencia a manos estadounidenses.” (Sergio Bagú, *Argentina en el mundo. La realidad argentina en el siglo XX*. III, Bs. As., 1961, págs. 90 y 91.) Un personaje que simbolizó la sinergia anglo-alemana fue Juan Garulla, director del periódico *Bandera Argentina*, que simpatizaba con los alemanes y, paralelamente, defendía la vigencia del Pacto Roca-Runcinam. Canilla admite en su libro *Al filo del medio siglo* (Bs. As., 1951, pág. 229) haber recibido dinero de ambas potencias.

[196 La Prensa, 13 de febrero de 1946.](#)

[197 Crítica, Buenos Aires, 13 de febrero de 1946.](#)

citó el Partido Comunista junto con personalidades “democráticas”.¹⁹⁸ Paralelamente a la campaña desatada por el imperialismo yanqui contra la neutralidad —hecho que encubría la intención de capturar el mercado argentino de manos de su aliado Inglaterra— seguía “Viento en popa” el a simple vista incomprensible idilio Partido Comunista-embajada norteamericana, ocupada ahora por el inefable Spruille Braden.

Párrafo aparte merece la figura de Mr. Braden. Empleado de los Rockefeller, prestanombre de los mismos en la Anaconda Cooper Mining Co. de Chile y la Standard Oil en Bolivia: pieza fundamental en las intrigas que llevaron a la guerra paraguayo-boliviana por el Chaco boreal (disputa por el petróleo chaqueño) y firmante del tratado de paz de Montevideo en representación de Wall Street; adalid de la campaña contra la nacionalización petrolera efectuada por Lázaro Cárdenas en Méjico; instigador de una baja mundial del precio del azúcar durante su gestión como embajador en La Habana. Tras su *performance* en la Argentina, este provocador internacional se encargó de desprestigiar a los presidentes Arévalo y Arbenz de Guatemala y Vargas de Brasil, como paso previo a los derrocamientos de esos gobiernos nacionalistas burgueses. Tal la ficha personal del promotor de la Unión Democrática en la que participó el stalinismo argentino.

Viejos camaleones de la política argentina como Dickmann, Repetto, Borlenghi (luego peronista), y los sectores más amarillos y siniestros del movimiento obrero (Pérez Leirós su símbolo), también compartían los súbitos amores del Partido Comunista; entonces se comenzó a planear seriamente la posibilidad de un frente “democrático”.

Mientras tanto el bloque sólido de la burguesía, la “Rosca”, como lo llaman los bolivianos, empezó a hacerse pedazos. El

[196 “Creo que se puede afirmar que si el peronismo se atreviera a desatar la guerra civil no contará en el plano internacional con el apoyo con que contó Franco, cuando la desencadenó en España, *Es otra época*. Aun en el caso problemático de que los peronistas consiguieran triunfar, las Naciones Unidas y su organismo de Seguridad Mundial](#)

Contra la Agresión *no permitirán* que se consolide en nuestro país una *cabecera de puente* del nazi-fascismo que podría convertirse en un foco de guerras de agresión en el continente, y pondrían en peligro la estabilidad de la paz en el mundo.” (Vittorio Codovilla, “Cómo ganar las elecciones”, en *Batir al naziperonismo para abrir una era de libertad y progreso*, 22 de diciembre de 1945.)

primer sector que se separó fue el integrado por los grupos financieros y las grandes compañías cerealistas. Es que la guerra impedía el comercio de cereales con Europa, nuestro gran comprador en ese rubro. El único mercado factible para nuestros cereales era Latinoamérica, fundamentalmente Brasil y Centroamérica, pero el imperialismo yanqui lo controlaba férreamente. Entonces los sectores cerealistas se transformaron en pro yanquis, y paralelamente se dio la misma conversión en el grupo financiero Bemberg, que, al liquidar la guerra a Inglaterra y a toda Europa como mercados de capitales, se orientaron hacia la esfera de influencia de Wall Street y plantearon, consecuentemente, la unidad democrática pro yanqui. No es casual, por lo tanto, que la casa Bemberg se haya trasladado a Nueva York y que Federico Pinedo, el gran artífice del Pacto Roca-Runciman y del Banco Central, el gran teórico del estatuto del coloniaje inglés, se haya convertido en amigo de Alvear, el radical pro yanqui partidario de una unidad democrática guerrillera, y preparado un plan de reactivación económica del país en 1940 que tenía como eje la estrecha relación de la burguesía argentina con los nuevos ricos del mundo.¹⁹⁹ Esto le costó su expulsión del gobierno conservador pro inglés y neutralista.

El proceso de ruptura de la oligarquía se profundizó a medida que continuaba la guerra, por la presión del imperialismo yanqui, convertido en un coloso cada vez más fuerte en oposición al inglés y a Europa en general, que se debilitaban paulatinamente. Si bien el gobierno de Castillo (1941-1943) permaneció fiel a la vieja metrópoli británica y a la tradición histórica de los estancieros de Buenos Aires, aliados de Inglaterra y enemigos de Estados Unidos, la relación de fuerzas en favor de los yanquis se acentuaba día a día y se reflejaba en el constante pase al bando de Wall Street de distintos sectores de la burguesía argentina. En enero de 1942 Argentina chocó violentamente con Estados Unidos en la Confe-

¹⁹⁹ “Nosotros, argentinos, figuramos entre aquellos que con más frecuencia han incurrido en el grave error de mirar a Europa como el modelo principal y casi exclusivo, sin reparar con la debida atención que el mundo cambia de centro. Estamos obligados a reparar, tan pronto como se pueda y tan completamente como seamos capaces de hacerlo, las consecuencias del relativo aislamiento en que hemos vivido con respecto a este país.” (Federico Pinedo, discurso pronunciado en 1941 ante el Banker’s Club en los Estados Unidos, en *La Argentina en la vorágine*, Bs. As., 1943, págs. 45-48.)

rencia de Río de Janeiro, negándose a declarar la guerra al Eje. En consecuencia, Estados Unidos, lejos de complacer un pedido argentino de capital para establecer la industria siderúrgica, comenzó a hostigar económicamente a nuestro país. 200 En marzo de ese mismo año el Departamento de Comercio yanqui emitió una resolución, simple decisión ministerial, por la cual se decidía no vender ningún material considerado estratégico, en especial maquinarias y repuestos o materias primas para la industria, a todo país que fuera neutral en la guerra, ya se tratase de países latinoamericanos o de cualquier otra parte del mundo. Era un golpe directo contra Chile y Argentina, los únicos neutrales de Latinoamérica. Chile cedió al chantaje y rompió con el Eje; la Argentina no. Entonces se inició el bloqueo yanqui, procedimiento de ahogo similar al utilizado tres lustros después contra Cuba, que duró un par de años. En efecto, a partir de 1942 no llegó al país ningún producto necesario para el desarrollo de las fuerzas productivas de la economía argentina. Por supuesto, esto afectaba poco a los estancieros pro ingleses pero dañaba seriamente el proceso industrial. Los industriales contemplaban con nostalgia la amplia ayuda que recibían Brasil y Chile, el último desde la ruptura, para establecer nuevas industrias, y presionaban por el

ingreso en la guerra y un acuerdo con el imperialismo yanqui.²⁰¹ Colombo, Lagomarsino y Miranda, luego transformados en los célebres burgueses peronistas, encabezaron un movimiento de las asociaciones industriales en favor de la entrada lisa y llana de la Argentina en la carnicería mundial para salvar sus intereses de clase. El 3 de junio de 1943, víspera del golpe de estado que terminó con Castillo, aparecieron en la mayoría de los diarios del país solicitadas de los industriales en tal sentido. En las mismas manifestaban su apoyo a la candidatura presidencial de Robustiano Patrón Costas, barón del azúcar, uno de los hombres del Partido Conservador que era partidario de romper con el Eje. En realidad, la presión era tan grande que todos los “presidenciables” que se barajaban en el medio político (los conservadores Patrón Costas, Justo y Roca y el radical Alvear) eran decididos amigos de los Estados Unidos, y si Patrón Costas hubiera ocupado

200 Nicolás Ruiz Guñazú, *La política argentina y el futuro de América*, Buenos Aires, 1944, pág. 21.)

²⁰¹ Torcuato Di Tella, declaraciones en *La Nación*, 6 de mayo de 1943.

el sillón de Rivadavia —y sólo el golpe del 4 de junio lo impidió— habría puesto en práctica la política pro yanqui preconizada por Pinedo, según propia confesión de éste.²⁰² También los marinos se inquietaban: “[...] por el norte, el Brasil, entendiéndose con Estados Unidos, consiguiendo créditos y armándose; por el oeste, Chile, a pesar de su pobreza, sigue adquiriendo material de guerra; ha conseguido un crédito para construir un dique seco para buques de 45.000 toneladas[. . .] Mientras tanto nuestro país está estancado. El peligro está en el aumento militar del Brasil y Chile, y en la seguridad que tendrán de ser aprovisionados en caso de guerra contra nuestro país. El comisionado americano pide colaboración, sólo en caso de ataque de país no americano contra naciones de Centro y Sudamérica [...] Con ello el país sale de la neutralidad, pero el dilema consiste en si podrá mantener la misma y con ella la integridad territorial.”²⁰³

Fue en esos días de junio de 1943, precisamente, que hizo crisis un proceso abierto en 1939 con el comienzo de la guerra. La oligarquía seguía resistiendo a los yanquis aunque rota en mil pedazos y en estado casi comatoso. Los terratenientes industriales —los azucareros del norte (a los que pertenecía Patrón Costas) y los vitivinícolas—, también se incorporaron, como ya vimos, al frente pro yanqui de unidad democrática, derrotando entonces dentro del propio partido gobernante a los postulantes pro ingleses y neutralistas. Así fue cómo, con la oposición de Castillo y de los sectores conservadores de la provincia de Buenos Aires y la Capital, surgió la candidatura del gran terrateniente industrial Robustiano Patrón Costas. Contaba con el apoyo, repetimos, de la burguesía industrial, los terratenientes industriales del interior, los grupos financieros y cerealistas, y detrás de todos ellos el imperialismo yanqui. Prometía libertades democráticas y, fundamentalmente, la ruptura y entrada en guerra con el Eje. La posibilidad de que Patrón Costas llegara a la presidencia cambió cualitativamente la situación. La balanza se inclinó peligrosamente hacia Wall Street. Entonces el ejército, interpretando a los estancieros neutralistas, dio un golpe de estado para restablecer, por una vía bonapartista,

²⁰² Federico Pinedo, *En tiempos de la República*, Tomo 1, pág. 193.

²⁰³ Declaraciones del vicealmirante Julián Fablet, en Alberto Conil Paz y Gustavo Ferrari, *Política exterior argentina 1930–1962, Bs. As., pág. 100.*

la unidad de los explotadores y reacomodarse ante el nuevo amo del mundo capitalista.

Ese mismo 4 de junio de 1943, día en que debía proclamarse al futuro primer mandatario de la nación, el general Rawson se hizo cargo del gobierno, iniciando un nuevo curso en la historia argentina.

Del 4 de junio al 17 de octubre

Las contradicciones que desgarraban la sociedad argentina iban a reflejarse en el ejército, encaramado en el poder: el primer gobierno de la revolución duró sólo veinticuatro horas. Se le imputó a Arturo Rawson haber nombrado a ex ministros del gobierno anterior y tener posturas rupturistas, es decir, no interpretar el sentimiento mayoritario de la oficialidad.²⁰⁴ Lo reemplazó en el gobierno el general Pedro Pablo Ramírez, que había sido ministro de guerra del defenestrado presidente constitucional Ramón Castillo. Más allá de la presencia en los cargos públicos de

204 El primer elenco de gobierno estaba constituido por Rawson, *presidente*: contralmirante Sabá H. Sueyro, *vicepresidente*; vicealmirante Segundo Storni, *ministro de interior*; general Domingo Martínez, *ministro de relaciones exteriores y culto*; doctor José María Rosa, *ministro de hacienda*; doctor Horacio Calderón, *ministro de justicia e instrucción pública*; general Pedro Pablo Ramírez, *ministro de guerra*; contralmirante Benito Sueyro, *ministro de marina*; general Diego Masón, *ministro de agricultura*; general Juan Pistarini, *ministro de obras públicas*. Los militares vinculados al gobierno derrocado de Castillo eran Ramírez y Martínez. Alberto Ciria, en *Partidos y Poder...* (Bs. As., 2° edición, pág. 102), dice que los coroneles del GOU le quitaron la confianza a Rawson (que no era miembro activo de la logia) porque éste “tenía intenciones de llegar a la ruptura de relaciones con los países del Eje a breve plazo, y sus primeras declaraciones sobre política internacional no convencían a mayores y coroneles”. Al respecto se citan afirmaciones que Rawson habría efectuado al entonces embajador norteamericano Norman Armour. El segundo gobierno estuvo integrado por Pedro Pablo Ramírez, *presidente*; contralmirante Sabá H. Sueyro, *vicepresidente*; coronel Alberto Gilbert, *ministro del interior*; vicealmirante Segundo Storni, *ministro de relaciones exteriores y culto*; Jorge Santamarina, *ministro de hacienda*; coronel Elbio C. Anaya, *ministro de justicia e instrucción pública*; general Edelmiro J. Farrell, *ministro de güeña*; contralmirante Benito H. Sueyro, *ministro de marina*; general Diego Masón, *ministro de agricultura*; vicealmirante Ismael F. Galíndez, *ministro de obras públicas*.

figuras comprometidas con las grandes empresas imperialistas yanquis, como el almirante Ismael Galíndez, que debió dimitir de su cargo de presidente del directorio de ANSEC, monopolio de la energía eléctrica dependiente de la Electric Bond and Share Company, para asumir sus funciones de ministro de obras públicas de Ramírez, era evidente que se fortalecía el GOU al frente del proceso. “Grupo Obra de Unificación” (GOU) era el nombre de la logia militar impulsora y coordinadora de la acción de gran parte de la oficialidad y suboficialidad del ejército. Había sido formalmente fundada el 10 de marzo de 1943, pero no empezó a actuar hasta mayo de ese año. El nombre inicial del grupo fue *Grupo Organizador y Unificador* y su programa de acción contenía los siguientes puntos: 1) Defensa del ejército ante sus propios camaradas y civiles; 2) defensa del servicio militar; 3) defensa de los mandos; 4) defensa de los cuadros militares; 5) defensa contra la política y los políticos; 6) defensa contra el comunismo. Entre los miembros de la logia que luego alcanzaron notoriedad se puede citar a Perón, Emilio Ramírez (jefe de policía en los días de octubre de 1945), Tomás Ducó (protagonista de un levantamiento en 1944 en Lomas de Zamora, en disconformidad con el reemplazo de Pedro Pablo Ramírez en el gobierno), Domingo Mercante (luego gobernador de Buenos Aires y “mano derecha” de Perón en la primera etapa de su gobierno). Julio Lagos (jefe gorila en 1955) y Heraclio Ferrazano (jefe de policía durante el gobierno de Héctor J. Cámpora en 1973). En enero de 1944 se resolvió la disolución de la logia. Para entonces Perón, al principio figura secundaria, se perfilaba ya como “hombre fuerte” de la revolución. La proclama inicial de los militares prometía orden, honestidad y neutralidad: “Las Fuerzas Armadas de la Nación, fieles y celosas guardianas del honor y tradiciones de la Patria, como asimismo del bienestar, los derechos y libertades del pueblo argentino, han venido observando silenciosa, pero muy atentamente, las actividades y el desempeño de las autoridades superiores de la Nación. Ha sido ingrata y dolorosa la comprobación. Se ha defraudado a los

argentinos adoptando como sistema la venalidad, el fraude, el peculado y la corrupción. Se ha llevado al pueblo al escepticismo y a la postración moral, desvinculándolo de la cosa pública, explotándolo en beneficio de siniestros personajes movidos por las más viles pasiones. Propugnamos la honradez administrativa, la unión de todos los argentinos, el castigo de los culpables y la restitución

al Estado de los bienes malhabidos. Lucharemos por mantener una real e integral soberanía de la Nación [...]” En lo que hace a los negociados denunciados por la proclama, digamos que la década infame se caracterizó, entre muchas otras cosas, por la profusión y publicidad de los mismos. Fueron célebres el de las tierras del Palomar, que llevó al suicidio a uno de sus responsables, el diputado Guillot, y el de las concesiones a la CADE, develado por la investigación Rodríguez Conde ya citada, que fue dispuesta el 6 de agosto de 1943 por los militares gobernantes.²⁰⁵

Mientras tanto, en Europa la guerra tomaba un rumbo cada vez más favorable a los imperialismos democráticos a la par que en la

²⁰⁵ El GOU fue acusado de inclinaciones nazis por la oposición “democrática”, es decir, la pro yanqui. Autores serios, amén de los propios imputados, se han encargado de demitificar tales acusaciones: “Mucho se ha dicho de un supuesto panfleto del GOU que expresaba aspiraciones totalitarias y que posiblemente haya circulado entre todos los oficiales del Ejército de Campo de Mayo el día 3 de junio. He entrevistado a 6 de los 14 jefes que se reunieron allí esa noche y ninguno ha admitido haber conocido el documento. Su autenticidad fue también negada por el secretario del GOU, coronel Arias Duval, que fue responsable de la preparación de las circulares del GOU y que sin dudar un instante autenticó para este escritor otros controvertidos documentos. Las publicaciones del texto del panfleto contienen ciertas diferencias lingüísticas que sugieren que éste pudo haber sido una traducción de un original en idioma extranjero”. (Robert A. Potash, *The Army and Politics in Argentina, 1923–1948, Yrigoyen to Perón*, California, 1969, pág. 196.)

Un estudioso argentino escribe: “El GOU no fue una logia nazi, como se dice. El grupo directivo del GOU tenía en cambio una confianza ilimitada en la escuela geopolítica de Karl Haushofer, cuya doctrina, si bien fue aceptada por Hitler, también ha tenido importantes teóricos en Gran Bretaña y en los Estados Unidos. Los jefes del GOU —y Perón entre ellos— estudiaron geopolítica en Alemania y, puesto que eran oficiales brillantes del ejército de una de las mayores naciones sudamericanas, les pareció excelente la tesis de Haushofer sobre la dependencia de los países pequeños en cuanto a los más grandes. La conciencia industrialista de este grupo sabía que no hay industria posible sin el correspondiente mercado y en un cuadro de radios geopolíticos de influencia ellos entendieron que la Argentina industrializada debería venderle a Paraguay, Uruguay, Bolivia y Chile. La frase de Haushofer —‘la doctrina Monroe es una impertinencia’— seguramente estuvo rondando la cabeza de aquellos oficiales algo más que Rosemberg, como creían los miopes intelectuales del cuarenta.” (Rogelio García Lupo, *1.ª rebelión de los generales*, Bs. As. 1963, p. 56.) Por último, acotemos que aparte de geopolítica los militares gouistas leían, entre otros autores, a José Luis Torres, autor de la frase *década infame* con que se conoce al periodo

Argentina se acentuaba la presión yanqui sobre el gobierno militar —no reconocido por Washington— que se resistía a romper con el Eje. En noviembre de 1943 el Federal Reserve Bank de Estados Unidos transmitía a todos los bancos norteamericanos la prohibición oficial de girar fondos a bancos argentinos. El escándalo Hellmuth fue el argumento utilizado para precipitar la ruptura con el Eje, lo que, a su vez, trajo como consecuencia la renuncia de Ramírez a la presidencia por haber perdido el apoyo del GOU.²⁰⁶ No obstante, las presiones continuaron

durante la gestión de Farrell, cuyo gobierno también fue acusado de “nazi” por los yanquis y los partidos políticos argentinos enrolados en la Unión Democrática en gestación. Evidentemente, los norteamericanos aspiraban a un gobierno que les fuera incondicional. Los militares, por su parte, se vieron obligados a desembarazarse del ala derecha pro nazi que los apoyaba y a clausurar publicaciones de esa tendencia.²⁰⁷

1930–1943 de nuestra historia y de los libros *Los Perduellis y Algunas maneras de vender a la Patria*, y a Raúl Scalabrini Ortiz, según aconseja Ja circular n° 5 de la logia “como un medio de conocer y apreciar algunos de los gravísimos hechos consumados en los gobiernos anteriores”. (Juan V. Orona. *La logia militar que derrocó a Castillo*, pág. 119.)

206 “El noviembre de 1943 el cónsul argentino en Barcelona, Osear Alberto Hellmut, había sido detenido por los ingleses en Trinidad, bajo la acusación de ser agente secreto de los alemanes. Esta imputación nunca se llegó a probar, pero lo que importa es la utilización de lo sucedido por el ministro de Relaciones Exteriores de nuestro país, general Gilbert, como justificación para provocar la ruptura con el Eje. Lo extraño es que este hecho, ocurrido en noviembre de 1943, que seguía los trámites de rutina entre las cancillerías de ambos países, sorpresivamente fue dado a publicidad el 22 de enero de 1944, justamente cuando arreciaba la ofensiva de Cordell Hull. Gilbert era miembro del GOU y amigo íntimo de Enrique P. González, el que a su vez estaba ligado estrechamente al presidente Ramírez: constituían el ala más favorable a la ruptura de relaciones.” (Ernesto González, *Qué es y qué fue el peronismo*, Bs. As., Pluma, 1974, pág. 22.)

207 En setiembre de 1944 el secretario de estado de la Unión, Cordell Hull, declaraba en Washington que el principal problema existente en la situación de la Argentina era el peligro de la “propagación del fascismo en el hemisferio”. El 26 del mismo mes se prohibió a los barcos norteamericanos tocar puertos argentinos. Por su parte, el gobierno militar, presidido todavía por Ramírez, disolvió el 1 de enero de 1944 todas las organizaciones nacionalistas de derecha que no habían sido alcanzadas por la resolución del

Pero lo decisivo en el afianzamiento del equipo del GOU y de la que ya era su figura más prominente. Perón, fue la base de masas que adquirió el gobierno. A partir de su nombramiento como secretario de trabajo y previsión, a fines de noviembre del 43, Perón comenzó a apoyarse activamente en los sindicatos no manejados por comunistas y socialistas. En 1943 el movimiento obrero estaba dividido; no existía un organismo único. Por un lado, estaban la CGT N° 1 y la CGT N° 2, y por el otro la Unión Sindical Argentina, minoritaria. Además, había organizaciones autónomas que no respondían a ninguna central. Cuando la burguesía se dividió en yancófila y yancófoba, el fenómeno también se reflejó en la burocracia sindical. En líneas generales, se puede afirmar que la CGT N° 1 estaba en manos de los llamados *apolíticos* y era neutralista. Sus dirigentes principales, Domenech y Almarza, que le habían hecho el juego a Castillo y respondían a la política de los dueños de los ferrocarriles ingleses, siguieron en la misma tesitura después del cuartelazo. La CGT N° 2, en cambio, estaba dominada por los socialistas de la Casa del Pueblo y por el stalinismo y era fervientemente pro yanqui.²⁰⁸ Los sindicatos más importantes de la primera eran de ferroviarios, tranviarios, cerveceros y un conjunto de sindicatos más pequeños; los más importantes de la segunda eran la Federación Obrera Nacional de la Construcción, La Fraternidad, Federación Obrera Gráfica, Federación

31 de diciembre de 1943, la que establecía la cesación de la actividad de los partidos políticos. A su vez, una de las primeras reacciones de los militares presionados por el imperialismo yanqui fue desembarazarse de los simpatizantes nazis. El 28 de enero de 1944 fue clausurado el diario nazi ‘El Pampero’, que expresaba los puntos de vista de la embajada alemana en Buenos Aires, fueron alejados los colaboradores nazis del gobierno, que encubrían su accionar en el neutralismo. Entre otros, se puede mencionar a Gustavo Martínez Zuviría (Hugo West), ministro de justicia e instrucción pública, que había reimplantado la enseñanza religiosa en las escuelas; Alberto

Baldrich, interventor en Tucumán; Luis María de Pablo Pardo y Basilio Serrano (luego integrantes de la Junta Consultiva que asistió a Aramburu en 1955–1957 por el Partido Unión Federal); Giordano Bruno Genta (recientemente asesinado por un comando de ultraizquierda); Ramón Dolí, Mario Amadeo (canciller de la “libertadora” y de Frondizi, actual integrante del FREJULI); Santiago de Estrada (luego embajador en el Vaticano).

²⁰⁸ Ernesto González, *Ob. cit.*, pág. 24.

de Empleados de Comercio, Alimentación, Federación Nacional Metalúrgica, Unión Obreros Municipales, Trabajadores del Estado y madereros. Todo dirigente gremial que estuviese contra la guerra y el stalinismo recibía el apoyo de la secretaría de trabajo. Activistas trotskistas, como Perelman en el gremio metalúrgico o Lavalle en el textil, y anarquistas, como Lucas Domínguez en el gremio de la carne (que venían debatiéndose solos contra la corriente del retroceso obrero y la burocracia stalinista), gozaron del visto bueno de Perón durante toda una primera etapa. Estos dirigentes, que no sólo enfrentaban a las direcciones burocráticas sino que se animaban a insistir en la necesidad de movilizar el movimiento obrero, utilizar la guerra imperialista para liberar el país y preparar huelgas generales contra la patronal apoyándose permanentemente en asambleas de todos los compañeros y en la organización fabril, de pronto se vieron favorecidos por las contradicciones que sacudían a la patronal nacional e imperialista. Así surgieron nuevos y poderosos sindicatos: los de la carne, metalúrgicos, textiles, la FOTIA, etcétera.²⁰⁹

La derrota de la huelga de la carne de 1943, la designación del coronel Mercante en la intervención de la Unión Ferroviaria y la sanción de numerosas leyes de carácter social coadyuvaron para incrementar la influencia del “peronismo” en las filas del movimiento obrero. Asimismo, se fortaleció la tendencia a reorganizar a los trabajadores en una sola central. Hacia 1944 la relación de fuerzas era francamente mayoritaria para los sectores neutralistas y colaboracionistas con el gobierno. La memoria de la CGT peronista del año 1944 señala que más de cuarenta organizaciones habían pedido el ingreso a la misma; entre ellas se destacaban la Unión Obrera Metalúrgica, fundada en 1943; la Unión Obrera de la Construcción, organizada como sindicato paralelo a la federación del ramo, controlada por los comunistas; la Sociedad Obrera de la Industria Vitivinícola de Buenos Aires y la de San Juan; la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera, etcétera.²¹⁰ Ese

²⁰⁹ *Idem*, pág. 25.

²¹⁰ *Idem*, pág. 27. Conviene remarcar algunas de las medidas tomadas por el peronismo en su primera etapa: rebaja de los alquileres, creación de las Cajas de Jubilaciones creación de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional; prórroga de los arrendamientos rurales; anulación de desalojos; creación de los tribunales de trabajo; institución del aguinaldo; li-

mismo año 1944 los comunistas y socialistas intentaron celebrar el 1° de mayo con una demostración contra el gobierno que, por supuesto, no fue permitida. El 26 de noviembre se realizó un acto en conmemoración del primer aniversario de la secretaría de trabajo y previsión, donde hablaron representantes de numerosos sindicatos y el propio Perón, quien aprovechó la circunstancia para esbozar sus concepciones sociales: “Buscamos suprimir la lucha de clases, suplantándola por un acuerdo justo entre obreros y patronos, al amparo de la justicia que emana del estado”. Todavía, sin embargo, no se advertía un control total sobre el movimiento obrero, lo que se patentizó en las actitudes “independientes” de Cipriano Reyes, nuevo líder del gremio de la carne, ante la huelga estallada a principios del 45.²¹¹ En julio llegó al país el nuevo embajador yanqui Spruille Braden y se puso a la cabeza de la campaña de la ya estructurada Unión Democrática. Los componentes de la misma fueron anticipados por Vittorio Codovilla, máximo

dirigente del Partido Comunista, en su folleto “Batir al nazi-peronismo”: “La parte más consciente y combativa del movimiento obrero y el campesinado, la mayoría del Ejército, la Marina y la Policía, los sectores democráticos del catolicismo, los sectores progresistas del comercio, la industria, la ganadería y las finanzas”.

quidación del Instituto Movilizador y de las Juntas Regulatoras; Estatuto del Peón.

²¹¹ “El año 1945 será clave para el desenvolvimiento posterior del peronismo. En enero, comienza una nueva huelga en el gremio de la carne. La derrota de Alemania ya era un hecho, y las empresas frigoríficas se adecuaron a esta situación disminuyendo su producción, con la lógica secuela de despidos y atropellos. Los sindicatos Anglo-Ciabasa, La Blanca de Puente Alsina y el Smithfield de Zarate se ven obligados a salir a la huelga por mejores condiciones de trabajo, pero son derrotados. Aprovechándose de esta victoria, la patronal frigorífica arrecia en su ofensiva despidiendo cerca de doce mil trabajadores, la mitad de Berisso. La respuesta no se hizo esperar: huelga general [...] Cipriano Reyes, que se había volcado en apoyo del gobierno, firmó un acuerdo con las direcciones de otros sindicatos comprometiéndose a encarar la lucha de conjunto y a no hacer ningún arreglo en forma individual. El despido de seis mil obreros en Berisso lo obligó a cumplir la primera parte de este compromiso, pero sus ligazones con el grupo de Perón-Mercante lo llevaron a traicionar el movimiento y a ordenar la vuelta al trabajo. Pese a su sacrificio y a su heroísmo, los compañeros de los otros frigoríficos debieron aceptar la derrota, lo que facilitó la estrategia de Perón.” (Ernesto González, *Ob. cit.*, pág. 28.)

Como se ve un verdadero frente en el sentido stalinista de la palabra. Precaviéndose contra un posible triunfo electoral del peronismo en las elecciones de 1946, aseguraba: “Aun en el caso problemático de que los peronistas consiguieran triunfar, las Naciones Unidas y su Organización de Seguridad Mundial no permitirán que se consolide en nuestro país una cabecera de puente del nazifascismo [...]”. Todo un intemacionalista, Don Vittorio. Menos de dos meses después de las declaraciones del “teórico” se realizaba el acto de cierre de campaña de la Unión Democrática. En la ocasión, el otro pontífice del Partido Comunista, Rodolfo Ghioldi, decía: “Hoy aquí, estamos escribiendo el epitafio electoral del fascismo aborígen. Es el triunfo de la unidad argentina por sobre las clases y las tendencias, y al que concurrió con resolución nuestra heroica clase obrera.” (*La Prensa*, 10 de febrero de 1946.) Pocos días después, los obreros desmintieron al profeta stalinista, dándole la victoria a Perón, que astutamente levantaba la consigna “Braden o Perón”. En tanto, el numen yanqui de la cruzada antiperonista se especializaba en buscar vestigios de naciismo en el gobierno argentino, ante el regocijo de la “ciudadanía democrática” que lo bautizaría “domador de coroneles”.²¹²

Las masas obreras se vieron, entonces, ante una opción clarísima: con o contra el imperialismo y la oligarquía.²¹³ Por eso, cuando

²¹² A propósito de la participación de Braden en la campaña electoral es interesante citar la opinión del embajador británico Sir David Kelly: “La mal aconsejada campaña del embajador Braden fortaleció de tal manera su dominio sobre las masas que pudo prescindir (Perón) de cualquier otra clase de apoyo. Aun cuando su carta de triunfo más fuerte era su propia popularidad con las masas, sacó inmensa ventaja del hecho de poder empapelar las paredes con carteles murales cuyo slogan era Perón versus Braden, haciendo reaccionar de esta manera la desconfianza arraigada en los argentinos hacia los norteamericanos.” (Sir David Kelly, *El poder detrás del trono*, Bs. As., 1962, pág. 72.)

²¹³ A partir de setiembre de 1945 los hechos se desencadenaron: el 19 se efectuó la marcha de la Constitución y la Libertad organizada por la Unión Democrática; el 23 se conoció un manifiesto antiperonista de la Marina; el 25 se produjo un motín en Córdoba encabezado por los generales pro yanquis Martín y Rawson, primer presidente de la revolución; el 4 de octubre fue asesinado el estudiante Aarón Salmún Feijóo y se implantó el estado de sitio; el 5 de octubre fue ocupada la Universidad de Buenos Aires por la policía; el 12 detuvieron a Perón en el Tigre; el 13 asumió Avalos,

el coronel que detentaba la vicepresidencia, la secretaría de trabajo y previsión y el ministerio de guerra fue destituido por el sector que más cedía a la presión yanqui y recluido momentáneamente

en Martín García, los trabajadores salieron a las calles a reclamar por su libertad, ascendiendo por primera vez al plano político tras los pasos de un líder burgués.

comandante de Campo de Mayo, como ministro de guerra, tras conferenciar con los líderes de la Unión Democrática; el 13 se le ofreció la formación de un gabinete de emergencia al procurador general de la Corte, Juan Alvarez, a instancias del Partido Comunista; el 16 la CGT declaró la huelga general por veintiún votos contra diecinueve y se dieron manifestaciones de adhesión al militar detenido; el 17, concentración peronista en Plaza de Mayo paralela a un golpe de mano de los militares peronistas: renuncia de Avalos y liberación de Perón, que habló a la multitud reunida frente a la Casa de Gobierno.

179

CAPITULO VI EL PERONISMO

El 4 de junio de 1943 el ejército argentino dio un típico golpe de estado bonapartista para poner orden en la disputa entre los distintos sectores burgueses. Nuestros soldados salieron a la calle, pues, para salvar el orden patronal capitalista. Así se abrió la sexta gran etapa histórica argentina, la etapa peronista.

Durante la guerra imperialista iniciada en setiembre de 1939 Estados Unidos surgió como una potencia imperialista de peso nunca igualado y su papel dentro del régimen capitalista mundial adquirió características cualitativamente distintas debido a que la guerra significó el marasmo y la destrucción del aparato productivo de los otros grandes centros imperialistas de poder.

Es así que, en lo que hace a nuestro país, presenciamos la disminución paulatina y sistemática de la influencia británica y un ascenso permanente, cada vez más acentuado, del imperialismo yanqui. Estados Unidos intentó —y logró en gran medida— organizar a toda Latinoamérica como una semicolonias. Estructuró un imperio neocolonial parecido al inglés de posguerra, aunque más cerrado, más férreo, con una base más sólida que la británica en decadencia. A partir de la Conferencia de Río Janeiro de 1942 y, principalmente, de la de 1947, con los famosos tratados firmados en la misma ex capital brasileña, se elaboró un sistema por el cual las fuerzas armadas, los estados y la economía de todos los países americanos pasaron a depender casi directamente del imperialismo de Wall Street. América para los americanos. .. del norte.

La culminación de esta nueva estructura imperial fue el famoso

Pacto de la OEA, cuyas bases fundamentales fueron los acuerdos de Río de Janeiro. Por los mismos el órgano de consulta del Sistema Interamericano —integrado por los cancilleres de los veintiún países signatarios— está facultado (por el artículo 8°) para tomar una o más de las siguientes medidas: el retiro de los jefes de misión, la ruptura de las relaciones diplomáticas, la ruptura de las relaciones consulares; la interrupción parcial o total de las relaciones económicas o de las comunicaciones ferroviarias, marítimas, aéreas, postales, telegráficas, telefónicas, radiotelefónicas o radiotelegráficas y el empleo de la fuerza armada contra cualquier agresor a dicho sistema. Según el artículo 20 del pacto, esas medidas contra el agresor son obligatorias para todos los estados firmantes y que hayan ratificado el mismo. En el artículo 18 se establece que esas gravísimas determinaciones pueden ser adoptadas por dos tercios de los signatarios que hayan ratificado el trabajo. Es decir, so pretexto de defenderse unitariamente contra un hipotético agresor extracontinental, se delega la soberanía nacional en un superestado dominado por el imperialismo yanqui.

Mucho más se avanzó en este sentido con el Pacto de la OEA, que dispone la organización de la Junta Interamericana de Defensa. Jurídicamente, los acuerdos bilaterales a establecerse —el del Cono Sur y sus variantes, por ejemplo— remachan esa dependencia hacia los Estados Unidos.

La Argentina, que durante la guerra resistió la colonización y se vio bloqueada por los yanquis, firmó el Pacto de Río de Janeiro de 1947: “El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, cuyo antecedente inmediato es la Resolución VIII de la Conferencia Interamericana sobre

problemas de la guerra y de la paz (Acta de Chapultepec que se agrega como anexo 3), concuerda con el acendrado espíritu pacifista del Gobierno y pueblo argentinos, y, en mérito a ello, el Poder Ejecutivo espera que vuestra honorabilidad lo honrará al prestar a ese documento la aprobación constitucional correspondiente, en la forma del proyecto de ley que se acompaña”.²¹⁴ Ingresó, a regañadientes, al sistema interamericano montado por Washington. Es más una confirmación de que Estados Unidos avanzó sobre zonas que fueron del imperialismo británico, ahora en retroceso, que una plena aceptación de dicha

²¹⁴ Mensaje al parlamento sobre la firma del Tratado de Río de Janeiro, firmado por Juan Domingo Perón y Juan Afilio Bramuglia.

hegemonía. Los ingleses, por su parte, se retiraron en orden antes de que les sacaran por la fuerza sus ex dominios, como ocurrió luego con los franceses en Indochina y en Argelia. El gobierno de Su Majestad comprendió la nueva relación de fuerzas y su incapacidad productiva y económica, que le impedía seguir controlando férreamente su imperio. Inició, por tanto, una retirada bien organizada; tal fue el caso de la India. No obstante, la política de retroceso de los ingleses tenía “guardadas las espaldas”. En efecto, a lo largo de casi un siglo, en todos los países que había dominado, creó una élite y una burguesía nativa vinculadas al imperialismo por poderosos intereses. Era raro el gran político de una colonia inglesa que no se hubiese educado en Oxford o en Cambridge, y algo parecido les ocurría a los representantes calificados de las semicolonias. Sobre esta capa social, precisamente, se apoyó el imperialismo en retirada, y fue la misma, también, la que le facilitó la concreción rápida de la nueva etapa neo colonial dentro de su propio imperio. Se otorgó la independencia política, la independencia formal, en muchas partes, para seguir controlando esos países desde el punto de vista económico. La Argentina, la más importante semicolonia del imperio británico durante la década infame, no fue una excepción en esta política de conjunto de Inglaterra. Esta cedió las dos piedras angulares sobre las que se asentaba el carácter semicolonial del país, los ferrocarriles y el Tratado Roca–Runciman, pero lo hizo en las condiciones más armoniosamente favorables a sus intereses.

Con respecto a los ferrocarriles adquiridos por Perón, el primer plan inglés fue constituir una sociedad mixta, donde se le reconociera un capital elevadísimo y se le garantizara un interés del 4%. Esa sociedad se fundó en 1946 y contenía cláusulas inusitadamente leoninas: *Impuestos*; se prorrogaba indefinidamente el artículo 8° de la Ley Mitre que —conviene recordarlo— vencía en enero de 1947, en lo que hacía a la exención de todo tipo de tasas e impuestos por los materiales importados para su funcionamiento. Es decir, se exoneraba indefinidamente a la nueva empresa del pago de la totalidad de los impuestos nacionales, provinciales y municipales y de los derechos de aduana. Además, los dividendos girados al exterior no iban a pagar impuestos a las remesas. *Capital*; la República Argentina incorporaba al capital de la nueva empresa quinientos millones de pesos moneda nacional, en un periodo de cinco años, destinados a la modernización del sistema.

Ganancia; el gobierno argentino aseguraba al capital británico integrante de la nueva empresa un rendimiento *mínimo del 4%* y un *máximo del 6%*, con un mínimo de ganancia líquida asegurada en *ochenta millones por año*. Se aclaraba que si luego de dos años consecutivos el rendimiento bajase de aquella suma “se adoptarían las medidas necesarias para permitir a la nueva empresa producir ese rendimiento neto anual” (4% como mínimo). Recordemos que en el periodo 1931–1946 el beneficio anual de los ferrocarriles británicos no había alcanzado nunca el 2%.

No obstante, la sociedad mixta no se concretó por presión del imperialismo yanqui, que planteó que la actitud inglesa al constituirla violaba la reciprocidad comercial entre ambos países, ya que los ferrocarriles argentinos debían servir para cancelar los compromisos financieros que Inglaterra había contraído con los Estados Unidos. En efecto, en 1945 el Reino Unido había recibido un empréstito de los yanquis por tres mil setecientos cincuenta millones de dólares. Los norteamericanos esgrimieron el argumento de que el pacto de comercio anglo–argentino de 1946 (que echaba las bases de la sociedad mixta) establecía que las libras que la Argentina tenía inmovilizadas en el Banco de Inglaterra sólo se usarían en el área de la esterlina, lo que, obviamente, limitaba el mercado argentino a las exportaciones del empréstito citado. La realidad era que la empresa anglo–argentina arruinaba los planes yanquis de apoderarse de nuestros ferrocarriles como parte de su objetivo de colonización del país.

Planteada la crítica virulenta de los nuevos amos del mundo a sus antecesores, éstos modificaron urgentemente su actitud y exigieron al gobierno argentino que se hiciera cargo de los ferrocarriles.²¹⁵ Es célebre al respecto lo publicado por Scalabrini Ortiz, que

²¹⁵ “Ha trascendido que la primera reacción en ese sentido se habría expresado durante la entrevista mantenida recientemente por el Secretario de Estado de la Unión con el canciller del Exchequer, Sr. Hugh Dalton, durante la visita de éste a Washington. Concretóse posteriormente en una protesta verbal, pero revestida de todas las formalidades diplomáticas, complementada con una nota requiriendo ciertos informes que había remitido el Secretario del Tesoro, Sr. Sydner, al gobierno de Londres. Esta actuación conjunta de los secretarios del Tesoro y de Estado, anunciada después de cuidadosos estudios del convenio, revela la importancia que se le adjudica en esferas oficiales norteamericanas”. (*La Semana Financiera*, Buenos Aires, 2 de noviembre de 1946.)

relata la negativa en primera instancia del equipo peronista encabezado por Miguel Miranda de comprar los ferrocarriles y la amenaza inglesa —puñetazos en la mesa de deliberación mediante— de bloquear los fondos que nuestro país tenía en Inglaterra en 1947 como consecuencia de suministros hechos durante la guerra.²¹⁶ Al final, el estado argentino pagó las empresas ferroviarias británicas con un adelanto de cien millones de libras esterlinas al 0,5% de interés anual que le hizo el gobierno inglés a cuenta de futuras exportaciones, más diez millones en la misma moneda que el gobierno inglés le pagó por diferencias en los precios de los productos argentinos vendidos a Gran Bretaña y más de cuarenta millones del fondo de libras bloqueadas que dormían su sueño eterno en el Banco de Inglaterra, también a razón del 0,5% de interés anual, según reza el articulado del Pacto Andes, firmado en la posguerra para regular las relaciones económico–financieras anglo–argentinas.²¹⁷

En realidad, la política de nacionalizaciones se había extendido a varios rubros, entre los que podemos citar los siguientes:

Adquisición	Cantidad abonada ²¹⁸
ferrocarriles ingleses	600 millones de dólares (en libras)
Ferrocarriles	45 millones de dólares

franceses

²¹⁶ “Con palabra pausada [Mr. Eady] recuerda que la Argentina tiene bloqueadas en el Banco de Inglaterra alrededor de 140 millones de libras, correspondientes al precio de los suministros que recibió Gran Bretaña de nuestro país durante la guerra y que Gran Bretaña no se halla en condiciones de abonar. Luego ofrece en venta los ferrocarriles británicos —¡nada menos!— a pagar con parte de esos fondos bloqueados. Sería cuestión solamente, al decir de Mr. Eady, de ‘disminuir el precio’. La respuesta de la delegación argentina no se hizo esperar. No me interesan los ferrocarriles —contesta Miranda—. Yo les voy a proponer otra cosa. Les concedo los 140 millones de libras en préstamo, al mismo interés que les fijaron sus aliados norteamericanos, es decir, al 2 y medio por ciento. Ustedes nos pagarán con maquinarias y artículos manufacturados que nos hacen falta. Los ferrocarriles ya los *tenemos* y están prestando servicio.” (Revista *Qué*, Buenos Aires, 8 de agosto de 1946.) Pocos meses después Perón cedía a las presiones y adquiría los ferrocarriles.

²¹⁷ Rodolfo Puiggrós, *Libre empresa o nacionalización en la industria de la carne*, Bs. As., pág. 204.

²¹⁸ “Orígenes y resultados de la nacionalización de los ferrocarriles”, revista *Fichas*, año 1, n° 4, diciembre de 1964, pág. 38.

Adquisición	Cantidad Abonada
Unión Telefónica	95 millones de dólares
Repatriación de 130 millones de empréstitos del gobierno nacional contraídos en EE.UU.	de 130 millones de dólares
Repatriación de 100 millones de empréstitos contraídos en Inglaterra	de 100 millones de dólares
Repatriación de 13 millones de empréstitos contraídos en Europa	de 13 millones de dólares

Con el Pacto Roca–Runciman se repitió la benevolencia peronista. Ni bien Perón subió a la presidencia envió una nota diplomática solicitando que el mismo continuara en vigor. Así, como consecuencia de la *buena disposición* de Perón hacia los ingleses, se renovó el convenio sobre las carnes. Se aumentó el precio en relación a 1933 en sólo un 45%, cuando en valores reales la carne había subido un 200% en esos trece años.²¹⁹

Sin embargo, estos importantes hechos no deben hacernos perder nuestro método de definir la situación de conjunto. Independientemente de que la nacionalización de los ferrocarriles y las concesiones en materia de carnes hayan encajado dentro de la propia política de retroceso del imperialismo británico, se produjo un cambio cualitativo en la situación. El Roca–Runciman dejó de funcionar, excepto en relación a las carnes, por presión de los yanquis y por propia incapacidad de los ingleses para mantenerlo, es decir, por *muerte natural*; la Argentina, consecuentemente, dejó de ser una semicolonía. Después de muchísimos años, desde 1880, se inició una etapa de independencia relativa. Quedamos a mitad de camino, en realidad, pues nos independizamos del imperialismo británico y no fuimos totalmente colonizados por el yanqui y,

219 “El precio medio de la tonelada de carne argentina (exportada casi en un 98% a Gran Bretaña) ha aumentado, de acuerdo a lo que establece el | Anuario del Comercio Exterior, desde 325 en 1933 hasta 500 en 1939, 905 en 1943 y 1.025 en el primer semestre del año actual. Estos son ‘valores de plaza’, es decir, ellos miden el encarecimiento que ha experimentado el I producto en la Argentina. Apreciadas en porcentajes, las cifras incluidas querrían decir que en el conjunto de carnes y derivados entre los años 1933

—en que tuvo lugar el primer acuerdo global— y 1946, el aumento en el I precio de la carne ha sido superior al 200%. Pero los ‘valores de plaza’ a que se refiere el Anuario del Comercio Exterior no son los que paga Gran I Bretaña, porque ella se guía al hacerlo por convenios especiales.” (*Qué*, 26 de setiembre de 1946.)

aunque éste ejerció una tremenda presión y ofensiva hacia la colonización, ese proceso no llegó a plasmarse totalmente en nuestro país. En efecto: “la Argentina ha sido el país de América Latina más alejado de la dominación del imperialismo yanqui y quien mejor ha resistido el plan de colonización (de posguerra). Por varias razones: 1°) por tener economías no complementarias, es decir, ambos países producen más o menos los mismos productos, lo que impide un gran intercambio; 2°) por tener nuestro país una economía diversificada, es decir, que produce y exporta muchas mercancías distintas, lo que da a la burguesía y al gobierno un mayor margen de maniobras. Esta situación mantuvo a nuestro país estrechamente ligado a los imperialistas europeos a quienes se les vendía carnes, cueros y cereales a cambio de sus productos manufacturados (cosa que no se podía hacer con Estados Unidos), lo que permitió a Inglaterra controlar nuestra economía: transportes, energía y frigoríficos estaban controlados desde Londres.”²²⁰ No se ratificó el Tratado de la OEA, y aunque sí se firmó y ratificó el de Río de Janeiro, la Argentina siguió teniendo, en líneas generales, grandes roces con el imperialismo yanqui, ya que constituyó un gran problema someterla totalmente a su esfera de influencia. Por eso, existía conciencia de que, aun cuando *la Argentina* formaba oficialmente parte del sistema panamericano, en esta participación había mucho de convencional. Con todo, fue bajo el gobierno de Perón que la Argentina dio los pasos más largos y decisivos para someterse al sistema panamericano.²²¹

Desarrollo de las fuerzas productivas

En toda la etapa peronista continuó la decadencia de la producción agraria que se había iniciado en 1930. Entre 1940–1944 y 1950–1954 el rendimiento medio por hectárea bajó un 8% en la agricultura, un 11% en la ganadería y un 18% en el conjunto agropecuario. Se produjo, a su vez, un desarrollo industrial de

²²⁰ *La Verdad*, órgano de la Federación Bonaerense del Partido Socialista de la • Revolución Nacional, 4 de marzo de 1955.

²²¹ Alfredo Parera Denis, “Apuntes para una historia del peronismo”, en revista *Fichas*, octubre de 1965, año 2, n° 7, pág. 9.

importancia relativa, aunque uno de los menores de Latinoamérica en valores absolutos. Es falsa la leyenda, elaborada por Abelardo Ramos y otros, de que asistimos en esos años a un fabuloso desarrollo industrial. Existió, sí, pero, insistimos, menor al del resto de los países del continente, ligados al imperialismo yanqui, lo que no es óbice para reivindicar el desarrollo producido en la Argentina por su carácter relativamente autónomo del imperialismo de Wall Street.

En realidad, el desarrollo industrial más importante tuvo lugar durante la década infame y no bajo el peronismo. La inferioridad de este último con relación al del resto de América, ese carácter anormal de *la industrialización*, se tradujo en el hecho de que se basó en una mayor utilización de la mano de obra y no de maquinaria. La argumentación del bloqueo imperialista del 1941 al 1949 como justificación no es satisfactoria y sólo reafirma el carácter burgués del peronismo, incapaz de adoptar medidas revolucionarias para expandir la industria trayendo maquinarias de la URSS o cualquier otro país y de practicar una política audaz, independiente, que nos sustrajera de dicho bloqueo.

El desarrollo capitalista industrial bajo el peronismo se dio, pues, usando maquinaria que hasta estaba en desuso. La Fábrica Argentina de Alpargatas, por ejemplo, empleaba máquinas Singer de 1905. El establecimiento más importante del país, junto con el frigorífico Anglo–Ciabasa, hacía trabajar hasta tres turnos para incrementar la producción. La inversión fija en equipos durables de producción fue, en millones de pesos constantes de 1950, la siguiente; ²²²

Año	§
1938	5.476
1941	3.793
1944	2.297
1947	-9.979
1950	4.809
1953	5.083

Es decir que, excepto en 1947, el nivel de inversión en maquinarias de la era peronista nunca llegó al de 1938 en plena década

²²² ‘Panorama de la economía argentina’, octubre de 1961.

infame, aunque el número de obreros ocupados se haya duplicado: 488.000 en 1937, 956.000 en 1949, en tanto que el valor aportado por la industria al producto bruto interno pasó de 1.462 millones de dólares en 1937 a 2.589 millones de la misma moneda en 1947. Mientras que en el lapso 1937–1946 la producción industrial aumentó en un 53,7%, entre 1946 y 1954 —gobierno de Perón— sólo lo hizo en un 16,4%.²²³ Paralelamente, disminuyó el promedio de obreros por empresa, porque también se produjo un desarrollo de pequeñas industrias junto a la utilización de más turnos. De acuerdo al Censo Industrial de 1954, en las postrimerías del peronismo, el 48% de los establecimientos industriales *carecían* de obreros; el 42,8% sólo empleaba hasta diez obreros. En conjunto, resulta que noventa y uno de cada cien establecimientos ocupaban menos de once obreros. De cada cien establecimientos, noventa y cuatro producían menos de un millón de pesos. Este último dato es ilustrativo acerca de la concentración monopólica de nuestra industria. En cuanto a la productividad por obrero, recién en 1951 se alcanzaron los niveles de 1937. Sintetizando, el desarrollo capitalista industrial no se hizo dentro de las normas clásicas, o sea, desarrollando el capital constante (maquinaria), o la técnica, sino que se produjo con la utilización de una cantidad creciente de mano de obra. Por eso, en 1949 afirmábamos que, dialécticamente, a medida que el país era más independiente, avanzando por el sendero de una pseudo industrialización basada en el mayor empleo de mano de obra, nuestra economía se tornaba cada vez más dependiente del imperialismo y, por lo tanto, esa creciente vulnerabilidad tenía que hacer crisis. Recibimos por respuesta la carcajada estentórea de los plumíferos “de izquierda” a sueldo de Apold y Cía. Las cifras del comercio exterior argentino confirmaron que la pseudo industrialización peronista nos hacía más vulnerables al imperialismo yanqui. Las importaciones argentinas aumentaron de ochocientos veinte millones de dólares en 1929 a 1.390,8 millones en 1948.²²⁴ En el mismo periodo las importaciones de bienes de consumo pasaron del 51% al 20% del total, mientras que las de medios de producción pasaron del 19 al 37%

²²³ Víctor Testa, “Crecimiento (1935–1946) y estancamiento (1947–1963) de la producción industrial argentina”, en revista *Fichas*, año 1, n° 1, abril de 1964, pág. 8 y siguientes.

²²⁴ *La Nación*, 15 de junio de 1955, editorial.

del total y las de artículos metálicos y productos químicos del 20 al 35% del total.²²⁵

Relaciones de producción

La Argentina emergió de la Segunda Guerra Mundial con una situación extraordinariamente favorable. Basta ver los saldos de la balanza comercial de esos años:

Año	Superávit
226	

(en millones)

de dólares)

1940	107
1941	183
1942	235
1943	405
1944	455
1945	439
1946	580

Los granos y las carnes se valorizaron. La venta de posguerra nos transformó en la tercera potencia financiera y comercial del mundo. Al asumir Perón su primera presidencia, las existencias de oro y divisas alcanzaban casi los mil quinientos millones de dólares.²²⁷ La Argentina se iba a convertir en prestamista gratuita de Su Majestad Británica, cuyo gobierno, como agradecimiento, devaluó la libra esterlina pagando la tercera parte de lo prestado. De todos modos, pasamos a ser acreedores. La situación económica floreciente produjo también importantes cambios en las relaciones entre las clases. Fue en esta coyuntura histórica, y debido a la extraordinaria situación, que se liquidó a la burguesía financiera. Los Bemberg, los Tornquist, sectores financieros intermediarios baluartes de la oligarquía, perdieron influencia y predominio económico junto con los terratenientes, tanto urbanos como rurales.

²²⁵ *Reforma Agraria*, Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos, pág. 98.

²²⁶ *Economic Survey of Latin America*, United Nations, 1948, pág. -26.

²²⁷ Es célebre al respecto la actitud, jactanciosa de Perón: “No se puede caminal por los pasillos del oro que hay acumulado”, Era cierto. Cuando las vacas empezaron a enflaquecer recurrió a otra de sus ingeniosas salidas: “El oto es frío y duro, no sirve ni siquiera para acostarse sobre él”.

Pero en compensación a este retroceso de los sectores oligárquicos, poderosos y reaccionarios, que provocó de hecho la liquidación de la burguesía financiera y llevó a su decadencia a la

burguesía terrateniente, se produjo el enriquecimiento de la burguesía ganadera, la que llegó a tener un enorme poderío debido a un fenómeno importante: el mercado interno argentino desplazó al extranjero del primer puesto en la comercialización de las carnes. Se incrementó el consumo como consecuencia de un desarrollo capitalista que utilizaba cada vez más mano de obra, provocando un mercado interno en continua expansión. Las concesiones que el peronismo hizo a la clase obrera y las que esta arrancó al peronismo contribuyeron también a esta situación de redistribución de la renta nacional en favor de los sectores productores, incluido el propio movimiento obrero:

Distribución del ingreso interno 228

En % sobre el total, los ingresos de los
 según factores)

Año Remuneración Ingresos netos de

del empresarios,
 propietarios.

trabajo profesionales.

intereses, etc

1935 46,8 53,2

1936 46,9 53,1

1937 44,4 55,6

1938 46,6 53,4

1939	46,3	53,7
1940	46,0	54,0
1941	45,3	54,7
1942	43,1	56,9
1943	44,1	55,9
1944	44,8	55,2
1945	45,9	54,1
1946	45,2	54,8
1947	46,6	53,4
1948	50,2	49,8
1949	56,1	43,9
1950	56,7	43,3

1951	52,8	47,2
1952	56,9	43,1
1953	54,6	45,4
1954	56,4	43,6

228 Laura S. Golbert y Hugo Rapoport. *El movimiento obrero argentino en la década infame*. Bs. As., CEAL, 1972, pág. 430.

Junto con el fortalecimiento de la burguesía ganadera, apareció una nueva burguesía industrial, que hemos definido como cupera. Resultan incomprensibles algunos hechos de este periodo si no se siguen los pasos de este sector surgido con el peronismo. No obstante, su aparición fue posterior a la de otro sector industrial y comercial ligado a la expansión del mercado interno y que se dedicó a la fabricación y venta de artículos manufacturados de consumo doméstico: radios, aparatos de televisión, heladeras, etcétera. La llamada burguesía cupera, en cambio, acompañó el proceso de control de cambios y el comercio de cereales con el exterior. Constituía un sector burocrático que disfrutaba de íntimas relaciones con el gobierno, que obtenía permisos de importación con un dólar a \$ 7,20 y vendía esos permisos a una suma mucho más elevada. El proceso se fue acentuando y creándose la oposición de los sectores tradicionales de la burguesía argentina, que veían cómo un grupo *advenedizo* se enriquecía fabulosamente sólo con negociar permisos de cambio y cupos o negociando cereales a través del IAPI. Esa nueva oligarquía estatal cumplió un papel contradictorio, pues por una parte fue partícipe del control del comercio exterior que realizó el estado y por otro lado aprovechó para beneficiarse con negociados extraordinarios. El propio Instituto Argentino de Promoción del Intercambio cumplió un papel contradictorio. Las ganancias que obtuvo en el mercado mundial, por ejemplo, durante el trienio 1946–1948 sirvieron para subvencionar las exportaciones de carne a Gran Bretaña —ya vimos que se hacían a precios inferiores a los valores reales e inclusive al costo—, a las empresas frigoríficas y azucareras, para subsidiar el consumo y mantener precios políticos en diversas industrias.²²⁹

²²⁹ “Como ya se señalara en la parte correspondiente a la Memoria del año 1949, los precios que el país obtenía por las carnes vendidas al Reino Unido —principal comprador— no alcanzaban a cubrir los costos de producción, originando así un continuo déficit de la explotación de la industria frigorífica. Fue, pues, necesario que el Estado acudiera en ayuda de esa importante industria, facilitándole —por intermedio del IAPI— los fondos requeridos para cubrir tales quebrantos. Durante 1950 el Instituto debió continuar con dicho régimen, alcanzando los pagos la suma de 136 millones de pesos. Cabe señalar el importante papel que desempeñó esta ayuda financiera, al facultar a las empresas industrializadoras de carne para continuar trabajando y poder hacer frente a los mayores gastos que las mejoras sociales a su persona! provocaron. Finalmente, la suspensión de los embarques de carnes al Reino Unido ocasionó una paulatina acumulación de carnes refrigeradas en las cámaras de

Luego, al comenzar el descenso de los precios agropecuarios en el mercado mundial, el IAPI empezó a apuntalar el mercado interno y la renta agraria comprando las cosechas a pérdidas, como lo había hecho la Junta de Granos bajo los gobiernos conservadores, es decir aprovechando

la coyuntura, no para debilitar a la burguesía terrateniente, sino para fortalecerla. En fin, el IAPI fue uno de los más importantes creadores de inflación y el más importante dilapidador de divisas.²³⁰ En cuanto a los beneficiarios de la política cupera basta recordar los nombres de Tricerri. Lagomarsino. Jorge Antonio, Miranda y centenares más, los verdaderos burgueses peronistas.

Si nos referimos a la nueva burguesía industrial ligada al desarrollo del mercado interno, debemos estar de acuerdo en que su comportamiento no fue menos contradictorio. Por un lado, apoyó entusiastamente un proceso que le abría perspectivas insospechadas ante el mercado interno en crecimiento y, parcialmente, a un gobierno que le facilitaba la concreción de grandes negocios (y negociados) *con* la burguesía cupera o *como* burguesía cupera. Como ejemplo de lo último podemos citar e) caso SIAM, complejo industrial que no se enriqueció vendiendo las heladeras que fabricaba sino revendiendo a precios de mercado negro parte del acero que adquiría con dólares oficiales. Es interesante remarcar que la investigación correspondiente fue llevada a cabo por los propios obreros de SIAM, alarmados ante la desorganización de la producción y la constante falta de materiales para el armado de los productos. Los sectores industriales no ligados a esta patronal burocrática no la veían con buenos ojos, pero en general se conformaron con el crecimiento del mercado interno. Sin embargo, por otro lado, la burguesía industrial en general tenía profundos roces con el gobierno peronista al no poder renovar su maquinaria y darse cuenta de que este proceso de desarrollo capitalista *anormal* la hacía depender cada vez más de los obreros, pues para

las empresas, lo que nuevamente les creó dificultades financieras. Una vez más debió acudir el IAPI en su auxilio, otorgándoles adelantos de hasta el 80 por ciento del valor de esas carnes, abonándoles en ese concepto hasta fines del año unos 88.200.000 pesos.” (IAPI, *Memoria Anual*, 1950.)

230 Alfredo Parera Denis. “Apuntes para una historia del peronismo. El gobierno del ‘como si’: 1946–55”, en revista *Fichas*, año 2 n° 7, octubre de 1965, pág. 8.

aumentar la producción necesitaba tomar más obreros, y cuanto más obreros tomaba más exigencias se le planteaban. Además, porque la colaboración del régimen con el movimiento obrero requería que la burguesía hiciera concesiones a los trabajadores, inclusive retaceando el derecho de propiedad al tolerar ocupaciones de fábricas o comisiones internas y cuerpos de delegados, que ponían sobre el tapete muchas veces la cuestión de quién es el verdadero dueño de la fábrica. Esta cuestión de clase, independientemente de las ganancias en aumento de algunos sectores, provocó, reiteramos, profundos roces entre la patronal industrial y el gobierno peronista.

El movimiento obrero

Los años 40 presenciaron el surgimiento de un nuevo movimiento obrero, cuya espina dorsal era el trabajador venido del interior, el que ya a partir de la crisis del 30 se había comenzado a desplazar hacia los centros urbanos. Ahora inundó la ciudad y la cambió al insuflarle las características inéditas de su accionar.²³¹ Entre esos rasgos salientes, debemos mencionar su falta de tradición izquierdista. Esos obreros venidos del interior eran en su mayoría radicales, y los había hasta conservadores. En enero y abril de 1945 nos tocó formar parte de la dirección de la famosa huelga de la carne de Avellaneda en el Anglo–Ciabasa. En la comisión directiva del sindicato de fábrica más grande del país —diecinueve mil quinientos obreros— su secretario general, Lucas Domínguez, era anarquista, pero todos los demás eran radicales y hasta

conservadores, como Guillermo Pérez o una de las más grandes figuras del movimiento sindical. En esos días, que luego pasó a militar en el socialismo revolucionario, Ramón Britos, que tuvo en laque a la burocracia de la carne, y fue conservador. No se

231 Un industrial argentino analiza el fenómeno desde el punto de vista del nivel de los salarios: “Existe en nuestro país una acción deprimente del campo sobre el nivel de los salarios medios de la industria fabril. Se habla mucho de la vida idílica del campo. Pero el que la ve en la realidad de nuestro dilatado territorio no está de acuerdo; deja el campo en la primera oportunidad y se dirige hacia los centros urbanos, a pasar de la vivienda malsana, la promiscuidad y la inseguridad del jornal diario.” (Torcuato Di Tella, en *Revista de Economía Argentina*, setiembre de 1943.)

trata de un hecho anecdótico; éste era, en general, el panorama del movimiento obrero venido de las provincias y sin tradición de izquierda.²³²

Estos obreros entraron a trabajar sobre todo en la industria, y fueron la base fundamental del peronismo. De allí, también, iban a surgir sus dirigentes más importantes y todo un fabuloso proceso de sindicalización industrial. Y, tanto o más importante que eso, esta sindicalización penetró a nivel de empresas dando nacimiento a una estructura organizativa desconocida en el país. En realidad, la formación de sindicatos industriales venía desde la década del 30. pero entonces el proceso avanzó cuantitativamente. La sindicalización industrial abarcó todos los rincones de la Argentina y todas las industrias. La CGT, que agrupaba a poderosas asociaciones obreras, comenzó a jugar un papel decisivo en la vida argentina. Sin embargo, el hecho remarcable de la etapa es, sin dudas, de carácter cualitativo: se legalizó el funcionamiento de las comisiones internas y cuerpos de delegados, que discuten minuto a minuto, segundo a segundo, los problemas específicos con la patronal; que paran la fábrica, la ocupan y hacen permanentemente una gimnasia de poder obrero a ese nivel, el de fábrica, obviamente no a nivel nacional. Es lo verdaderamente histórico porque significa la aparición de una nueva forma de organización del movimiento obrero, de enormes posibilidades, y que iba a echar raíces tan profundas que ni la llamada “revolución libertadora” pudo destruir; fue, indudablemente, la más fabulosa conquista de los trabajadores en la etapa peronista. Por lo demás, el gobierno se apoyaba en el movimiento obrero, aunque tendía a controlarlo en forma férrea a través del aparato estatal. En este sentido, cabe destacar que años después de la caída de Perón algunos peronistas admitieron que el peronismo tuvo una estructura totalitaria, lo que, en última instancia, confirma lo que afirmamos en plena vigencia de ese régimen. No obstante, a diferencia de Cooke, por ejemplo, uno

232 Perón comprendió el fenómeno: “Hermanos, con pensamiento criollo, sentimiento criollo y valor criollo, estamos abriendo el surco y sembrando la semilla de una patria libre, que no admita regateos de su soberanía, y de unos ciudadanos libres que no sólo lo sean políticamente, sino que tampoco vivan esclavizados por el patrono. Sigúenos: tu causa es nuestra causa; nuestro objetivo se confunde con tu propia aspiración, pues sólo queremos que nuestra patria sea socialmente justa y políticamente soberana.” (Perón, discurso de proclamación, 12 de febrero de 1946.)

de los críticos postreros, analizamos dialécticamente el fenómeno y reiteramos que así como el peronismo tuvo un carácter totalitario en la superestructura, es decir en la conducción política del gobierno, fue el régimen más democrático en la base que recuerda el país, precisamente por las concesiones que hizo al movimiento obrero. Hemos tratado de definir este tipo de democracia: se trató de una democracia de *contenido*, no de *forma*. En la década del 60 asumió el gobierno Arturo Illia. gobierno que, junto con los de Hipólito Yrigoyen, fue uno de los más democráticos, formalmente hablando, que haya tenido la Argentina; sin embargo, en cuanto a su contenido resultó reaccionario.

La etapa peronista, en suma, se desarrolló en medio de una formidable contradicción: por un lado, esbozo de democracia obrera e incipiente desarrollo del poder obrero a través del respeto a la clase y sus conquistas básicas, representadas por las comisiones internas y el cuerpo de delegados de fábrica; por el otro, control total del proceso por parte del estado, lo que se traducía en la digitación de las direcciones y el sometimiento al ministerio de trabajo.

Un ejemplo ilustrativo: el Partido Laborista

Gradualmente, a través de la CGT y el aparato policial, Perón fue controlando y reforzando la estatización del movimiento obrero. Los dirigentes sindicales, ya convertidos en burócratas privilegiados, eran prácticamente funcionarios estatales más que representantes de organizaciones de trabajadores. Así, en noviembre de 1946, cinco meses después de haber llegado al poder, de los noventa y nueve integrantes del Consejo General de la CGT por lo menos trece tenían algún puesto gubernamental, ocupaban una banca en el Congreso o provenían de sindicatos subsidiados o directamente intervenidos por el estado. Sin embargo, esta situación permitía estar al frente de la CGT a un Luis Gay, organizador del gremio telefónico y dirigente del Partido Laborista, que se consideraba un aliado servicial pero no un títere de Perón, un colaborador pero no un empleado del estado peronista. En consecuencia, un día de enero de 1947 el presidente “de la República llamó a los dirigentes de la CGT a la Casa de Gobierno y les ordenó que Luis Gay fuera destituido y reemplazado por un tal

Aurelio Hernández, un ex comunista carente de toda representatividad, quien a su turno quedó despedido y fue reemplazado por José Espejo, que no tenía ninguna experiencia sindical previa pero era un destacado personaje de la corte de Eva Perón.²³³ Ya en marzo de 1946, después de las elecciones, Perón manifestó su intención de disolver el Partido Laborista, que había soportado todo el peso de la campaña y provisto a los nuevos gremios de los principales cuadros sindicales.²³⁴ El plan era crear un “partido único de la revolución”. Los laboristas encabezados por Cipriano Reyes se opusieron pero fue inútil. Al poco tiempo, el gobierno anunció la liquidación del Partido Laborista y de la Junta Renovadora de la Unión Cívica Radical, que también había apoyado su candidatura —de ahí provenía el vicepresidente Quijano— y la constitución de lo que a poco andar se llamó simplemente Partido Peronista.²³⁵ El laborismo, que tenía la mayoría dentro del bloque

233 Alfredo Parera Denis, revista *Fichas*, octubre de 1965. pág. 11

234 El 24 de febrero de 1946. en una elección nacional en que votaron 2.839.394 ciudadanos, el 83,33% sobre un total de inscriptos de 3.405.173, el 53,46% sufragó por la fórmula Perón–Quijano y el 44,04% por la Unión Democrática. La campaña electoral del peronismo se centró en plantearles a los obreros argentinos una clara antinomia: Braden o Perón. Es que el embajador norteamericano era el verdadero promotor de la conjunción reaccionaria en la que participaban los socialistas de Repetto y los comunistas. En su último discurso de la campaña Perón dijo: “Todos deben ir a votar. Rompan, si es preciso, cerraduras y candados, salten tranqueras. No tomen bebidas alcohólicas de ninguna clase. Pasado mañana se juega el destino de los trabajadores de la patria: se vota por Braden o Perón.” Por el sistema electoral vigente Perón conquistó trescientos cuatro electores y la Unión Democrática sólo setenta y dos. El escrutinio comentó el martes 26 de febrero y, al conocerse los primeros cómputos favorables a la Unión Democrática, el diario *Crítica* tituló sus ediciones con un “Tamborini aún no eligió gabinete”. Es que los líderes de la UD estaban convencidos del triunfo del binomio Tamborini–Mosca. El 4 de junio de 1946, tres años después del golpe de estado encabezado por el GOU, Perón llegaba a la presidencia. Había sido electo en los comicios más limpios que recuerda la historia argentina.

235 La Unión Cívica Radical, Junta Reorganizadora, era un desprendimiento del viejo tronco producido en vísperas del 17 de octubre del 45. El proceso de oposición a la línea alvearista (unionista) había comenzado a fines de la década del 30. Se había constituido una especie de frente único de los representantes de los grandes y pequeños

productores rurales (Pueyrredón y Leloir en la provincia de Buenos Aires, Güemes en Salta, Sabattini en de diputados adictos a) gobierno, intentó resistir. A través de sobornos, presiones, atentados y la detención lisa y llana de su líder. Reyes, Perón coartó la posibilidad de estructuración de un partido obrero independiente que mantuviera una relativa distancia del poder político burgués. A mediados de 1948, el héroe del 17 de octubre y un conjunto de dirigentes laboristas fueron acusados de tramar el asesinato de Perón y Eva Perón. Reyes fue encarcelado, torturado y mutilado. Luis Gay, el otro líder laborista, había cedido a las presiones del gobierno y abandonado a Reyes, no obstante lo cual también fue removido. Mediante sucesivas intervenciones la CGT liquidó todos los intentos de los trabajadores peronistas de manejar sus sindicatos por su cuenta, independientemente de la presidencia de la Nación. A mediados de 1946

Córdoba), que se unieron a los representantes más jóvenes de la clase media urbana y rural de la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires (Balbín, los Mercader, Lebhenson, Frondizi, etcétera) para constituir la “Intransigencia”, núcleo que repudiaba los grandes monopolios extranjeros. Esta obtuvo su primer gran triunfo interno en las elecciones para elegir candidatos a gobernador y vice de la UCR para la provincia de Buenos Aires en las elecciones que llevaron al poder a Perón, el 13 de enero de 1946. Con esas elecciones se aseguró la llegada al Congreso Nacional de hombres como Balbín, Del Mazo, Del Carril, etcétera. El alvearismo iniciaba su retroceso. Esta Intransigencia, ya comandando el partido, había comenzado a fermentar en núcleos como Bloque Opositor y Movimiento Ordenador en la Capital Federal (editaban el periódico *País Libre*) y Fuerza Intransigente en Santa Fe, en la década del 30, que planteaban serias objeciones a la conducción de Alvear. El mismo proceso que llevó al golpe militar del 4 de junio de 1943 y posteriormente al triunfo de Perón se reflejó, aunque tardíamente, dentro de las filas del radicalismo en la derrota del unionismo alvearista a manos de la Intransigencia. Mientras el peronismo estuvo en el gobierno, el radicalismo se mantuvo unido como reflejo del odio de la clase media contra el gobierno. Caído el peronismo, la división del radicalismo se hacía inevitable, tal cual lo previmos en su oportunidad. La moderna clase media, profesional e industrial, pactó con el peronismo y apoyó a Frondizi; la vieja clase media, tanto urbana como rural, siguió con su “viejo partido”, el de Balbín. En esta corriente se han patentado los profundos cambios acaecidos en la producción rural en las últimas décadas, como así también la ligazón, hasta cierto límite, de los dos sectores de la burguesía argentina: la rural y la industrial. En efecto, sin dejar de ser el representante más calificado de la burguesía rural, el radicalismo tiene en la actualidad estrechas vinculaciones con la burguesía industrial a través de la CGE. Alfredo Concepción, economista, ministro de Illia y consejero de la entidad empresarial es un símbolo de. lo que afirmamos.

fue intervenida la Unión Obrera Metalúrgica; en enero de 1947, la Federación de Telefónicos; luego la Federación Bancaria, después la Federación Gráfica Bonaerense, más tarde la FOTIA, la Unión Ferroviaria. Uno de los focos de mayor resistencia contra la completa estatización — doblemente significativo por tratarse de un foco intensamente peronista— fue la Federación Obrera de la Carne, caracterizada por su activa militancia contra la patronal. En 1950, la CGT trató de dividirla formando una “Junta Intersindical de la Carne”, que no logró afiliados. En consecuencia, la CGT intervino la Federación de la Carne... pese a que la Federación no estaban afiliada a la CGT.²³⁶

Más contradicciones

Lo contradictorio del peronismo no se manifestó solamente en cuanto al tratamiento dado al movimiento obrero. Así, un gobierno que hizo grandes concesiones a la burguesía cupera y a la industrial, sectores explotadores, disminuyó la participación en la renta nacional de un sector popular muy importante la moderna clase media. Esta, que surgió y progresó como consecuencia del desarrollo capitalista (profesionales, intelectuales, maestros, empleados), no avanzó en la misma proporción que el movimiento obrero o los sectores explotadores privilegiados. Se produjo de este modo el divorcio del gobierno con la pequeña burguesía, la que asumió actitudes crecientemente opuestas al peronismo al quedar rezagada en el reparto de la renta. Perón exacerbó una oposición, que se repartió entre la Unión Cívica Radical y partidos menores, al no otorgar concesión alguna a los sectores mencionados.²³⁷

Es que el peronismo fue el producto de un periodo en que la economía del país gozó de una magnífica situación de conjunto. No se lo puede entender si no se parte de ese hecho fundamental. Esa situación permitió la existencia de un régimen relativamente

²³⁶ Alfredo Parera Denis, *Ob. cit.*, pág. 11.

²³⁷ “Hasta 1949, la clase obrera fabril siguió recibiendo mejoras, aumentando su participación en la renta nacional, a expensas, bien entendido, no de la burguesía industrial sino de los sectores de ingresos fijos, de la pequeña burguesía rentista y de los chacareros y los obreros rurales.” (Alfredo Parera Denis, *Ob. cit.*, pág. 10.)

estable, asentado en un gobierno bonapartista *sui generis*, que resistía la colonización yanqui apoyándose en un movimiento obrero al que controlaba en forma totalitaria. A su vez aplicaba una política contradictoria para permitir que la estructura capitalista argentina siguiera subsistiendo. Esta iba a ser, dialécticamente, la razón de la caída del peronismo, pues a pesar de las concesiones hechas a los trabajadores y a la independencia relativa ante el nuevo amo del mundo fue incapaz de liquidar los factores esenciales del dominio imperialista sobre la Argentina. El talón de Aquiles de su política fue no liquidar la estructura terrateniente y capitalista, así como las grandes inversiones financieras del imperialismo, a excepción de las que el propio imperialismo exigió que se liquidaran.

Tras el respiro que la guerra de Corea trajo a nuestra economía, por el aumento de los precios de las materias primas exportables, se inició un imparable deterioro de la situación. Se sancionó una ley de inversiones extranjeras muy favorable a los capitalistas foráneos y en 1949 se solicitaron créditos al imperialismo, como el de ciento veinticinco millones de dólares otorgado por el Eximbank de Estados Unidos.²³⁸ (El nuestro fue uno de los prime-

¹³⁸ Proyecto de Resolución: “La Honorable Cámara de Diputados de la Nación, resuelve: Que el Poder Ejecutivo, por el ministerio que disponga, informe sobre los siguientes puntos:

1 – Cómo explica que después de haber sostenido que la deuda externa es lesiva a la soberanía y gravosa a la economía nacional y expresado que, en 1946, era el primer punto del programa del gobierno ‘liquidar la deuda externa que en aquel momento significaba la erogación diaria de 2.000.000 de pesos’ (discurso del señor presidente en el banquete de camaradería de las fuerzas armadas de la Nación, el 5 de julio de 1949) haya gestionado de los Estados Unidos de América dos créditos: uno, por 125.000.000 de dólares, para el pago de obligaciones comerciales contraídas durante la actual administración y otro, por 75.000.000 de igual moneda, para la compra de maquinarias, lo que hace un total de 200.000.000 de dólares.

2 – Cómo explica la afirmación de haberse logrado una plena recuperación económica y que ‘de país deudor nos hemos vuelto país acreedor’ (ver el discurso citado) cuando ahora resultaría que estamos debiendo o por deber al extranjero más que en ninguna época anterior, puesto que al 31 de diciembre de 1939, 1940, 1943 y 1946. los saldos de la deuda externa fueron, respectivamente, de \$ 1.135.000.000, \$ 1.102.200.000, \$ 891.900.000 y \$ 116.500.000 moneda nacional, según las correspondientes memorias del Departamento de Hacienda, mientras que, en los actuales momentos, dando por contraída la deuda de 200.000.000 de dotares, se adeudaría al extranjero 1.804.000.000 de pesos moneda nacional, tomando

ros países que se solidarizó con Corea del Sur en los foros del imperialismo yanqui.) Ya en 1955 se hizo el Congreso de la Productividad, alentado por el gobierno y la patronal para incrementar la explotación obrera, y se firmó el contrato con la California, por el cual se otorgaban a esa empresa casi cincuenta mil hectáreas de tierra durante cuarenta años. Este retroceso en las posiciones frente a los Estados Unidos tuvo su reflejo en la política internacional. En 1953 nos visitó Milton Eisenhower, hermano del presidente Dwight Eisenhower, calificado de “gran patriota” por Perón, y en 1954, al producirse en Guatemala el golpe de estado contra Arbenz el gobierno peronista fue uno de los primeros en reconocer a la camarilla de Castillo Armas. Los exiliados guatemaltecos que vinieron a la Argentina, tal vez recordando las anteriores posturas antiimperialistas de Perón, fueron trasladados de Ezeiza a Villa Devoto.

La indefinición ante los problemas básicos y permanentes de la nación hizo que. ni bien pasó la óptima situación de posguerra, se comenzara a romper la colaboración de clases al reducirse las posibilidades de otorgar concesiones al movimiento obrero. En 1953, la burguesía nucleada en torno a una central empresaria, la CGE, pasó a tomar parte activa en las tareas de gobierno. Uno de los ministros peronistas, Gómez Morales, fue representante directo de la federación patronal en el gabinete. Paralelamente a la declinación de la situación económica, comenzó a perder fuerza la CGT, pues se tornó vulnerable la situación de los dirigentes burocráticos ante la falta creciente de concesiones por parte del gobierno.²³⁹ Por primera vez desde 1943, en 1954 Perón no anunció

el dólar a \$ 9,02, tipo de cambio del mercado libre y 1.216.000.000, si se toma el dólar al tipo básico vendedor de \$ 6,08. Deuda externa a la que debe agregarse el saldo pendiente del empréstito Roca–Runciman que, al 31 de diciembre de 1949, era de 4.205.550 libras esterlinas y los servicios financieros de capitales extranjeros invertidos en el país, cuyo monto se servirá asimismo informar.” (Miguel Ángel Zavala Ortiz, *Diario de Sesiones*, Cámara de Diputados de la Nación, 5 de julio de 1950.)

²³⁹ “Las necesidades de divisas son cuantiosas, pero la posibilidad de acumularlas mediante las exportaciones se aleja cada vez más. En 1954 caen los precios de casi todas las exportaciones del país. La exportación de cereales duplica en su volumen a la del año anterior, pero su valor es apenas mayor; el volumen de la exportación de carne crece un 10%, pero su valor se reduce en un 2%.” (Alfredo Parera Denis, *Ob. cit.*, pág. 15.)

aumentos masivos de salarios, “lavándose las manos” en las tratativas entre patrones y obreros. La burguesía, usufructuaria principal de la estructura oligárquica e imperialista del país, estaba lista por entonces para acoplarse al imperialismo, ya que sus privilegios no sólo estaban intactos sino que había aumentado su influencia política. El *impasse* debía conducir, inevitablemente, al golpe de estado reaccionario. Por eso. afirmábamos en 1949 que cuando pasaran dos o tres años de mala situación económica se terminaba al frente de clases que era el peronismo Así ocurrió. El ala derecha de ese frente policlasista de hecho que encabezaba la figura carismática de Perón, la burguesía, unida al imperialismo, se encargaron de provocar el golpe que haría perder a la

Argentina su independencia relativa frente a los Estados Unidos.

La burocracia celestial

La Iglesia dio el puntapié inicial de la conjura a! oponerse al gobierno que más concesiones le había otorgado en su historia. En efecto, el peronismo había implantado la enseñanza religiosa en las escuelas y la Iglesia apoyado la candidatura de Perón en el 46. No obstante, la cuna veía con malos ojos “la agudización artificial de la lucha de clases” y “la desconfianza de los desposeídos en la buena fe de los demás”.²⁴⁰ La chispa la encendió la UES, entidad estudiantil y deportiva fundada por el peronismo y donde, se decía, “se practicaban toda suerte de inmoralidades”, el culto pagano a Eva Perón, elevada a la categoría de “santa” por el sector plebeyo del bonapartismo y la admiración, no menos pagana para los detractores, que se inculcaba a los jóvenes por el deporte y la figura del Líder. Era demasiado, como se ve, para la santísima Iglesia Católica, las virtuosas Ligas de Padres Cristianos, el flamante Partido Demócrata Cristiano y otras entidades “resguardadoras de la moral pública”.

¿A que obedecía el cambio de actitud de la Iglesia? Después de la Segunda Guerra Mundial, ésta se adaptó a las nuevas circunstancias que sacudían el mundo. Tradicionalmente había sido anti-norteamericana, pero la revolución colonial de posguerra y el ascenso de masas en las propias naciones metropolitanas, especial-

²⁴⁰ Manifiesto de creación del Partido Demócrata Cristiano argentino.

mente en Francia e Italia, la obligaron a aliarse a la única potencia que podía salvar ese orden de privilegios y explotación. Los grandes partidos católicos de Francia, Italia y Alemania se pusieron al servicio de la gran burguesía y, principalmente, de los planes ultrarreaccionarios yanquis. La Iglesia, con su instinto de conservación desarrollado durante siglos, fue capaz de sacrificar importantes intereses de sectores burgueses con tal de derrotar a la revolución mundial.²⁴¹ Planteada la contienda gobierno-Iglesia, Perón respondió a los ataques católicos con la anulación de la enseñanza religiosa, supresión de los privilegios en materia impositiva de que gozaba la “burocracia celestial”, ley de divorcio y amenaza de convocar a una constituyente para separar la Iglesia del Estado. Asimismo, se producía la expulsión de monseñores Tato y Novoa, destacados sacerdotes.

Por supuesto, la oposición pro imperialista se colocó de lleno al lado de la Iglesia Católica, en favor del puch imperialista. El 27 de noviembre de 1954 el Comité Nacional de la Unión Cívica Radical publicó un volante indigno, firmado por Arturo Frondizi y Federico Monjardín, titulado “Solidaridad con los católicos perseguidos”, donde se podía leer: “El Régimen inició una nueva persecución. Se añade ahora la presión ejercida contra un vasto sector del pueblo argentino, cuya fe religiosa es convertida por el Régimen en problema político, para servir a los propósitos de intimidación, sobre los que basa su poder.” El radicalismo se opuso en el parlamento a todas las medidas progresivas que el peronismo tomó contra la Iglesia Católica. Y el 13 de junio —tres días antes del primer puch— el presidente del bloque radical en la Cámara de Diputados, Osear Alende, decía: “Estamos con los católicos que sufren persecuciones y cárceles, estamos con la libertad de profesar cualquier culto, para los hombres de todas las religiones; estamos con la libertad de los judíos cuando les llegue el turno”.²⁴² ¡Así se encubría la acción pro imperialista de la Iglesia Católica!

Por su parte, el stalinismo se acopló al puch con toda el alma. Sí, aunque a algunos les cueste

creerlo: El Partido Comunista apoyó a la Iglesia Católica. Días antes del golpe de junio, exacta-

²⁴¹ Ernesto González, *Qué fue y qué es el peronismo*, pág. 59.

²⁴² *Diario de Sesiones*, Cámara de Diputados de la Nación, 13 de junio de 1955, pág. 561.

mente el 25 de mayo de 1955, su órgano oficial, *Nuestra Palabra*, afirmaba: “Es innegable que la reforma de la Constitución con el objeto de plantear la separación de la Iglesia del Estado es una cortina de humo: se quiere que el pueblo olvide la entrega del petróleo, de la siderurgia, de la metalurgia, que olvide la carestía, que olvide la política de guerra y la línea reaccionaria”.²⁴³ La consigna era adecuada al análisis: “Libertad a los curas democráticos”.

Los únicos que advirtieron claramente hacia dónde y con qué objetivos se dirigía este proceso fueron los socialistas revolucionarios nucleados en la Federación Bonaerense del Partido Socialista de la Revolución Nacional, desprendimiento del viejo Partido Socialista. Su órgano *La Verdad* puntualizaba: “Jamás hemos dejado de caracterizar al gobierno peronista como ajeno a los intereses de la clase obrera, jamás hemos dejado de subrayar que no tenemos la más mínima confianza en este gobierno, pero, al mismo tiempo, jamás hemos dejado de insistir en que hay que combatir a muerte al contrerismo que está a favor del golpe de estado”.²⁴⁴

Ese olor a petróleo...

La parte final del proceso que llevaría primero al fallido puch del 16 de junio y luego al golpe del 16 de setiembre se inició con la discusión del contrato petrolero que el gobierno peronista había firmado con una empresa yanqui, que se hallaba a consideración de las cámaras. Por el mismo, el imperialismo yanqui nos arrebatava una zona del territorio argentino con el pretexto de un acuerdo petrolero. En efecto, las miras de los yanquis no se orientaban a nuestras reservas — como creía toda la oposición, incluido el Partido Comunista— sino a controlar la zona sur del continente como paso previo para el manejo y la defensa de) Estrecho de Magallanes. Es que el canal de Panamá —llave de la defensa del Hemisferio Occidental para los yanquis— peligraba ante la posibilidad inmediata de un desmoronamiento y ante el fácil

²⁴³ Nahuel Moreno, *El golpe gorila de 1955*, Bs. As., Pluma, 1974, pág. 116.

²⁴⁴ *Idem*, pág. 116.

blanco que ofrecía a posibles bombardeos en caso de una contienda internacional. ²⁴⁵ En lo que hacía al petróleo, los yanquis disponían de cantidades considerables en otros países.

Pero lo grave del convenio era el retroceso que se producía en el tratamiento con las empresas extranjeras. Por el artículo 64 del mismo se acordaba que las disputas entabladas entre la compañía y el estado argentino serían resueltas por un tribunal extranjero, lo que significaba una intolerable delegación de soberanía. El propio ministro de asuntos económicos, principal intermediario entre la Standard y Perón, expresaba: “Personalmente considero inadecuada la parte del contrato que resuelve la designación de un arbitro para solucionar diferencias que puedan surgir entre el estado y la empresa”.²⁴⁶ Por lo demás, fácil les resultaba a los peronistas refutar a la prensa opositora: les bastaba con recordar los chanchullos que signaban la historia de radicales y conservadores, los cuales, indudablemente, habían posibilitado que las empresas extranjeras controlasen nuestro oro negro. Sin embargo, eso no les alcanzaba a los escribas oficiales, incluyendo a los de izquierda, para justificar el sentido colonizante del artículo 64 ²⁴⁷

²⁴⁵ *Idem*, pág. 140.

246 Declaraciones de Alfredo Gómez Morales a la prensa, 9 de agosto de 1955.

²⁴⁷ Uno de los defensores incondicionales del tratado fue Abelardo Ramos, hoy dirigente del FIP, quien por entonces escribía en el periódico oficial *Democracia* con el seudónimo de Víctor Almagro. Años más tarde el mismo Ramos defendió la política entreguista de Arturo Frondizi en materia petrolera: “Perón apoyó a Frondizi en la aplicación de la política petrolera que es la culminación de la iniciada por el gobierno peronista en 1955. Para los listados Unidos [era...] forzoso coincidir con los intereses nacionales argentinos para que surja el petróleo de las tierras australes [...] Argentina tendrá petróleo para exportar y esto romperá el clásico cerco británico.” (Revista *Política*, 7 de noviembre de 1958, pág. 6.)

Con motivo de la huelga de los trabajadores petroleros realizada en 1958 escribía Ramos: “La huelga de petroleros era y es un movimiento sin salida. Para formular la última exhortación Arturo Frondizi en la noche del 9 se dirigió a los petroleros y al país. Fue un mensaje valiente y sobre todo claro.” (*Idem*, 21 de noviembre de 1958.)

Y concluía al respecto el escriba venal, entonces al servicio del desarrollismo: “Que se movilice a un personal en huelga puede ser odioso. Lo que nunca afirmará nadie seriamente es que se trata de algo nuevo.” (*Idem*, 5 de diciembre de 1958, pág. 3.)

El Congreso de la Productividad, que aconsejaba una mayor explotación de la clase trabajadora para superar el marasmo económico, es decir la vieja receta del capitalismo ahora disfrazada de justicialismo, la presión de la Iglesia golpista y el convenio petrolero se entrelazaban para crear el clima favorable al cuartelazo. Por un lado, los “contreras” (radicales, conservadores, socialistas amarillos y comunistas) clamaban con distintas argumentaciones contra el gobierno. Por el otro, los peronistas de izquierda, es decir los venales de siempre enfeudados a la ideología burguesa, acomodándose a las necesidades del vacilante peronismo, llegaban a afirmar que “la lucha contra la reacción clerical es parte de la lucha por la industrialización, por la planificación, por el aumento de la productividad [...] “248 o que “la religión católica es un factor geopolítico de unidad continental desde Méjico a la Argentina que no debe subestimarse y que puede ayudar a oponerse a la penetración del imperialismo inglés o yanqui vinculado al protestantismo”.²⁴⁹ Ninguno de estos últimos profetas alcanzaba a percibir la proximidad del estallido ultrarreaccionario. La excepción, otra vez, correspondió a los Socialistas revolucionarios de la Federación Bonaerense del Partido Socialista de la Revolución Nacional: “La Iglesia, como agente del imperialismo yanqui y de los explotadores, está a la vanguardia de la ofensiva yanqui para colonizar el país. En estos momentos, en que el gobierno hace concesiones al imperialismo yanqui, la Iglesia ve la oportunidad para debilitarlo, y junto con todos los elementos ‘contreras’, radicales, conservadores, socialistas reppetunos y comunistas, que por un raro fenómeno se están convirtiendo al catolicismo, trata de formar un gran frente con base popular que derrote al peronismo e implante una dictadura tipo Castillo Armas y que entregue el país atado de pies y manos al imperialismo yanqui. Un gobierno que haga todo lo que la patronal quiere: que se anulen las conquistas obreras, que los convenios colectivos se arreglen entre el directorio y el jefe de personal.” 250

Y el puch se produjo. En la mañana del 16 de junio aviones de

248 Informe de Rodolfo Puiggrós a la Primera Asamblea Nacional del Movimiento Obrero Comunista, en *Clase Obrera*, abril de 1955.

249 Eduardo Astesano, en *Clase Obrera*, junio de 1955, pág. 10.

250 *La Verdad*, Avellaneda. 21 de abril de 1955.

Ja marina ametrallaron al pueblo indefenso en Plaza de Mayo causando decenas de muertos y heridos. La pasividad del ejército impidió que los insurgentes tomaran el poder. La primera

tormenta se había disuelto. Sin embargo, quedaba el estigma vergonzante para la dirección sindical peronista que había enviado a la plaza a los trabajadores desarmados. Los apologistas a sueldo, por su parte, se apresuraron a saludar la actitud del Ejército “[...] el Ejército fundado por San Martín, templado en las guerras gauchas y organizado por Roca y Ricchieri, cumplió hasta el fin con su deber, apuntalando con su acción las conquistas fundamentales del proceso revolucionario”.²⁵¹ En realidad, los “militares sanmartinianos” salieron a la calle a último momento para evitar que los obreros argentinos hicieran justicia por cuenta propia y terminaron con los gorilas atrincherados en el ministerio de marina y el barrio norte. El propio ministro de guerra de Perón, ajeno a los méritos que le atribuían los escribas, decía meridianamente la verdad: “Estamos seguros de que hemos hecho un bien a la nación, y en el devenir de los tiempos ha de reconocerse que nada pudo ser más feliz para la suerte de la patria y de sus instituciones que la postura asumida por el ejército. *Nuestros conocimientos profesionales* nos permiten deducir el caos que reinaría ahora en el país si hubiésemos seguido otro camino. Y fácil les será meditar sobre las consecuencias gravísimas de la guerra civil, con el desconcierto internacional y la tragedia de luchas sangrientas entre hijos del solar patrio común.” 251

Envalentonada por los intereses conciliadores de Perón tras la fallida intentona, la oposición comenzó a exigir la renuncia de

²⁵¹ Jorge Abelardo Ramos, alias Víctor Almagro, en *Democracia*, 17 de junio de 1955.

Conviene recordar que este señor años después se expresaba así ante la visita de Eisenhower al país: “Señor Presidente, me dirijo a usted para darle la bienvenida como argentino [...] Señor Presidente de los Estados Unidos, llega usted al país entre el aplauso amplio y sincero del pueblo [...] Trae usted el mensaje de un pueblo hermano que ya nos hizo llegar iguales sentimientos de amistad continental a través de las inolvidables visitas de los ex presidentes estadounidenses Hoover y Roosevelt.” (Jorge Abelardo Ramos, “Carta abierta dirigida al general Eisenhower en ocasión de la visita de este último al país”, en el semanario nacionalista *Sanio v Señá*.)

²⁵² Declaraciones del gral. Franklin Lucero en *La Nación*, 12 de julio de 1955.

Perón. La dirección de la CGT, atada de pies y manos al gobierno, se veía imposibilitada de movilizar a las masas, ya que las consignas del presidente “este partido lo juego solo”, “de casa al trabajo y del trabajo a casa”, “los curas son cuatro gatos locos” y “a la Marina la corro con los bomberos” eran terminantes: Perón jamás se expondría a utilizar el inmenso peso del movimiento obrero para terminar con la oligarquía. Lógica de clase. Por eso, cuando el 31 de agosto se conoció su renuncia, presentada a la CGT y no a las autoridades de la Nación, con lo que se dejaba un verdadero precedente histórico, las masas debieron conformarse con el rechazo de la misma, pues la reiteración de las consignas citadas desde los balcones de la Rosada, a las que se agregaba la de “cinco por uno”, frenaba la justa indignación de los obreros contra los gorilas golpistas. El “cinco por uno”, incluso, adquiriría un sentido claramente contrarrevolucionario, pues exacerbaba a la oposición sin armar paralelamente al proletariado, baluarte de la defensa del régimen.

Ante el rechazo obrero de la renuncia de Perón y la confusión que creaba la indefinición del presidente ante la ofensiva golpista, adquiere un valor extraordinario la postura asumida por el único sector marxista revolucionario existente por entonces en la Argentina: “El hecho de que aceptemos la voluntad de la mayoría de los trabajadores no significa que seamos peronistas, ni tampoco el ala izquierda del peronismo, ni siquiera aliados del peronismo. Nuestro partido es un

partido obrero; el peronismo, en cambio, es un partido burgués, es decir, que está por la defensa del actual orden de cosas: que los patronos sean dueños de las fábricas, que los terratenientes sean dueños de las tierras, y que éstos sigan viviendo del trabajo de obreros y campesinos. Nosotros luchamos por otro orden de cosas. Queremos que los obreros sean dueños de las fábricas y los campesinos de las tierras, pues son los trabajadores los únicos productores de riqueza. Luchamos por que el gobierno actual sea sustituido por los trabajadores exclusivamente, que sean obreros y campesinos, ellos solos, los que rijan los destinos del país. Lo que hace que en algunos hechos estemos junto al gobierno peronista y frente a la oposición se debe a que, si bien estamos a favor de la sustitución del actual gobierno por un gobierno de la CGT y de todas las organizaciones obreras y campesinas, estamos en contra de que el actual gobierno sea reemplazado por un gobierno de los curas, los patronos y el imperialismo yanqui. En

ese sentido respetamos la voluntad de los trabajadores sindicalmente organizados en la CGT, pero seguiremos luchando por nuestros postulados y por atraer a los obreros peronistas a nuestro programa, pero combatiendo cada vez más contra la reacción y sus planes de implantar un gobierno de fuerza clerical–patronal–imperialista que aplaste las organizaciones y conquistas de la clase obrera. ¡Todos unidos contra los planes de la reacción; ¡Todos unidos en defensa de nuestras conquistas y organizaciones! “²⁵³ Finalmente, el 16 de setiembre el ejército prescindente y sanmartiniano de noventa días antes derribaba a un presidente surgido de sus filas y que prefirió no resistir para no poner en peligro el sistema capitalista. No se trató de “no derramar sangre de argentinos”, como afirmó Perón, sino de no derramar sangre de *burgueses* argentinos, pues la de los trabajadores, precisamente, empezaría a derramarse a partir del ascenso al poder de los gorilas reaccionarios.

Con la caída del peronismo, se instauró un régimen que confirmó nuestras previsiones.²⁵⁴ En contra de Ramos, Jauretche y otros, que afirmaban que el golpe en gestación era de inspiración inglesa, decíamos en 1954 que, por el contrario, al caer Perón nos convertiríamos inmediatamente en colonia yanqui, pues el imperialismo norteamericano era la única fuerza a la ofensiva en ese momento en Latinoamérica. La llamada Revolución Libertadora nos dio la razón al transformarse en la versión argentina de los

²⁵³ *La Verdad*, Avellaneda, 5 de setiembre de 1955.

²⁵⁴ “El 15 de julio de 1955, dos meses antes del derrumbe, Perón irradió al país una extraña noticia: ‘La revolución peronista ha terminado’. En realidad no había existido nunca, salvo en el incesante parloteo de la propaganda totalitaria. El 15 de setiembre de 1955, como el 3 de junio de 1943, la República Argentina seguía siendo un país atrasado y semicolonial, dominado por una burguesía terrateniente e industrial trustificada entre sí y con el capital financiero internacional, con la trascendental variante de que la vieja metrópoli británica había disminuido su participación y Norteamérica aumentado la suya. Y, a diferencia de lo que ocurría en 1943, el país estaba iniciando un nuevo ciclo de endeudamiento masivo al capital financiero internacional. Sindicalización masiva e integral del proletariado fabril y los trabajadores asalariados en general. Democratización de las relaciones obrero–patronales en los sitios de trabajo y las tratativas ante el Listado. Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional. A eso se redujo toda la ‘revolución peronista.’” (Alfredo Parera Denis, “Apuntes”. . ., en revista *Fichas*, año 2, n° 7, octubre de 1965. pág. 21.)

golpes que Wall Street ya había asestado a Arbenz en Guatemala y Vargas en Brasil. Es que los teóricos del detalle prestaban atención a si la flota inglesa le daba o no municiones a la Argentina o a elementos superestructurales. En cambio, nosotros, marxistas revolucionarios, definíamos los fenómenos en su movimiento, y el movimiento del imperialismo inglés era de retroceso en todo el mundo mientras que el de su colega yanqui era de avance. La Argentina estaba en la esfera de influencia del último, y si el gobierno peronista había podido resistir más que otros fue porque se

apoyaba en el movimiento obrero más importante de Latinoamérica. Por eso, la derrota de Perón significó, de hecho, una derrota del movimiento obrero argentino. La colonización yanqui tenía luz verde. La ratificación por parte de los “libertadores” del Pacto de la OEA, también previsto por nosotros, no se hizo esperar.

La revolución de 1955, sus gobiernos y los que le siguieron, fueron peones de la semicolonización económica y política al servicio de Wall Street. Una última reflexión: los que caracterizaron el golpe gorila como pro inglés sus motivos tenían: eran los agentes de “izquierda” de la burguesía cupera peronista ligada a los yanquis, a los que aspiraban a servir. La historia demostró quién tenía razón.